

Literatura universal

Robert Louis Stevenson

LA ISLA DEL TESORO

Traducción de
Vicente López Folgado



Octaedro  Biblioteca básica

La isla del tesoro

 Biblioteca básica

Robert Louis Stevenson

La isla del tesoro

Traducción de Vicente López Folgado

Octaedro  Editorial

Colección Biblioteca básica. Serie Clásicos universales

La isla del tesoro, de Robert Louis Stevenson

Traducción de Vicente López Folgado

Primera edición en papel: marzo de 2013

Primera edición: octubre de 2014

© Traductor: Vicente López Folgado

© Derechos exclusivos de esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02 – Fax: 93 231 18 68

www.octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9921-651-5

Ilustraciones interior y cubierta: © Kaffa

Diseño y realización: Ediciones Octaedro

Digitalización: Ediciones Octaedro

Robert Louis Stevenson. Vida y obra

El joven estudiante

Nació el 13 de noviembre de 1850 en Edimburgo, capital de Escocia, Gran Bretaña. Sus primeros años los pasó en esta histórica ciudad, en la céntrica calle de Heriot Row.

Su educación estuvo muy acorde con los principios morales de una familia tradicional y de clase media, en la que la disciplina estricta calvinista era la guía predominante. Era hijo único de Thomas Stevenson, ingeniero industrial dedicado a la construcción de faros, con profundos conocimientos del mar. Su madre, Margaret Isabella, era hija de un ministro de la Iglesia Nacional de Escocia, variante del protestantismo calvinista, caracterizado por el rigor de sus costumbres religiosas.

Desde su infancia, Louis tenía una salud muy delicada, lo que le causó no pocas crisis a lo largo de su vida y fue motivo de la búsqueda de climas más sureños y beneficiosos para su estado físico, propenso a contraer enfermedades entonces endémicas, como la tuberculosis. Ello le forzó a tener durante su juventud una dependencia económica de sus padres, así como a buscar, durante los meses de reposo en cama, el solaz de la lectura y la literatura. De esa dependencia paterna solo pudo emanciparse con la publicación de *La isla del tesoro* cuando tenía treinta años y ya se había casado.

Su madre, también de salud frágil, confió el cuidado del niño Robert Louis a una niñera de convicciones también calvinistas, siempre tendentes a la intransigencia moral. Restos de esa educación afloran en los escritos de Stevenson, en los que la estricta conducta moral y el complejo de culpabilidad atenazan a sus personajes. En los meses que no salía de casa por sus frecuentes estados febriles, su niñera le contaba cuentos populares, historias bíblicas, aterradores relatos de fantasmas y misterios propios de los folletines entonces populares en la prensa local de la ciudad escocesa.

En su niñez pasó días felices de verano en casa de su abuelo, en el propio distrito de Edimburgo, cerca de la ancha ría-fiordo de Forth, que estaba poblada de barcos que le hacían soñar con aventuras de corsarios.

Persuadido por su padre, quiso seguir su misma carrera de Ingeniería, y en ella se matriculó a los diecisiete años en la Universidad de Edimburgo. Pero no sentía inclinación por estudios tan técnicos; en cambio, le atraía, por su vida bohemia, el oficio de su primo, el pintor Robert A. M. Stevenson. En *Notas pintorescas sobre Edimburgo*, Robert Louis habla de esa otra ciudad tan distinta a la de la sociedad puritana respetable, la de la vida nocturna, llena de delincuencia y vicio; la de los bajos fondos, donde la miseria moral predomina en burdeles y tabernas poco recomendables.

Tres años después de iniciar unos estudios que no le convencían, le confesó a su padre que lo que deseaba era ser escritor, a pesar de que no era este un oficio del que casi nadie pudiera vivir. Preocupado por su futuro, su padre le recomendó que estudiara Derecho para poder, al menos, vivir de una profesión digna. Y en ese menester pasó sus cinco años siguientes. Sin embargo, en su interior no desistió nunca de su fuerte inclinación por escribir. Al mismo tiempo, su talante liberal y su propensión a la vida bohemia en esos años de estudiante le condujeron más de una vez a enfrentarse al arraigado calvinismo de sus padres, de moral más tradicional y estricta.

El viajero

Debido a su frágil salud, Stevenson viajó (evitando los largos, fríos y húmedos inviernos, como muchos otros de su tiempo) al sur de Francia. Allí conoció a su futura mujer, Fanny V. Osbourne, una americana separada, diez años mayor que él, que se dedicaba a la pintura. En esta época escribió un libro sobre sus experiencias viajeras en Francia, *Viaje al Continente* y *Viaje en burro por las Cévennes*. El primero narra sus peripecias a remo por los ríos de Francia y Bélgica con un amigo suyo; y el segundo, sus andanzas en burro por la citada región francesa.

Enamorado de Fanny, zarpó hacia América en su búsqueda, por lo que decepcionó así a sus padres, que no comprendieron el motivo de tan alocada aventura. La difícil travesía le minará su ya precaria salud, tal como cuenta en *La historia de una mentira*. Se casó con Fanny una vez esta obtuvo el divorcio, pero, muy a su pesar,

tuvo que seguir dependiendo del dinero de su abnegado padre, que siempre perdonaba sus incomprensibles actos, contrarios a todo principio moral religioso. De este modo, se costeó un viaje por todo el continente americano, lleno de experiencias y vivencias muy enriquecedoras para su vida. De esta época son las obras *Los colonos de Silverado* y *El emigrante aficionado*, que le curtieron en su estilo literario, cada vez más lleno de vigor descriptivo y de concisión narrativa.

El novelista

Stevenson, como hemos dicho, escribía mucho en sus continuos períodos de reposo en cama e imponiéndose una férrea disciplina en este ejercicio, que ya normalmente exige como requisito esencial tener una salud robusta. Es justo decir que, sin la ayuda económica e incondicional de sus padres y muy a su pesar (pues soñaban otro destino para su hijo), nunca hubiera sido el escritor que es.

Fue durante su estancia en Escocia en 1881, concretamente en una casa alquilada en las Tierras Altas, en el pintoresco pueblo de Braemar, cuando escribió los primeros siete capítulos, en la revista *Young Folks*, de la obra que le sacaría de apuros económicos, *La isla del tesoro*. Durante todo ese siglo decimonónico eran frecuentes las novelas y relatos por entregas —recordemos los casos de novelistas célebres como Edgar A. Poe o Chales Dickens— que más tarde se publicaban en forma de novela de un solo volumen. Cinco años más tarde, estando disfrutando del cálido clima del sur de Inglaterra, en Bournemouth, publicó un relato de terror que le proporcionará suculentos ingresos debido a su éxito de ventas, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. En el fondo de esta obra están latentes los problemas morales de la sociedad victoriana, en la que la conducta pública y la privada pueden estar a enormes distancias entre sí.

En esa misma década, la más productiva suya, sacó a la luz sus novelas de aventuras más conocidas, basadas en la historia escocesa del siglo anterior: *La flecha negra*, *Secuestrado* y *Catriona*, que nos recuerdan mucho a su admirado maestro y compatriota, Walter Scott.

Final de su vida

La herencia de su padre en 1887 le permitió dedicarse a viajar por América y, junto a su esposa Fanny, lanzarse a la aventura de navegar en una goleta alquilada por los mares de Oceanía. Refleja este singular viaje en *Por los mares del Sur*. En Hawai terminó la excelente novela *El señor de Ballantrae*, enmarcada, como otras antes citadas, en las vicisitudes políticas e históricas recientes de Escocia.

Stevenson fijó residencia en las islas polinesias, en concreto, en Apia, isla de Samoa, donde vivió hasta el fin de sus días. Aquí era llamado *tusitala* (narrador de cuentos) por los nativos, que le tenían gran aprecio. En el cuento *El diablo de la botella* recoge cuentos de supersticiones de aquellas islas. Identificado con los nativos, Stevenson se preocupó por su situación política y denunció la explotación colonial por parte de potencias europeas y de América. En algunos libros de ensayo recoge esta situación, sobre todo en las novelas *La playa de Falesá* y *Bajamar*.

En diciembre de 1894 murió de una hemorragia cerebral a los cuarenta y cuatro años. Dejaba inacabada la que, al parecer de algunos críticos, iba a ser su mejor novela, *La presa de Hermiston*.

La isla del tesoro

R. L. Stevenson redactaba un capítulo al día de esta fascinante obra y se lo leía a Lloyd Osbourne, el hijo de su esposa, que tenía doce años. Debido al entusiasmo inicial del niño, Stevenson se sintió animado a continuar hasta llegar a la mitad de la novela, cuando se quedó sin mucha inspiración para continuar.

La revista *Young Folks* publicó los primeros capítulos por entregas y bajo pseudónimo. Estimulado por el éxito de lectura entre los jóvenes suscritos a esa popular revista, Stevenson prosiguió con la novela hasta su final. En la publicación de la obra, el autor incluía un mapa dibujado por él mismo, el de la isla, que siempre acompaña a todas las ediciones. Por lo que cuenta posteriormente, el dibujo de la isla imaginaria junto a Lloyd en las largas horas de luz de las tardes de verano al norte de Escocia fue el detonante que propició el nacimiento en su imaginación de este extraordinario relato.

Stevenson contó con toda la información que sobre el mar tenían todos sus familiares, desde su padre, como entendido en cuestiones marítimas, hasta la más fresca e imaginativa aportación de los más pequeños. Parece que la mayor dificultad fue la de reprimir el lenguaje soez y blasfemo de los piratas y bucaneros, pues sonaba al

mismo tiempo creíble y realista. No pocos eufemismos nacen de ese cuidado en no escandalizar a los jóvenes lectores. El hecho de que no aparezcan mujeres en la novela —salvo la madre del protagonista, de carácter muy borroso— responde a ese ambiente de restricción moral en que la novela debe desarrollarse en función de su público lector, sobre todo el familiar.

Sin duda alguna, la huella más visible en la obra es la del poeta y novelista escocés Walter Scott. Su gran capacidad de dotar de personalidad propia a personajes que pueblan los libros de la historia real e imaginaria de Escocia es incomparable, lo que convierte a Scott en uno de los mejores novelistas de todos los tiempos. Stevenson no ocultó su admiración por él.

Lo que más llama la atención en *La isla del tesoro* es su construcción formal. El cuidado en el diseño de los capítulos y el equilibrio que guardan sus partes hacen de la obra un modelo de armazón argumental, algo así como una sinfonía clásica con sus diferentes movimientos, como decía E. M. Forster en su *Aspects of the Novel*. Cada una de las secciones tiene como protagonista a un personaje. La primera está dedicada a Billy Bones; la segunda y la sexta, a John Silver; la tercera y la quinta, a Jim Hawkins. En la cuarta confluyen la mayoría de los personajes y es el eje de todo el relato. En el clímax de los 34 capítulos, los centrales: el dieciséis, diecisiete y dieciocho, cambian la voz narrativa al doctor Livesey, que contrasta en punto de vista con la de su habitual narrador, el joven Hawkins, donde hay sucesos no presenciados por él mismo, a la vez que se juzga con cierta objetividad su conducta.

La aventura está basada en la acción y, por tanto, el ritmo de los acontecimientos nunca se estanca, pasa con rapidez y mantiene siempre la atención y el suspense. En esto es una novela de acción ejemplar. En cada capítulo aflora el carácter moral de los personajes, una galería muy nutrida y variada, que exponen vicios como la traición, el egoísmo, la codicia, el desenfreno y la degeneración moral, así como virtudes humanas como la compasión, la sinceridad, la lealtad y la amistad.

Con esta novela, Stevenson llegó a la imaginación de todos los lectores, no solo a la de los más jóvenes. El abanico de personajes que desfilan por esas páginas y poseen al tiempo cualidades loables y deleznable, son (al contrario que los salidos de la pluma de muchos coetáneos suyos más proclives a la lección moralizante) figuras humanas de ricas aristas morales que van más allá de una concepción demasiado simplista de la psicología humana.

La isla del tesoro

Robert Louis Stevenson

PARTE I
El viejo bucanero



CAPÍTULO I

El viejo lobo de mar en la posada Almirante Benbow

El *squire*¹ Trelawney, el doctor Livesey y el resto de aquellos caballeros me rogaron que pusiera por escrito todo lo referente a la isla del tesoro, de cabo a rabo y sin omitir detalle alguno, excepto la localización de la isla, ya que aún queda allí parte del tesoro enterrado. Por lo tanto, cojo la pluma en este año de gracia de 17... y me remonto a aquellos tiempos cuando mi padre regentaba la posada Almirante Benbow,² y cuando se hospedó bajo nuestro techo el viejo y curtido marino de la cicatriz de sable.

Lo recuerdo como si fuera ayer, caminando renqueante hasta la puerta de la posada, seguido de su cofre marino, que alguien traía en una carreta de mano. Era un viejo de piel curtida, robusto, fornido y alto, con su coleta manchada de alquitrán cayéndole sobre los hombros de su mugrienta casaca azul. Tenía las manos cochambrosas y cuarteadas, unas uñas negras y partidas, y la cicatriz de sable que le cruzaba una mejilla era de un tono lívido y blancuzco. Lo recuerdo echando un vistazo a la caleta mientras silbaba por lo bajo para luego romper súbitamente a entonar aquella antigua canción marinera que cantaría después tan a menudo:

Quince hombres sobre el cofre del muerto...

¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!

Y lo hacía con aquel vozarrón cascado que parecía afinado y roto en las barras del cabrestante. Aporreó la puerta con un trozo de palo, una especie de astil de bichero que portaba, y, cuando acudió mi padre, le pidió en un tono brusco un vaso de ron. Cuando se lo trajo, se lo bebió despacio, como un catador experto, paladeándolo despacio y con fruición, sin dejar de mirar en su entorno, hacia los acantilados y al letrero colgado de la posada.

—Es una magnífica caleta —dijo al fin— y una taberna muy bien situada. ¿Mucho cliente, compadre?

Mi padre le respondió que no; pocos clientes, por desgracia.

—Bueno, pues este es atracadero que me conviene. ¡Eh, tú, compinche! —le gritó al hombre que arrastraba la carreta de mano—. Acércate hasta aquí y sube arriba el cofre. Me voy a quedar aquí de momento —continuó—. Soy un hombre sencillo: ron, tocino y huevos es todo lo que quiero y aquel promontorio allá arriba para ver pasar los barcos. ¿Que cómo me puedes llamar? Llámame capitán. Y, ¡ah!, ya sé lo que esperas, compadre; ahí tienes —y arrojó tres o cuatro monedas de oro en el umbral de la puerta

— Ya me avisarás cuando se haya agotado ese dinero —dijo con el aspecto tan terrible como el de un patrón de bajel.

Y en verdad, a pesar de su ropa raída y sus expresiones rudas, no tenía el aspecto de un simple marinero, sino la de un timonel o un patrón acostumbrado a ser obedecido o a castigar. El hombre que había portado la carreta nos dijo que aquella mañana lo vieron aparecer de la diligencia delante del Royal George y que allí había preguntado por las posadas situadas a lo largo de la costa. Habiéndole alguien hablado bien de la nuestra, supongo, y descrito como solitaria, la había escogido antes que otras para alojarse. Y eso fue todo lo que supimos de nuestro huésped.

Era un hombre habitualmente muy callado. Se pasaba el día vagando alrededor de la ensenada o por los acantilados con un catalejo de latón bajo el brazo; y por las tardes se sentaba en un rincón de la taberna junto al fuego, y bebía ron fuerte con agua. Normalmente, nunca respondía cuando se le hablaba; solo erguía la cabeza para mirar y lanzaba de repente un resoplido por la nariz como si fuera un cuerno marino. Tanto nosotros como la gente que frecuentaba la taberna aprendimos pronto a dejarlo en paz. Todos los días, al volver de su caminata, preguntaba si había pasado algún marino por el camino. Al principio creímos que preguntaba porque echaba de menos la compañía de gente de su oficio, pero después empezamos a caer en la cuenta de que lo que deseaba era evitarla. Cuando algún marino pedía alojamiento en el Almirante Benbow (como de cuando en cuando solían hacer los que se dirigían a Bristol por el camino de la costa), él lo escudriñaba de arriba abajo, antes de entrar en la sala de estar, por entre las cortinas de la puerta. Siempre permanecía más callado que un mudo mientras viviera allí aquel huésped. Este comportamiento no tenía nada de extraño para mí, por lo menos, puesto que, en cierto modo, yo participaba de sus alertas. Un día me había llevado aparte y me prometió cuatro peniques de plata, cada primero de mes, a condición de «estar con ojo avizor por si aparecía un marino con una sola pierna». A menudo, al llegar el día señalado y pedirle yo el salario, solo me soltaba un resoplido por la nariz y se me quedaba mirando desafiante. Pero antes de que acabara la semana parecía haberlo pensado mejor y me daba mis cuatro peniques a la vez que me repetía las órdenes de estar alerta ante la llegada «del marino con una sola pierna».

Huelga decir cómo mis sueños se poblaron con las más terribles imágenes de ese personaje. En noches de borrasca, cuando el viento bramaba por las cuatro esquinas de la casa y la mar encrespada rugía en la ensenada al romper contra los acantilados, se me aparecía de mil formas distintas y con las más diabólicas expresiones. Unas veces con su pierna cercenada a la altura de la rodilla, y otras, de la cadera; en otras era una criatura monstruosa de una única pierna que nacía en el centro del tronco. En la peor de mis pesadillas, le veía saltar, correr y perseguirme por encima de setos y zanjas. En resumidas cuentas, pagué bien caro mis cuatro peniques con tan espantosas visiones.

Pero, aunque aterrado por la imagen de aquel marino con una sola pierna, yo era quizá, de cuantos trataban al capitán, el que menos miedo le tenía. Había noches en que bebía más ron con agua de lo que su cabeza soportaba, y entonces se sentaba a cantar sus viejas canciones marineras, infames y horrorosas, sin importarle nadie. Pero en otras

ocasiones convidaba a una ronda a toda la clientela presente y les obligaba a escuchar, atemorizados, sus historias y a corear sus canciones. No pocas noches sentí estremecerse la casa con su «¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!», que todos los presentes se esforzaban en acompañar, a cuál más fuerte, con un miedo cerval a despertar su enojo. Porque en tales arrebatos era la compañía más autoritaria que jamás haya visto; daba puñetazos en la mesa para imponerles a todos silencio y estallaba, hecho una furia, bien porque alguien le hacía una pregunta, o bien porque nadie se la hacía, pues sospechaba que la audiencia no seguía el hilo de su relato. Tampoco permitía que nadie abandonase la posada hasta que él ya se había embriagado de ron y se iba, somnoliento y tambaleándose, a dormir.

Lo que más asustaba a la gente eran las historias que contaba. Terroríficos relatos eran aquellos —ahorcamientos, «paseos por la tabla»,³ tempestades en alta mar, leyendas de la isla de la Tortuga⁴ y temibles hazañas y parajes del Caribe—. Por lo que contaba él mismo, debía haber pasado su vida entre la gente más malvada que Dios haya permitido surcar esos mares; y el vocabulario con que refería estos relatos escandalizaba a nuestros sencillos campesinos tanto como los delitos que describía. Mi padre no cesaba de decir que aquel hombre sería la ruina de nuestra posada, porque pronto la gente dejaría de venir aquí si solo sufría humillaciones y acababa luego la noche temblando de miedo. Pero, en mi opinión, su presencia nos fue beneficiosa. Es cierto que la gente al principio se sentía atemorizada, pero luego, al recordarlo, lo encontraban divertido. Resultaba intrigante en medio de la tranquila vida rural; y entre los mozos del lugar había algunos que parecían admirarlo, pues le denominaban como «un auténtico lobo de mar» y «un viejo tiburón» y apelativos por el estilo; y opinaban que hombres como aquel habían dado a Inglaterra la fama de temible en los mares.

No obstante, de alguna manera hizo cuanto pudo por arruinarnos; porque se quedó apalancado en la posada semana tras semana, y después, un mes tras otro, de forma que, aunque su dinero se había agotado hacía ya tiempo, mi padre no reunía el valor necesario para insistirle en que nos pagara. A la menor insinuación de dinero, el capitán resoplaba tan fuerte por la nariz que más se parecía a un rugido animal, y clavaba en mi padre unos ojos tan feroces, que el pobre hombre salía aterrado de la estancia. Le he visto muchas veces, después de tan brutal reacción, retorcerse desesperado las manos, y estoy convencido de que el enojo y el miedo que sentía por entonces debieron acelerar su temprana y desdichada muerte.

En todo ese tiempo que convivió con nosotros no se mudó el capitán de indumentaria, excepto unas medias que compró a un buhonero. Un día se le cayó un ala del sombrero, y la dejó así colgada desde entonces, aunque debía resultar enojoso cuando soplaba el viento. Aún recuerdo el estado lamentable de su vieja casaca, que remendaba él mismo en su cuarto, y que al final no era ya sino un puro remiendo. Nunca escribía carta alguna y tampoco las recibía, ni jamás habló con nadie salvo con los vecinos, y aun con estos solo si estaba bastante borracho de ron. Su cofre marino ninguno de nosotros pudimos verlo nunca abierto.

Solo en una ocasión se le enfrentó alguien, y esto ocurrió ya hacia el final, cuando a mi

padre se le agravó el mal que le aquejaba y que acabó con su vida. El doctor Livesey vino un día al atardecer para ver a su paciente, tomó una ligera cena que le ofreció mi madre y pasó luego a fumar una pipa en la sala mientras esperaba a que trajesen su caballo del pueblo, pues en la vieja posada Benbow carecíamos de establos. Le seguí detrás, y aún recuerdo observar el contraste entre el aseado y pulcro doctor, con su peluca empolvada blanca como la nieve y sus brillantes ojos negros y agradables modales, con nuestros patanes de vecinos; pero sobre todo el contraste que ofrecía con aquel zafio, sucio y legañoso espantapájaros de pirata nuestro, lleno ya de ron y tirado sobre la mesa. De repente él —es decir, el capitán— se puso a cantar su sempiterna canción:

Quince hombres en el cofre del muerto.
¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!
El ron y el diablo hicieron el resto.
¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!

Al principio me imaginé que el «cofre del muerto» debía de ser aquel mismo enorme baúl que estaba arriba, en su cuarto, y esa imagen se mezclaba en mis pesadillas con las del «marinero de una sola pierna». Pero para entonces ya habíamos dejado de prestar mucha atención al estribillo de esa canción; esa noche ya no era una novedad para nadie salvo para el doctor Livesey, a quien, por cierto, no pareció causarle una impresión agradable, ya que lanzó por un instante una mirada llena de enojo, para seguir luego conversando con el viejo Taylor, el jardinero, sobre un nuevo remedio para el reuma. Mientras tanto, el capitán empezó a reanimarse con sus propios cantares y acabó dando unos fuertes manotazos en la mesa, con lo que ya todos entendimos que quería imponer silencio. Cesaron todas las voces, menos la del doctor Livesey, que continuó hablando con voz clara y suave, mientras le daba fuertes chupadas a la pipa cada dos palabras. El capitán se quedó mirándolo con rabia, volvió a dar un manotazo en la mesa, volvió a echarle otra mirada furiosa, para prorrumpir finalmente en un soez juramento:

—¡Silencio ahí, en el entrepuente!

—¿Se dirigía a mí, caballero? —preguntó el médico. Y cuando el rufián, con otro juramento, le respondió que así era, le replicó el doctor Livesey—: Le voy a decir una cosa, señor: si continúa bebiendo ron de ese modo, ¡el mundo se verá muy pronto libre de un deleznable bellaco!

El viejo marinero montó en cólera. Se levantó de un brinco y sacó su navaja marinera de muelle, y sosteniéndola en la palma de la mano, amenazó con ensartar al doctor contra la pared.

El doctor ni siquiera se inmutó. Le habló como antes, mirándole por encima del hombro y en el mismo tono de voz, bastante alto, para que todos pudieran oírle, pero totalmente sereno y firme:

—Si no guarda usted ahora mismo esa navaja en el bolsillo, yo le prometo, por mi honor, que será ahorcado en la próxima sesión del Tribunal del Condado.

Durante unos instantes ambos se retaron con la mirada, pero, al final, el capitán acabó cediendo, guardó la navaja y volvió a sentarse gruñendo cual perro apaleado.

—Y oígame, señor —prosiguió el doctor—, puesto que ahora sé que en mi distrito vive tal individuo, puede estar seguro de que no he de quitarle el ojo de encima ni de día ni de noche. No solo soy médico, también soy magistrado; y, si me llega la más mínima queja sobre su conducta, aunque solo sea por una insolencia como la de esta noche, tomaré medidas para que le detengan y expulsen de aquí. Y basta ya de palabras por hoy.

Al poco rato vino hasta la puerta de la posada el caballo del doctor Livesey, y este partió al galope; el capitán, por su parte, permaneció tranquilo aquella noche y otras muchas a partir de entonces.

[1.](#) Título de la nobleza británica campesina de rango inferior que ostentaban los grandes terratenientes hereditarios, quienes solían, además, desempeñar funciones de magistrados en su condado.

[2.](#) John Benbow fue un famoso almirante de la Real Marina Inglesa durante el siglo XVII. Murió a manos de unos amotinados de su propio barco.

[3.](#) Castigo infligido por los piratas del Caribe en el siglo XVII a sus prisioneros. Consistía en obligarles a caminar con los ojos vendados por una tabla de madera atravesada sobre la borda del barco, hasta que caían al mar para ser pasto de los tiburones.

[4.](#) Isla que pertenece a Haití, principal base de los bucaneros franceses del Caribe en el siglo XVII.

CAPÍTULO II

La aparición de Black Dog

Poco después de estos acontecimientos tuvo lugar el primero de los misteriosos sucesos que nos libraron al fin del capitán, aunque, como veremos, no de sus intrigas. Fue aquel un invierno crudo y frío, con prolongadas heladas y furiosas galernas; y tuvimos claro desde el principio que mi pobre padre no llegaría probablemente a ver la primavera; empeoraba más cada día, y mi madre y yo teníamos toda la hostería a nuestro cargo; tuvimos tanto quehacer que apenas prestamos atención a nuestro desagradable huésped.

Fue una gélida mañana de enero, muy temprano. La ensenada estaba cubierta de un manto de escarcha, las olas en calma rompían suavemente en los guijarros de la playa, el sol naciente iluminaba someramente las cumbres de las colinas y brillaba tenue mar adentro. El capitán había madrugado más que de costumbre, y bajó hacia la playa, con el alfanje oscilando bajo los anchos faldones de su andrajosa casaca azul, el catalejo de latón bajo el brazo y el sombrero echado hacia atrás. Recuerdo su aliento, que, al caminar, iba dejando una estela de vapor tras sus pasos. Y lo último que le oí, al desaparecer tras un gran peñasco, fue un vehemente gruñido de indignación, como si todavía estuviera recordado al doctor Livesey.

Bien, pues mi madre estaba arriba, atendiendo a mi padre; yo estaba con mis quehaceres y ponía la mesa para cuando regresara el capitán, cuando se abrió la puerta de la sala y apareció un hombre al que jamás había visto. Era un individuo pálido y seboso, al que le faltaban dos dedos en la mano izquierda; y, aunque le colgaba un alfanje, no tenía pinta de pendenciero. Yo estaba siempre pendiente de cualquier marinero, tanto si tenía una pierna como si tenía dos, y recuerdo que este me dejó perplejo, pues no parecía hombre de mar, aunque había algo en su persona que olía a mar.

Le pregunté en qué podía servirle, y dijo que quería beber ron; pero, cuando ya iba a traérselo, se sentó sobre una mesa y me hizo una señal para que me aproximara. Me quedé quieto donde estaba con la bayeta en la mano.

—Acércate, muchacho —me dijo— Acércate más.

Yo di un paso hacia él.

—¿Es esa mesa para mi compadre Bill? —me preguntó con una sonrisa maliciosa.

Le dije que no conocía a su compadre Bill y que aquella mesa era para un huésped nuestro a quien llamábamos el capitán.

—Bien —dijo—, el compadre Bill quiere que le llamen capitán, le guste a uno o no.

Tiene una cicatriz en un carrillo y es de trato agradable, sobre todo cuando está bebido, así es mi compadre Bill. Vamos a ver, supongamos que tu capitán tiene una cuchillada en la mejilla... y supongamos que es en la derecha. ¿Eh?, ¡ya me parecía a mí! Entonces, ¿está aquí hospedado mi compadre Bill?

Le contesté que se encontraba fuera dando un paseo.

—¿Por dónde, muchacho? ¿Por dónde ha ido?

Le indiqué el gran peñasco y repliqué que quizá iba a regresar pronto; y al fin, tras responder a otras pocas preguntas, dijo:

—¡Ah! Esto le va a alegrar más que un buen trago a mi compadre Bill.

La expresión de su cara al decir esto no me pareció nada agradable, de modo que pensé que el forastero se equivocaba, incluso suponiendo que pretendiera querer decir lo que decía. Pero ese no era asunto mío, pensé; además, era difícil saber qué hacer. El hombre extraño se puso a esperar justo fuera de la entrada de la hostería, al acecho, como gato esperando al ratón. En un momento dado salí fuera al camino, pero me llamó inmediatamente. Y como a su parecer no obedecí con la presteza que él esperaba, se produjo un cambio radical en su rostro blanquecino, y me mandó entrar mientras profería un juramento tal, que me sobresaltó. Una vez dentro, recobró sus gestos suaves y un tono entre adulator y despectivo; y luego, dándome una palmadita en el hombro, me dijo que yo era un buen chico y que me había tomado afecto.

—Yo tengo un hijo —me contó— que se parece a ti como una gota de agua a otra y que es el orgullo de mi corazón. Pero lo que los muchachos necesitáis es disciplina, hijo, disciplina. Si hubieras navegado con mi compadre Bill, no necesitarías que te dijeran dos veces las cosas, eso dalo por seguro. No era esa la norma de Bill ni la de los que navegaban con él. ¡Pero ahí viene mi compadre Bill con su catalejo bajo el brazo! ¡Bendito sea! Tú y yo vamos a meternos dentro, chaval, y a escondernos detrás de la puerta; vamos a darle a Bill una buena sorpresa. ¡Bendito sea!, digo.

Y diciendo esto, volvió conmigo al salón de la hostería y me puso detrás de él en un rincón, de modo que ambos quedamos ocultos por la puerta. Yo estaba, como podéis imaginar, inquieto y asustado, y mi miedo aumentó aún más al ver que el forastero también daba muestras de temor. Despejó la empuñadura de su alfanje y comprobó que la hoja corría bien en la vaina; y todo ese tiempo que estuvimos esperando no dejó de tragar saliva, como si tuviera, como suele decirse, un nudo en la garganta.

Por fin irrumpió el capitán en la sala, y cerrando la puerta de golpe tras de sí y sin dejar de mirar al frente, la cruzó a grandes zancadas hasta la mesa donde le esperaba el desayuno.

—¡Bill! —gritó el forastero, con una voz que creí que pretendía tener un tono vigoroso y firme.

El capitán giró sobre sus talones y se nos quedó mirando; todo el color bronceado de la cara le había desaparecido y hasta su nariz se volvió lívida; tenía el aspecto de alguien que ve un fantasma o al diablo mismo, o incluso algo peor, si es que existe; sentí, de repente, como si se tornara muy viejo y desvalido.

—Vamos, Bill, me conoces; estoy seguro de que reconocerás a un camarada de

tripulación —dijo el forastero.

El capitán, dando un respingo asombrado, emitió una especie de jadeo.

—¡Black Dog! —exclamó.

—¿Y quién, si no? —contestó el otro, ya más relajado—. El mismo Black Dog de siempre, que viene a saludar a su antiguo camarada Bill a la posada del Almirante Benbow. ¡Ah, Bill, Bill! ¡Las de cosas que hemos visto nosotros dos desde que yo perdí estas garras! —dijo levantando su mano mutilada.

—Está bien, mira —dijo el capitán—, me has dado caza; aquí estoy; bien, pues di ya lo que tengas que decir; ¿qué quieres?

—Siempre el mismo, ¿eh, Bill? —respondió Black Dog—. Tienes toda la razón, Billy. Ahora este buen mozalbete, que tanto aprecio, nos va a servir un trago de ron y vamos a sentarnos, ¿quieres?, y vamos a charlar de hombre a hombre, como viejos camaradas.

Cuando regresé con el ron, estaban los dos sentados frente a frente a la mesa del desayuno del capitán. Black Dog, cerca de la puerta, sentado de lado, tenía un ojo puesto en su antiguo compinche, y el otro, pensé yo, en el camino de una eventual huida.

Me pidió que me retirase y que dejara la puerta abierta de par en par, y añadió:

—No se te ocurra, chaval, espiar por el ojo de la cerradura.

Así que los dejé solos y me retiré a la barra.

Durante largo rato, y aunque hice esfuerzos por escuchar, no pude entender más que un apagado y confuso murmullo; pero, al poco, sus voces aumentaron cada vez más de tono y pude captar alguna palabra que otra, sobre todo juramentos del capitán:

—¡No, no, no, no! ¡Y basta ya! —gritó una vez. Y poco después—: ¡Si hay que terminar colgados, pues a la horca todos!

Y de repente se oyó un estallido de juramentos horribles y otros ruidos; la mesa y las sillas rodaron por el suelo con gran estrépito seguido de un cruce de aceros y luego un grito de dolor; unos instantes después vi a Black Dog huir despavorido y al capitán persiguiéndolo con saña, ambos con los alfanjes desenvainados; al primero le manaba sangre del hombro izquierdo. Ya en la puerta, el capitán descargó sobre el fugitivo un tajo tan tremendo que lo habría abierto en canal de no haber chocado la hoja contra nuestro gran letrero anunciador del Almirante Benbow, que colgaba fuera. Todavía se puede ver la muesca que dejó en la parte inferior del marco.

Aquel golpe fue el último de la pelea. Cuando llegó al camino, Black Dog, a pesar de su herida, puso pies en polvorosa, y desapareció detrás de la colina en medio minuto. El capitán, por su parte, se quedó todo perplejo mirando el letrero. Luego se pasó varias veces la mano por sus ojos, y volvió a entrar en la posada.

—¡Jim! —gritó—, ¡ron! —Y al pedírmelo, se tambaleó un poco y trató de sostenerse apoyándose en la pared.

—¿Está herido? —dije extrañado.

—Ron —repitió de nuevo—. He de huir de aquí. ¡Ron! ¡Ron!

Corrí a traérselo, pero estaba tan aturdido por todo lo que había ocurrido que rompí un vaso y estropecé la espita del tonel; y, mientras trataba de recuperar la calma, oí el golpe fuerte en el suelo de la sala. Entré allí corriendo y me encontré al capitán tirado en el

suelo cuan largo era. En ese instante, mi madre, alarmada por los gritos y la pelea, se apresuró escalera abajo para acudir en mi ayuda. Entre ambos levantamos la cabeza del capitán. Resollaba hondo y con dificultad; pero tenía los ojos cerrados y un color horrible de cara.

—¡Ay, Dios mío! —gritó mi madre—, ¡qué desgracia cayó sobre esta casa! ¡Y tu pobre padre enfermo!

Entretanto, no teníamos ni idea de qué hacer para auxiliar al capitán. Lo único que pensamos era que había sido herido de muerte en la pelea con el forastero. Traje el ron, eso sí, y traté de que lo ingiriera, pero tenía los dientes muy apretados y las mandíbulas fuertes como el hierro. Fue un gran alivio cuando se abrió la puerta y entró el doctor Livesey, que venía a visitar a mi padre.

—¡Doctor! —exclamamos—, ¿qué podemos hacer?, ¿dónde estará herido?

—¿Herido? —dijo el doctor—. ¡Tonterías! Igual que vosotros y que yo. A este hombre le ha dado una embolia, tal como le advertí. Y ahora, señora Hawkins, vuelva usted al lado de su esposo, y, si es posible, no le cuente nada de esto. Yo ya intentaré salvarle la vida a este miserable truhán. Y aquí, Jim me va a traer una jofaina con agua.

Cuando volví con la jofaina, el doctor había rasgado de arriba abajo la manga del capitán, y dejado al descubierto su enorme brazo nervudo tatuado. «La suerte es mía», «Viento favorable» y «La preferida de Billy Bones», escrito claro y nítido en el antebrazo; y más arriba, junto al hombro, se veía dibujada una horca con un hombre colgado; dibujo realizado con gran realismo, pensé.

—¡Profético! —dijo el doctor, señalando con el dedo el dibujo—. Y ahora, señor Billy Bones, si es que ese es su nombre, vamos a ver el color de su sangre. Jim, ¿te asusta la sangre? —dijo.

—No, señor —respondí.

—Bueno, pues entonces —me dijo— sostén esta jofaina. Y diciendo esto, cogió la lanceta y le abrió una vena.

Manó abundante sangre antes de que abriera el capitán los párpados y se quedara mirando alrededor con la mirada perdida. Primero reconoció al doctor, lo que le hizo fruncir el ceño; luego me vio a mí, y pareció aliviarse algo. Pero, de pronto, se le mudó el rostro y trató de incorporarse, gritando:

—¿Dónde está Black Dog?

—Aquí no hay ningún Black Dog —dijo el doctor— excepto el que lleváis encima. Habéis seguido bebiendo y os ha dado una embolia, tal como os avisé; y en este momento acabo, muy contra mi voluntad, de sacaros de la tumba por los pelos. Y ahora, señor Bones...

—Yo no me llamo así —interrumpió el capitán.

—Tanto me da —replicó el doctor—. Es el nombre de un bucanero que conozco; y así os llamo para abreviar, y lo que tengo que deciros es lo siguiente: un vaso de ron no acabará con vuestra vida, pero a ese le seguirá otro, y luego otro, y apuesto mi peluca a que, si no cortáis, vais a morir, ¿entendéis eso?, moriréis y así iréis al lugar que os corresponde, como el hombre aquel de la Biblia. Vamos, haced un esfuerzo; os ayudaré

por esta vez a subir a la cama.

Entre nosotros dos conseguimos, con gran trabajo, hacerlo subir por la escalera y dejarlo en su lecho, en cuya almohada cayó su cabeza como si estuviera medio desmayado.

—Y ahora, cuidado —dijo el doctor—. Yo me tranquilizo la conciencia diciéndoos esto: la sola palabra «ron» significa ya la muerte.

Y, cogiéndome del brazo, salimos de aquel cuarto para ir a ver a mi padre.

—No hay nada que temer —me dijo el doctor tan pronto como cerramos la puerta—. Le he extraído suficiente sangre como para que descanse tranquilo por un tiempo; tendría que quedarse tumbado una semana; eso es lo mejor para él y para vosotros; pero otro ataque podría ser su fin.

CAPÍTULO III

La marca negra

Hacia el mediodía me acerqué a la habitación del capitán para llevarle una bebida fresca y medicinas. Estaba echado de la misma forma como lo habíamos dejado, o algo más incorporado, y parecía estar débil al tiempo que nervioso.

—Jim—me dijo—, tú eres la única persona a quien aprecio aquí; y bien sabes que siempre me porté bien contigo; no he dejado ni un mes de darte tus cuatro peniques de plata. Pero ahora, ya ves, compadre, estoy hecho una piltrafa, abandonado por todos. Escucha, Jim, tráeme un chupito de ron... Venga, chavalín, ¿me lo vas a traer?

—El doctor... —empecé a decir.

Y él prorrumpió en maldiciones contra el doctor con voz apagada pero enérgica.

—Los médicos son todos unos zoquetes —dijo—, y ese vuestro, ese, ¿qué sabe de hombres de mar? He visto tierras que abrasaban como la pez hirviendo, y a camaradas caer muertos como moscas por la fiebre amarilla, y a la tierra temblar como la mar sacudida por terremotos. ¿Qué sabe el médico de cosas como esas? Y he sobrevivido por el ron, que lo sepas; ha sido mi comida y mi bebida, como marido y mujer para mí. Y si me lo quitan ahora, seré como un viejo balandro al paio y varado en la orilla; mi sangre recaerá sobre ti, Jim, y sobre ese botarate de médico.

Y otra vez prorrumpió en una sarta de juramentos.

—Fíjate, Jím, cómo tiemblan mis dedos —continuó ya con un tono de súplica—. No puedo dejarlos quietos. No he bebido una gota en todo el santo día. Te digo que ese médico es un mentecato. Si no echo un trago de ron, Jim, voy a enloquecer. Ya lo estoy. Estoy viendo al viejo Flint en aquel rincón, detrás de ti, igual que te estoy viendo a ti; y sí, tengo alucinaciones. He llevado una vida muy dura y puedo ser más malo que Caín. El médico mismo me dijo que un vaso no me haría daño. Te daré una guinea de oro por un chupito, Jim.

Cada vez se iba alterando más y esto me alarmó, porque mi padre, que ese día había empeorado, necesitaba tranquilidad; además, las palabras del doctor, ahora citadas, habían sido terminantes, y me sentía ofendido por aquel soborno.

—No quiero su dinero —le dije—, sino el que debéis a mi padre. Os traeré un vaso y ni uno más.

Cuando se lo traje, lo cogió con ansia y se lo bebió de un trago.

—Ah, sí —dijo—, esto ya está mejor, claro que sí. Y ahora, chaval, ¿cuánto tiempo dijo el doctor que debía estar en esta maldita litera?

—Una semana, por lo menos —le contesté.

—¡Rayos! —exclamó—. ¡Una semana! De eso ni hablar. Para entonces ya me habrían mandado «la marca negra». Esos rufianes deben de andar ya por ahí husmeando mi rastro; son canallas que no han guardado lo suyo y quieren echar la zarpa a lo que es de otro. ¿Es acaso esa la forma de comportarse los hombres de mar? Yo soy un tipo ahorrador; nunca malgasté mi dinero, ni tampoco lo he perdido. Pero les voy a dar esquinazo. No les tengo miedo. Me largaré a otro refugio, compadre, y los voy a burlar.

Conforme hablaba, se había incorporado con mucho esfuerzo de la cama, de modo que se aferraba a mi hombro con tal fuerza que casi me hizo gritar de dolor, y movía sus piernas como un peso muerto. Sus palabras, vigorosas como eran en su sentido, contrastaban penosamente con la voz apagada que las pronunciaba. Descansó cuando consiguió sentarse al borde de la cama.

—Ese médico me ha liquidado —murmuró—. Me están zumbando los oídos. Recuéstame.

Pero antes de que pudiera ayudarle, se desplomó sobre el lecho y permaneció un rato en silencio.

—Jim —dijo al rato—, ¿te fijaste bien en ese marinero?

—¿Black Dog? —pregunté.

—¡Ah!, Black Dog —dijo él—. Ese es un canalla; pero aún son peores los que lo envían. Escucha, si yo no puedo escaparme, si ellos me envían «la marca negra», estate con el ojo avizor; lo que andan buscando es mi viejo cofre. Coge un caballo. Sabes montar, ¿no es así? Bien, pues entonces monta y sal al galope y —sí, lo haré—, avisa a ese botarate de médico tuyo, y dile que llame a cubierta, magistrados y gente así, que pueden atraparlos a todos, a bordo del Almirante Benbow; toda la tripulación del viejo Flint, viejos y jóvenes, lo que queda de ella. Yo era el segundo de a bordo, el segundo de Flint, y soy el único que conoce dónde está el lugar. Me lo confió en Savannah, cuando se estaba muriendo, como yo ahora, ¿sabes? Pero tú no abras el pico a no ser que me manden «la marca negra», o si vieras otra vez a Black Dog, o a un marinero con una sola pierna, Jim. Este último sobre todo.

—Pero ¿qué es la marca negra, capitán? —pregunté.

—Es un aviso, compañero. Ya la verás si es que me la envían. Ahora tú ten los ojos bien abiertos, Jim, y te juro por mi honor que iremos a partes iguales.

Todavía siguió divagando un rato más, pero su voz se fue debilitando poco a poco; y al poco tiempo le di a beber su medicina, que tomó como un niño, e iba diciendo:

—Si alguna vez ha necesitado drogas un marinero, ese soy yo —y al fin cayó en un sueño profundo, y yo lo dejé.

No sé qué habría hecho si todo hubiera discurrido bien; quizá le habría contado al doctor toda esta historia, porque sentía un miedo atroz de que el capitán se arrepintiera de su confesión y tratara de liquidarme. Mas resultó que aquella misma noche mi pobre padre murió de repente, lo que hizo que quedaran a un lado las demás preocupaciones. El dolor que nos embargaba, las visitas de nuestros vecinos, la preparación del funeral y, a la vez, atender a los quehaceres de la hostería me mantuvieron tan ocupado que apenas

tuve tiempo de pensar en el capitán y menos aún de sentirme amedrentado por él.

A la mañana siguiente bajó al comedor y tomó su desayuno como de costumbre, aunque escaso, pero bebió, me temo, más ron del que solía, pues él mismo se encargó de servirse a su gusto. Tenía tal aire amenazador y daba tales bufidos por la nariz que ninguno de los presentes osó cruzarse con él. La noche antes del funeral, borracho como siempre, fue indignante oírle, en esa casa de duelo, cantar su odiosa y vieja canción marinera. Pero, aun cuando estaba débil, todos temíamos su violencia, y tampoco estaba allí el doctor, quien después de la muerte de mi padre había tenido que atender a un enfermo a muchas millas de allí. Ya he dicho lo débil que parecía el capitán; y en verdad, parecía ir debilitándose lentamente en vez de recobrar las fuerzas. Subía y bajaba las escaleras con mucha fatiga, pasaba del salón al bar y al revés, y de vez en cuando asomaba la nariz a la puerta para oler el mar; luego volvía apoyándose en los muros y respirando fatigado como quien asciende una escarpada montaña. No parecía reparar en mí y creo que se había olvidado por completo de sus confidencias; pero su temperamento era más veleidoso y más violento que nunca, a pesar de su debilidad. Era alarmante verle desenvainar su largo alfanje cuando más ebrio estaba, y ponerlo delante de él sobre la mesa. Pero, a pesar de ello, no prestaba menos atención a la gente, y parecía sumido en sus propias meditaciones. Una vez, para gran asombro nuestro, empezó a cantar una canción que jamás le habíamos oído, una especie de canción de amor campesina que debió de aprender en su juventud antes de hacerse a la mar.

Así continuaron las cosas hasta un día después del funeral en que, a eso de las tres de una tarde desabrada, heladora y envuelta en niebla, estaba yo casualmente asomado a la puerta, recordando con tristeza la muerte de mi padre, cuando divisé a lo lejos a alguien que se acercaba despacio por el camino. Se trataba de un ciego, porque iba tanteando el suelo con bastón y llevaba un gran parche verde que le cubría los ojos y la nariz; caminaba encorvado seguramente debido a la edad o al cansancio, y se cubría con un enorme capote viejo y andrajoso de marinero, con una capucha que le daba un aspecto deforme. En mi vida había visto yo una figura más siniestra. Se detuvo al llegar frente a la posada y, alzando una voz con un extraño soniquete, dijo dirigiéndose al aire frente a sí:

—¿No habrá un alma caritativa que le diga a este pobre ciego, que ha perdido la preciosa luz de sus ojos en defensa de Inglaterra, y ¡Dios bendiga al rey George!, dónde o en qué lugar de su país se encuentra?

—Estáis en la posada del Almirante Benbow, junto a la ensenada de Black Hill, buen hombre —le dije.

—Oigo una voz —dijo él—, la voz de un muchacho. ¿Querrás darme la mano, mi buen amigo, y conducirme adentro?

Le tendí la mano, y aquel ser horrible, invidente y de voz blanda, la agarró de repente como una tenaza. Yo me asusté tanto que traté a toda costa de soltarme, pero el ciego, de un fuerte tirón, me atrajo contra él.

—Ahora, muchacho —me dijo—, llévame a donde está el capitán.

—Señor —le dije—, la verdad, no me atrevo.

—¡Oh! —dijo con sorna—. ¡Es eso! ¡Llévame directamente o te rompo el brazo!
Y diciendo esto, me lo retorció con tal violencia que grité de dolor.

—Señor —le dije—, es por su bien. El capitán no es ya el que era. Está siempre con el alfanje desenvainado. Otro caballero...

—¡No repliques! ¡Vamos! —dijo interrumpiéndome; y jamás he oído una voz tan cruel, fría y desagradable como la de aquel ciego. Esto me atemorizó aún más que el propio dolor, y no me quedó más remedio que obedecerlo al instante. Lo conduje directamente hasta la puerta de la sala, donde nuestro viejo bucanero enfermo estaba sentado adormecido por el ron. El ciego seguía pegado a mí, sujetándome con el puño de hierro y apoyando sobre mí más peso del que podía soportar.

—Llévame derecho a su lado y, cuando estemos a la vista, grita: «Aquí está un amigo suyo, Bill». Si no obedeces, te haré esto —y volvió a retorcerme el brazo con tal fuerza que creí desmayarme.

Yo estaba tan aterrorizado por el ciego que me olvidé del miedo que me infundía el capitán, así que abrí la puerta de la sala, entré y dije con voz trémula lo que el ciego me había ordenado.

El pobre capitán levantó los ojos y la primera mirada le bastó para disipar los efectos del ron y para recobrar de inmediato la lucidez. La expresión de su cara, más que de terror, fue de un decaimiento mortal. Hizo intención de levantarse, pero no creo que le quedaran ya suficientes fuerzas en el cuerpo.

—Quédate donde estás, Bill —dijo el mendigo—. Aunque no puedo ver, mi oído puede sentir un solo dedo que se mueva. Vamos directos al grano. Alarga la mano izquierda. Muchacho, sujétale la mano por la muñeca y acércamela a mi derecha.

Ambos lo obedecemos al pie de la letra, y vi que el ciego le pasaba algo del hueco de la mano en que sostenía el bastón a la palma de la del capitán, que la apretó al instante.

—Y ahora ya está hecho —dijo el ciego; y diciendo esto, me soltó de inmediato y con una increíble seguridad y destreza salió de la sala y ganó el camino, desde donde, antes siquiera de que yo reaccionara, oí el toc, toc, toc de su bastón al alejarse.

Pasó algún tiempo antes de que el capitán y yo saliéramos de nuestro estupor; pero finalmente, y casi al mismo tiempo, solté yo su muñeca, que aún tenía sujeta, y él acercó la mano para mirar lo que apretaba en su palma cerrada.

—¡A las diez! —gritó—. ¡Quedan seis horas! ¡Aún les vamos a dar esquinazo!

Y se puso en pie como un rayo.

Al hacerlo, se tambaleó, se llevó la mano a la garganta, se quedó unos segundos vacilante y sin equilibrio, y después, con un extraño gemido, cayó de bruces al suelo cuan largo era.

Corrí a socorrerlo, llamando a voces a mi madre. Pero toda la prisa resultó inútil. El capitán había muerto de un fulminante ataque de apoplejía. Es algo difícil de entender, ya que nunca me había gustado aquel hombre, aunque al final había comenzado a inspirarme lástima, pero al verlo allí muerto, se me llenaron de lágrimas los ojos. Era la segunda muerte que conocía, y el dolor de la primera todavía estaba reciente en mi corazón.

CAPÍTULO IV

El cofre

No perdí tiempo, por supuesto, en decirle a mi madre todo lo que sabía y que tal vez hubiera debido decírselo mucho antes; de inmediato, nos dimos cuenta de que estábamos en una difícil y peligrosa situación. Parte del dinero de aquel hombre —si es que algo guardaba— nos pertenecía de justicia; pero no era probable que los compañeros de fatigas de nuestro capitán, sobre todo los dos individuos que yo había visto, Black Dog y el mendigo ciego, estuvieran dispuestos a ceder el botín para saldar las deudas del difunto. El encargo del capitán de ir a caballo en busca del doctor Livesey significaría dejar a mi madre sola y sin protección, y eso no estaba dispuesto a cumplirlo. En verdad, ni siquiera nos parecía posible a ninguno de los dos seguir por más tiempo en la posada. Hasta el chisporroteo de los leños en el fogón y el tic tac del reloj nos llenaba de pavor. Nos parecía oír por todas partes pasos sigilosos que se acercaban. Y entre el cadáver del capitán tendido en el suelo del salón y pensar que el siniestro ciego andaría rondando la casa, presto a aparecer, había momentos en que, como se dice, se me ponían los pelos de punta. Había que tomar una decisión inmediatamente; y se me ocurrió, finalmente, que nos marchásemos de la posada para buscar refugio en el caserío vecino. Y dicho y hecho. Con lo que llevábamos puesto, salimos corriendo en la creciente oscuridad y la heladora niebla de aquel anochecer.

Aunque no se veía, el caserío solo distaba unos cientos de metros de la otra parte de la ensenada próxima; y lo que más me animaba era que estaba situada en la dirección opuesta a aquella por la que había aparecido el ciego y por la que, probablemente, se había marchado. Recorrimos el camino en pocos minutos, aunque a veces nos detuvimos para escuchar abrazados algún ruido. Pero no se oían ruidos que no fueran los habituales; solo el suave batir de las olas contra los guijos y el graznar de los grajos en el bosque.

Ya vimos velas encendidas cuando llegamos al caserío, y nunca olvidaré la alegría que sentí al ver aquella rendija de luz que se filtraba por puertas y ventanas; y esa resultó ser la mejor ayuda que íbamos a recibir de esa población. Porque —aunque os parezca que la gente debería sentir vergüenza— nadie estaba dispuesto a regresar con nosotros al Almirante Benbow. Y cuanto más contábamos nuestras desventuras, menos se mostraban todos dispuestos —tanto hombres, como mujeres y mozos— a abandonar el cobijo de sus hogares. El nombre del capitán Flint, aunque desconocido para mí, era bastante conocido para muchos vecinos, y a todos les inspiraba terror. Algunos

labradores que habían estado trabajando las tierras de más allá de la posada recordaban haber visto varios forasteros en el camino, y, tomándolos por contrabandistas, habían salido huyendo de ellos; uno, por lo menos, aseguraba haber visto un lugre⁵ fondeado en la que llamábamos la Cala de Kitt. Por eso, la sola idea de encontrarse con alguno de los compañeros del capitán ya bastaba para infundirles un miedo cerval. Lo que a fin de cuentas ocurrió fue que, si bien varios vecinos se ofrecieron para ir a caballo hasta la casa del doctor Livesey, que, por cierto, estaba en la dirección contraria, ninguno estuvo dispuesto a echarnos una mano para defender la posada.

Dicen que la cobardía es contagiosa; pero la discusión, por el contrario, enardece mucho; así que, después de que cada uno expresara su parecer, mi madre les dirigió una alocución. Ella declaró que no estaba dispuesta a perder un dinero que pertenecía al hijo de su difunto marido.

—Si ninguno de vosotros se atreve —les dijo—, Jim y yo sí nos atrevemos. Así que vamos a coger el camino de vuelta y pocas gracias a todos, grandes cobardes, por vuestro amparo. Nosotros abriremos ese cofre, aunque nos vaya la vida en ello, y le estoy agradecida, señora Crossley, por prestarme ese bolso para traernos nuestro dinero legítimo.

Yo, desde luego, dije que iría con mi madre; y por supuesto, todos nos reconvinieron por nuestra temeridad, pero ni aun entonces hubo nadie que nos acompañara. Lo único que podían hacer era darme una pistola cargada, por si nos atacaban, y prometernos tener los caballos ensillados para el caso de que fuésemos perseguidos al regreso. También enviarían a un muchacho a casa del doctor Livesey para buscar la ayuda de gente armada.

El corazón se me salía del pecho cuando salimos en medio de la noche fría a acometer nuestro peligroso objetivo. La luna llena empezaba a ascender en el cielo apareciendo con un brillo rojizo entre los filos de las nubes más elevados de la niebla; esto aligeró nuestro paso, pues muy pronto todo estaría bañado por una luz casi como el día y no podríamos ocultarnos a los ojos de cualquiera que nos estuviera vigilando. Nos deslizamos rápidos y silenciosos a lo largo de los setos y no oímos ruido alguno que incrementara nuestro miedo, hasta haber cerrado, para nuestro alivio, tras de nosotros la puerta del Almirante Benbow.

Corrí inmediatamente el cerrojo, y permanecemos jadeantes unos instantes en la oscuridad, a solas en aquella casa con el cadáver del capitán. Enseguida, mi madre cogió una vela en la barra y, cogidos de la mano, entramos en la sala. El cuerpo yacía tal como lo habíamos dejado, tumbado de espaldas, con los ojos abiertos y un brazo estirado.

—Baja las persianas, Jim —susurró mi madre—, podrían venir y mirar desde fuera. Ahora tenemos que encontrar la llave de eso —dijo, cuando yo acabé de cerrar—, pero ¿quién se atreve a tocarlo? —me preguntó. Y no pudo reprimir un sollozo al decir estas palabras.

Me arrodillé enseguida. En el suelo, cerca de su mano, encontré un pequeño papel redondo ennegrecido por una de sus caras. No dudé de que aquello era la marca negra; y, cogiéndolo, pude leer escrito al dorso, con letra muy buena y clara, la siguiente

advertencia: «Tienes hasta las diez de esta noche».

—Tenía hasta las diez, madre —dije yo, y al tiempo de decir esto, nuestro viejo reloj empezó a dar las horas. Este sonido repentino nos sobresaltó mucho, pero la noticia era buena porque eran solo las seis.

—Venga, Jim —dijo mi madre—. Esa llave.

Registré los bolsillos del cadáver, uno tras otro; solo encontramos unas monedas, un dedal, un poco de hilo y agujas enormes, un trozo de picadura de tabaco con la punta mordisqueada, su navaja de empuñadura corva, una brújula de bolsillo y una caja de yesca. Nada más; yo ya empezaba a desesperarme.

—Quizá la lleva colgada al cuello —sugirió mi madre.

Venciendo una gran repugnancia, le desgarré la camisa y fue allí donde, colgada de un cordel embreado, que corté con su propia navaja, encontramos la llave. Este éxito nos llenó de esperanza y subimos sin perder un segundo al pequeño cuarto donde había dormido él tanto tiempo y donde permanecía su cofre desde el día de su llegada. Era un cofre igual por fuera que tantos otros que suelen usar los marineros; tenía la inicial «B» marcada en la tapa con un hierro candente y las esquinas algo destrozadas por el largo y violento uso.

—Dame la llave —dijo mi madre.

Y aunque la cerradura estaba dura, no tardó en abrirla y levantamos la tapa. Del interior salió un fuerte olor a tabaco y a brea; pero nada vimos encima sino ropa nueva, cuidadosamente cepillada y doblada. «No se la había puesto nunca», comentó mi madre. Debajo de la ropa, descubrimos los más heterogéneos objetos: un cuadrante, un vaso de estaño, varias libras de tabaco, una pareja de excelentes pistolas, un trozo de un lingote de plata, un antiguo reloj español y otras baratijas carentes de valor y de fabricación extranjera, como un par de brújulas montadas en latón y cinco o seis conchas de caracoles de las Antillas. Muchas veces después he recordado esas conchas y he pensado en lo extraño de que las llevara con él a través de su errante, criminal y aventurera existencia.

De todo este conjunto, solo aquel lingote de plata y algunas monedas tenían algún valor; pero ni el uno ni las otras nos servían de nada. Debajo de todo había un viejo capote de marino, blanqueado ya por la sal de tantos puertos. Mi madre tiró de él con enfado, y entonces descubrimos lo que había en el fondo del cofre: un paquete envuelto en hule, que parecía contener papeles, y un saquito de lona que, al tocarlo, emitió un tintineo de oro.

—Voy a enseñarles a esos canallas que yo soy una mujer honrada —dijo mi madre—. Cogeré lo que se me debe y ni un céntimo más. Sostén la bolsa de la señora Crossley.

Y empezó a echar las monedas contándolas hasta sumar la cantidad que el capitán nos había dejado a deber. La tarea fue larga y complicada, porque había monedas de todos los países y tamaños: doblones y luises de oro, y guineas y ochavos y qué sé yo cuántas más, todas revueltas en aquella bolsa. Además, las guineas que había eran muy pocas y mi madre únicamente sabía hacer las cuentas con guineas.

Aún estábamos como a mitad de la cuenta, cuando de pronto la cogí del brazo. En el

aire silencioso y helado oí un ruido que casi me paralizó el corazón: el toc toc del bastón del ciego sobre el camino helado. Se acercaba cada vez más. Permanecimos quietos, conteniendo la respiración. Después sonó un golpe fuerte en la puerta de la posada y luego oímos girar el picaporte y rechinar el cerrojo como si aquel miserable tratara de abrir; luego se hizo un largo silencio dentro y fuera. Poco después se oyó de nuevo el toc toc y —enorme alegría nuestra— se fue alejando poco a poco hasta desvanecerse en la oscuridad de la noche.

—Madre —le dije—, coge toda la bolsa y vámonos.

Porque estaba seguro de que, al haber encontrado la puerta cerrada por dentro, al ciego le entrarían sospechas y no tardaría en volver con toda la banda de facinerosos; aun así, me alegré de haber echado el cerrojo; quien no lo haya visto sabe el terror que infundía aquel horrible ciego.

Pero mi madre, a pesar de estar muerta de miedo, no consentía en quedarse con un penique más de lo que se le debía, y se obstinaba también en no contentarse con menos. Aún faltaba mucho para las siete, me decía; sabía sus derechos y los haría valer. Y así discutíamos, tratando yo de convencerla, cuando oímos de pronto un breve y apagado silbido a lo lejos, sobre la colina. Aquello fue ya suficiente, y más que suficiente, para los dos.

—Me llevaré lo que he cogido —dijo, poniéndose en pie de un salto.

—Y yo cogeré esto para cuadrar la cuenta —dije yo, echando mano al envoltorio de hule.

Un instante después bajábamos a tientas por la escalera habiendo olvidado apagar la vela junto al cofre vacío. Sin perder un segundo, abrimos la puerta y escapamos a todo correr. Menos mal que salimos a tiempo; la niebla se iba dispersando rápidamente y la Luna brillaba ya clara e iluminaba todo el terreno; solo flotaban aún tenues jirones de niebla por la hondonada del barranco y en torno a nuestra puerta que ocultaron nuestros precipitados pasos. Pero, antes de llegar a mitad de camino del caserío, casi al fondo de la cuesta, debíamos atravesar una zona a plena claridad de la luna. Y esto no era todo; pues percibimos el ruido de pisadas de gente corriendo y, al mirar atrás, en esa dirección, vimos una luz que se balanceaba entre la bruma, lo que indicaba que uno de nuestros perseguidores traía una linterna de aceite.

—Hijo mío —dijo mi madre de pronto—, toma el dinero y escapa tú. Creo que voy a desmayarme.

Esto era el fin de los dos, pensé. ¡Cómo maldije la cobardía de nuestros vecinos; y cómo culpé a mi pobre madre por su honradez y por su codicia, por su temeridad de antes y por su desfallecimiento de ahora! Por suerte, casi habíamos llegado al puente pequeño; y la ayudé, tambaleándose como estaba, hasta el borde del terraplén; allí dio un suspiro y se desplomó sobre mi hombro. No sé cómo reuní fuerzas para conseguirlo, y me temo que actué con alguna brusquedad, pero logré arrastrarla por el talud abajo hasta ocultarnos bajo el arco del puente. Ya más no podía moverla, porque el puente era tan bajo que no pude más que reptar bajo él. Allí tuvimos que quedarnos, aunque mi madre quedaba casi a la vista y tan cerca de la posada que podíamos oír todo cuanto en ella

ocurría.

[5](#). Pequeño barco con tres palos, velas al tercio y gavias volantes, de uso muy corriente en cortos recorridos en el litoral atlántico.

CAPÍTULO V

La muerte del ciego

La curiosidad fue, en cierto sentido, más fuerte que mis temores; pues no podía permanecer donde estaba, sino que me arrastré de nuevo hasta el borde del talud, y ocultando la cabeza detrás de un matorral de retama, pude observar todo el camino hasta la puerta de nuestra casa. Apenas me había apostado allí, cuando empezaron a llegar mis enemigos, unos siete u ocho, corriendo de prisa y desordenadamente por el camino, precedidos por el que llevaba la linterna. Tres corrían juntos, de la mano; y deduje, a pesar de la niebla, que el que iba en medio del trío era el mendigo ciego. Un instante después comprobé que tenía razón.

—¡Echad abajo la puerta! —gritó él.

—¡Sí, sí señor! —contestaron dos o tres.

Y se lanzaron en tromba contra el Almirante Benbow, seguidos del que sostenía la linterna. Luego les vi pararse y hablar en voz baja como sorprendidos de encontrar abierta la puerta. Pero la pausa fue breve, pues acto seguido el ciego volvió a darles órdenes. Su voz sonó estentórea, como si ardiera de codicia y rabia.

—¡Adentro! ¡Adentro! ¡Adentro! —gritó, maldiciéndolos por su indecisión.

Cuatro o cinco de ellos obedecieron en seguida y dos permanecieron en el camino junto al temible mendigo. Hubo un momento de silencio, luego una exclamación de sorpresa y, al poco, una voz gritó desde la casa:

—¡Bill está muerto!

Pero el ciego prorrumpió otra vez en maldiciones por su lentitud.

—¡Registradlo alguno de vosotros, so mastuerzos! ¡Los demás que vayan arriba a por el cofre! —volvió a gritar.

Hasta mis oídos llegaba el estruendo de sus pisadas por nuestra vieja escalera; y la casa entera parecía temblar. Al rato escuché nuevas exclamaciones de sorpresa; la ventana del cuarto del capitán se abrió de golpe, con estrépito de vidrios rotos, y un hombre asomó su cabeza y hombros iluminados por la claridad de la luna y se dirigió al mendigo ciego que estaba abajo en el camino.

—¡Pew! —gritó—. Nos han tomado la delantera. Alguien ha desvalijado el cofre, todo está patas arriba.

—¿Y eso?, ¿está ahí? —preguntó Pew.

—El dinero está ahí.

El ciego maldijo el dinero.

—¡El escrito de Flint, quiero decir! —gritó.

—Nada, no lo vemos por aquí —repuso el otro.

—¡Eh, los de abajo, mirad si lo tiene Bill! —vociferó de nuevo el ciego.

Salió entonces a la puerta uno de los que se habían quedado abajo para registrar al capitán.

—A Bill ya lo han cacheado —dijo—. No lleva nada encima.

—¡Ha sido la gente de la posada! ¡Ha sido ese chico! ¡Tenía que haberle sacado los ojos! —exclamó Pew—. Hace poco aún estaban ahí dentro; el cerrojo estaba echado cuando yo intenté abrir. ¡Vamos, muchachos, registradlo todo! ¡Buscadlos!

—No pueden andar lejos —gritó el de la ventana—, aquí hay aún una vela encendida.

—¡Dispersaos y buscadlos! ¡Tenemos que dar con ellos! —repitió Pew mientras golpeaba furiosamente con el bastón contra el suelo.

Entonces comenzó un gran alboroto en nuestra vieja posada; carreras precipitadas por aquí y por allá, estruendo y ruido por doquier, muebles que se volcaban, puertas abiertas a patadas, todo hacía resonar los peñascos de enfrente. Hasta que empezaron a salir los asaltantes, uno tras uno, asegurando que no nos localizaban por ninguna parte. En ese momento, el mismo silbido que antes nos alarmara a mi madre y a mí cuando estábamos contando el dinero del capitán se oyó de nuevo en el silencio de la noche, pero esta vez solo dos veces. Al principio creí que se trataba de la trompeta del ciego, que llamaba así a su tripulación al abordaje; pero reparé en que la señal venía desde el teso que conducía al caserío, y por el efecto que tuvo sobre los bucaneros, deduje que se trataba de un aviso de peligro.

—Es Dirk otra vez —dijo uno de los maleantes—. ¡Dos toques! Tenemos que largarnos, compañeros.

—¡Pues largaos, jauría! —gritó Pew—. Dirk siempre ha sido un miserable cobarde. ¡No le hagáis ni caso! ¡Buscad, no pueden andar lejos! ¡Dispersaos y buscadlos, perros! ¡Maldita sea mi alma! —gritó—. ¡Si yo tuviera vista!

Esta arenga pareció producir su efecto, sin duda, pues dos o tres empezaron a buscar por aquí y por allá entre el montón de leña, aunque no con mucho entusiasmo, pensé, ya que ponían más atención a su propio peligro, mientras los demás se quedaron indecisos en el camino.

—Tenéis una fortuna en vuestras manos, cretinos, y ¡os asustáis de una rata! Podríais ser más ricos que reyes si encontráis el papel y sabéis que está aquí, pero os hacéis los maulas. Ni uno de vosotros se atrevía a encararse con Bill, y yo lo hice: ¡un ciego! ¡No voy a perder esta oportunidad por culpa vuestra! ¿Voy a ser un miserable pordiosero arrastrándome mendigando un poco de ron, cuando podría ir en carroza? ¡Si tuvierais las agallas de un gorgojo en una galleta, aún los atraparíais!

—¡Al cuerno, Pew! Ya tenemos los doblones —refunfuñó uno de ellos.

—Habrán escondido el escrito —dijo otro—. Coge las monedas, Pew, y deja ya de aullar.

Aullar era la palabra exacta, hasta tal punto llegó la cólera de Pew al oír tales objeciones; al fin, estalló en ira y empezó a lanzarles bastonazos a diestro y siniestro y lo

oí golpear en las costillas de más de uno.

Estos, a su vez, lanzaban al ciego terribles maldiciones y le amenazaban mientras trataban en vano de quitarle el bastón de las manos.

Tal altercado significó nuestra salvación, porque, mientras ellos reñían, otro ruido llegó hasta nosotros desde lo alto de la cuesta del caserío: el rumor de cascos de caballos al galope. Casi al mismo tiempo se produjo el fognazo y la detonación de un pistoletazo al lado del camino. Y esa debía ser la última señal de peligro, porque los bucaneros, al escucharla, dieron vuelta y salieron corriendo, y se dispersaron por todas las direcciones; uno hacia el mar y a lo largo de la bahía, otro cruzando al sesgo la loma, y así todos, de modo que en medio minuto no había rastro de ellos, salvo de Pew. Lo habían abandonado, no sé bien si por cobardía o en venganza por sus insultos y golpes; pero allí estaba él solo y golpeaba frenético el camino con el bastón, y amagaba al aire mientras llamaba a sus camaradas. Finalmente, tomó la dirección equivocada, y pasó de prisa por donde yo estaba en dirección al caserío, gritando:

—¡Johnny, Black Dog, Dirk! —entre otros nombres—. ¡No abandonéis al viejo Pew, camaradas! ¡Al viejo Pew, no!

El atronador galopar de los caballos llegó a lo alto de la loma, y la silueta de cuatro o cinco jinetes se recortó a la luz de la luna, que se lanzaba cuesta abajo a galope tendido.

Entonces Pew se dio cuenta de su error; se dio la vuelta y echó a correr hacia la zanja, donde se precipitó rodando. Se volvió a levantar de inmediato e hizo otro intento de escaparse, ahora perplejo, justo debajo de las patas del primer caballo. El jinete trató de esquivarlo, pero fue en vano. Pew cayó y dio un grito que resonó en la noche al ser pisoteado por los cascos del animal, que lo revolcó pasando de largo. Allí quedó Pew, tendido sobre el costado; después cayó despacio sobre su rostro y se quedó inmóvil.

De un salto me puse en pie y saludé a los jinetes. Habían frenado sus monturas, horrorizados por el accidente; y pronto reconocí quiénes eran. Uno de ellos, el que cabalgaba más rezagado, era el muchacho que habían enviado los del caserío a buscar al doctor Livesey; los demás eran oficiales aduaneros a quienes halló en el camino y con los que había tenido la buena idea de regresar de inmediato. El superintendente Dance había sido informado sobre el lugre fondeado en la Cala de Kitt y precisamente por eso venía aquella noche en nuestra dirección. Esas circunstancias nos habían salvado a mi madre y a mí de una muerte segura.

Pew era ya un fiambre. En cuanto a mi madre, cuando la llevamos a caserío, un poco de agua fresca y unas sales bastaron para hacerle volver en sí, sin más consecuencias que el miedo que pasó, aunque continuó lamentándose de no haber cuadrado la cuenta del capitán. Entretanto, el superintendente y los suyos continuaron inmediatamente hacia la Cala de Kitt, pero tenían que desmontar y descender por un frondoso terreno; llevaban por las riendas a los caballos y a veces los sujetaban; temían de continuo una emboscada; pero lo que más les sorprendió fue que cuando llegaron a la Cala, el lugre ya había zarpado, aunque se hallaba todavía cerca. Dance les llamó a voces para que se detuvieran. Pero una voz le respondió aconsejándole que se quitara de la luz de la luna si no quería llevarse una ración de plomo en el cuerpo, al mismo tiempo que una bala

silbaba junto a su brazo. Poco después el lugre dobló el cabo y desapareció. El señor Dance se quedó clavado, como él mismo dijo, «como pez fuera del agua», y todo lo que pudo hacer fue enviar a uno de sus aduaneros a dar aviso al guardacostas.

—No ha servido de nada —dijo—. Nos la han jugado. De lo único que me alegro es de haber pisado los callos del maese Pew.

Porque para entonces yo ya le había contado lo que había ocurrido.

Volvimos juntos al Almirante Benbow, y no os podéis ni imaginar los estragos causados por aquellos vándalos; los muy canallas habían destrozado el viejo reloj en su furiosa búsqueda; y, aunque no lograron llevarse otra cosa que la bolsa del dinero del capitán y algunas monedas de plata guardadas en el mostrador, me di cuenta enseguida de que estábamos arruinados. Mr. Dance tampoco daba crédito a sus ojos.

—¿Consiguieron el dinero, dices? Entonces, dime, Hawkins, ¿qué fortuna andaban buscando?, ¿más dinero, tal vez?

—No, señor, más dinero no —le contesté—. De hecho creo que buscaban algo que tengo yo en el bolsillo, y, si le digo la verdad, me gustaría ponerlo a buen recaudo.

—Muy bien, muchacho —dijo él—, tienes razón. Si quieres yo puedo guardarlo.

—He pensado que, quizá, el doctor Livesey... —empecé a decir.

—Perfectamente —me interrumpió muy risueño—, perfectamente. Es un caballero y, además, magistrado. Y ahora que lo pienso, creo que debería ir yo también por allí para darle cuenta a él o al *squire* de lo ocurrido. Maese Pew está ya bien muerto; no es que yo lo lamente, pero está muerto, sabes, y hay gente dispuesta a aprovechar cualquier pretexto para inventar acusaciones contra un oficial de Su Majestad. Así que, Hawkins, si quieres, te llevo conmigo hasta allí.

Le di las gracias por su ofrecimiento y nos dirigimos caminando hasta el caserío, donde se hallaban los caballos. No acababa de contarle los planes a mi madre, cuando vi que ya estaban todos montados.

—Dogger —dijo el señor Dance—, ya que tienes un buen caballo, monta contigo a este joven.

Tan pronto como monté, agarrándome al cinturón de Dogger, el superintendente dio la señal y partimos a un trote ligero camino de la casa del doctor Livesey.

CAPÍTULO VI

Los papeles del capitán

Cabalgamos sin descanso hasta llegar ante la puerta del doctor Livesey. La fachada de la casa estaba a oscuras.

Mr. Dance me indicó que desmontara y llamara, y Dogger me cedió su estribo para hacerlo. Una criada nos abrió de inmediato la puerta.

—¿Está el doctor Livesey? —pregunté.

Me respondió que no, que el doctor había permanecido allí durante toda la tarde, pero que en aquel momento se encontraba en la mansión del *squire*, porque le había invitado a cenar con él.

—Bien, pues vamos allá, muchachos —dijo Mr. Dance.

Como esta vez la distancia era más corta, ni siquiera monté, sino que fui corriendo agarrado a la correa del estribo de Dogger hasta las puertas de la mansión y por la larga avenida de árboles sin hojas, iluminada por la luna, al final de la cual se perfilaba la blanca línea de los edificios de la mansión, rodeada por inmensos jardines antiguos. Mr. Dance desmontó y, llevándome con él, nos hicieron pasar sin dilación a la casa. Un criado nos condujo por una galería alfombrada hasta una amplia biblioteca, cubierta por estanterías llenas de libros, rematadas por esculturas. Allí estaban sentados el *squire* y el doctor Livesey, fumando sus pipas ante el fuego acogedor de la chimenea.

Yo nunca había visto tan de cerca al *squire*. Era un hombre de más de seis pies⁶ de alto y de complexión fuerte; su rostro era campechano y expresivo, de piel bien curtida y algo enrojecida y surcada por arrugas debido a sus largos viajes; las cejas eran muy negras y espesas y, al moverlas, le daban un aire de cierta firmeza, no diría que malo, pero sí temperamental y orgulloso.

—Venga usted, Mr. Dance —dijo muy ceremonioso y condescendiente.

—Buenas noches, Dance —añadió el doctor con una inclinación de cabeza—. Y buenas noches, amigo Jim. ¿Qué buenas nuevas os traen por aquí?

El superintendente, muy erguido y serio, contó lo ocurrido como quien recita una lección; y era digno de ver cómo los dos caballeros lo escuchaban con la máxima atención, intercambiándose miradas y hasta olvidándose de fumar, absortos y asombrados. Cuando oyeron cómo mi madre se había atrevido a regresar a la posada, el doctor Livesey se dio una palmada en el muslo y el *squire* exclamó: «¡Bravo!», rompiendo al tiempo su larga pipa contra la parrilla de la chimenea. Antes de que se terminase la narración, Mr. Trelawney (pues ese, como recordarán, era el nombre del

squire) se levantó de su sillón y empezó a recorrer el salón a grandes zancadas, mientras el doctor, como para oír mejor, se había despojado de la peluca empolvada. Y era sorprendente verlo allí sentado con su propio pelo, negro y cortado al rape.

Por fin, Mr. Dance terminó su relato.

—Señor Dance —dijo el *squire*—, es usted un hombre noble. Y en cuanto a la muerte de ese vil y desalmado forajido, lo considero un acto tan virtuoso como aplastar a una cucaracha. Este chico, Hawkins, es una joya. Por favor, Hawkins, ¿quieres tocar esa campanilla? Mr. Dance tomará un poco de cerveza.

—Así que, Jim —dijo el doctor—, ¿tú tienes lo que esos andaban buscando?

—Aquí está, señor —dije, y le entregué el paquete envuelto en un hule.

El doctor lo examinó de arriba abajo, como si los dedos le picaran de curiosidad por abrirlo; pero, en vez de hacerlo, se lo guardó tranquilamente en el bolsillo de su casaca.

—*Squire* —dijo—, cuando el señor Dance haya tomado la cerveza, debe seguir, por supuesto, con sus obligaciones al servicio de Su Majestad. Pero sugeriría que Jim Hawkins se quedara a dormir en mi casa, y, con su permiso, propongo que traigan el pastel de fiambre y que tome la cena.

—Como guste, Livesey —dijo el *squire*—. Hawkins bien merece algo mejor que ese pastel frío.

Así pues, trajeron un enorme pastel de pichones, que sirvieron en una mesita junto a mí, y cené copiosamente, pues tenía un hambre de lobo. Mientras tanto, felicitaron de nuevo al señor Dance y, finalmente, lo despidieron.

—Y bien, *squire* —dijo el doctor.

—Y bien, Livesey —dijo el *squire* al mismo tiempo.

—Que hable uno, uno solo a la vez —dijo riéndose el doctor—. Habrá oído hablar de ese Flint, supongo.

—¡Oído hablar! —exclamó el *squire*—. ¿Oído hablar, dice? Flint ha sido el más sanguinario pirata que surca los mares. A su lado, Barbanegra⁷ era un niño inocente. Los españoles le tenían tanto miedo, que a veces me he sentido orgulloso de que fuera inglés. Con estos ojos he visto sus gavias frente a Trinidad, y el cobarde con quien yo navegaba viró para refugiarse en Puerto España.⁸

—Sí, también he oído hablar yo de él en Inglaterra —dijo el doctor—. Pero la cuestión es: ¿atesoraba tanta fortuna?

—¡Fortuna! —interrumpió el *squire*—. ¿No conoce la historia? ¿Qué buscaban estos villanos sino tal fortuna? ¿Qué les preocupa sino el dinero? ¿Por qué otra cosa iban ellos a arriesgar el cuello?

—Eso lo sabremos pronto —contestó el doctor—. Pero es usted tan exaltado que me confunde, y no he podido contarle. Lo único que necesito saber es eso: si yo tuviera aquí, en mi bolsillo, alguna pista acerca del lugar donde Flint enterró su tesoro, ¿tendría mucho valor ese tesoro para nosotros?

—¿Valor? —exclamó el *squire*—. El valor sería el siguiente: si tenemos esa pista de la que usted habla, estoy dispuesto a fletar un barco en Bristol y llevaros a usted y a Hawkins para dar con ese tesoro, aunque tarde un año en esa empresa.

—Muy bien —dijo el doctor—. Ahora, pues, si Jim está de acuerdo, abriremos el paquete. —Y diciendo esto, colocó ante él, en la mesa, el paquetito.

El envoltorio estaba cosido y el doctor tuvo que sacar su maletín y cortó las puntadas con las tijeras de cirujano. Aparecieron entonces dos cosas: un cuaderno y un sobre sellado.

—Primero, empezaremos por el cuaderno —dijo el doctor.

El *squire* y yo mirábamos por encima de sus hombros mientras lo abría, pues el doctor me había hecho señas de que me acercase desde la mesa en que había estado cenando para participar en la pesquisa. En la primera página solo encontramos signos garabateados como escritos por mero capricho o por hacer práctica. Una repetía lo que yo había visto tatuado en el brazo del capitán: «la preferida de Billy Bones»; después leímos: «Mr. W. Bones, segundo de a bordo». «Se acabó el ron». «A la altura de Cayo Palma se lo llevó», y otros varios garabatos; la mayor parte, palabras sueltas e incomprensibles. No pude menos que imaginar quién era el que «se lo llevó» y qué era ese «lo» que se llevó. Un cuchillo en la espalda podría ser.

—No aclara mucho —dijo el doctor Livesey pasando las hojas.

Las siguientes diez o doce páginas estaban repletas de una curiosa serie de asientos. Había una fecha en una parte del final del renglón, y en la otra, una cantidad de dinero, como suelen figurar en los libros de contabilidad; pero, en lugar de anotaciones explicativas del concepto, solo había un número variable de cruces. Así, el 12 de junio de 1745, por ejemplo, se indicaba haber satisfecho a alguien una suma de setenta libras esterlinas, pero solo seis cruces explicaban el motivo. En otros casos, es cierto, se añadía el nombre de algún lugar, como «A la altura de Caracas», o una mera indicación del rumbo, como «62° 17' 20", 10° 2' 40"».

Los apuntes abarcaban cerca de veinte años, y las cantidades que reflejaba cada asiento iban haciéndose mayores con el paso del tiempo; al final, se había sacado el total tras cinco o seis sumas equivocadas, a las que se habían añadido las siguientes palabras: «Bones, su montón».

—Yo no le encuentro sentido alguno a esto —dijo el doctor Livesey.

—Pues está más claro que el agua —exclamó el *squire*—. Este es el libro de cuentas de aquel perro desalmado. Las cruces significan los nombres de navíos hundidos o de pueblos saqueados. Las cantidades son la parte que le tocaba al bribón, y, cuando tenía alguna duda, vean que añadía para precisar: «A la altura de Caracas»; vean; aquí algún desafortunado navío fue abordado. Dios se apiade de las pobres almas que lo tripulaban. Ya estarán hechos coral hace tiempo.

—¡Claro! —dijo el doctor—. ¡Lo que supone haber viajado tanto...! ¡Claro! Y las cantidades iban creciendo a medida que él ascendía de rango, ¿no?

El resto del cuaderno ya aportaba bien poco, a no ser unas referencias a lugares anotadas en las últimas páginas y una tabla de equivalencias entre monedas francesas, inglesas y españolas.

—¡Hombre hacendoso! —observó el doctor—. No era de los que se dejan engañar.

—Y ahora —dijo el *squire*— pasemos a lo otro.

El pliego estaba lacrado en varios puntos y sellado con un dedal a modo de sello, quizá el mismo que yo había encontrado en el bolsillo del capitán. El doctor abrió los sellos con gran cuidado y ante nosotros apareció el mapa de una isla con precisa indicación de su latitud y longitud, sondeos, nombres de sus colinas, bahías y estuarios, y todos los detalles precisos para que una nave fondeara con seguridad en su costa. Medía unas nueve millas de largo por cinco de ancho, y tenía la forma, se podría decir, de un enorme dragón rampante, y presentaba dos bonitos puertos bien abrigados, y una colina en la parte central, marcada como «El Catalejo». Se veían algunas adiciones posteriores al dibujo original; pero, sobre todo, tres cruces en tinta roja: dos en la parte norte de la isla y una en la suroeste. Y junto a esta última, con la misma tinta roja y con letra pequeña y nítida, muy distinta de la torpe caligrafía del capitán, estas palabras: «Grueso del tesoro aquí».

En el reverso, la misma mano había escrito la siguiente información:

Árbol alto, lomo de El Catalejo, desplazando una cuarta⁹ al N. del N.N.E.

Isla del Esqueleto E.S.E. y al E.

Diez pies.

El lingote de plata está en escondite norte; se encontrará tomando por el montículo del este, diez brazas¹⁰ al sur del peñasco negro con forma de cara.

Las armas se hallan fácilmente en la duna situada al N. punta del Cabo norte de la bahía, rumbo E. y una cuarta N.

J. F.

Y eso era todo; pero aunque era muy breve y para mí incomprensible, llenó al *squire* y al doctor Livesey de alegría.

—Livesey —dijo el *squire*—, debe dejar de inmediato ese menester suyo. Pienso salir mañana para Bristol. ¡En tres semanas..., dos semanas..., diez días! Sí, en diez días, tendremos el mejor barco, sí señor, y la tripulación más selecta de Inglaterra. Hawkins vendrá de ayudante de camarote. ¡Serás un brillante ayudante de camarote, Hawkins! Usted, Livesey, irá como médico de a bordo; yo seré el comandante. Llevaremos con nosotros a Redruth, a Joyce y a Hunter. Con vientos bonancibles, que los tendremos, la travesía será rápida y sin dificultades para encontrar el lugar, y después habrá dinero para comer bien, para revolcarnos en él y para tirarlo por la ventana el resto de nuestros días.

—Trelawney —dijo el doctor—, iré con usted y seré fiador del empeño, y también vendrá Jim, lo que será una garantía para nuestra empresa. Pero hay solo un hombre a quien temo.

—¿Y quién es? —dijo el *squire*—. Dígame el nombre de ese truhán.

—Es usted —replicó el doctor—, porque yo sé cuándo tener la boca cerrada. No somos los únicos que conocen la existencia de este documento. Esos sujetos que han atacado esta noche la posada —rufianes osados y desesperados—, así como los que les aguardaban a bordo del lugre, y otros que no debían estar muy lejos, supongo. Todos estaban compinchados, y están a las duras y a las maduras, para apoderarse de ese botín. Ninguno de nosotros debe andar solo hasta que podamos hacernos a la mar. Jim y yo estaremos juntos mientras tanto; se llevará de compañía a Joyce y a Hunter cuando vaya

a Bristol, y ninguno de nosotros ha de susurrar ni una sola palabra de lo que hemos descubierto.

—Livesey —replicó el *squire*—, siempre tiene razón. Estaré callado como una tumba.

6. Por encima de 1,85 metros de altura.

7. Famoso pirata, llamado Edward Teach, muerto en 1718. Era famoso por sus atrocidades cometidas en el área del Caribe y en la costa americana.

8. Port Spain, antiguamente Puerto España, es la capital de la Isla Trinidad (en el Estado de Trinidad y Tobago), situada frente a la desembocadura del río Orinoco. Era el lugar preferido por los piratas de toda laya y origen.

9. Una cuarta es cada una de las 32 partes en que está dividida la rosa náutica.

10. Medida de longitud que equivale a 1, 671 metros.

PARTE II
El cocinero de a bordo



CAPÍTULO VII

Mi viaje a Bristol

Costó algo más tiempo estar listos para zarpar de lo que imaginaba el *squire*, y ninguno de nuestros planes —ni siquiera las intenciones del doctor Livesey de que yo permaneciera a su lado— pudo cumplirse de forma satisfactoria. El doctor precisó ir a Londres en busca de un médico que se hiciera cargo de sus pacientes; el *squire* tuvo mucho quehacer en Bristol; y yo permanecí en su mansión bajo los cuidados del viejo Redruth, el guardabosques, igual que un prisionero, pero lleno de sueños de aventura de mar, y de imágenes de islas extrañas. Me pasé horas contemplando el mapa, de modo que sabía de memoria hasta sus más nimios detalles. Sentado junto al fuego en la habitación del ama de llaves, cuántas veces arribé a aquellas playas desde cualquier rumbo; cuántas exploré aquellos territorios; mil veces subí hasta la cima del cerro de El Catalejo y desde ella gocé de los más fantásticos y asombrosos panoramas. Alguna vez imaginaba la isla poblada de salvajes con los que combatíamos; otras la veía llena de peligrosas fieras que nos atacaban. Pero ninguno de mis sueños fue tan extraño y trágico como las aventuras que en realidad nos sucedieron.

De este modo pasaron las semanas, hasta que un buen día recibimos una carta que iba dirigida al doctor Livesey, y con la siguiente nota: «Para ser abierta, en caso de ausencia, por Tom Redruth o por el joven Hawkins». Obedeciendo la advertencia, encontramos, o más bien encontré —porque el guardabosques no era muy ducho en leer, salvo la letra impresa— las importantes noticias siguientes:

Hostería Old Anchor, Bristol, 1 de marzo, de 17—

Querido doctor Livesey:

Como ignoro si se encuentra ya en casa o si sigue en Londres, remito por duplicado la presente a ambos lugares.

El barco ya está comprado y pertrechado. Está atracado en el puerto, listo para navegar. No podéis imaginar una goleta más preciosa —hasta un niño podría gobernarla—; desplaza doscientas toneladas; su nombre, la Hispaniola.

La conseguí gracias a un antiguo amigo, el señor Blandly, quien ha demostrado en todos los trámites ser un hombre cabal. Este admirable señor se ha puesto incondicionalmente a mi servicio, igual que, he de decir, hizo todo el mundo en Bristol desde el instante en que sospecharon nuestro puerto de destino —quiero decir, el tesoro.

—Redruth —dije, interrumpiendo la lectura—, esto no le va a gustar nada a al doctor Livesey. El *squire* ha hablado después de todas sus advertencias.

—Bueno, ¿quién tiene más derecho? —gruñó el guardabosques—. Estaría bueno que

el *squire* no pudiera hablar solo porque se lo mandase el doctor Livesey, ahora sí que...

Ante tal comentario, desistí de decir otro, y continué leyendo:

El propio Blandly fue quien encontró la Hispaniola; y ha manejado todo el negocio con tanta habilidad que la he comprado tirada de precio. Verdaderamente, hay en Bristol cierta clase de gente que no aprecia a Blandly y han llegado a decir que este tipo de probada honradez sería capaz de cualquier cosa por hacerse con dinero, y que la Hispaniola era suya y que el precio por el que me la ha conseguido era exorbitante. ¡Son calumnias más que claras! Nadie niega, sin embargo, las excelencias del barco.

Hasta el momento no he tenido complicación alguna. La mano de obra, aparejadores y demás, eran más lentos que las tortugas, pero afortunadamente eso está ya resuelto. Lo que más preocupaciones me ha dado ha sido la tripulación.

Yo quería reunir una veintena de hombres —para el caso de encontrarnos con indígenas, piratas o esos odiosos franceses—, y he tenido que vérmelas y deseármelas para poder escoger apenas media docena, hasta que un extraordinario golpe de suerte me hizo topar con el hombre que necesitaba.

Andaba yo alrededor del muelle, cuando, por pura casualidad, entablé conversación con él. Me contó que había sido marinero, que ahora regentaba una taberna, que conocía a todos los navegantes de Bristol, que había perdido la salud en tierra y que buscaba un buen puesto de cocinero para poder volver a navegar. Había bajado renqueando al muelle esa mañana para respirar el aire salado del mar.

Me ha conmovido mucho —lo mismo que os hubiera pasado a vosotros—, y, por pura compasión, lo contraté allí mismo como cocinero de nuestro barco. Se llama Long John Silver, y le falta una pierna; pero eso lo consideré una recomendación, puesto que la ha perdido, en defensa de su patria, sirviendo a las órdenes del inmortal Hawke. Y no percibe ningún retiro. ¡En qué abominables tiempos vivimos, Livesey!

Bien, señor, creí haber encontrado solo un cocinero, pero fue toda una tripulación lo que descubrí. Entre Silver y yo conseguimos en pocos días reunir una partida de viejos lobos de mar, gente recia donde la haya. No es que sean un dechado de belleza, pero, por su apariencia, son de indomable coraje. Yo juraría que podríamos hacer frente a una fragata.

Long John incluso desechó a dos de los seis o siete que yo tenía contratados. Me hizo ver que no eran más que marineros mequetrefes de agua dulce, muy desaconsejables en una aventura de cierta importancia.

Me encuentro estupendamente de salud y de ánimo; tengo el apetito de un buey y duermo como un tronco, pero estoy ya deseando oír a mis viejos lobos de mar maniobrando alrededor del cabrestante. ¡Hagámonos a la mar! ¡Qué importa el tesoro! Es la gloria del mar, que se ha apoderado de mí! Así pues, Livesey, venga en seguida; no pierda ni una hora si en algo me estima.

Deje que el joven Hawkins vaya sin demora a despedirse de su madre, que lo acompañe Redruth, y después vengan ambos a toda prisa para Bristol.

John Trelawney

Post Data

Se me olvidaba decirle que Blandly (quien, por cierto, había prometido enviar una embarcación en nuestra búsqueda si no regresamos para finales de agosto) ha encontrado un sujeto admirable para capitán de la goleta: un hombre reservado, cosa que lamento, pero como marinero no tiene precio. Long John Silver ha descubierto también a un hombre muy competente para segundo de a bordo, que se llama Arrow. Y tengo un contraamaestre, Livesey, que sabe silbar las maniobras. Así pues, a bordo de la Hispaniola todo irá como en un navío oficial de guerra.

Se me olvidaba decirle que Silver es un hombre respetable; me he enterado de que tiene cuenta en un banco y que nunca ha estado en descubierto. Deja a su esposa al cuidado de la taberna, y, como es una mujer de color, creo que a un par de viejos solterones como nosotros se nos perdonará pensar que tanto la esposa como la salud son la causa que lo empuja a hacerse de nuevo a la mar.

J. T.

Post Post Data: Hawkins puede quedarse una noche con su madre.

Ya puede el lector imaginarse la emoción que me produjo la carta. No cabía en mí de alegría; y si he despreciado alguna vez a alguien, ha sido al viejo Tom Redruth, que no hacía sino gruñir y quejarse. Lo habría cambiado gustoso por cualquiera de los otros guardabosques bajo sus órdenes, pero no eran eso lo que pretendía el *squire*, y sus deseos eran órdenes para todos ellos. Nadie, excepto el viejo Redruth, se hubiera atrevido siquiera a rechistar.

A la mañana siguiente estábamos él y yo en camino hacia la posada Almirante Benbow, y allí encontré a mi madre bien de salud y con disposición de ánimo. El capitán, que durante mucho tiempo había sido causa de tanta incomodidad, estaba ya donde los malos dejan de molestar; el *squire* había mandado reparar todos los desperfectos (las habitaciones y el letrero bien pintados) y había adquirido algunos muebles más; sobre todo, un buen sillón para mi madre en el bar. También le había encontrado un joven aprendiz con el fin de que ayudase durante mi ausencia.

Fue al ver a aquel muchacho cuando entendí, por vez primera, mi situación. Hasta ese instante solo había pensado en las aventuras que me aguardaban y no en la casa que dejaba; pero entonces, viendo a aquel torpe desconocido, que iba a ocupar mi puesto junto a mi madre, no pude contener las lágrimas. Me temo que se lo hice pasar mal; pues, como era nuevo en esos quehaceres, aproveché cientos de oportunidades para reprenderlo y abochornarlo todo lo que pude.

Pasó aquella noche; y al día siguiente, después de comer, Redruth y yo nos pusimos en camino nuevamente. Dije adiós a mi madre y a la ensenada donde había vivido desde que nací, y a nuestra querida posada Almirante Benbow, que no era ya tan grata, recién pintada, para mis ojos. Uno de mis últimos pensamientos fue para el capitán, que tantas veces había paseado por aquella playa con su sombrero de tres picos, su cicatriz en la mejilla y el viejo catalejo. Un instante después doblamos la curva del camino y perdimos de vista mi casa.

Al atardecer cogimos la diligencia arriba, junto al Royal George. Fui todo el viaje estrujado entre Redruth y un viejo caballero muy fuerte, y, a pesar del traqueteo y del aire frío de la noche, me debí rendir de sueño enseguida; luego me dormí como un tronco a través de montes y valles y una parada tras otra; pues, cuando al fin me despertaron, fue de un codazo en las costillas, y al abrir los ojos, estábamos parados frente a un gran edificio en la calle de una ciudad y ya había amanecido hacía tiempo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En Bristol —dijo Tom—. Apéate ya.

Mr. Trelawney estaba alojado en una hostería, cerca del muelle, con el fin de supervisar el aprovisionamiento de la goleta. Hacia allí nos dirigimos y cogimos el camino, para contento mío, a lo largo de las dársenas donde amarraban multitud de navíos de todos los tamaños, arboladuras y banderas. En uno cantaban los marineros mientras maniobraban; en otro estaban en todo lo alto de las jarcias, colgando de sogas que no parecían más gruesas que hilos de araña. Aunque había vivido desde siempre junto al mar, me pareció que era la primera vez que lo contemplaba. El olor de la brea y

el del salitre eran nuevos para mí. Vi los más espléndidos mascarones de proa, que habían estado navegando a lo ancho del océano; vi, además, muchos viejos marineros con pendientes en las orejas y patillas rizadas en tirabuzones, con su típico andar tieso y bamboleante; y si hubiera visto, en su lugar, el paso de reyes o arzobispos, no me hubiera quedado más encantado.

Y yo mismo iba a hacerme a la mar; a la mar en una goleta, con un contramaestre dando órdenes con silbato, y con marineros con coleta cantando a coro; ¡A la mar, en busca de una isla ignota, a descubrir tesoros enterrados!

Mientras estaba aún inmerso en mis fantásticos sueños, llegamos de pronto frente a una gran hostería, en la que encontramos al *squire* Trelawney, todo vestido de oficial naval, con el uniforme de recio paño azul. Venía con una amplia sonrisa en la cara e imitando muy bien el andar marinero.

—Bueno, ya estáis aquí —exclamó—. El doctor llegó anoche de Londres. ¡Bravo! ¡La dotación del barco está completa!

—Señor —le pregunté—, ¿cuándo zarpamos?

—¡Zarpar! —repuso—, ¡mañana mismo!

CAPÍTULO VIII

En la taberna El Catalejo

Después de desayunar, el *squire* me entregó una nota dirigida a John Silver, en la taberna El Catalejo, y me dijo que el sitio no tenía pérdida, solo debía seguir toda la fila de dársenas hasta encontrar una taberna que tenía un letrero que era un enorme catalejo de latón. Eché a andar, loco de contento por la oportunidad de volver a ver los barcos anclados y el ajeteo de los marineros; y cogí el camino entre una muchedumbre de gente, carros y fardos, pues los muelles tenían a esa hora una actividad frenética, y, por fin, di con la taberna en cuestión.

Era un local de ocio pequeño, pero luminoso y agradable. El letrero anunciador estaba recién pintado; las ventanas lucían bonitas cortinas rojas y el suelo tenía recién puesta la arena. A cada lado de la taberna había una calle a la que se salía por sendas puertas, lo que permitía una buena iluminación exterior a pesar de las nubes de humo de tabaco.

Casi todos los clientes eran gente de mar; y hablaban dando tales voces, que me detuve en la entrada, casi por miedo a pasar.

Mientras esperaba, un hombre salió de una habitación lateral, y en cuanto lo vi, estuve seguro de que se trataba del propio Long John. Su pierna izquierda estaba amputada casi por la cadera y bajo el brazo sujetaba una muleta que manejaba con admirable destreza, saltando de aquí para allá como un pájaro. Era muy alto y fuerte, con un rostro más grande que un jamón —rasurado y pálido, pero inteligente y risueño—. En verdad, estaba del mejor humor; silbaba mientras iba de una mesa a otra hablando, haciendo comentarios joviales a los clientes o dando palmaditas en la espalda a los de más confianza.

A decir verdad, debo añadir que, desde que había oído hablar de Long John en la carta del *squire* Trelawney, no dejaba de sentir el temor de que pudiera tratarse del mismo marinero con una sola pierna cuya llegada tanto tiempo estuve vigilando a la puerta de la vieja posada Benbow. Pero una única mirada a aquel hombre fue suficiente. Yo había visto al capitán, a Black Dog y al ciego Pew, y creía saber bien cómo era un bucanero: alguien muy distinto a aquel tabernero aseado y de carácter amable.

Volví a cobrar ánimos, traspuse el umbral y fui directo hacia el hombre, que, apoyado en su muleta, charlaba con un cliente.

—¿Es John Silver? —le dije, alargándole la nota.

—Sí, chaval —contestó—; así me llamo. ¿Y quién eres tú? —y al ver la carta del *squire*, me pareció que se había quedado algo sorprendido.

—¡Ah, sí! —dijo levantando el tono—, tú eres nuestro grumete. ¡Encantado de conocerte!

Y estrechó mi mano entre la suya, grande y fuerte.

Justo entonces, uno de los clientes que estaba en el fondo de la taberna se levantó de repente y escapó por una puerta. Su prisa me llamó la atención y lo reconocí enseguida. Era el hombre de cara de sebo, a quien le faltaban dos dedos y había estado en la posada Almirante Benbow.

—¡Detenedlo! —grité—. ¡Es Black Dog!

—Me importa un pimiento quién sea —vociferó Silver—, pero se ha largado sin pagar su cuenta. ¡Harry, corre y atrápalo!

Un cliente, que estaba cerca de la puerta, saltó y se lanzó en su persecución.

—¡Aunque fuera el mismísimo Almirante Hawke, tiene que pagar el ron que se beba! —gritó Silver; y después, soltándome la mano, me dijo—: ¿Quién has dicho que era? ¿Black qué?

—Dog, señor —repuse yo—. ¿No les ha hablado Mr. Trelawney de los bucaneros? Ese era uno de ellos.

—¿Ah sí? —exclamó Silver—. ¡En mi casa! ¡Ben, corre y ayuda a Harry! Conque uno de aquellos bribones, ¿eh? ¿Estabas tú bebiendo con él, Morgan? ¡Ven acá!

El hombre al que llamó Morgan —un viejo marinero, canoso y de rostro curtido— se acercó con aire sumiso y mascando tabaco.

—Veamos, Morgan —dijo Long John, muy serio— ¿nunca te habías fijado en ese Black..., Black Dog? Contesta.

—Yo no, señor —respondió Morgan, haciendo una venia.

—Ni sabes cómo se llama, ¿verdad?

—No, señor.

—¡Por todos los diablos, Tom Morgan, ya puedes dar gracias! —exclamó el tabernero—, porque si frecuentas la compañía de gente de esa calaña, te aseguro que no volverás a pisar mi casa; puedes apostar lo que quieras. Y dime, ¿de qué te estaba hablando?

—No lo sé exactamente —contestó Morgan.

—¿Es una cabeza eso que llevas sobre los hombros, o una polea? —gritó Long John—. «No lo sé exactamente», ¿no? ¿Quizá no sepas exactamente con quién estabas hablando, tal vez? Vamos, contesta, ¿de qué farfullaba?, ¿puertos, algún capitán, algún barco? ¡Larga ya! ¿De qué era?

—Pues hablábamos del «paso por la quilla» —respondió Morgan.

—Del «paso por la quilla» ¿eh? Desde luego, es algo muy a propósito; de veras que sí, puedes jurarlo. Vuelve a tu mesa, botarate.

Y mientras Morgan arrastraba los pies hacia su mesa, Silver añadió, hablándome al oído en tono muy confidencial, lo que me halagó mucho:

—Es un buen hombre ese Tom Morgan, solo que estúpido. Y ahora —prosiguió en voz más alta—, a ver, ¿Black Dog, dices? No, no me suena tal nombre. Sin embargo, me da la impresión de que yo sí, de que he visto a ese granuja. Solía venir por aquí con un mendigo ciego, eso es.

—Seguro que sí ha venido, seguro —dije yo—. También yo conocí a ese ciego. Se llamaba Pew.

—¡Cierto! —exclamó Silver, ahora nervioso—. ¡Pew!, así se llamaba, y parecía un tiburón, ¡vaya si parecía! Si logramos atrapar a ese Black Dog hoy, ¡menuda sorpresa daríamos al capitán Trelawney! Ben tiene buenas piernas; pocos marineros le ganan a correr. Nos lo traerá bien maniatado, ¡por todos los diablos! Conque hablaba de «pasar por la quilla». ¡Yo sí que lo voy a pasar a él!

Mientras lanzaba esta retahíla, no paraba de moverse, renqueando con la muleta de un lado a otro de la taberna, dando golpes con la mano abierta en las mesas, y con tales muestras de indignación que hubiera convencido a los jueces de Old Bailey¹¹ o a los sabuesos de Bow Street.¹² Mis sospechas se habían vuelto a levantar, al encontrar en El Catalejo a Black Dog, y observé a nuestro cocinero con toda atención. Pero era muy taimado y harto astuto para mí; y para cuando regresaron los dos perseguidores sin aliento, confesando que habían perdido la pista entre la aglomeración de gente y que los habían insultado como ladronzuelos, yo hubiera salido fiador de la inocencia de Long John Silver.

—Ya ves, Hawkins —dijo—, ¿no tengo mala suerte con que ocurra esto ahora precisamente? ¿Qué es lo que va a pensar el capitán Trelawney? ¡Ahí tienes a ese maldito hijo de mala madre sentado en mi propia casa para beberse mi ron! Vienes tú y me lo cuentas todo muy claro; y nos da esquinazo delante de nuestros propios ojos. Hawkins, tienes que apoyarme ante el capitán. No eres más que un chaval, pero eres más listo que el hambre. Lo noté en cuanto entraste aquí. Dime, pues: ¿qué podría hacer yo con esta pata de palo con la que cojeo? Cuando yo era oficial pagador en mis tiempos, hubiera tenido que vérselas conmigo y le habría echado el guante de un manotazo, de eso puedes estar seguro. Pero ahora...

Y luego, de repente, se calló bajando la mandíbula, como si recordara algo.

—¡La cuenta! —exclamó furioso—. ¡Tres rondas de ron! ¡Que me parta un rayo si no me había olvidado la cuenta!

Y desplomándose en un banco, comenzó a reírse a mandíbula batiente hasta saltársele las lágrimas, y yo no pude resistir imitarle; y empezamos a reírnos juntos, carcajada va y carcajada viene, hasta que todos los clientes de la taberna se nos unieron y la taberna en pleno estalló en una incontenible algazara.

—¡Vaya un viejo carcamal que estoy hecho! —dijo al fin, secándose las lágrimas—. Tú y yo, Hawkins, vamos a hacer una buena pareja; y daría lo que fuera por alistarme de grumete. Pero ahora, prepárate que vamos a maniobrar. Esto no sirve. El deber es el deber, compañeros. Recojo mi sombrero de tres picos y me voy contigo a ver al capitán Trelawney a darle cuenta de este asunto. Pues fíjate, esto es muy serio, Hawkins, y no puede decirse que ni tú ni yo hayamos salido lo que yo diría demasiado airosos. Dices tú: «No hemos andado listos». Pero ¡voto a tal! Esa sí que fue buena, la de la cuenta sin cobrar.

Y volvió a lanzar tal carcajada, que, de nuevo, me contagió su regocijo.

Nuestro corto paseo por los muelles la compañía de Silver resultó fascinante para mí,

pues me fue dando toda clase de explicaciones sobre los diferentes navíos que veíamos, sobre sus aparejos, sus toneladas y sus nacionalidades y sobre qué maniobras estaban realizándose en cada uno de ellos: en este, descargando; en aquel, aprovisionando; en un tercero, aparejando ya para zarpar. Y de cuando en cuando me contaba algún suceso en la mar, historias de barcos y marineros, o me hacía repetir algún dicho o frase marinera hasta aprenderlo de memoria. Yo no tenía dudas de que Silver era uno de mis mejores compañeros de singladura.

Cuando llegamos a la residencia, el *squire* y el doctor Livesey estaban sentados, mientras acababan una jarra de cerveza con un brindis antes de subir a bordo de la goleta para hacer una visita de inspección.

Long John les contó lo sucedido de cabo a rabo con gran ingenio y sin apartarse un ápice de la verdad. «Así es como ocurrió, ¿no es verdad, Hawkins?», repetía de vez en cuando, y yo siempre pude confirmar lo dicho.

Los dos caballeros lamentaron que Black Dog hubiese logrado escapar; pero todos convenimos en que nada se podía hacer, y después de haber recibido felicitaciones, Long John cogió la muleta y salió.

—¡Esta tarde antes de las cuatro toda la tripulación a bordo! —le gritó el *squire* cuando ya se alejaba.

—¡Vale, vale, muy bien, señor! —contestó el cocinero desde el pasillo.

—Bien, *squire* —dijo el doctor Livesey—, no confío mucho en sus descubrimientos, por norma; pero he de confesarle que, este, John Silver, es un acierto.

—Este tipo es excelente —declaró el *squire*.

—Y ahora —añadió el doctor—, Jim podría venir con nosotros a bordo, ¿no le parece?

—Por supuesto —dijo el *squire*—. Coge el sombrero, Hawkins, y vamos a ver el barco.

[11.](#) Antigua sede de la Audiencia Nacional inglesa en Londres.

[12.](#) Antigua sede del Tribunal Metropolitano de Londres.

CAPÍTULO IX

Armas y munición

La Hispaniola estaba fondeada algo alejada del muelle, y la abordamos en un bote pasando bajo los mascarones de proa y las popas de otros navíos; a veces, una maroma colgando rozaba nuestra quilla o colgaba sobre nuestras cabezas. Pero al fin llegamos a la goleta, y allí nos recibió y saludó el segundo de a bordo, Mr. Arrow, un viejo marinero curtido, bizco y con pendientes en las orejas. El *squire* y él se llevaban muy bien, pero no tardé en darme cuenta de que eso mismo no ocurría entre Mr. Trelawney y el capitán.

Este último era un hombre de aire precavido y astuto, y al que parecían enojar los más nimios sucesos de a bordo, y no tardé en saber el porqué, ya que, apenas bajamos al camarote, entró detrás de nosotros un marinero, y nos dijo dirigiéndose al *squire*:

—Al capitán Smollett le urge hablar con usted.

—Estoy siempre a las órdenes del capitán. Hazle pasar —contestó el *squire*.

El capitán, que esperaba cerca de su mensajero, entró de inmediato y cerró la puerta.

—Y bien, capitán Smollett, ¿qué tiene que decirme? Bueno, ¿supongo que todo limpio y en orden y en disposición de navegar?

—Pues —respondió el capitán— mejor hablar claro, a riesgo de ofender con ello. Para ir directo al grano: ni me gusta esta travesía ni me gusta la tripulación; y no me gusta mi segundo.

—¿Tal vez, señor, no le gusta el barco? —preguntó el *squire* bastante enojado, a mi parecer.

—Nada puedo decir al respecto, puesto que aún no he navegado con él. Pero me parece una nave estupenda; más no puedo decir.

—Quizá, señor, no le place su superior, ¿no es así? —dijo el *squire*.

Pero aquí les interrumpió el doctor Livesey.

—Espere un momento —dijo—, espere un momento; estas cuestiones tan solo provocan malestar. El capitán ha dicho o demasiado o menos de lo que debía, y he de añadir que requiero una explicación de sus palabras. Afirma usted que no le gusta esta travesía. Y bien, diga por qué.

—Yo he sido contratado, señor, por medio de lo que solemos llamar «órdenes selladas» para capitanear este navío con rumbo a donde el caballero tenga a bien pedirme —dijo el capitán—. Hasta aquí muy bien. Pero ahora me encuentro con que todo el mundo, hasta el último marinero en cubierta, sabe más de lo que yo mismo sé. Yo no considero eso justo, ¿y usted?

—No —dijo el doctor Livesey—, yo tampoco.

—Además —dijo el capitán—, he oído que nos dirigimos a la búsqueda de un tesoro. Lo sé por mis propios subordinados, fíjese usted. Ahora, de entrada, un tesoro es asunto un tanto delicado; no me gustan las travesías buscafortunas bajo ningún concepto; y, mucho menos, cuando el secreto (disculpe mis palabras, Mr. Trelawney) lo sabe hasta el loro.

—¿El loro de Silver? —preguntó el *squire*.

—Es una forma de hablar —contestó el capitán—. Diseminado, eso es lo que quiero decir. Creo, señores, que ninguno de ustedes, caballeros, se da cuenta de lo que llevan entre manos; pero les voy a decir lo que pienso: vida o muerte, y el riesgo es grande.

—Todo está claro, y me temo que es como usted dice —replicó el doctor Livesey—. Afrontaremos el riesgo; pero no somos tan ignorantes como usted cree. Después, afirma usted que no le gusta la tripulación. ¿No son excelentes marineros?

—No me gustan, señor —contestó el capitán Smollett—. Y creo que debieran haberme dejado escoger mi propia tripulación, ya que tocamos ese tema.

—Quizá sí debería —replicó el doctor—. Probablemente, mi amigo debió contar con usted; pero el desaire, si lo ha habido, no fue intencionado. ¿No le gusta el señor Arrow?

—No, señor. Creo que es un buen navegante, pero es demasiado permisivo con la tripulación para ser un buen oficial. Un segundo no debe ser tan condescendiente, no debería beber con los marineros.

—¿Quiere usted decir que bebe? —exclamó el *squire*.

—No, señor —dijo el capitán—, pero sí que tiene un trato demasiado llano.

—Y bien, en resumidas cuentas, capitán —repuso el doctor—, díganos ya lo que desea.

—Bien, señores. ¿Están decididos a emprender esta travesía?

—Firmemente decididos —contestó el *squire*.

—Perfecto —contestó el capitán—. Puesto que me han escuchado con mucha paciencia, diciendo cosas que no podría probar, escúchenme unas palabras más. He visto que está siendo estibada buena provisión de armas y de pólvora en el pañol de proa. ¿Por qué no bajo los camarotes, si es el lugar apropiado? Primer punto. Luego, trae a cuatro personas con usted y me dicen que van a ser alojados junto a los camarotes de proa. ¿Por qué no darles los camarotes que hay aquí, junto al puente? Segundo punto.

—¿Alguno más? —preguntó Mr. Trelawney.

—Uno más —repuso el capitán—. Ha habido demasiado chismorreó.

—Más que demasiado —asintió el doctor.

—Os diré lo que he oído yo mismo —prosiguió el capitán Smollett—: que tienen un mapa de una isla; que hay cruces en el mapa que indican dónde se halla un tesoro y que dicha isla está situada... —e indicó la latitud y longitud exactas.

—¡Nunca he hablado de eso con nadie! —gritó el *squire*.

—Pues los marineros lo saben, señor —repuso el capitán.

—Livesey —gritó el *squire*—, deben haberse ido de la lengua usted o Hawkins.

—Poco importa quién fuera —dijo el doctor.

Y me di cuenta de que ni el señor Livesey ni el capitán prestaron gran atención a las protestas de Mr. Trelawney. Tampoco yo le creía, la verdad; tenía la lengua demasiado larga; pero, sin embargo, creo que en esta ocasión decía la verdad y que nadie había dicho la situación de la isla.

—Bien, caballeros —prosiguió el capitán—, ignoro quién tiene ese mapa; pero quiero insistir en algo: debe guardarse en secreto, y ni siquiera yo ni Arrow debemos saberlo. Si no es así, les pido mi renuncia al cargo.

—Entendido —dijo el doctor—. Lo que usted desea es que guardemos el asunto en secreto y que hagamos de la parte de popa una especie de fortín, mandado por nuestra propia gente y provisto de armas y pólvora. Dicho de otro modo: teme usted un motín.

—Señor —dijo el capitán Smollett—, no quisiera ofenderle, pero no creo que tenga derecho a poner en mi boca palabras que no he dicho. Ningún capitán, señor, se haría nunca a la mar si tuviera usted suficientes razones para decir eso. En cuanto al señor Arrow, creo que es un hombre honrado; algunos tripulantes también lo son, y no tengo motivos para dudar de que todos lo sean. Pero soy el responsable de la seguridad del barco y de todo marinero que va a bordo. Y veo que hay algunas cosas que no van lo bien que debieran. Solo les pido que adopten ciertas medidas de precaución, o bien que acepten mi dimisión. Y eso es todo.

—Capitán Smollett —dijo el doctor con una sonrisa—, ¿conoce usted la fábula del monte y el ratón? Perdóneme, pero me recuerda usted a esa fábula. Apuesto mi peluca a que, cuando entró usted aquí, quería decir algo más.

—Doctor —dijo el capitán—, es usted muy inteligente. Ciertamente, cuando entré aquí, pensé que sería despedido. No creía que Mr. Trelawney iba a escuchar ni una de mis palabras.

—Ni yo tampoco —exclamó el *squire*—. De no haber estado aquí el doctor Livesey os habría mandado al diablo. Así las cosas, ya le he oído. Haré como usted desea; pero no saco una opinión positiva de usted.

—Como le plazca, señor —dijo el capitán—. Me he limitado a cumplir con mi deber.

Y con estas palabras se despidió.

—Trelawney —dijo el doctor—, en contra de mi forma de pensar, creo que ha conseguido contratar a dos hombres honrados a bordo: ese hombre y John Silver.

—Silver sí, si queréis —afirmó el *squire*—, pero, en cuanto a este insoportable farsante, considero su conducta impropia de un caballero, de un marino y en absoluto de un inglés.

—Bueno —dijo el doctor—; ya lo veremos.

Cuando subimos a cubierta, los marineros habían empezado a estibar las armas y la pólvora, y acompañaban sus esfuerzos coreando un «yo joo», mientras el capitán y el señor Arrow inspeccionaban los trabajos.

La nueva disposición del espacio fue muy de mi agrado; toda la goleta se había puesto a punto. Se habían acondicionado seis camarotes en popa de lo que habían sido parte de los antiguos cuarteles, de forma que estos camarotes solo comunicaban con la cocina y con el castillo de proa mediante un estrecho pasadizo en babor. Fueron arreglados para

ser ocupados por el capitán, el señor Arrow, Hunter, Joyce, el doctor y el *squire*. Redruth y yo íbamos a alojarnos en dos de ellos y Mr. Arrow y el capitán iban a dormir arriba en el puente, donde la cámara había sido ensanchada por ambos lados, de modo que parecía una casa redonda; había un cuarto en el que colgar dos hamacas, y ni siquiera al segundo le disgustó el plan. Incluso él habría tenido, quizá, dudas acerca de la tripulación, pero esto es solo una sospecha; pues, como pronto oirán los lectores, no gozamos mucho tiempo del beneficio de su opinión.

Todos nosotros estábamos muy afanados cambiando de sitio la pólvora y las literas, cuando los dos últimos marineros por subir a bordo y Long John arribaron en un bote desde el puerto.

El cocinero trepó por la amura con la destreza de un mono, y, tan pronto se percató de lo que estábamos haciendo, dijo:

—¡Hola compañeros! ¿Qué pasa aquí?

—Estamos mudando la pólvora, Jack —dijo uno.

—¿¡Por qué diablos!?! —exclamó Long John—. ¡Si lo hacemos, vamos a perder la marea de la mañana!

—¡Son mis órdenes! —dijo el capitán, de forma cortante—. Puede usted bajar al camarote. Pronto va a ser la hora de la cena.

—Sí, sí, señor —repuso el cocinero con un rápido gesto de saludo y desapareció hacia sus cocinas.

—Parece un buen hombre, ¿no, capitán? —dijo el doctor.

—Es probable —replicó el capitán Smollett, quien se dirigió a los que trasladaban los barriles de pólvora gritando:

—¡Cuidado con eso! ¡Cuidado!

Y de pronto, viéndome a mí que estaba examinando el cañón giratorio que habíamos instalado en cubierta, un largo cañón de bronce del nueve, me llamó:

—¡Eh, tú, grumete! ¡Largo de ahí! ¡Baja donde el cocinero, que allí habrá tarea!

Y mientras yo salía apresurado, le oí que decía al doctor en voz bien alta:

—En mi barco no consiento favoritismos.

Les aseguro que yo coincidía bastante con la opinión del *squire*, pues odiaba profundamente al capitán.

CAPÍTULO X

La travesía

Pasamos toda la noche con gran ajeteo para ordenar las cosas en su sitio y atendiendo a las numerosas amistades del *squire*, como el señor Blandly y otros, que venían a desear una buena travesía y un feliz regreso. Jamás en la posada Almirante Benbow había yo pasado una noche tan afanada. Y estaba ya exhausto cuando, poco antes del amanecer, sonó el silbato del contramaestre y la tripulación comenzó a manejar las barras del cabrestante. Aunque hubiera tenido el doble de fatiga, no habría podido apartarme de cubierta en ese momento. Todo era tan nuevo y fascinante para mí: las órdenes tajantes, la aguda nota del silbato, los marineros raudos a sus puestos bajo la luz de los faroles.

—¡Venga, Barbecue, cántanos una canción! —dijo alguien.

—Aquella antigua —dijo otro.

—Vale, vale, compañeros —dijo Long John, que estaba apoyado en su muleta, y se arrancó a cantar aquella canción que yo conocía bien:

Quince hombres en el cofre del muerto...

Y toda la tripulación coreó sus palabras:

¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!

Y con el tercer «¡jo!» las barras empezaron a girar con brío.

Incluso en ese emocionante momento, mi pensamiento voló en un segundo a la vieja posada Almirante Benbow, y me pareció oír la voz del capitán que se unía a la de estos marineros. Pero pronto el ancla quedó izada goteando agua en la proa. Las velas empezaron a desplegarse y, casi de inmediato, barcos y tierra empezaron a pasar fugazmente a ambos lados. Y antes de que me tumbase a echar un breve sueño, la Hispaniola inició su travesía hacia la isla del tesoro.

No voy a relatar todos los pormenores de nuestro viaje. Diré que, en general, fue satisfactorio. La goleta era un magnífico barco; la tripulación era competente y el capitán entendía perfectamente su oficio. Pero antes de llegar a nuestro destino de las islas, sucedieron dos o tres cosas que merecen ser contadas.

Para empezar, el señor Arrow resultó ser aún mucho peor de lo que el capitán se temía. Carecía de autoridad sobre los marineros y estos hacían con él lo que se les antojaba; pero eso no era ni de lejos lo más grave; pues casi desde el día siguiente a zarpar, empezó a salir a cubierta con ojos vidriosos, rostro enrojecido, tartamudeando y

con otras muestras de embriaguez. Una vez y otra fue arrestado en su camarote. A veces se caía y se cortaba; otras se pasaba el día tumbado en su litera al lado del compañero. Algún que otro día estaba lúcido, y atendía a sus obligaciones de forma discreta.

Sin embargo, nunca pudimos averiguar de dónde sacaba la bebida. Ese era el misterio del barco; por mucho que lo vigilábamos, no conseguimos dar con el escondite, y, cuando incluso le preguntábamos a la cara, se limitaba a reírse si estaba borracho, o a declarar solemnemente, si estaba sobrio, que no había bebido otra cosa que agua.

No solo resultó inútil como oficial y un mal ejemplo para la tripulación, sino que estaba claro que por ese camino iba directamente a matarse pronto; de modo que nadie se sorprendió ni se entristeció cuando en una noche sin luna, con marejada, desapareció para siempre bajo las olas.

—¡Por la borda! —dijo el capitán—. Bien, caballeros, esto nos ha ahorrado la engorrosa tarea de ponerle grillos.

Pero el hecho es que nos habíamos quedado sin piloto; y fue necesario ascender de grado a otro de los tripulantes. El contramaestre, Job Anderson, era el más idóneo a bordo, y, aunque conservando su categoría, empezó a desempeñar el oficio de segundo. Mr. Trelawney que había navegado mucho con anterioridad y poseía notables conocimientos que eran útiles, también echó una mano en días de calma. También el timonel, Israel Hands, era un viejo marinero prudente, astuto y con experiencia en quien se podía confiar si fuera necesario.

Hands era el amigo más íntimo de Long John Silver, y ya que menciono su nombre, voy a hablar de nuestro cocinero, alias Barbecue, como le llamaban los marineros. Cuando iba a bordo sujetaba la muleta con una correa alrededor del cuello, para poder tener ambas manos libres. Era digno de ver cómo apoyaba el pie de la muleta contra un mamparo, para mejor afrontar los movimientos de la goleta y así hacer sus guisos como si estuviera en tierra. Más curioso aún era verle cruzar la cubierta cuando más arreciaba el temporal. Había amarrado unas cuerdas que le ayudaban a cruzar amplios espacios —«los zarcillos de Long John» los llamaban los marineros—; y, asiéndose a ellas, iba de un lado a otro bien usando la muleta, bien arrastrándola por la correa, tan rápido como cualquiera pudiera ir andando. Solo quienes habían navegado ya antes con él se compadecían por verle tan impedido.

—Barbecue es alguien fuera de lo común —me contó un día el timonel—. Recibió una buena educación de joven, y sabe hablar, cuando quiere, como un libro abierto; y es valiente; ¡ni un león lo supera! Con estos ojos lo he visto pelear con cuatro y partirles la cabeza a los cuatro, ¡y eso desarmado!

Toda la tripulación lo respetaba e incluso lo obedecía. Tenía un arte especial para tratar con cada uno y hacer a todos algún servicio especial. Conmigo no se cansaba de ser cariñoso, siempre se alegraba de verme aparecer por las cocinas, que las tenía como los chorros del oro: las cacerolas relucían brillantes y en un rincón colgaba la jaula del loro.

—Adelante, Hawkins —solía decirme—, pasa a charlar un rato con John. Nadie mejor bienvenido que tú, hijo. Siéntate y vamos a escuchar las noticias. Aquí, el Capitán Flint (le llamo así a mi loro por el famoso bucanero). Aquí, el Capitán Flint prediciendo el

éxito de nuestro viaje. ¿No es así, capitán?

Y el loro empezaba a decir a toda velocidad:

—¡Ocho reales! ¡Ocho reales! ¡Ocho reales! —y no paraba hasta quedarse sin aliento o hasta que John le tapaba la jaula con el pañuelo.

—Pues este pájaro —me decía— tiene, probablemente, doscientos años, Hawkins... y muchos viven eternamente; y si alguien ha visto más maldad, debe de ser el mismísimo Satanás. Ha navegado con England, con el gran capitán England, el pirata. Ha estado en Madagascar y en Malabar, en Surinam, en Providence y en Portobello. Ha estado en el rescate de los famosos galeones de la Plata. Es allí donde aprendió a gritar eso de «¡ocho reales!», y no es para menos: ¡más de trescientos cincuenta mil sacaron a flote, Hawkins! Estuvo cuando el abordaje al Virrey de las Indias, a la altura de Goa; y si lo miras, te parece inocente como un niño. Pero tú has olido la pólvora, ¿verdad, capitán?

—¡Todos a sus puestos! —chillaba el loro.

—¡Ah, es una verdadera alhaja! —decía el cocinero, y le daba entonces unos terrones de azúcar que llevaba en el bolsillo; y entonces el loro se agarraba con su pico a los barrotos de la jaula y empezaba a lanzar maldiciones y se portaba mal.

—Ya ves —añadía John—, no se puede jugar con fuego y no quemarse, muchacho. He aquí a mi pobrecito viejo pájaro jurando como un carretero, aunque sin malicia, puedes apostar. Juraría lo mismo, por poner un ejemplo, delante de un capellán.

Y John se tocaba el sombrero para saludar con reverencia, como siempre, lo que me hacía pensar que era el mejor de los hombres.

Entretanto, las relaciones entre el *squire* y el capitán Smollett continuaban siendo un tanto tirantes. El *squire* no se andaba con rodeos; él despreciaba al capitán. Este, por su parte, nunca hablaba sino cuando le hablaban y, aun así, cortante, breve y seco, sin malgastar palabras. Admitía, si era presionado, que había juzgado injustamente a la tripulación y que algunos marineros eran todo lo diligentes que él deseaba y que la conducta de todos era muy aceptable; en cuanto a la goleta, decía que le había cobrado verdadero afecto: «Se ciñe mejor al viento que lo que un hombre podría esperar de su propia esposa, señor, pero —añadía— sigo diciendo que aún no estamos de vuelta y que no me acaba de gustar la travesía».

El *squire*, al oír esto, solía darse media vuelta y andar a zancadas por cubierta, con la cabeza erguida.

—Una tontería más de ese hombre —solía decir— y estallo.

Sufrimos algunos temporales que no hicieron sino poner a prueba las cualidades de la Hispaniola. Y todos cuantos navegábamos en ella estábamos contentos, y mal se podría complacer a alguien que no pensara así. Porque creo que no ha habido nunca una tripulación más mimada desde que Noé se hizo a la mar. Bajo el más mínimo pretexto se les invitaba a una ronda de ponche doble; y si el *squire* oía que era el cumpleaños de alguien, había cerveza alguna que otra vez; y siempre había una barrica de manzanas destapada en mitad del barco para que cualquiera cogiera una si le apetecía.

—Nunca he visto aún que de este comportamiento salga algo bueno —decía el capitán al doctor Livesey—. Si les deja hacer sus caprichos a los del castillo de proa, les hará

unos mequetrefes. Eso es lo que creo.

Pero algo bueno vino precisamente del barril de manzanas, como vais a oír; porque de no ser por él, no habríamos tenido aviso alguno del peligro, y todos habríamos perecido traicionados.

Así fue como ocurrió.

Navegábamos ya con los vientos alisios, que nos conducían hacia la isla —no se me permite dar datos más concretos—, y nuestro rumbo iba directo hacia ella, con buenos vigías noche y día. Estábamos ya al final de nuestro viaje según nuestros cálculos; aquella noche o, a lo más tardar, antes del mediodía siguiente debíamos divisar la isla del tesoro. Llevábamos rumbo sur-suroeste, con una brisa constante de lado y un mar en calma. La Hispaniola navegaba constante, hundiendo su bauprés cada poco con una cresta de espuma. Todo iba hacia abajo en las jarcias; todos gozábamos del mejor humor al ver ya tan cerca el final de la primera parte de nuestra aventura.

Pero justo después de la puesta del sol, cuando ya había acabado mis tareas e iba derecho hacia mi camarote, se me ocurrió ir a coger una manzana. Así que corrí hacia cubierta. El vigía estaba muy atento a la inminente aparición de la isla. El timonel miraba la caída de popa de la vela silbando por lo bajo una canción; y ese era el único sonido que se oía, excepto el chapoteo del agua cortada por la proa y el lateral del barco.

Dentro del barril me metí para poder coger una manzana, pues solo quedaban unas pocas en el fondo; pero, sentado allí en la oscuridad para comerla, me quedé medio dormido, bien fuera por el rumor de las olas o el balanceo del barco. Entonces noté que alguno de los marineros más corpulentos se sentó apoyando su espalda en el barril, dándole a este un violento empujón. Me despejé de golpe y ya iba a saltar fuera de la barrica, cuando un hombre empezó a hablar. Reconocí la voz de Silver, y, antes de oír una docena de palabras, ni por todo el oro del mundo habría salido de allí, sino que me quedé escondido, temblando y escuchando, lleno de miedo y curiosidad. Porque de aquellas pocas palabras comprendí que las vidas de todos los hombres honrados de abordo dependían de mí solamente.

CAPÍTULO XI

Lo que oí dentro del barril de manzanas

—No, yo no —dijo Silver—. Flint era el capitán; yo era solamente su cabo, y además, con mi pata de palo. La misma andanada en que perdí la pierna dejó a Pew invidente. Fue un excelente cirujano el que terminó de cortármela; sí, con título y todo; y sabía latín por un tubo y qué sé yo; pero lo colgaron como a un perro y lo dejaron secarse al sol, como a todos los demás, en Corso Castle. La banda de Roberts, esos eran a los que se les ocurrió mudarles los nombres a sus barcos: Royal Fortune y nombres así. Si un barco se bautiza, no le cambies el nombre, digo yo. Como le ocurrió al Cassandra, que nos trajo seguros a nuestras casas desde Malabar, cuando el pirata England raptó al virrey de Las Indias. O el Walrus, el viejo barco de Flint, al que yo he visto todo bañado en sangre y a punto de hundirse por su excesiva carga de oro.

—¡Ah! —exclamó una voz, la del más joven de los marineros, claramente lleno de admiración—, era la flor y nata de la marinería, ese Flint.

—También Davis fue todo un hombre, por lo que yo he oído —prosiguió Silver—. Yo nunca navegué con él. Me enrolé primero con England y luego con Flint, y esa es toda mi historia; y ahora voy por cuenta propia, como aquel que dice. Con England llegué a sacar unas novecientas libras, y con Flint, sobre dos mil. No está nada mal para un marinero ordinario. Todo lo tengo metido en el banco. La cosa no es ganar, sino ahorrar, que te conste. ¿Qué fue de la cuadrilla de England? Nadie lo sabe. ¿Y de la de Flint? La mayoría estáis aquí, a bordo, y contentos del puchero; hasta hace nada estaban mendigando algunos de ellos. El viejo Pew, que había perdido la vista, y se podía decir que la vergüenza, derrochó mil doscientas libras en un año, como si fuera un lord del Parlamento. ¿Y qué ha sido de él? Ahora está muerto, bajo las escotillas; pero los dos últimos años de su vida, ¡voto a bríos!, los pasó muriéndose de hambre. Andaba pidiendo limosna y robando y segando cuellos y, aun así, muerto de hambre, ¡rayos!

—Bueno, ¿de qué nos sirve, después de todo? —dijo el marinero joven.

—No le sirve a los tontos, eso puedes estar seguro. Eso o nada —respondió Silver—. Pero ahora, escucha: eres joven, desde luego, pero más listo que nadie. Lo supe en cuanto te vi, y voy a hablarte como a un hombre.

Podéis imaginaros lo que sentí al oír a ese odioso viejo bribón dirigiéndose a otro con las mismas palabras halagadoras con que me había engañado a mí. Creo que, de haber podido, lo hubiera matado a través del barril. Mientras tanto, continuó largando sin sospechar que alguien le estaba escuchando:

—Es lo que les pasa a los caballeros de fortuna: viven en malas condiciones y siempre con la horca detrás; pero comen y beben como gallos de pelea y, cuando hacen una travesía, mira, pues tienen los bolsillos llenos con cientos de libras en vez de unos pocos ochavos. Entonces lo malgastan todo en ron y en juergas, y luego, a la mar de nuevo, sin más que la camisa que llevan encima. No es ese el rumbo que yo tomo. Yo guardo todo lo que gano; un poco aquí, otro poco allá, y nunca mucho en ninguna parte para no levantar sospechas. Tengo cincuenta años, date cuenta; a la vuelta de este viaje me retiro como un señor serio. Ya era hora, dirás. Sí, pero entretanto vivo acomodado; nunca me he privado de nada y siempre he dormido bien y he comido buenos manjares, siempre..., excepto cuando me hacía a la mar. ¿Y cómo empecé yo? ¡Pues de marinero, como tú!

—Bien —dijo el otro—, pero todo aquel dinero ha desaparecido ya, ¿no? Y después de todo esto, ni se atreva usted a asomar la cara por Bristol.

—Eh, tú, ¿dónde supones que tenía el dinero? —preguntó Silver con sorna.

—En Bristol, en bancos y sitios así —contestó su interlocutor.

—Estaba —contestó el cocinero—; estaba cuando levamos anclas. Pero a estas horas mi mujer ya lo habrá sacado todo. Y El Catalejo estará vendido, con todo el usufructo y los fondos fraudulentos y licitudes trucadas. Y ahora nos vamos a encontrar. Yo te diría dónde, porque confío en ti, pero no quiero que esto le dé envidia a los compañeros.

—¿Y se fía de su señora? —preguntó el otro.

—Los caballeros de fortuna —replicó Silver— no suelen fiarse demasiado unos de otros, y tienen razón para ello, puedes creerme. Pero tengo mis métodos, ¿sabes? Si un tío comete un error, no compartirá este mundo con el viejo John. Muchos le tenían miedo a Pew, y otros muchos también a Flint; pero el mismísimo Flint tenía miedo de mí. Y se enorgullecía de ello. Y la tripulación de Flint, la más feroz que ha pisado nunca la cubierta de un barco, que hasta el mismo diablo se hubiera acobardado de navegar con ellos. Bueno, pues voy a decirte algo, y sabes que no soy un fanfarrón y que soy llano en el trato. Pues cuando yo era cabo, el más viejo de los bucaneros de Flint era más manso que un cordero. Sí, muchacho, puedes sentirte seguro en el barco de John.

—Bueno, a decir verdad —contestó el muchacho—, el plan no me gustaba ni una pizca hasta que tuvimos esta charla. Pero ahora sí chocamos la mano.

—Eres un chico valiente y, además, listo —replicó Silver, estrechándole la mano con tal fuerza que hasta el barril donde yo estaba agazapado tembló—, y tienes la mejor estampa de caballero de fortuna que me he echado a la cara.

Ya había empezado yo a entender el sentido de aquellas palabras. Con «caballero de fortuna» querían decir ni más ni menos que un vulgar pirata, y la breve escena que yo acababa de escuchar al azar era el último acto de corrupción de un honrado marinero; acaso el último honrado que quedaba a bordo. Pero, en cuanto a esto, pronto iba a convencerme, porque Silver dio un breve silbido y un tercer personaje se acercó y se sentó junto a ellos.

—Dick está en ya en el bote —dijo Silver.

—¡Oh!, sabía yo que Dick era seguro —respondió la voz del timonel Israel Hands—. No tiene un pelo de tonto ese Dick —y masticó el tabaco y luego escupió diciendo—:

Pero lo que a mí me interesa saber es esto, Barbecue: ¿hasta cuándo vamos a estar aguantando que nos lleven de acá para allá como mercachifles? Ya estoy hasta las narices del capitán Smollett, bastante me ha jorobado ya, ¡mal rayo! Me muero ya de ganas de entrar en su camarote, ¡vaya que sí! y tomar sus vinos y sus conservas y demás.

—Israel —dijo Silver—, no tienes buena cabeza, ni la vas a tener nunca. Pero me figuro que tienes las orejas bien grandes. Entonces, escúchame: vas a seguir en tu puesto, seguirás trabajando, y te vas a estar callado, y no vas a beber ni una gota hasta que yo dé la señal, eso es lo que harás. ¿Vale, chico?

—Bueno, ¿y te digo yo que no? —gruñó el timonel—. Lo que yo te pregunto es ¿cuándo? Eso es lo que digo.

—¡Cuándo! ¡Rayos y truenos! —replicó Silver—. Bien, pues si quieres saberlo, te lo voy a decir: el último momento que ya no controle. Entonces será el momento. Tenemos a un marino de primera, al capitán Smollett, que está mandando bien nuestro barco; están el *squire* y el doctor, que guardan el plano... yo no sé dónde lo esconden, ¿no es así? Ni tú tampoco, dirás. Así que pienso que lo mejor es dejar que el *squire* y el doctor lo encuentren, y nos ayuden a subirlo a bordo, ¡mal rayo!; luego ya veremos. Si yo tuviera la suficiente confianza en vosotros, so bribones, dejaría que el capitán Smollett nos llevara hasta la mitad del camino de regreso, y entonces daría el golpe.

—¿Por qué, si aquí somos todos marineros? —dijo el joven Dick.

—Somos marineros de castillo de proa, quieres decir —replicó Silver, disgustado—. Sabemos seguir un derrotero, pero ¿quién lo va a fijar? Ahí es donde os diferenciáis todos vosotros, caballeros, del primero al último. Si por mí fuera, dejaría al capitán Smollett que nos llevara de vuelta, por lo menos hasta llegar a los alisios; eso nos ahorraría muchos problemas y quizá hasta un mal trago de agua de mar. Pero os voy conociendo. Acabaréis con ellos en la isla en cuanto el dinero esté a bordo, y será una lástima. Pero no estáis contentos si no estáis borrachos; ya sé que no podré hacer nada. ¡Así reviente, aborrezco tener que navegar con gente así!

—¡Tranquilo, Long John! —exclamó Israel—. ¿Quién está en contra tuya?

—¿Cuántos buenos barcos, pues, crees que he visto yo abordados? ¿Y cuántos buenos mozos he visto colgados curándose al sol en el Muelle de Ejecución? —replicó Silver—. Y todo por la misma prisa, la prisa, la prisa. ¿Tú me escuchas? Yo ya he visto algunas cosas en el mar. Si supierais llevar el rumbo, y una pizca a barlovento, iríais como en carroza, claro que sí. ¡Pero vosotros no! Os conozco. Os llenaréis de ron mañana, y luego que os cuelguen.

—Todos saben que eras una especie de fraile predicador, John; pero hay otros que llevaban el timón tan firme como tú —dijo Israel—. Les agradaba un rato de juerga, por supuesto. No eran tan estirados ni tan secos como tú, eso ni hablar; pero se unían a la juerga como buenos compañeros.

—¿Ah sí? —respondió Silver—. Y bien, ¿dónde están ahora? Pew era uno de esos y murió en la miseria. Flint era otro y el ron lo mató en Savannah. Sí, sabían correrse buenas juergas, pero ¿dónde están ahora?

—Cuando tengamos al *squire* y a los suyos bien trincados —preguntó Dick—, ¿qué

vamos a hacer con ellos?, a ver.

—¡Así me gusta que hablen los hombres! —exclamó el cocinero con un gesto de admiración—. ¡Eso es ir al grano! Bueno, ¿tú qué harías? ¿Dejarlos en la isla como a náufragos? Así lo habría hecho England. ¿O los degollarías como a cerdos? Es lo que habrían hecho Flint o Billy Bones.

—Billy era muy capaz de hacer eso —dijo Israel—. «Los muertos no muerden», solía decir. Pero él también está ya muerto; debe saber bastante de eso. Si alguna vez entró en un puerto un hombre duro, ese era Billy.

—Tienes razón —dijo Silver—; duro y dispuesto a todo. Pero fíjate en una cosa: yo soy un hombre tranquilo; como tú dices, podría pasar por un caballero; pero ahora se trata de algo serio, y el deber es el deber, compañeros. Así que mi voto es: ¡muerte! Cuando esté en el Parlamento y vaya paseando en mi carroza, no quiero ver que ninguno de estos picapleitos del mar que llevamos a bordo aparezca de pronto, como el diablo cuando se reza. Yo lo que digo es que hay que esperar; pero cuando llegue la hora, ¡a por todas!

—John —exclamó el timonel—, ¡tú sí que eres un hombre!

—Ya me lo dirás, Israel, cuando lo veas —dijo Silver—, pero hay algo que reclamo: quiero a Trelawney para mí solo. Voy a arrancarle esa cabeza de vaca con estas manos. ¡Dick! —añadió entonces Silver, cambiando el tema—, anda, chico, tráeme una manzana de esas, que me refresque el gaznate.

¡Ya os podéis imaginar mi espanto! Debería haber saltado fuera, si no me hubieran fallado las fuerzas; pero se me paralizaron los miembros y me faltó el valor. Oí cómo Dick se incorporaba, y entonces alguien le paró, y la voz de Hands exclamó:

—¡Bah, deja eso! No te pongas ahora a chupar esa porquería, John. Vamos a echar un trago de ron.

—Dick —dijo entonces Silver—, confío en ti. Tengo puesta una marca en el barril, ten cuidado. Toma la llave, llena un cuartillo y súbenoslo, anda.

Aunque estaba aterrado, comprendí entonces que fue así como Mr. Arrow se cogió la borrachera que acabó con él. Dick no tardó en volver, y durante su ausencia, Israel habló algo al oído del cocinero. No pude captar más que algunas palabras, y aun así me enteré de cosas importantes, porque entre las palabras sueltas sobre el mismo tema pude escuchar esta frase: «Ni uno más de ellos se unirá a nosotros». De lo que deduje que aún quedaban hombres leales a bordo.

Cuando Dick regresó, uno tras otro de los tres cogió el cuartillo y brindaron: «Por la buena suerte», dijo uno; «por el viejo Flint», el otro, y por último, Silver, con cierto sonsonete, exclamó: «A nuestra salud y viento en las velas, buena comida y un buen botín».

En ese momento se iluminó de repente el interior del barril, y, al mirar hacia arriba, vi que había salido la luna y plateaba la cofa del palo de la mesana y hacía resplandecer la blancura de la lona de la cangreja. Y casi al mismo instante, la voz del vigía anunció:

—¡Tierra a la vista!

CAPÍTULO XII

Consejo de guerra

Se produjo un gran revuelo de pisadas a bordo. Oía todo el tumulto de los marineros que subían a cubierta desde sus camarotes y ocupaban el castillo de proa. Deslizándome entonces en un santiamén fuera del barril, me colé bajo la vela cangreja, di un rodeo por la popa, y aparecí en cubierta a tiempo para unirme a Hunter y el doctor Livesey que corrían hacia proa por barlovento.

Todos los marineros estaban ya reunidos en cubierta. Unas franjas de niebla habían aparecido al mismo tiempo que salía la luna. Y allá lejos, hacia el suroeste, divisamos dos colinas no muy altas, separadas un par de millas, y, alzándose tras una de ellas, una tercera más alta, cuya cumbre aún aparecía envuelta en la bruma. Las tres colinas parecían escarpadas y de forma cónica.

Eso fue lo que contemplaba yo, casi como en un sueño, pues aún no me había recuperado del aterrador miedo que había pasado hacía uno o dos minutos. Y luego oí la voz del capitán Smollett dando órdenes. La Hispaniola maniobró un par de cuartas a favor del viento y tomó el rumbo que abordaba la isla por el Este.

—Vamos a ver, muchachos —dijo el capitán, cuando acabó la maniobra de las velas—, ¿alguno de vosotros ha estado antes en esa isla de ahí enfrente?

—Yo sí, señor —dijo Silver—. Yo he repostado agua cuando iba de cocinero en un barco mercante.

—El fondeadero está situado al sur, detrás de un islote, ¿no es así? —preguntó el capitán.

—Sí, señor; la isla del Esqueleto, la llaman. Era un refugio de piratas, en otro tiempo, y un marinero que venía a bordo conocía todos los nombres de estos parajes. Aquella colina que hay al norte se llama la colina del Trinquete; hay tres montañas alineadas hacia el sur: Trinquete, Mayor y Mesana, señor. Pero la más alta, aquella que tiene la cumbre envuelta en niebla, a esa se le suele llamar El Catalejo, porque ponían un vigía de guardia cuando los piratas estaban abajo en la ensenada limpiando el anclaje; ya que allí es donde limpiaban la mierda de los barcos, señor, con perdón.

—Aquí tengo un mapa —dijo el capitán Smollett—. Mire usted si es ese el sitio.

Los ojos de Long John resplandecieron al coger el mapa; pero, por lo nuevo que parecía el papel, supe que le defraudaría. Esta no era más que una copia del que hallamos en el cofre de Billy Bones, pero era una copia fiel y completa en todo —nombres, altitudes, fondos—, a excepción de las cruces rojas y las notas escritas. Pero

por grande que fuera su enojo, Silver tuvo la fuerza mental para disimularlo.

—Sí, señor —dijo—, este es el sitio, no hay duda; y muy bien dibujado que está. ¿Quién lo habrá hecho? Los piratas eran demasiado ignorantes para hacerlo, pienso yo. ¡Ah!, mire, capitán, aquí está: «El fondeadero del capitán Kidd», así lo llamaba mi compañero. Aquí hay una corriente muy fuerte que arrastra hacia el sur y luego remonta al norte a lo largo de la costa oeste. Ha hecho usted bien, señor, en capear el viento y mantener a distancia la isla —agregó—. Al menos, si vuestra intención es fondear para carenar, desde luego no hay mejor lugar por esta costa.

—Gracias, hombre —dijo el capitán Smollett—. Ya le pediré ayuda más adelante, si lo necesito. Puede usted retirarse.

Yo estaba asombrado de la espontaneidad con que Silver exhibía su profundo conocimiento de aquellas tierras; y admito que sentí miedo cuando vi que se acercaba a mí. No sabía —estoy seguro—, que yo había oído su conversación desde el barril de manzanas, y aun así, me infundía ya un enorme pavor por su crueldad, su doblez y su poder sobre los otros, de modo que apenas pude disimular un estremecimiento cuando me puso la mano en el brazo.

—¡Ah! —dijo—, es un bonito lugar esta isla; un bonito sitio para salir y que lo vea un muchacho como tú. Podrás bañarte, trepar a los árboles, cazar cabras y escalar aquellos montes como si fueras una cabra. Esto me vuelve a hacer sentir joven. Ya me hace hasta olvidar mi pata de palo. Es algo hermoso ser joven y tener los diez dedos de los pies, tenlo por seguro. Cuando quieras ir a explorar la isla, no tienes más que decírselo al viejo John, y te prepararé un bocado para que te lo llesves.

Y dándome una palmadita muy cariñosa en el hombro, salió cojeando y bajó a su cocina.

El capitán Smollett, el *squire* y el doctor Livesey estaban conversando bajo la toldilla, y a pesar de arder en deseos de contarles lo sucedido, no me atreví a interrumpirles bruscamente. Mientras buscaba un pretexto para dirigirme a ellos, el doctor me indicó que me acercara. Había olvidado su pipa en el camarote y, como era esclavo del tabaco, me rogó que se la trajese; pero cuando estaba cerca para hablar y no ser escuchado por otros, le dije al doctor:

—Tengo que hablar con usted, señor. Haga que el capitán y el *squire* bajen al camarote y llamadme allí luego con cualquier excusa. Tengo noticias terribles.

El doctor cambió un tanto el semblante, pero se dominó al instante.

—Muchas gracias, Jim —dijo en voz alta disimulando—; eso es todo lo que quería saber —como si me hubiera preguntado cualquier cosa.

Y con eso, me dio la espalda y continuó su conversación. Hablaron un rato más y, aunque ninguno de ellos se alteró ni alzó la voz ni exclamó nada, estaba claro que el doctor Livesey les había comunicado mi ruego; pues lo siguiente que oí fue al capitán dar una orden a Job Anderson, y este convocó con el silbato a toda la tripulación en cubierta.

—Muchachos —dijo el capitán Smollett—, tengo que deciros unas palabras. La tierra que tenemos a la vista es el lugar hacia el que navegábamos. El señor Trelawney, que es un caballero generoso como ya todos habréis comprobado, me ha pedido la opinión, y le

he informado de que todo el mundo a bordo, los de arriba y los de abajo, ha cumplido con su deber a mi entera satisfacción. Por eso él, el doctor y yo bajaremos ahora al camarote para brindar a vuestra salud y por vuestra suerte, y a vosotros se os servirá ponche para brindar a nuestra salud y fortuna. Os diré qué me parece: creo que es un gesto bonito. Y si pensáis lo mismo, gritad un fuerte «¡hurra!» marinero por ese caballero.

Escuchamos aquel brindis —eso era de esperar—; pero sonó tan vibrante y entusiasta, que confieso que me costaba creer que aquellos hombres estaban conspirando contra nuestras vidas.

—¡Otro «¡hurra!» por el capitán Smollett! —gritó entonces Long John, cuando se apagaron los primeros vítores. Y también este segundo fue dado con toda el alma.

Inmediatamente los tres caballeros bajaron al camarote y poco después me enviaron el mensaje de que a Jim Hawkins se le requería abajo. Los encontré sentados en torno a la mesa ante una botella de vino español y unas pasas; el doctor fumaba con agitación y se había quitado la peluca y la tenía sobre las rodillas, lo cual era señal de que sentía ansiedad. La portilla de popa estaba abierta, pues era una noche en extremo calurosa, y se veía a la luna rielar sobre la estela del barco.

—Y bien, Hawkins —dijo el *squire*—; creo que tienes algo que contarnos. Habla.

Así lo hice, y con las palabras más breves de que fui capaz, relaté lo que había oído de la conversación de Silver. Ninguno de ellos me interrumpió hasta que hube acabado; los tres permanecieron inmóviles y con sus ojos fijos en mí desde el principio hasta el final.

—Jim —dijo el doctor Livesey—, coge esa silla.

Me hicieron sentarme a la mesa junto a ellos; me sirvieron una copa de vino, me llenaron las manos de pasas y entonces, uno tras otro y con una inclinación de cabeza, brindaron a mi salud, agradecidos por mis servicios, mi suerte y mi valor.

—Pues, capitán —dijo el *squire*—, tenía razón y yo estaba equivocado. Confieso que soy un burro, y estoy a sus órdenes.

—No más burro que yo, señor —contestó el capitán—. Porque jamás he oído de una tripulación que intente amotinarse y no dé antes ciertas señales, pues cualquiera que tenga ojos en la cara puede ver el mal que se está fraguando y así prevenirlo y tomar medidas. Pero esta tripulación —añadió— me ha engañado.

—Capitán —dijo el doctor—, con su permiso, creo que el causante de todo es Silver. Un hombre muy sorprendente.

—Más sorprendente me parecería colgado del penol de una verga, señor —repuso el capitán—. Pero esto es hablar por hablar, esto no lleva a nada. Hay tres o cuatro puntos, con permiso del Mr. Trelawney, que quiero exponeros. Los diré.

—Señor, es usted el capitán. Tiene el turno de palabra —dijo el *squire* condescendiente.

—Primer punto —comenzó el señor Smollett—: tenemos que continuar porque es imposible el regreso. Si diese ahora la orden de zarpar, se amotinarían en el acto. Segundo punto: tenemos algún tiempo por delante, al menos hasta encontrar ese tesoro. Y tercer punto: quedan aún marineros leales. Bien, señor, más temprano o más tarde

habrá enfrentamiento, y lo que yo propongo es coger la ocasión por los pelos, como suele decirse, y atacar nosotros precisamente el día que menos lo esperen. Podemos contar, supongo, con vuestros criados, ¿no es así, Mr. Trelawney?

—Como conmigo mismo —declaró el *squire*.

—Son tres —dijo el capitán echando cuentas—, y con nosotros sumamos siete, incluyendo al joven Hawkins. Ahora hay que tratar de averiguar quiénes son los marineros leales.

—Probablemente los que contrató personalmente el señor Trelawney —dijo el doctor—; los que enroló antes de dar con Silver.

—No —interrumpió el *squire*—. Hands fue uno de los que yo contraté.

—Jamás lo hubiera pensado de Hands —declaró el capitán.

—¡Y pensar que son todos ellos ingleses! —exclamó el *squire*— ¡Ganas me dan de volar el barco!

—Pues bien, caballeros —dijo el capitán—, todo lo que pueda yo añadir no es gran cosa. Debemos aguardar, por favor, y estemos con los ojos bien abiertos ante la situación. Es difícil de soportar, lo sé. Sería más llevadero romper el fuego de una vez. Pero de nada nos sirve mientras no sepamos con quiénes podemos contar. Estemos vigilantes y alerta a cualquier movimiento, esa es mi opinión.

—Jim —dijo el doctor— es quien mejor puede ayudarnos. Los marineros están confiados con él, y Jim es un buen observador.

—Hawkins, toda mi confianza la deposito en ti —añadió el *squire*.

Me sentí abrumado por tanta responsabilidad, ya que me sentía incapaz de cumplir mi cometido; y sin embargo, debido a una extraña acumulación de circunstancias, sería de mí, precisamente, de quien dependería la salvación de todos. Mientras tanto, por mucho que habláramos, lo cierto es que solo podíamos confiar en siete de los veintiséis que íbamos a bordo; y de los siete, uno era un muchacho, de modo que nuestro bando solo contaba con seis hombres, contra los diecinueve de ellos.

PARTE III
Mi aventura en tierra



CAPÍTULO XIII

Cómo empecé mi aventura en la isla

Cuando a la mañana siguiente subí a cubierta, el aspecto de la isla había cambiado por completo. Aunque la brisa había amainado, habíamos navegado un buen trecho durante la noche y nos encontrábamos entonces detenidos en la calma como a media milla al sureste de la costa oriental, que era la más baja. Bosques grisáceos cubrían gran parte del paisaje. Esa tonalidad monótona se salpicaba con sendas de arena amarilla en la zona baja y con árboles altos, de la familia pinácea, que destacaban por encima de otros, solitarios o en grupos, pero el tono general era uniforme y triste. Los montes sobresalían de la vegetación en espirales de pura roca. Todos tenían formas extrañas, y El Catalejo, que sobrepasaba a los demás en doscientos o trescientos pies, era el de forma más extraña; estaba cortado a pico por sus laderas y en la cima se truncaba bruscamente, lo que le daba la forma de un pedestal para colocar una estatua.

La Hispaniola se balanceaba hundiendo sus imbornales en las aguas. Los botalones tensaban con fuerza los motones; y el timón, suelto, daba bandazos de un lado a otro. Todo el barco crujía, chirriaba y brincaba como una factoría. Tuve que agarrarme con fuerza a un cabo, pues el mundo parecía girar con vértigo ante mis ojos; y aunque para entonces ya me había convertido casi en un marinero avezado, el estar en aquella calma y meciéndonos como una botella vacía entre las olas era algo que no había aprendido nunca a soportar sin aprensión, sobre todo con el estómago vacío, como estaba aquella mañana.

Quizá fuera eso —o acaso el aspecto de la isla con sus bosques grises y melancólicos y sus abruptas agujas rocosas y el rumor de las olas contra la escarpada costa—, pero lo cierto es que, aunque el sol resplandecía hermosísimo y las gaviotas pescaban y chillaban a nuestro alrededor, y a pesar de que pensara que cualquiera se alegraría de pisar tierra después de una larga travesía, el alma se me cayó a los pies, como suele decirse, y desde esa primera impresión me inspiró odio el pensamiento mismo de la isla del tesoro.

Pasamos una mañana atareada en las más pesadas faenas, pues no veíamos señal alguna de viento, y era necesario sacar los botes y conducirlos remando, y alabear la goleta a tres o cuatro millas doblando la esquina de la isla para enfilear luego el fondeadero situado detrás de la isla del Esqueleto. Yo me ofrecí voluntario para remar en uno de los botes, donde, por supuesto, no hice ninguna falta. El calor resultaba sofocante y los marineros maldecían a cada golpe de remo. Anderson patroneaba mi bote y, en vez de mantener la disciplina, maldecía más alto que ninguno.

—¡Vaya! —vociferaba jurando—, esto no va a durar mucho.

Pensé que aquella no era una buena señal; pues hasta entonces, los marineros habían cumplido con presteza y diligencia sus deberes; pero la vista de la isla había relajado las ataduras de la disciplina.

Mientras remolcábamos la goleta, Long John no se separó del timonel y fue marcando el rumbo. Conocía aquel canal como la palma de su mano; y, aunque el marinero que iba sondeando en proa siempre anunciaba más profundidad que la que constaba en la carta, John no titubeó ni una sola vez.

—Aquí hay un arrastre muy fuerte con la marejada —dijo—, y este canal ha sido dragado, como si dijéramos, con una azada.

Anclamos precisamente donde se indicaba en el mapa, como a un tercio de milla de cada orilla; de un lado, la isla principal, y de otro, la isla del Esqueleto. El fondo se veía arenoso en el agua transparente. Al largar el ancla alzaron el vuelo nubes de pájaros que llenaron el bosque con sus chillidos y graznidos; pero en menos de un minuto se posaron de nuevo y todo se volvió más silencioso.

El fondeadero estaba muy bien protegido de los vientos y rodeado de frondosos bosques, cuyos árboles llegaban hasta el agua misma; las orillas eran llanas y las cumbres de los montes se alzaban alrededor a distancia como una especie de anfiteatro. Dos riachuelos, o mejor, dos marismas desembocaban en esta especie de estanque, por llamarlo así; y el follaje de esa parte de la costa tenía un lustre ponzoñoso. Desde el barco no se llegaba a divisar la pequeña caseta o empalizada del mapa, ya que estaba enterrada entre los árboles; y de no ser porque el mapa lo indicaba, hubiéramos podido creer que éramos los primeros que echaban allí el ancla desde que la isla emergió de los mares.

No corría el menor soplo de aire, y el silencio solo era roto por el ruido de las olas al chocar contra las largas playas y el acantilado a media milla de distancia. Un olor de agua estancada flotaba en el fondeadero a modo de hojas y troncos de árboles podridos. Vi que el doctor no paraba de olfatear, como quien examina un huevo poco fresco.

—Ignoro si habrá por aquí algún tesoro —dijo—, pero apuesto mi peluca a que es lugar propicio para fiebres.

Si el comportamiento de la tripulación ya me había inquietado en los botes, cuando regresaron a bordo se hizo verdaderamente amenazador. Estaban tendidos en cubierta, gruñendo entre sí en voz baja. La más ligera orden era recibida con torvas miradas y obedecida de mala gana. Hasta los marineros leales parecían haberse contaminado del ambiente, pues no había nadie a bordo que corrigiera a los demás. El motín, estaba claro, se sentía amenazador en el aire como una nube de tormenta.

Y no éramos nosotros solo quienes percibíamos el peligro. Long John se afanaba corriendo de corrillo en corrillo, dando buenos consejos y tratando de mostrarse poco amenazador. Incluso se excedía en diligencia y buenos modales; era todo sonrisas y halagos. Si se daba una orden, John se ponía rápido en pie sobre su muleta, con el más animado «¡sí, sí, señor!» del mundo. Y cuando no había otra cosa que hacer, entonaba una canción tras otra, como para ocultar el descontento de los demás.

De todos los signos pesimistas de aquella tarde sombría, la ansiedad de Long John me pareció el más grave.

Nos volvimos a reunir en el camarote para celebrar consejo.

—Señor —dijo el capitán—, si vuelvo a dar un orden, todo el barco se nos va a amotinar; ya ve, señor, esta es la situación. Me contestan de forma bronca, ¿no? Y si les respondo, se encienden hogueras de enojo. Y si no les respondo, Silver no tardará en darse cuenta de que hay gato encerrado, y nuestras bazas se acaban. Pues bien, solo podemos confiar en un hombre.

—¿Y quién es?— preguntó el *squire*.

—Silver, señor —respondió el capitán—, que tiene tanto interés como vos o yo en apaciguar la situación. Esto es una riña entre ellos; Silver les hablaría para serenarlos si tuviera la ocasión de hacerlo; y lo que propongo es que le demos esa oportunidad. Demos a la tripulación una tarde libre y que vayan a tierra a su antojo. Si desembarcan todos, nos apoderaremos del barco y nos haremos fuertes. Si ninguno decide ir a tierra, en ese caso tomamos el puente de mando y que Dios nos ayude. Y si solo unos cuantos desembarcan, escuchadme bien, Silver los traerá de vuelta más mansos que corderos.

Quedó decidido así. Se repartieron pistolas cargadas a todos los hombres seguros; a Hunter, a Joyce y a Redruth se les puso al corriente de lo que pasaba, y recibieron la noticia con menos sorpresa y con mejor ánimo de lo que esperábamos; después el capitán subió a cubierta y les habló a los marineros:

—Muchachos —les dijo—, hemos tenido un día muy caluroso, y estamos todos cansados y algo enfermos. Creo que bajar a tierra no le vendría mal a nadie. Los botes están aún en el agua; quienes quieran pueden usarlos y pasar la tarde en la isla. Os avisaré con un cañonazo media hora antes de la puesta de sol.

Creo que aquellos estúpidos marineros se figuraban que nada más desembarcar se iban a tropezar de bruces contra un tesoro, pues su estado de irritación se disipó en un instante y prorrumpieron en un «¡hurra!» cuyo eco resonó en las colinas lejanas y asustó de nuevo a los pájaros, que salieron volando sobre la ensenada.

El capitán era demasiado astuto para aparecer por cubierta. Desapareció como por ensalmo en unos segundos y dejó que Silver organizara aquella expedición. Y creo que estuvo muy acertado, porque de haber permanecido allí, no hubiera podido seguir fingiendo que desconocía la situación. Estaba más clara que el agua. Silver hacía de capitán, y mandaba en aquella tripulación de amotinados. Los marineros fieles —y yo pronto vi que aún quedaban algunos a bordo— debían ser unos torpes botarates. O, más bien, probablemente lo que ocurría es que todos estaban, unos más que otros, descontentos por el mal ejemplo de sus cabecillas; y unos pocos, que en el fondo eran buena gente, se negaban a seguir navegando más lejos. Una cosa era hacerse los remolones y escaquearse, y otra muy distinta apoderarse por la fuerza de un navío y asesinar a unos cuantos inocentes.

Por fin, se organizó la expedición. Seis marineros quedaron a bordo y los trece restantes, incluido Silver, embarcaron en los botes.

Entonces fue cuando se me ocurrió la primera de las descabelladas ideas que tanto

contribuyeron a salvar nuestras vidas. Si Silver había dejado a seis hombres a bordo, era evidente que nosotros no podríamos hacernos con el barco y defenderlo; y ya que solo eran seis, tampoco mi presencia a bordo hubiera servido de mucha ayuda. Así que se me ocurrió, de repente, desembarcar también. Sin pensármelo dos veces, me descolgué por un lado del barco y me acurruqué en el castillo de proa del bote más cercano casi al mismo tiempo en que empezó a moverse.

Nadie se fijó en mí, solamente el remero de proa, que me dijo:

—¿Eres tú, Jim? Agacha la cabeza.

Pero Silver, que iba en otro bote, miró fijamente hacia el nuestro, y dio una voz preguntando si yo estaba allí; y desde ese momento empecé a arrepentirme de lo que había hecho.

Las dos tripulaciones competían por llegar primero a la costa; pero mi bote, que era más ligero que el otro y estaba mejor gobernado, tomó una buena delantera y dio con la proa ente los árboles de la orilla. Yo me agarré a una rama para saltar fuera y me lancé lo antes posible hacia la espesura más cercana, mientras Silver venía detrás con el resto a cien yardas de distancia:

—¡Jim! ¡Jim! —le oí gritar.

Como supondréis, no le hice ni caso; saltando, agachándome y abriéndome paso entre las ramas, corrí como alma que lleva el diablo, hasta que no pude más de cansancio.

CAPÍTULO XIV

El primer revés

Tal satisfacción me produjo el haber conseguido despistar a Long John, que hasta empecé a sentir un cierto placer al contemplar aquella tierra extraña en la que me encontraba.

Había cruzado un terreno pantanoso, plantado de sauces, juncos y exóticos árboles propios de la ciénaga, y había llegado a un calvero de ondulantes dunas de arena, como de una milla de largo, salpicado de algún que otro pino, y un buen número de árboles de troncos retorcidos, muy semejantes de tamaño a los robles, pero cuyo follaje era más pálido, como en los sauces. Al otro extremo de las dunas se alzaba uno de los montes con dos extraños picos escarpados que brillaban vivamente al sol.

Sentí entonces por primera vez el placer de explorar. La isla no estaba habitada; había dejado a mis compañeros muy atrás, y ante mí no había más que la vida salvaje de misteriosos animales y plantas. Anduve perdido y sin rumbo entre los árboles; por un lado y otro había plantas en flor desconocidas; también vi alguna que otra serpiente, y una de ellas irguió de improviso su cabeza desde un saliente de una roca y me silbó con un sonido como el de un trompo al girar. ¡Ni siquiera pensé que se trataba de un enemigo mortal y que aquel sonido era el de su famoso cascabel!

Después fui a dar a un extenso bosque de árboles semejantes al roble —que luego supe que llamaban robles de hoja perenne o carrascos— y que crecían como zarzas muy bajas a ras de la arena, con las ramas retorcidas y compactas como un matorral. El bosque se extendía desde lo alto de una de las grandes dunas hacia abajo, ensanchándose y creciendo en altura hasta llegar a la orilla de la ciénaga; los juncos cubrían esta y el riachuelo más próximo se filtraba en su camino hacia el fondeadero. La ciénaga emitía vapores por el calor del sol y la silueta de El Catalejo temblaba borrosa a través de la bruma.

De pronto, escuché como un bullicioso aletear entre los juntos; un pato silvestre levantó el vuelo con un graznido y luego otro le siguió, y en un instante todas las marismas se cubrieron de una nube de patos graznando y volando en círculos. Deduje en seguida que alguno de los marineros debía de estar acercándose por la orilla del pantano. No me equivoqué, porque no tardé mucho en oír los lejanos y débiles rumores de voces humanas que, al escuchar atento, oí que venían cada vez más altas y cercanas.

Esto me infundió un gran miedo, y me puse a cubierto bajo los matorrales de roble más cercano y me quedé allí agazapado, todo oídos, más callado que una rata.

Una voz ya más clara contestó a la primera, y reconocí la voz de Silver, que tomó la palabra y emitió una larga secuencia solo interrumpida de vez en cuando por el otro. Por el tono parecía que ambos hablaban muy serios, casi enfadados, pero no les pude entender una palabra de lo que decían.

Al fin pareció que se callaban y, quizás, que se habían sentado, pues no volví a oírlos más cerca, y las aves incluso se calmaron y se volvieron a posar sobre las marismas.

Y entonces comencé a sentir que estaba faltando a mi deber; que ya que había sido tan temerario por saltar a tierra con aquellos forajidos, lo menos que podría hacer era espiar lo que hablaban en sus reuniones; y que, por tanto, mi deber era acercarme a ellos todo lo que pudiera, oculto entre la maleza de arbustos, un escondite muy apropiado.

Podía saber con exactitud la dirección de los que hablaban por el rumor de sus voces y por la inquietud de los pájaros que aún volaban alarmados por encima de la cabeza de los intrusos.

Arrastrándome a cuatro patas, me acerqué a ellos poco a poco, hasta que, mirando por un hueco entre las hojas de la maleza, pude echar un vistazo hacia un pequeño barranco muy verde, junto a la marisma, todo rodeado de árboles, donde estaba Long John Silver charlando con otro marinero.

El sol les daba de lleno. Silver había arrojado su sombrero al suelo, a su lado, y su cara ancha, tersa y rubicunda, perlada de sudor, se dirigía al otro con aire de súplica:

—A ver, camarada —le decía—, es porque creo que vales más que el oro molido; oro molido, ¡puedes estar seguro! Si no te hubiera cogido tanto afecto, ¿tú crees que yo estaría aquí advirtiéndote? La suerte está echada y no puedo cambiarla; es para salvarte el pellejo por lo que te estoy hablando. Y si alguno de esos rufianes lo supiera, ¿qué haría yo, Tom? Vamos, dime, ¿qué haría yo?

—Silver —exclamó el otro; y observé que no solo su rostro estaba encendido, sino que su voz sonaba ronca como un grajo y temblorosa como una maroma tensa—, usted es ya viejo y es honrado, o tiene fama de serlo; y tiene dinero también, lo que no tienen muchos pobres marineros; y es valiente si no me equivoco. ¿Y me va a decir que se va a dejar arrastrar por esa gentuza mugrosa? ¡Usted no! ¡Tan cierto como que Dios nos está viendo es que antes me dejaría yo cortar la mano! Si vuelvo a incumplir mi deber...

De repente, le interrumpió un ruido extraño. Al fin había descubierto yo a uno de los marineros leales y buenos, y en ese momento, llegaron noticias de otro. En la lejanía, de repente, sobre la marisma se oyó un grito como de furia, y no tardó en oírse otro; y luego, un horrible y prolongado alarido. Los peñascos de El Catalejo devolvieron el eco varias veces. Toda una bandada de aves levantó de nuevo el vuelo, oscureciendo el cielo, con un chirrido simultáneo; y mucho después aún atronaba en mi cabeza ese grito de muerte cuando el silencio volvió a imperar sobre la marisma, y solo se oía el batir de alas de las aves que volvían a posarse y el fragor de la lejana marea turbaba la paz de la tarde.

Tom había saltado, al escuchar aquel alarido, como un caballo picado por la espuela; pero Silver ni pestañeó. Se quedó sentado, apoyado en su muleta, mirando muy fijamente a su compañero, como una serpiente dispuesta a atacar.

—¡John! —exclamó el marinero, tendiéndole la mano.

—¡Fuera esas manos! —gritó Silver, saltando hacia atrás una yarda, me pareció a mí, con la ligereza y seguridad de un buen gimnasta.

—Pues como usted guste, John Silver —dijo el otro—. Es su mala conciencia la que le dicta el temor hacia mí. Pero, dígame, por Dios, ¿qué ha sido ese grito?

—¿Eso? —repuso Silver, sin dejar de sonreír, pero más receloso que nunca; los ojos, pequeños puntos brillantes como pedazos de vidrio, clavados en Tom—. ¿Eso? ¡Ah!, supongo que habrá sido Alan.

Y al oír esto, el pobre Tom se iluminó.

—¡Alan! —exclamó—. ¡Pues descanse en paz su alma de buen marino! Y en cuanto a usted, John Silver, lo he tenido mucho tiempo por compañero, pero ya no quiero seguir siéndolo. Si muero como un perro, lo haré cumpliendo mi deber. Habéis matado a Alan, ¿no es así? Máteme a mí también si puede. Atrévase.

Y con esto, el bravo Tom se volvió de nuevo de espaldas al cocinero y se dispuso a andar camino de la playa. Pero no iba a andar muy lejos. Con un grito, John agarró la rama de un árbol, disparó la muleta desde su axila y lanzó ese zafio misil volando por el aire. Golpeó al pobre Tom, de punta y con toda violencia, justo entre los hombros, en medio de la espalda. Levantó las manos, dio una especie de grito ahogado y cayó.

Si quedó malherido o no, nadie lo sabe. Lo más probable, por la forma en que sonó, es que le rompió la columna vertebral. Pero Silver no le dio tiempo a recuperarse, pues con la agilidad de un mono, dando un salto aun sin la muleta, se abalanzó sobre él y hundió por dos veces su cuchillo hasta la empuñadura en aquel cuerpo inmóvil. Desde mi escondite pude oír el rugido con que asestó aquellos golpes.

Nunca he sabido verdaderamente lo que es un desmayo, pero en aquella ocasión durante unos instantes, el mundo se desvaneció ante mí en un torbellino de bruma. Silver y los pájaros, y la alta cima de El Catalejo, todo giraba sin parar ante mis ojos como un mundo caótico y oía todo tipo de campanas, mezcladas con voces distantes, zumbando en mis oídos.

Al recobrar me del vértigo, aquel monstruo se había incorporado, llevaba la muleta bajo su brazo y se había puesto el sombrero. A sus pies yacía Tom inmóvil sobre la hierba; su asesino no le prestó atención alguna al limpiar el cuchillo teñido de sangre con unas briznas de hierba. Todo lo demás seguía sin cambios. El sol brillaba sin piedad sobre la brumosa marisma y la alta cumbre de la colina y yo casi no podía creerme que allí se había cometido un asesinato y que una vida humana había sido cruelmente segada ante mis propios ojos.

En aquel momento, John metió la mano en el bolsillo, sacó un silbato y lanzó al aire unos silbidos modulados que traspasaron toda la caliginosa marisma. Yo no sabía qué podía significar aquella señal, pero despertó al instante mis temores. Llegarían más piratas aún al lugar. Me podían descubrir. Ya habían matado a dos de entre la gente fiel; después de Tom y Alan. ¿Sería yo el siguiente?

Al instante empecé a retroceder, arrastrándome todo lo deprisa y silencioso que pude hacia la zona más despejada del bosque. Al hacerlo, pude oír los gritos de los piratas que

se llamaban entre sí y los del viejo bucanero, y esta señal de peligro me dio alas en mi huida. En cuanto me vi fuera del bosque, corrí como nunca lo había hecho en mi vida, sin atender siquiera en qué dirección iba, con tal de alejarme de los criminales; y según corría, cada vez crecía más mi miedo, hasta convertirse en una especie de histeria.

¿Habría alguien que se sintiera más perdido que yo? Y entonces sonó el cañonazo. ¿Cómo tendría yo el valor para bajar hasta los botes junto a aquellos malvados calientes aún con sus recientes fechorías? ¿Me retorcerían el cuello como a una garcilla? ¿No sospecharían ya que mi ausencia era debido a que ya sabía algo? Todo se había acabado, pensé. ¡Adiós a la Hispaniola, adiós al *squire*, al doctor, al capitán! No me quedaban más que dos cosas: o morir de hambre en aquella isla o perecer a manos de los amotinados.

Todo este tiempo, como digo, yo no paraba de correr. Sin darme cuenta, me había acercado al pie de la colina de los dos cumbres y había llegado a esa parte de la isla donde las encinas crecían más separadas y se parecían más a los árboles de los grandes bosques por su tamaño. Mezclados con ellas, había algunos pinos dispersos; algunos de cincuenta, otros de cerca de setenta pies de altura. El aire se respiraba también más sano y fresco que allá abajo junto a las marismas.

Y aquí fue cuando me alarmé por algo que me dejó clavado y que hizo que me diera un vuelco el corazón.

CAPÍTULO XV

El hombre de la isla

Unas piedrecillas de grava se habían desprendido de la ladera de aquel monte, que era tan escarpada y pedregosa, y cayeron rebotando, haciendo ruido contra los árboles. Instintivamente me volví en aquella dirección y vi una silueta saltar con rapidez detrás del tronco de un pino. Lo que aquello fuera —un oso, un hombre o un mono— no podía decirlo a ciencia cierta. Parecía una figura oscura y greñuda; solo eso podía decir. Pero el terror ante esta nueva aparición me dejó paralizado.

Me sentí entonces acorralado por ambas partes; a mis espaldas, los asesinos, y ante mí, aquel ser indescriptible al acecho. Y de repente, preferí enfrentarme a los peligros que ya conocía antes que a aquellos que ignoraba. El propio Silver me resultaba ahora menos terrible que ese ser de los bosques; y dando media vuelta, y sin dejar de mirar constantemente hacia atrás, empecé a retroceder en dirección a los botes.

Al poco volvió a aparecer aquella figura, y vi que, dando un gran rodeo, comenzó a cortarme el paso. Yo estaba cansado, es cierto; pero aunque hubiera estado tan fresco como al levantarme, comprendí que no podía competir en velocidad con aquel adversario. Aquella criatura se deslizaba de un tronco a otro como un gamo, corría como los humanos sobre dos piernas, pero, a diferencia de cualquier hombre nunca visto, corría agachándose casi el doble de su altura. Sin embargo, era un hombre, ya no me cabía la menor duda.

Empecé a recordar historias que había escuchado de caníbales. Y estuve muy tentado de pedir socorro. Pero el hecho de que fuera un ser humano, por salvaje que fuese, me tranquilizó de alguna forma, y volvió a reavivarse el miedo a Silver en la misma medida. Me quedé inmóvil, pues, y traté de encontrar alguna forma de escapar; y mientras pensaba esto, me vino a la memoria el recuerdo de la pistola. En cuanto recordé que no estaba indefenso, sentí volver a surgir en mi corazón el coraje, y decidí enfrentarme con aquel habitante de la isla, así que caminé resuelto hacia él.

Se hallaba ya oculto tras otro tronco de árbol; pero debía estar espiando todos mis movimientos, porque, tan pronto como empecé a acercarme, salió de su escondite y dio unos pasos hacia mí. Luego vaciló un instante, dio un paso atrás, de nuevo avanzó, y finalmente, para mi asombro y confusión, cayó de rodillas suplicante con las manos entrelazadas.

Ante aquello, de nuevo me detuve.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Ben Gunn —respondió con una voz ronca y extraña, como el sonido de una cerradura herrumbrosa—. Soy el pobre Ben Gunn, ese mismo; y desde hace tres años no he hablado con un cristiano.

Pude entonces ver que era un hombre de raza blanca, igual que yo, y que sus rasgos físicos hasta resultaban agradables. Tenía la piel, donde era visible, tostada por el sol; e incluso tenía los labios negros, y sus ojos azules resultaban un tanto alarmantes en aquel oscuro rostro. De todos los mendigos que había visto o pudiera imaginarme en mi vida, este les ganaba en cuanto a andrajoso. Se había cubierto el cuerpo con harapos de lona vieja de barco y de paño mariner, y todo este conjunto llamativo se unía mediante un variado y anárquico sistema de ataduras: botones de latón, trozos de palillos y lazos de arpiller, embreada. Alrededor de la cintura llevaba un viejo cinturón con hebilla de latón, que era el único elemento sólido de toda su indumentaria.

—¡Tres años! —exclamé—. ¿Es que has naufragado?

—No, amigo —dijo—. Abandonado.

Yo ya había oído esa palabra, y sabía que significaba un castigo atroz muy corriente entre piratas; al desgraciado se le abandonaba en una isla desolada y remota con la única provisión de un saquito de pólvora y algunas municiones.

—Me abandonaron hace tres años —continuó—, y he sobrevivido desde entonces por las cabras, las moras y las ostras. Donde quiera que se esté, digo yo, hay que valerse por sí mismo. Pero, amigo, estoy ya con ganas de comer como todo cristiano. ¿No llevarás, por casualidad, aunque solo sea un trozo de queso? ¿No? Llevo ya tantas noches soñando con queso —con una tostada, sobre todo—, pero, al final, me despierto y aquí sigo.

—Si consigo alguna vez regresar a bordo —le dije—, tendrás todo el queso que quieras, por arrobas.

Mientras yo hablaba, él palpaba la tela de mi casaca, me tocaba las manos, miraba mis botas y, a intervalos de la charla, no dejó de mostrar la más infantil de las alegrías por la presencia de otro ser humano. Pero al oír mis últimas palabras, se quedó inmóvil, mirándome entre perplejo y astuto.

—¿Si consigues regresar a bordo? —repitió—. ¿Y quién te lo va a impedir?

—Tú no, ya lo sé —le contesté.

—Estate seguro de eso —exclamó—. Pero tú... ¿Cómo te llamas, amigo?

—Jim —le dije.

—Jim, Jim —dijo muy contento—. Pues bien, Jim, he llevado la vida más dura y vergonzosa que puedas imaginarte. Mira, por ejemplo, ¿podrías decir al verme con estas trazas que tenía una madre que era una santa?

—Pues no, no lo diría —le contesté.

—¡Vaya! —dijo él—, pues sí que lo era; muy piadosa. Y yo fui un chico bien educado y piadoso. Sabía el catecismo de memoria y podía repetirlo tan deprisa que no distinguirías una palabra de otra. Y ya ves en qué estado estoy, Jim. Todo comenzó con el juego del tejo sobre las lápidas del camposanto. Así es como empecé, pero luego hice cosas peores, y mi pobre madre lo decía y me repetía que no obraba bien, ¡eso hacía la

pobre mujer! Pero la Providencia me trajo aquí. He meditado mucho en esta isla solitaria, y ahora vuelvo a ser un hombre piadoso. No me verás bebiendo mucho ron; solo un dedal, claro, para darme buena suerte, en cuanto tenga la ocasión. He decidido ser honrado, y ese es mi camino. Además, Jim —añadió mirando alrededor y bajando mucho la voz— soy rico.

Imaginé entonces que el pobre hombre se habría vuelto loco en aquella soledad y supongo que mi cara debió de reflejar ese pensamiento, porque repitió con vehemencia:

—¡Rico!, ¡rico!, sí. Y además te voy a decir una cosa: voy a hacer de ti un hombre, Jim. ¡Ah!, Jim, vas a bendecir tu estrella, sí, por ser el primero que me ha encontrado!

Pero de pronto su semblante se ensombreció, y me apretó la mano que tenía entre las suyas a la vez que señalaba con un dedo amenazador ante mis ojos.

—Vamos, Jim, dime la verdad: ¿no será ese el barco de Flint? —me preguntó.

Y en ese instante me vino una feliz inspiración. Empecé a creer que había encontrado en él a un aliado, y le contesté al punto:

—No es el barco de Flint, y Flint ha muerto. Pero voy a decirte la verdad, ya que me preguntas: algunos de los hombres de Flint van a bordo, para desgracia del resto de nosotros.

—¿No irá uno..., uno con una sola... pierna? —dijo con voz entrecortada.

—¿Silver? —pregunté.

—¡Ah, Silver! —dijo él—; así se llamaba.

—Es el cocinero; y el cabecilla, además.

Me tenía todavía cogido por la muñeca y, al oír esto, casi me la retorció.

—Si te hubiera enviado Long John —dijo—, no valdría yo un penique, lo sé; pero ¿tú crees que valdrías algo?

Decidí en ese momento que, como respuesta, debía contarle toda la aventura de nuestro viaje y la situación en que nos encontrábamos. Me escuchó con vivo interés y, cuando terminé, me dio unas palmaditas en la cabeza, diciéndome:

—Eres un buen chico, Jim, y estáis todos metidos en un buen lío, ¿sabes? Pero pon toda tu confianza en Ben Gunn; Ben Gunn es quien lo puede hacer. ¿Crees tú que tu *squire* se portará como un hombre generoso si le ayudo... estando en este apuro, como tú dices?

Le contesté que el *squire* era el hombre más generoso.

—Sí, pero ¿sabes...? —dijo Ben Gunn—, no quiero decir eso de darme un puesto de vigilante y una librea nueva y cosas así; no es eso lo que quiero, Jim. Lo que te pregunto es esto: ¿crees tú que ese caballero llegaría a darme hasta mil libras...? Sería parte de un dinero que yo he tenido ya por mío.

—Seguro que aceptará —dije yo—. Tal como estaban las cosas, ya había pensado en dar algo a todos.

—¿Y el viaje de regreso a Inglaterra? —añadió con un aire muy astuto.

—¡Sin duda! —exclamé—. El *squire* es todo un caballero. Y además, si nos libramos de los amotinados, necesitaremos tu ayuda para llevar la goleta a casa.

—¡Ah! —dijo—, eso es cierto —y pareció más tranquilo—. Ahora voy a decirte algo

—continuó—. Te lo cuento sin rodeos, tal cual. Yo navegaba con Flint cuando él enterró el tesoro: él junto con seis, seis fornidos marineros, estuvieron en tierra cerca de una semana, y nosotros, anclados en el viejo Walrus. Un día se izó la señal de zarpar, y vimos aparecer a Flint solo en el bote, con la cabeza vendada con un pañuelo azul. El sol estaba saliendo y Flint estaba pálido como un muerto en el tajamar. Allí estaba, imagínatelo, y los otros seis, muertos, muertos y enterrados. Cómo pudo hacerlo, nadie a bordo logró explicárselo. Fue pelea, asesinato o envenenamiento, por lo menos; él solo contra seis. Billy Bones era el segundo de a bordo; Long John era el contraestre; y ambos le preguntaron dónde estaba el tesoro. «Ah», dijo él, «podéis ir a tierra si queréis y quedaros allí, pero el barco zarpará ahora a buscar más ¡rayos y truenos!». Eso es lo que dijo. Bien, pues tres años más tarde iba yo en otro barco y pasamos a la altura de esta isla. «Muchachos», les dije, «ahí está el tesoro de Flint; vamos a desembarcar y a buscarlo». Al capitán no le gustó la idea, pero mis compañeros estaban todos de acuerdo y desembarcamos. Doce días enteros lo buscaron, y cada día que pasaba crecía su rencor contra mí, hasta que una buena mañana decidieron regresar a bordo. «Pero tú, Benjamín Gunn», me dijeron, «ahí tienes un mosquetón», y añadieron, «y una pala y un pico. Puedes quedarte aquí y buscar el tesoro de Flint; es todo para ti».

—Pues, Jim, tres años llevo aquí desde aquel día, y sin probar un bocado de cristiano desde entonces. Pero mírame y dime: ¿te parece que tengo el aspecto de uno de esos piratas? No, dirás. Y es que nunca lo he sido, te digo.

Y al decir esto me guiñó un ojo y me dio un pellizco.

—Dile a tu *squire* precisamente eso, Jim —y siguió—: No, no lo era; esas son las palabras que debes decir. Y dile: durante tres años él ha sido el único habitante de la isla, día y noche, con sol y con lluvias; unas veces pasaba el tiempo rezando (dile eso) y otras, tal vez, acordándose de su pobre madre, que ojalá aún viva (vas a decirle). Pero que la mayor parte del tiempo Gunn la ha pasado (esto es lo que vas a decirle) ocupado en otro asunto. Y entonces le das un pellizco, como este mío.

Y volvió a pellizcarme haciéndome un gesto de complicidad.

—Después —prosiguió—, después te detienes y le dices esto: Gunn es un buen hombre (le dirás) y pone toda su confianza, toda la confianza del mundo, no olvides esto, en un caballero de nacimiento, y no en esos caballeros de fortuna, pues él mismo fue uno de ellos.

—Bueno —le dije—, no entiendo ni una palabra de lo que me has dicho. Pero eso no viene ahora al caso; porque ¿cómo voy yo a volver al barco?

—Ah —dijo él—, ahí está el problema, sin duda. Bueno, ahí tienes el bote que yo construí con mis manos; lo guardo bajo la roca blanca. Si la cosa se pone fea, podemos intentarlo después de oscurecer. ¡Eh! —dijo de pronto, sobresaltado—, ¿qué es eso?

Porque justo entonces, aunque faltaba aún una o dos horas para la puesta del sol, la isla entera se estremeció con el estruendo de un cañonazo.

—¡Ya han empezado a luchar! —exclamé—. ¡Sígueme!

Y eché a correr hacia el fondeadero, olvidando todo el miedo; a mi lado, el hombre abandonado, corría raudo y ágil vestido con una piel de cabra.

—¡A la izquierda! ¡A la izquierda! —me decía—. ¡Siempre a la izquierda, amigo Jim! ¡Debajo de esos árboles! Ahí es donde maté mi primera cabra. Ya hace tiempo que no bajan por aquí; prefieren refugiarse en los masteleros, porque temen a Benjamin Gunn. ¡Ah! Y eso es el «centimerio» —creo que quiso decir: el «cementerio»—. ¿Ves esos montículos? Aquí vengo a rezar de vez en cuando, cuando supongo que debe ser domingo o que le anda cerca. No es que sea una capilla, pero esto parecía más solemne; y además, díles también esto, a Ben Gunn le ha faltado de todo, sin capellán ni Biblia ni una bandera, díselo.

Y continuó hablando mientras yo corría, sin esperar recibir una respuesta.

Al cañonazo le siguió, después de un intervalo considerable, una descarga de armas de fusilería.

Hubo otra pausa, y luego, a menos de un cuarto de milla frente a nosotros, vi la Union Jack¹³ ondeando al aire por encima del bosque.

¹³. Nombre de la bandera británica.

PARTE IV

La empalizada (Relato continuado por el doctor)



CAPÍTULO XVI

Cómo abandonaron el barco

Sería la una y media —las tres campanadas en señal marinera— cuando los dos botes de la Hispaniola se dirigieron a tierra. El capitán, el *squire* y yo volvimos al camarote y nos pusimos a hablar en la cámara del rumbo de los acontecimientos. Si hubiera habido una pizca de viento favorable, no habríamos dudado en deshacernos de los seis amotinados que dejaron con nosotros a bordo y hubiéramos zarpado. Pero no corría ni la menor brisa y, para colmo de males, Hunter bajó a comunicarnos que Jim Hawkins había saltado a uno de los botes y estaba en la isla con los demás.

Ni por un instante se nos ocurrió dudar de la lealtad de Jim Hawkins, pero estábamos muy preocupados por su seguridad. Conociendo el carácter de los marineros, creímos que iba a ser muy difícil que volviéramos a ver al muchacho. Subimos corriendo a cubierta. La brea hervía en las juntas de los tablones; el olor putrefacto de aquel fondeadero me revolvió el estómago; si alguna vez oí la fiebre y la disentería, fue en ese lugar; los seis bribones estaban sentados murmurando a la sombra de una vela en el castillo de proa. Allá en tierra se divisaban los dos botes amarrados y un marinero sentado en cada uno, en la desembocadura del riachuelo. Uno de ellos silbaba la vieja canción inglesa «Lillibullero».¹⁴

La espera se nos hacía insoportable, así que decidimos que Hunter y yo nos acercáramos a tierra en otro bote para recabar información. Los botes se habían dirigido hacia la derecha, pero nosotros remamos en línea recta, hacia la empalizada que el mapa señalaba. Cuando nos vieron aparecer los dos que estaban de guardia en los botes, se sobresaltaron; dejé de oír la canción y vi que se pusieron a discutir sobre qué hacer con nosotros. Si alguno de ellos hubiera ido a avisar a Silver, seguramente todo habría salido de otra manera; pero supongo que habían recibido órdenes y decidieron permanecer quietos en su puesto; y de nuevo oí cantar la vieja canción.

La costa presentaba una ligera curva y yo maniobré de forma que nos ocultara de ellos; incluso antes de desembarcar ya los habíamos perdido de vista. Salté a tierra y empecé a correr todo lo rápido que pude. Hacía tanto calor que, para protegerme, me puse un pañuelo de seda grande bajo el sombrero; llevaba también dos pistolas cargadas para defenderme.

No había caminado ni cien yardas, cuando me topé con la empalizada.

Así es como era: un pequeño manantial manaba desde lo alto de un montículo. Bien, sobre ese montículo, y encerrando el manantial habían encajado una sólida cabaña de

madera, un fortín que podía albergar bien, en caso de necesidad, a unos cuarenta hombres; se veían aspilleras para colocar mosquetones practicadas en los cuatro lados. Alrededor se había rozado la maleza de un espacio amplio y la obra se completaba con una empalizada de seis pies de altura, sin puerta ni apertura alguna, demasiado sólida como para resistir cualquier ataque y, por otra parte, demasiado abierta para ocultar a los asaltantes. Sin duda, los de la cabaña tendrían a su merced a los que atacaran; casi tan cómodos como cazadores que disparasen contra perdices. Todo lo que necesitaban era una buena vigilancia y provisiones, porque si no fuera por sorpresa, podrían resistir contra un regimiento.

Lo que me llamó la atención fue el manantial en el fortín. Porque si bien en la Hispaniola disfrutábamos de buen alojamiento, abundancia de armas y municiones, y víveres suficientes, además de excelentes vinos, algo nos fallaba: no teníamos agua. Meditaba sobre ello cuando llegó hasta mí un espeluznante grito de agonía. La muerte violenta no era algo novedoso para mí —he servido con Su Alteza el Duque de Cumberland¹⁵ y fui herido en Fontenoy—, pero he de confesar que mi corazón se me salía del pecho. Lo primero que pensé es que Jim Hawkins habría muerto.

Me sirvió de algo haber sido un antiguo soldado, pero aún más haber sido médico. En nuestro oficio no vale andarse titubeando, así que tomé una decisión rápida y sin pérdida de tiempo: corrí hacia la playa y salté a bordo del bote.

Por fortuna, Hunter era un buen remero y parecía que volábamos sobre las aguas; el bote pronto estaba al costado de la goleta, y subí a bordo.

Como era natural, allí todos estaban asustados. El *squire* aguardaba sentado, más pálido que la cera, pensando en el peligro al que nos había conducido, ¡pobre hombre! Y uno de los marineros amigos no parecía tener mejor color.

—Hay un marinero —dijo el capitán Smollett señalándolo con disimulo— que es novato. Estuvo a punto e desmayarse, doctor, cuando oyó el grito. Otro golpe de timón y ese hombre se uniría a nosotros.

Le conté al capitán mi plan, y entre los dos acordamos los detalles para llevarlo a cabo. Apostamos entonces al viejo Redruth en el pasillo entre el camarote y el castillo de proa, con tres o cuatro mosquetes cargados y una colchoneta para su protección. Hunter situó el bote en la escotilla de popa, y Joyce y yo lo cargamos de sacos de pólvora, mosquetes, cajas de galleta, barricas de salazón de cerdo, un tonel de brandy y mi inestimable botiquín.

Mientras tanto, el *squire* y el capitán permanecían en cubierta, y este último llamó al timonel, que obviamente era el más importante a bordo de los amotinados.

—Mr. Hands —le dijo—, aquí estamos dos cargados con pistolas. Si cualquiera de vosotros seis hace el menor movimiento, es hombre muerto.

Ellos se quedaron desconcertados; y después de una breve consulta, empezaron a bajar uno a uno por la escalera de rancho, seguramente pensando en sorprendernos por la espalda. Pero allí les esperaba Redruth en el pasadizo, y no tuvieron otra que dar la vuelta y regresar a cubierta de inmediato, por donde volvió a asomar una cabeza.

—¡Abajo, perro! —gritó el capitán.

Y la cabeza volvió a esconderse, y no oímos más, de momento, a ninguno de los seis marineros cobardes.

Para entonces, echando las cosas según venían, el bote quedó cargado con todo lo que pudimos. Joyce y yo subimos a él desde la escotilla de popa y remamos hacia la costa todo lo rápido que nos llevaban los remos.

Este segundo viaje despertó ya las sospechas de los dos bandidos que vigilaban en la playa. Dejé de oír el estribillo de la canción, y, antes de perderlos de vista tras el cabo, vi a uno de ellos saltar de la barca y desaparecer entre la maleza. Estuve a punto de cambiar el plan y aprovechar para destruir sus botes, pero temí que Silver y los otros estuvieran muy cerca, y todo podría perderse por querer hacer tanto.

Atracamos pronto en el mismo lugar que la primera vez, y nos pusimos a aprovisionar el fortín. Bien cargados, trasladamos los tres todo lo que pudimos hasta la empalizada. Luego, dejando allí a Joyce de vigilancia —que, aunque fuera solo un hombre, disponía de media docena de mosquetes—, Hunter y yo volvimos al bote a por más provisiones. Faenamos sin parar a tomar aliento hasta que todo estuvo almacenado, y entonces los dos criados del *squire* ocuparon posiciones en el fortín y yo regresé, remando con todas mis fuerzas, a la Hispaniola.

Atrevernos a llevar otro cargamento puede parecer más temeridad de lo que era en realidad. Ellos tenían sin duda la ventaja de su número, pero nosotros teníamos las armas. Ninguno de los que estaban en tierra tenía mosquete y, antes de que pudieran acercársenos a tiro de pistola, ya habíamos dado buena cuenta, por lo menos, de media docena.

El *squire* me aguardaba en la escotilla de popa, ya recuperado del mareo de antes. Fijó la amarra y me ayudó a cargar nuevamente el bote con presteza, como quien le va en ello la vida. Más carne de cerdo, más pólvora y galleta, y un mosquete y un sable para cada uno de nosotros, el *squire* y yo, Redruth y el capitán. El resto de las armas y de la pólvora fue arrojado por la borda a pocos metros de profundidad, de modo que podíamos ver en el fondo el brillo del acero sobre el fondo limpio, la arena.

Entonces comenzaba ya a bajar la marea y el barco a virar en torno al ancla. Oíamos voces lejanas en dirección de los dos botes, y aunque ello nos tranquilizó pensando en Joyce y en Hunter, que estaban más hacia el este, nos advertía asimismo de que no podíamos perder un minuto en zarpar.

Redruth se retiró de su puesto y se descolgó hasta el bote que guiamos dando la vuelta al barco para recoger al capitán en la escalerilla de babor.

—¡Eh, vosotros! —dijo él—. ¿Me oís?

Pero no oímos respuesta alguna desde el castillo de proa.

—¡Es a ti, Abraham Gray! —exclamó el señor Smollett—. ¡Es a ti a quien me dirijo!

Ninguna respuesta.

—¡Gray! —volvió a decir Mr. Smollet, esta vez más alto—. Voy a abandonar el barco y te ordeno que sigas a tu capitán. Sé que en el fondo eres un buen hombre y hasta diría que ninguno de vosotros es tan malo como pretende él. Tengo el reloj en la mano; te doy treinta segundos para que me obedezcas.

De nuevo se hizo el silencio.

—¡Ven conmigo, amigo mío! —insistió el capitán—, rompe amarras. Cada segundo que pasa pongo en riesgo mi vida y la de estos caballeros.

Entonces oímos un repentino estrépito, un ruido de golpes, y vimos a Abraham Gray salir de repente, con una cuchillada en el rostro, y correr hacia el capitán como un perro al silbido de su amo.

—Estoy con usted, señor —dijo.

Inmediatamente el capitán y él embarcaron con nosotros y empezamos a remar.

Conseguimos salir sanos y salvos del barco, pero aún teníamos que alcanzar la empalizada.

[14.](#) Canción política inglesa entonada, sobre todo, en el siglo XVII y durante el derrocamiento de Jacobo II. Parece que su autor fue Thomas Wharton.

[15.](#) El Duque de Cumberland, hijo del rey Jorge II de Inglaterra, fue durante el siglo XVIII un buen estratega que mandaba el ejército aliado en Flandes. Fue derrotado por los franceses en Fontenoy, Bélgica.

CAPÍTULO XVII

El último viaje del esquife

Este quinto viaje fue totalmente distinto de los anteriores. En primer lugar, el esquife, una frágil barquilla, había sido cargada en exceso. Cinco hombres adultos —de los cuales, tres, Trelawney, Redruth y el capitán— sobrepasaban los seis pies de alto, era ya más de lo que podía llevar de peso. Y si a ello añadimos la pólvora, las barricas de salazón y los sacos de galleta, es fácil imaginar que por la popa el mar estaba a ras de la borda; más de una vez nos entró agua y antes de avanzar siquiera cien yardas tenía ya el calzón y los faldones de mi casaca empapados.

El capitán nos colocó en distintos sitios para estabilizar el esquife, y logramos equilibrarlo un poco; pero era igual, teníamos miedo hasta de respirar. Por otra parte, la marea ya estaba bajando mucho —una corriente que arrastraba hacia el oeste a través de la ensenada y luego hacia el sur, hacia alta mar iba alejándonos del canal que habíamos utilizado por la mañana. Hasta las olitas más pequeñas eran un peligro para nuestra embarcación sobrecargada; pero lo peor era que la marea nos alejaba de nuestro rumbo, y nos llevaba lejos del punto de atraque tras el promontorio rocoso. Si nos dejábamos llevar por la corriente, vendríamos a desembarcar donde precisamente habían amarrado sus botes los piratas y estos podían aparecer en cualquier momento.

—No puedo mantener el rumbo hacia la empalizada, señor —le dije al capitán, pues era yo quien gobernaba el timón, mientras Smollett y Redruth, más descansados, estaban a los remos—. La marea nos está desviando. ¿Podrían ustedes remar con un poco más de fuerza?

—No sin arriesgarnos a inundar el esquife —contestó el capitán—. ¡Debe mantener el rumbo, señor, por favor, resista la corriente hasta el final.

Lo intenté, pero comprobé que la marea nos arrastraba hacia el poniente hasta que pude poner el derrotero hacia oriente, es decir, casi en ángulo recto con el rumbo que debíamos seguir.

—Así nunca conseguiremos llegar —dije.

—Si es el único rumbo que podemos tomar, señor, no hay más remedio que seguirlo —contestó el capitán—. Debemos luchar contracorriente. Mire, señor —continuó—, si derivamos a sotavento del lugar de desembarco, es difícil saber dónde atracaremos, y además, vamos a exponernos a que los amotinados nos aborden, mientras que con este rumbo debe amainar la marea, y entonces podremos regresar bordeando la costa.

—La corriente empieza a aflojar, señor —dijo el marinero Gray, que iba sentado en la

proa—. Ya puede relajar un poco el timón.

—Gracias, muchacho —le dije, como si nada hubiera ocurrido, pues todos habíamos decidido en silencio tratarlo como a uno de nosotros mismos.

De pronto, el capitán Smollett volvió a tomar la palabra, y me pareció que su voz estaba algo alterada:

—¡El cañón! —dijo él.

—Ya había pensado en ello —contesté yo, pues me figuraba que estaba pensando en un bombardeo del fortín—. Pero nunca podrán llevar el cañón a tierra, y si lo hacen, no podrían nunca arrastrarlo a través del bosque.

—Mire a popa, doctor —replicó el capitán.

Nos habíamos olvidado por completo de la pieza larga del nueve; y allí vimos con espanto cómo los cinco facinerosos de a bordo se afanaban en torno a ella quitándole la «chaqueta», como llamaban a la fuerte lona embreada que la protegía. Y recordé entonces que también habíamos olvidado en la goleta las granadas del cañón y los detonantes, y que bastarían unos golpes de hacha para que todo cayera en manos de los amotinados de a bordo.

—Israel era el artillero de Flint —dijo Gray, con voz ronca.

Arriesgando al máximo, pusimos la proa rumbo al desembarcadero. Para entonces nos habíamos desviado de la fuerza de la corriente de modo que pudimos mantener el rumbo del esquife con la fuerza normal de los remos, y lo mantuve fijo hacia el objetivo. Pero lo malo ahora era que navegábamos de costado a la Hispaniola, en lugar de popa, con lo que ofrecíamos mejor blanco que la puerta de un establo.

Desde nuestra posición podía ver y oír a aquel bribón aguardentoso de Israel Hands, cómo hacía rodar una gruesa bala de cañón por cubierta.

—¿Quién es aquí el mejor tirador? —preguntó el capitán.

—Mr. Trelawney, sin ninguna duda —dije yo.

—Mr. Trelawney —dijo entonces el capitán—, ¿podría, por favor, quitar de en medio a uno de esos hombres, a Hands si es posible? —dijo el capitán.

Trelawney permaneció frío como el acero. Se puso a cebar su mosquete.

—Tenga cuidado con el mosquete o nos hará zozobrar —dijo el capitán—. Todos preparados para equilibrar el bote cuando el señor Trelawney apunte.

El *squire* levantó el arma, paramos de remar y nos situamos al otro lado para hacer contrapeso; lo hicimos tan bien que no entró ni una gota de agua en el bote.

Entretanto, habían dado un giro brusco a la cureña y Hands, que estaba junto a la boca del cañón con el atacador, era, sin duda, el más expuesto de ellos. Pero no tuvimos buena suerte; porque, en el mismo instante en que Trelawney disparó, Hands se agachó, y la bala pasó rozándole la cabeza. Fue uno de los otros cuatro quien cayó.

El grito de este, al caer, alertó no solo a sus compañeros de a bordo, sino a los que estaban en tierra, y mirando hacia la playa pude ver a los piratas salir en tropel por entre los árboles para saltar a sus puestos en los botes.

—Ahí vienen los amotinados, señor —le dije al capitán.

—¡Adelante! —exclamó él entonces—. Olvidad toda precaución de zozobra. Si no

conseguimos ganar la costa, es el fin.

—Solo se acerca uno de los botes —añadí—; los otros marineros deben de estar dando un rodeo por la costa para cortarnos la huida.

—Mucho tendrán que correr, señor —repuso el capitán—. Un marinero por tierra, ya sabe. Ni me preocupan. Me alarma más ese cañón. ¡Cómo hemos podido olvidar las balas! Hasta la criada de mi esposa acertaría. Díganos, Mr. Trelawney, cuando vea encender la mecha para guardar el equilibrio.

Mientras tanto, habíamos avanzado un trecho considerable a buena marcha y, a pesar de ir tan sobrecargado el bote, habíamos dejado entrar poca agua. Ya nos faltaba poco para llegar; treinta o cuarenta bogadas más y atracaríamos el esquife; pues el refluo había descubierto ya un estrecho banco de arena bajo los tupidos árboles. No sentimos ya excesivo temor por el esquife que nos perseguía; el pequeño promontorio lo ocultaba a nuestros ojos. La corriente, que tan cruelmente nos había retrasado, nos compensaba ahora retrasando a nuestros atacantes. La única fuente de peligro era el cañón.

—Tentaciones me dan de pararme y eliminar a otro de esos rufianes —dijo el capitán.

Pero era evidente que estos no estaban dispuestos a retrasar su andanada. Ni siquiera habían prestado atención a su compañero herido, aunque no estaba muerto, y yo pude verlo tratando de alejarse a rastras.

—¡Preparados! —gritó el *squire*.

—¡Aguantad! —ordenó el capitán, raudo como un eco.

Y él y Redruth aguantaron los remos con tal esfuerzo que la popa del bote se hundió bajo el agua. El cañonazo retumbó en ese mismo instante. Este fue el primero que Jim escuchó, ya que el disparo del *squire* no había llegado, al parecer, a sus oídos. No supimos seguro por dónde pasó la bala; pero me imagino que debió de ser sobre nuestras cabezas, y que el aire que desplazó había contribuido a nuestro desastre.

Nuestro bote empezó a hundirse poco a poco por la popa, a solo tres pies de profundidad; el capitán y yo nos quedamos de pie, uno frente al otro. Los otros tres se zambulleron de cabeza y pronto salieron a flote, empapados y borboteando.

De momento no sufrimos grandes daños. Nos habíamos salvado todos y pudimos vadear hasta la costa sin peligro alguno. Pero todas nuestras provisiones quedaron en el fondo, y, para empeorar las cosas, solo dos de los cinco mosquetes quedaron en condiciones de ser utilizados. Yo agarré el mío entre las rodillas y lo alcé sobre mi cabeza como por instinto. El capitán, por su parte, llevaba el suyo colgado en bandolera y, muy sabiamente, con el cañón hacia arriba. Los otros tres se habían hundido con el bote.

Para aumentar nuestra preocupación, oímos voces que se acercaban por el bosque que bordeaba la ribera; de manera que no solo corríamos el peligro de que nos cortasen el camino hacia la empalizada, indefensos como estábamos, sino que temíamos que si Hunter y Joyce fueran atacados tan solo por media docena, no tendrían la sensatez y el coraje suficiente para resistir. Que Hunter era hombre firme, nos constaba; pero de Joyce dudábamos, pues si bien se trataba de un criado agradable y refinado para cepillar la ropa, no era muy idóneo para un hecho de armas.

Con todas estas cavilaciones, alcanzamos la costa con toda rapidez. Habíamos dejado

atrás nuestro pobre bote y, con él, la mitad de nuestra pólvora y las provisiones.

CAPÍTULO XVIII

Final de nuestro primer día de lucha

Nos lanzamos a toda velocidad a través del bosque tras el que se hallaba la empalizada; y a cada paso nos parecía oír más cerca las voces de los bucaneros. Pronto oímos sus pisadas al correr y las ramas que se partían al abrirse paso entre la maleza.

Comencé a ver que tendríamos una refriega seria antes de poder llegar al fortín, y cebé mi mosquete.

—Capitán —dije—, Trelawney es el mejor tirador. Pásele el arma, porque la que él lleva no puede utilizarse.

Intercambiaron las armas, y Trelawney, silencioso y sereno como desde el comienzo de los incidentes, se detuvo para comprobar que el mosquete estaba dispuesto. Me di cuenta también de que Gray se encontraba desarmado, y le di mi alfanje. Todos nos animamos cuando lo vimos escupirse la mano, fruncir el gesto y lanzar al aire unos tajazos con el arma. Estaba claro, por su actitud, que nuestro nuevo aliado valía su peso en oro.

Cuarenta pasos más adelante llegamos al borde del bosque y vimos la empalizada justo delante de nosotros. Abordamos el fortín por el lado sur, y casi al mismo instante, siete de aquellos amotinados, liderados por Job Anderson, aparecieron en algarada desde el suroeste.

Se detuvieron, como desconcertados; y antes de que se sobrepusieran, el *squire* y yo disparamos sobre ellos, y se unieron, desde el fortín, Hunter y Joyce con otra descarga. Los cuatro disparos fueron graneados, pero lograron su efecto: uno de los bandidos cayó allí mismo, y los demás, sin pensárselo más, se dieron media vuelta y se internaron en el bosque.

Tras cargar de nuevo las armas, salimos fuera de la empalizada para comprobar la muerte del enemigo. Efectivamente, estaba muerto; la bala le había atravesado el corazón. Nos congratulamos del éxito obtenido, pero justo en ese momento sonó de pronto una pistola entre la maleza, silbó una bala rozándome la oreja y el pobre Tom Redruth dio un traspies y cayó al suelo cuan largo era. El *squire* y yo devolvimos el disparo, pero, como no teníamos diana alguna, lo más seguro es que desperdiciáramos la pólvora. Luego recargamos otra vez y atendimos al pobre Tom.

El capitán y Gray estaban ya examinándolo; bastó una mirada para darnos cuenta de que nada se podía hacer por él.

Me figuro que la presteza de nuestra respuesta dispersó una vez más a los amotinados, porque durante un rato no volvieron a molestarnos al levantar por encima de la

empalizada al malogrado guardabosques, que no paraba de quejarse y de sangrar, y llevarlo al interior del fortín.

Pobre viejo, no había proferido ni una palabra de sorpresa, de queja, de temor, ni tampoco de conformidad desde el comienzo de nuestros reveses hasta ahora que lo tendimos en el fortín para morir. Había resistido como un troyano en su puesto tras el colchón en la goleta; había cumplido bien todas las órdenes en silencio, de forma sumisa y ciega. Era el mayor de todos nosotros; nos llevaba, por lo menos, veinte años. Y ahora a aquel hombre, callado, viejo y criado abnegado, le tocaba morir.

El *squire* cayó de rodillas junto a él y le besó la mano llorando como un niño.

—¿Me estoy muriendo, doctor? —me preguntó.

—Tom, amigo —le dije—, te vas adonde iremos todos.

—Me hubiera gustado darle primero a uno su merecido con el arma —replicó.

—Tom —dijo el *squire*—, dime que me perdonas.

—¿Eso sería respetuoso por mi parte, señor? —contestó—. Pero de cualquier forma, que así sea, ¡amén!

Después de un breve silencio, nos pidió que alguien leyera una oración.

—Es la costumbre, señor —dijo, como disculpándose. Y al poco, sin una palabra más, expiró.

Mientras tanto, el capitán Smollett, al que me había parecido ver sorprendentemente abultado, empezó a sacar de su pecho y de sus bolsillos una gran variedad de objetos: la bandera de Inglaterra, una Biblia, un trozo de cuerda fuerte, pluma, tinta, el cuaderno de bitácora y unas libras de tabaco. Había encontrado en la empalizada un largo palo talado de abeto, y, con ayuda de Hunter, lo fijó en una esquina del fortín donde se cruzaban los troncos. Luego, subiéndose al tejado, con sus propias manos izó y desplegó nuestra bandera.

Esto pareció reconfortarlo enormemente. Volvió a entrar en el fuerte y se puso a inventariar las provisiones, como si no existiera otra cosa más. Sin embargo, había seguido con emoción la muerte de Tom; y cuando llegó su fin, se acercó con otra bandera y la colocó reverentemente sobre su cuerpo.

—No se acongoje, señor —le dijo al *squire*, apretándole la mano—. Ha muerto cumpliendo su deber para con su capitán y amo; no será muy religioso esto, pero es un hecho.

Después de estas palabras, el capitán me llevó aparte.

—Doctor Livesey —me dijo—, ¿en cuántas semanas esperan usted y el *squire* que llegue el barco de socorro?

Le dije que no era cuestión de semanas, sino, más bien, de meses; que si no estábamos de vuelta hacia finales de agosto, Blandly enviaría a buscarnos, pero no antes.

—Eche el cálculo usted mismo —le dije.

—Pues sí —contestó el capitán, rascándose la cabeza—, y, aun contando con todos los regalos de la Providencia, yo diría que estamos en un verdadero aprieto.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté.

—Que es una pena que hayamos perdido aquel segundo cargamento, eso quiero decir

—replicó el capitán—. En cuanto a munición y pólvora estamos bien pertrechados. Pero los víveres van a ser muy escasos, demasiado escasos, doctor Livesey; tan escasos, que quizá nos viene bien no contar esa otra boca más.

Y señaló el cuerpo muerto que cubría la bandera.

En aquel momento, con una explosión y un silbido, una bala de cañón pasó sobre el fortín para caer lejos en el bosque.

—¡Ajá! —exclamó el capitán— ¡Disparad sin tregua! ¡No os queda ya mucha pólvora, truhanes!

Al segundo intento, la puntería mejoró y la bala cayó dentro de la empalizada, levantando una nube de arena, pero sin hacer más daño.

—Capitán —dijo el *squire*—, el fortín no es visible desde el barco. Debe ser la bandera el objetivo al que apuntan. ¿No deberíamos arriarla?

—¡Bajar mi bandera! —rugió el capitán—. ¡No, señor, no haré tal cosa!

Y tan pronto como dijo tales palabras, creo que todos sentimos lo mismo que él. Porque aquellos colores no eran solamente el símbolo de sentimientos nobles, marineros, sino que era una buena actitud, pues mostraban a nuestros enemigos el desprecio por sus cañonazos.

A lo largo del atardecer siguieron disparándonos. Una bala tras otra, las andanadas cían largas o cortas marrando el blanco y enterrándose en la arena; y es que debían elevar tanto el ángulo de tiro, que acertar les era casi imposible. Tampoco temíamos mucho los rebotes; y aunque una bala atravesó el techo del fortín y salió por el suelo, no tardamos en habituarnos a aquella especie de jugueteo sin darle más importancia que a un golpe de cricket.

—Hay en todo esto una cosa buena —observó el capitán—. Probablemente habrán despejado el bosque. La marea debe haber bajado ya lo suficiente para que nuestros pertrechos hayan quedado fuera del agua. A ver, voluntarios para ir a recoger la carne de cerdo.

Gray y Hunter fueron los primeros en ofrecerse. Bien armados, se deslizaron fuera de la empalizada; pero la misión no tuvo éxito. Los sediciosos eran más valientes de lo que pensábamos o tal vez habían confiado en la puntería del cañonero Israel. En efecto, cuatro o cinco de ellos ya estaban ocupados en hacerse con nuestras provisiones y las cargaban en uno de los botes que se hallaba cerca de la orilla mientras lo mantenían quieto a fuerza de remo contra la corriente. Allí estaba Silver, sentado en popa, dando órdenes; y cada uno de los piratas llevaba ahora un mosquete del que ignorábamos de qué secreta armería lo habían sacado.

El capitán se sentó con el cuaderno de bitácora ante él y empezó a escribir:

Alexander Smollett, capitán; David Livesey, médico de a bordo; Abraham Gray, calafate; John Trelawney, armador; John Hunter y Richard Joyce, sirvientes del armador: únicos supervivientes (de los que permanecieron fieles en la dotación del barco), con provisiones para diez días a media ración, han desembarcado en este día e izado la bandera británica en el fortín de la isla del tesoro. Thomas Redruth, criado del armador, ha fallecido a causa de un disparo de los amotinados; James Hawkins, el grumete...

Y en ese preciso instante estaba yo meditando sobre la suerte que habría corrido el pobre Jim Hawkins, cuando oímos una voz desde más allá de la empalizada.

—Alguien nos llama —dijo Hunter, que estaba de guardia.

—¡Doctor! ¡*Squire*! ¡Capitán! Eh, Hunter ¿eres tú? —se oyó gritar.

Corrí entonces hacia la puerta, y allí pude ver, sano y salvo, a Jim Hawkins, que trepaba por la empalizada.

CAPÍTULO XIX

La guarnición del fortín (Relato retomado por Jim Hawkins)

Tan pronto como Ben Gunn vio ondear la bandera, se detuvo de súbito y me agarró del brazo:

—Mira —dijo—, ahí están tus amigos, seguro que son ellos.

—Lo más probable es que sean los amotinados —le contesté.

—Ni hablar —exclamó—. Mira, en un lugar como este, donde solo puede haber caballeros de fortuna, Silver hubiera izado la Jolly Roger, no te quepa la menor duda. No, no; esos son los tuyos. Y deben de haber luchado, y además, creo que se han llevado la mejor parte. Se habrán refugiado en la vieja empalizada que Flint levantó hace ya años y años. ¡Ah, Flint sí que era un hombre con cabeza! Quitando el ron, nunca hubo nadie que pudiera estar a su altura. No tenía miedo a nadie, qué va...; solo a Silver. ¡Menudo tipo era Silver!

—Bueno —contesté—, puede que sea así; ojalá que sí. Pues razón de más para darme prisa y unirme a mis amigos.

—No, amigo —replicó Ben—, espera. Tú eres un buen muchacho, si no me equivoco; pero eres solo un mozalbete, al fin y al cabo. Escucha: Ben Gunn es astuto. Ni por ron me metería ahí dentro contigo; no, ni siquiera por ron; antes tengo que ver a tu caballero de noble cuna darme su palabra de honor. No olvides repetirle mis palabras: «Toda la confianza (esto es lo que debes decirle), toda la confianza del mundo»; y entonces le pellizcas, así.

Y me pellizcó por tercera vez con el mismo aire de complicidad.

—Y cuando se necesite a Ben Gunn, tú ya sabes dónde encontrarlo, Jim. Justo donde hoy me has encontrado. Y el que venga a buscarme que lleve algo blanco en la mano y que venga solo. ¡Ah! Y debes decirles: «Ben Gunn», diles eso, «tiene sus propios motivos».

—Bueno —le dije—, creo que te entiendo. Tienes algo que proponer y quieres ver al *squire* o al doctor, y ellos podrán encontrarte en el lugar que yo te encontré. ¿Eso es todo?

—¿Y cuándo? te preguntarás tú —añadió él—. Pues desde mediodía hasta los seis toques.

—Muy bien —le contesté—. Y ahora, ¿puedo ya irme?

—¿No se te olvidará? —me preguntó con ansiedad—. «Toda la confianza del mundo» y «él tiene sus motivos», debes decirles eso. Motivos propios; ese es el punto crucial: como de hombre a hombre. Bueno —dijo aún sujetándome el brazo—, pues ya puedes irte. Y escucha, Jim, si te encontraras con Silver, ¿no irías a vender a Ben Gunn? ¿No te lo arrancarían ni aunque te torturasen en el potro? No, ¿verdad? Y si esos piratas acampan en la costa, Jim, ¿qué dirías tú sino que sería un día aciago mañana?

Sus palabras fueron entonces interrumpidas por una fuerte detonación, y una bala de cañón pasó arrasando las copas de los árboles y cayó en la arena a menos de cien yardas de donde estábamos los dos hablando. Unos instantes después, ambos salimos disparados en distintas direcciones.

Durante más de una hora, frecuentes detonaciones hicieron temblar la isla, y los cañonazos siguieron arrasando la espesura. Yo fui de un escondrijo a otro, perseguido siempre, o al menos así me lo parecía, por aquellos terroríficos misiles. Pero hacia el final del bombardeo comencé a recobrar, de alguna forma, el ánimo, aunque aún no me atrevía a dirigirme a la empalizada, porque allí caían con mayor intensidad los disparos. Y después de dar un gran rodeo hacia el este, me acerqué arrastrándome entre los árboles de la costa.

El sol acababa de ponerse y la brisa del mar agitaba la arboleda y rizaba la superficie grisácea del fondeadero; la marea había bajado mucho y dejaba descubiertos grandes bancos o barras de arena; el fresco de la noche, después de un día tan caluroso, me penetraba a través de la chaqueta.

La Hispaniola seguía fondeada en el mismo punto; pero allí estaba ondeando en todo lo alto la Jolly Roger —la negra enseña de la piratería—. Según miraba, vi que se iluminaba con otro rojo fogonazo y otra detonación que resonó con todos sus ecos; otra andanada silbó en el aire. Fue el último cañonazo.

Permanecí echado en tierra algún tiempo, observando la agitación que siguió al ataque. Los hombres estaban rompiendo algo con hachas en la orilla, no lejos de la empalizada; era el pobre bote pequeño, descubrí luego. A lo lejos, junto a la desembocadura del riachuelo, una enorme hoguera brillaba entre los árboles, y entre ese punto y la goleta iba y venía uno de los botes con aquellos marineros que yo había visto tan taciturnos a bordo y que ahora remaban cantando como chiquillos. Había, sin embargo, un timbre en sus voces que delataba el ron.

Por fin pensé que ya podía intentar llegar hasta la empalizada. Estaba a bastante distancia de ella, en la barra arenosa que cierra el fondeadero por el Este y que con la bajamar se une con la isla del esqueleto; al ponerme en pie, vi, algo más lejos de la barra de arena y elevándose entre unos matorrales, una roca solitaria bastante alta y de un raro color blanco. Me trajo a la memoria la roca blanca de la que me hablara Ben Gunn y junto a la que se encontraba el bote que quizá algún día podría necesitar.

Entonces fui bordeando el bosque hasta ganar la retaguardia de la empalizada, esto es, por el lado que daba a la costa, y al poco rato me dio la bienvenida la partida de leales.

Les relaté sin tardanza mi aventura, y comencé a hacerme cargo de mi tarea. El fortín había sido construido con troncos de pino mal cuadrados, tanto el piso como el techo y el

suelo; y este último se levantaba a un pie o pie y medio sobre la superficie de la arena. Había una especie de porche en la puerta y bajo él brotaba un manantial encauzado hasta un extraño pilón artificial, que no era sino una gran caldera de hierro de un barco, quitado el fondo, y hundido «hasta sus cojinetes» en la arena, como decía el capitán.

Poco habían dejado además de la estructura de la casa. Pero en una esquina había una especie de losa colocada a modo de hogar y una canasta de hierro herrumbroso para contener el fuego.

Las faldas de la loma y todo el interior de la empalizada habían sido talados para levantar el fortín, y observamos, por los tocones que quedaban, qué hermosa arboleda se había destruido. Gran parte del suelo había sido erosionado por las aguas o cubierto por el aluvión tras la tala del bosque; solo por donde corría el arroyuelo crecía, verde entre la arena, una capa de musgo, algunos helechos y pequeñas plantas trepadoras. Muy cercano a la empalizada, el bosque recobraba su densidad —demasiado cerca para nuestra defensa, según decían— abundante en abetos hacia el interior y pujante de robles hacia el mar.

La brisa fresca nocturna, que ya mencionara antes, penetraba ahora por todos los resquicios del edificio, rociando el suelo con una lluvia de arena muy fina. Teníamos arena en los ojos, arena en los dientes, arena en el plato de la cena, arena en el manantial del fondo del pilón, como gachas que se cocinaban. La chimenea era un agujero cuadrado en el techo; no tiraba bien, de forma que el humo llenaba la habitación provocándonos la tos y enrojeciéndonos los ojos.

Añádase a esto que Gray, el recién incorporado, tenía el rostro vendado a causa de una cuchillada que recibió al escapar de los amotinados; y el pobre Tom Redruth, aún insepulto, yacía junto a la pared, rígido y frío, bajo la bandera de la Unión Jack.

Si se nos hubiera dejado quedarnos tranquilos, habría cundido entre nosotros el desánimo, pero el capitán Smollett nunca lo hubiera tolerado. Nos convocó a todos ante él, y nos asignó las guardias. El doctor, Gray y yo formamos una, y el *squire*, Hunter y Joyce, la otra. Aunque estábamos muy cansados, dos fueron a por leña y otros dos fueron a cavar una fosa para Redruth; al doctor le nombraron cocinero y a mí me ordenaron hacer de centinela en la puerta; y el capitán no cesaba de ir de unos a otros, tratando de animarnos o echando una mano allí donde se necesitaba.

De vez en cuando, el doctor asomaba a la puerta para respirar un poco de aire puro y limpiar sus ojos llenos de humo; y cuando lo hacía aprovechaba para conversar conmigo.

—Smollett es mejor hombre que yo —me dijo en una de esas ocasiones—. Y cuando yo te lo digo, Jim, es que significa mucho.

En otra ocasión permaneció silencioso largo rato. Después echó a un lado la cabeza y me preguntó.

—¿Tú confías en ese Ben Gunn?

—No lo sé, señor —le respondí—. Yo no estoy muy seguro de que no esté loco.

—Si existe alguna duda, es que seguramente lo está —replicó el doctor—. De un hombre que se ha pasado tres años mordiéndose las uñas en una isla desierta no puede esperarse, Jim, que esté tan cuerdo como tú o como yo. No cabe en la naturaleza

humana. ¿Era queso de lo que me dijiste que tenía antojo?

—Sí, señor: queso —contesté.

—Y bien, Jim —dijo él—, toma nota de cuánto vale ser una persona delicada en la comida. Tú has visto mi cajita de rapé, ¿no? Y jamás me has visto aspirarlo. Y es porque en mi cajita de rapé lo que en realidad llevo es un trozo de queso parmesano, un queso italiano muy nutritivo. Pues bien, ¡se lo regalo a Ben Gunn!

Antes de cenar enterramos al viejo Tom en la arena y permanecimos unos instantes junto a él, con la cabeza descubierta al aire. Habíamos hecho buen acopio de leña, aunque no tanta como para satisfacer al capitán, por lo que meneó la cabeza y nos dijo que «deberíamos proseguir la tarea mañana con más brío». Luego, después de comer la ración de cerdo, y tomar cada uno un vaso de aguardiente, los tres jefes se retiraron a un rincón para hablar sobre futuros planes.

Parecían muy angustiados por cómo proceder, dado que la escasez de provisiones podría conducirnos a la rendición por hambre mucho antes de que pudiéramos recibir ayuda externa. Pero nuestra esperanza era, convinieron ellos, matar a los bucaneros hasta que arriaran la bandera rindiéndose o que escaparan con la Hispaniola. De los diecinueve quedaban quince; dos estaban heridos, y uno de ellos, por lo menos, de mucha gravedad, si es que no estaba muerto —el hombre herido junto al cañón por el *squire*—. Siempre que pudiéramos asestarles un golpe, deberíamos aprovechar la ocasión tratando de no arriesgar nuestras vidas, y tomando todas las precauciones. Y encima, contábamos con dos excelentes aliados: el ron y el clima.

Del primero, aunque nos hallábamos a más de media milla de distancia, presentíamos su efecto al oírles hablar alborotados y cantar hasta altas horas de la noche; y en cuanto al segundo, el doctor apostaba su peluca a que, acampando junto a las marismas, y faltos de medicamentos, la mitad de ellos estaría fuera de combate antes de una semana.

—Por eso —nos explicó—, si antes no nos eliminan a todos, pueden darse por contentos de escapar con la goleta. Es siempre un barco, y pueden volver a ejercer la piratería, supongo.

—¡Sería el primer navío que jamás haya perdido! —exclamó el capitán Smollett.

Yo estaba muerto de cansancio, como pueden imaginarse; y cuando logré dormirme, que no fue hasta después de charlar largo rato, lo hice como un tronco.

Cuando me desperté por el bullicio y las voces, ya se habían levantado y desayunado; y habían aumentado la pila de leña casi el doble.

—¡Bandera de tregua! —le oí decir a alguien; y a continuación, inmediatamente después, una exclamación de sorpresa—: ¡Es el propio Silver!

Y, ante eso, me levanté de un salto y, frotándome los ojos, corrí hacia una de las aspilleras del fortín.

CAPÍTULO XX

La embajada de Silver

En efecto, dos hombres se hallaban justo fuera de la empalizada; uno de ellos agitaba una tela blanca; y el otro, que estaba tranquilamente a su lado, era nada menos que el propio Silver.

Era aún muy temprano y hacía la mañana más fría que yo había vivido hasta entonces en esas tierras. Era un frío que se metía hasta el tuétano de los huesos. El cielo brillaba sin nubes y las copas de los árboles reflejaban el suave tono rosado del sol naciente. Pero la umbría cubría a Silver y a su ayudante, que estaban como sumergidos hasta las rodillas en una niebla blanca y espesa que se había levantado durante la noche desde las aguas estancadas de las marismas. Aquel frío y la bruma delataban la insalubridad de la isla. Era un lugar propicio a las fiebres y lleno de humedad.

—Quedaos dentro —dijo el capitán—. Diez contra uno a que se trata de una trampa.

Entonces gritó al bucanero:

—¿Quién va? ¡Alto o disparamos!

—¡Bandera de tregua! —gritó Silver.

El capitán estaba en el porche, a cubierto de cualquier disparo traicionero. Se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—La guardia del doctor que esté vigilante. Por favor, doctor Livesey, sitúese al norte; Jim, al este; Gray, al oeste. La guardia que no está de servicio que cargue los mosquetes. ¡Rápido, vamos, y con mucho cuidado!

Y volviéndose hacia los amotinados, les gritó:

—¿Y qué deseas parlamentar con esa bandera blanca?

Esta vez fue el acompañante de Silver quien replicó:

—El capitán Silver, señor, que quiere subir a bordo y proponeros un trato.

—¡El capitán Silver! No lo conozco. ¿Quién es ese? —gritó el capitán. Y oímos que decía para sí: «Conque capitán, ¿no? ¡Vaya, cómo se asciende de rango aquí!».

Esta vez fue Long John quien respondió:

—Yo, señor. Estos pobres hombres me han nombrado capitán después de vuestra desertión, señor —y puso especial énfasis en la palabra *desertión*—. Estamos dispuestos a someternos si aceptáis nuestras condiciones y a acabar con esta espinosa situación. Todo lo que yo pido es su palabra, capitán Smollett, de que me dejará regresar sano y salvo y me dará un minuto para ponerme fuera de tiro antes de disparar.

—No tengo el menor deseo de hablar con usted —dijo el capitán Smollett—. Si quiere

hablar usted, puede hacerlo, eso es todo. Si hay traición, será por vuestra parte, y que el Señor os ayude.

—Con eso me basta, capitán —dijo Long John, contento—. Su palabra es suficiente para mí. Sé quién es un caballero, y puede apostar por eso.

Vimos cómo el hombre que portaba la enseña blanca intentaba detener a Silver, lo que no era de extrañar después de las «cortesés» palabras del capitán. Pero Silver respondió con una risotada y dándole una fuerte palmada en la espalda, como si hubiera sido absurdo alarmarse. Y después empezó a caminar hacia la empalizada, arrojó la muleta por encima y, con notable destreza y vigor, consiguió sujetarse con una pierna, saltar la cerca y caer de nuestro lado sin la menor dificultad.

Confieso que estaba demasiado interesado por todos aquellos acontecimientos para cumplir como debía con mi deber de centinela; en realidad, abandoné la aspillera y me acerqué reptando hasta ponerme detrás del capitán, que se encontraba ahora sentado en el umbral con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el manantial que borboteaba desde la caldera hasta la arena. Entre dientes silbaba la canción «Come, lasses and lads».¹⁶

A Silver le costó mucho trabajo subir la alta duna. Pues entre lo pronunciado de la cuesta, las muchas cepas de los árboles talados y la movilidad de la fina arena, él y su muleta eran como un barco atascado en el varadero. Pero era obstinado, así que siguió subiendo en silencio hasta que al fin llegó frente al capitán, a quien saludó con desenvuelta cortesía. Se había ataviado con sus mejores prendas: una inmensa casaca azul con gruesos botones de latón que le colgaba por debajo de las rodillas e iba tocado de un vistoso sombrero con encajes y caído hacia atrás.

—Ya está usted aquí —dijo el capitán, levantando la cabeza—. Siéntese si le apetece.

—¿No va a dejarme entrar, capitán? —se quejó Long John—. Hace una mañana muy fría para estar sentados a la intemperie en la arena.

—Bueno, Silver —dijo el capitán—, si usted hubiera tenido a bien ser un hombre honrado, podría ahora estar tranquilamente en su cocina. Suya es la culpa. O bien es el cocinero de mi barco, y en ese caso se le trataría espléndidamente. O bien es el capitán Silver, un vil amotinado y un pirata, y entonces ¡puede ir a la horca!

—Bien, bien, capitán —repuso el cocinero y se sentó en la arena, como se le ordenó—pero tendrá usted que darme su mano para levantarme, eso es todo. Un lugar muy agradable tienen ustedes aquí. ¡Ah, ahí está Jim! Muy buenos días, Jim. A su servicio, doctor. Bien, están todos juntos como una familia feliz, como suele decirse.

—Si tiene usted algo que decir, mejor será que lo haga —dijo el capitán.

—Tiene usted mucha razón, capitán Smollett —replicó Silver—. El deber es el deber, sin duda. Bien, pues ahora escuche: hicieron una buena apuesta ayer noche. No niego que fue una buena jugada. Alguno de ustedes manejó con pericia el espeque.¹⁷ Y no voy a negar que pillaron desprevenidos a muchos de mis camaradas, quizá a todos, y hasta puede ser que a mí también me pillaran, y puede hasta que ahora esté yo aquí por esa razón, para hablar. Pero escuche, capitán, esa astucia no sirve dos veces, ¡rayos! Pondré centinelas y reduciremos algo la ración de ron. Puede que usted crea que todos

estábamos más borrachos que una cuba. Pero le digo que yo no lo estaba; solo estaba más cansado que un perro; si me despierto un segundo antes, seguro que os pillo con las manos en la masa. No estaba muerto cuando me acerqué, no, señor.

—¿Y bien? —dijo el capitán Smollett con toda la serenidad de que era capaz.

Todo lo que Silver dijo era el mayor de los enigmas para él, pero nunca lo adivinarías por su tono de voz. Yo ya empezaba a hacerme una idea de qué se trataba. Me acordé de las últimas palabras de Ben Gunn. Comencé a sospechar que podía haber hecho una visita nocturna a los bucaneros aprovechando que dormían borrachos junto a la hoguera, y reconocí alegremente que teníamos solo catorce enemigos contra los que luchar.

—Esta es mi propuesta —dijo Silver—. Queremos ese tesoro, y lo vamos a conseguir. ¡Es nuestro objetivo! Ustedes, supongo que desearán salvar sus vidas: y esa es cosa suya. Usted guarda un mapa, ¿no?

—Pudiera ser —replicó el capitán.

—Bueno, sí lo tiene, lo sé —insistió Long John—. No es necesario que sea usted tan antipático conmigo; nada va a arreglar con eso, le apuesto a que no. Lo que quiero decir es: queremos ese mapa. Bueno, nunca he pensado yo en hacerles el menor daño.

—Nada de eso le vale conmigo —interrumpió el capitán—. Sabemos qué es lo que pretenden hacer, y eso nos trae sin cuidado; porque ahora, sabe, ya no pueden hacer nada.

Y el capitán lo miró con mucha calma, mientras se disponía a llenar su pipa.

—Si Abraham Gray... —comenzó a decir Silver.

—¡Alto ahí! —exclamó el señor Smollett—. Gray no me ha contado nada ni nada le he preguntado; y es más, antes de hacerlo, por mí pueden usted y él, junto con esta maldita isla, saltar hechos pedazos por los aires. Así que ya ha oído lo que pienso sobre este asunto.

Este arranque de genio pareció calmar a Silver. También él se había enojado, pero ahora trató de contenerse y conservar la calma.

—Ya es suficiente —dijo—. Yo no pondría límites a lo que un caballero pueda tener o no por juego limpio, según fuera el caso. Y viendo que va a usted a fumar una pipa, capitán, me tomo la libertad de hacer lo mismo.

Y llenó su pipa y la encendió; y los dos hombres siguieron sentados y fumando durante un buen rato, mirándose en silencio, retacando sus pipas e inclinándose para escupir. Verlos así era como asistir a una obra de teatro.

—Bien —prosiguió Silver— este es el asunto. Ustedes nos dan el mapa para encontrar el tesoro y dejan de disparar a mis pobres marineros y de romperles la cabeza mientras duermen. Hagan eso y les ofreceremos una elección: o volver con nosotros una vez que el tesoro esté a bordo (y yo garantizo bajo mi palabra de honor dejarlos sanos y salvos en alguna tierra), o si esto no les gusta, porque algunos de mis marineros son bastante violentos y tal vez quieran saldar viejas cuentas, pueden quedarse aquí donde están ahora, y les dejaré la mitad de las provisiones. Y garantizo por mi honor dar el mensaje al primer navío que vea para que venga a recogerlos. Trato mejor no les dará nadie, no, señor. Y espero —y aquí alzó la voz— que todos los que están aquí en este fortín se

piensen mis palabras, porque lo que le digo a uno se lo digo a todos.

El capitán Smollett se levantó y golpeó la pipa con la palma de su mano para sacar las últimas brasas.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Mi última palabra, ¡rayos! —contestó John—. Si rechazan esa solución, ya no me verán más a mí, sino las balas de los mosquetes.

—Muy bien —dijo el capitán—. Ahora me va a escuchar usted a mí. Si todos vosotros os entregáis aquí, uno a uno, desarmados, yo os garantizo que os pondré grilletes y os llevaré a Inglaterra donde tendréis un juicio justo. Y si no lo hacéis, por mi nombre, que es Alexander Smollett, que he izado los colores de mi rey, he de veros a todos ir al fondo del mar. No podéis encontrar el tesoro. No sabéis gobernar el barco, nadie de vosotros sabe cómo hacerlo. No podéis luchar contra nosotros. Solo Gray ha podido con cinco de vosotros cuando escapó. Vuestro barco está inmóvil por falta de viento; usted está a sotavento como pronto va a comprobar. Yo estoy firme aquí, se lo advierto, y esto es lo último que va a escuchar de mí, porque, por el cielo, le juro que la próxima vez que le encuentre, le voy a meter una bala en la espalda. Así que, andando, muchacho. Largo de aquí, por favor, con las manos juntas, y a paso ligero.

El rostro de Silver era un cuadro; sus ojos se salían de las órbitas llenos de ira. Sacudió la pipa para apagarla.

—¡Deme una mano para levantarme! —exclamó.

—Yo no —respondió el capitán.

—¿Quién me va a echar una mano? —gritó.

Ninguno de nosotros se movió. Rugiendo las más atroces maldiciones, se arrastró por la arena hasta que pudo aferrarse al porche y ponerse en pie con su muleta. Allí escupió al suelo.

—¡Eso —gritó— es lo que pienso de vosotros! Antes de que transcurra una hora, habré acabado con este viejo fortín como si fuera una cuba de ron. ¡Reíos, rayos y truenos, reíos! Antes de una hora os vais a reír para el otro lado. Los que estén muertos tendrán suerte.

Y con un terrible juramento se fue dando traspiés, dejando un surco en la arena; tras cuatro o cinco intentos fallidos, logró saltar la estacada con ayuda del hombre que llevaba la bandera de tregua, y desapareció al poco entre los árboles.

[16](#). Es una antigua canción del campo del norte de Inglaterra («Venid, chicas y chicos»).

[17](#). Es un instrumento de asta larga y un gancho de hierro en la punta, usado sobre todo para ayudar a atracar y desatracar una barca.

CAPÍTULO XXI

El ataque

Tan pronto como Silver desapareció, el capitán, que se quedó observándolo fijamente, regresó al interior del fortín; allí no encontró a ninguno de nosotros en su puesto, a excepción de Gray. Fue la primera vez que lo vi enojado.

—¡A sus puestos! —nos gritó.

Y nos retiramos cabizbajos a nuestros puestos.

—Gray —dijo—. Voy a apuntar su nombre en el cuaderno de bitácora; ha cumplido con su deber como un buen marinero. Mr. Trelawney, estoy muy sorprendido con usted. Doctor, ¡creí que vestía la casaca del Rey! Si fue así como sirvió en Fontenoy, señor, más le hubiera valido quedarse en el camarote.

La guardia del doctor volvió a apostarse en las aspilleras; los demás cargaron rápidamente sus mosquetes. Y todos, sonrojados de vergüenza, y la mosca detrás de la oreja, como suele decirse.

El capitán nos miró durante un rato en silencio, y después dijo:

—Compañeros, le he soltado un buen chaparrón a Silver. Lo he puesto furioso adrede. Y antes de una hora, como dijo, nos atacarán. Son más que nosotros, no tengo que repetíroslo, pero vamos a luchar bien resguardados; y, hasta hace un minuto, diría que luchamos con disciplina. No tengo ninguna duda de que podemos aniquilarlos si queréis.

Luego salió a hacer una ronda de inspección y comprobó, como dijo, que todo estaba en orden.

En los dos flancos más cortos del fortín, el este y el oeste, había solo dos aspilleras; en el flanco sur, donde estaba el porche, había otras dos, y cinco en la fachada norte. Disponíamos de veinte mosquetes para nosotros siete; la leña había sido recogida en cuatro pilas, a manera de parapetos, y una hacia la mitad de cada flanco, y sobre estas, algunas municiones y cuatro mosquetes ya cargados para los defensores. En el medio estaban los alfanjes alineados.

—Apagad el fuego —dijo el capitán—, ya no hace frío y no debemos echarnos el humo a los ojos.

El señor Trelawney sacó la canasta del fuego y apagó las ascuas en la arena.

—Hawkins no ha desayunado. Hawkins, sírvete tú mismo y vuelve a comerlo a tu puesto —continuó el capitán Smollett— Y rápido, muchacho, porque puede que no te dé tiempo a terminarlo. Hunter, sirve a todos una ronda de aguardiente.

Y mientras bebíamos, el capitán completó, como pensaba, nuestro plan de defensa.

—Doctor —ordenó—, estará custodiando la puerta. Observe sin exponerse, manténgase dentro y dispare a través del porche. Hunter, cubra la zona este, allí. Joyce, usted defenderá el oeste. Mr. Trelawney, vos sois el mejor tirador; vos y Gray defenderéis este lado norte, que, como tiene cinco aspilleras, permite cubrir una zona más amplia, y es donde está el peligro. Es preciso que no lleguen a alcanzar el fortín, porque, si toman las aspilleras, y disparan desde ellas, la cosa se puede poner muy fea. Hawkins, ni tú ni yo contamos mucho en los disparos; estaremos atentos para recargar los mosquetes y echar una mano.

Tal como el capitán había dicho, ya había pasado el frío. Tan pronto como el sol se levantó sobre los árboles que nos rodeaban, comenzó a caer a plomo sobre la explanada, y secó de un sorbo toda la neblina húmeda. Al poco, el arenal estaba quemando y la resina se derretía en los troncos del fortín. Nos quitamos las casacas, desabrochamos el cuello de las camisas y las arremangamos hasta arriba. Y así, cada uno en su puesto, aguardamos el ataque, enfebrecidos por el calor y la ansiedad.

Pasó una hora.

—¡Que los ahorquen! —dijo el capitán—. Estamos clavados como al paio. Gray, silba para que corra algo de brisa.

Y en aquel preciso instante empezaron las señales que anunciaban un ataque inminente.

—Discúlpeme, señor —dijo Joyce—. Si veo a alguno, ¿debo tirar?

—¡Eso es lo que he ordenado! —gritó el capitán.

—Muchas gracias, señor —repuso Joyce con la misma cortesía serena.

Nada sucedió durante un rato; pero el comentario nos puso a todos alerta, aguzando los oídos y los ojos. Los mosqueteros con el arma bien colocada, el capitán en medio del fortín con la boca apretada y el ceño fruncido.

Pasaron unos segundos y, de repente, Joyce apuntó con cuidado y disparó. Aún sonaba en nuestros oídos la detonación, cuando desde el exterior empezaron a tirar sobre nosotros, con fuego graneado, tiro tras tiro, como si fuéramos un blanco, de todas partes. Algunas balas de incrustaron en los troncos, aunque ninguna nos alcanzó. Y cuando el humo se disipó, la empalizada y los bosques cercanos daban la misma impresión de tranquilidad y vacío como antes de empezar la refriega. No se movía ni una rama, y ni el brillo de un cañón delataba la presencia de nuestros enemigos.

—¿Alcanzó usted a su hombre? —preguntó el capitán.

—No, señor —contestó Joyce—, me parece que no, señor.

—Eso es lo mejor: decir la verdad —murmuró el capitán Smollett—. Cárgale el mosquete, Hawkins. ¿Cuántos estima usted que había por su zona, doctor?

—Lo sé con precisión —dijo el doctor Livesey—. Aquí he visto que dispararon tres veces, vi tres fagonazos; dos casi juntos, y un tercero algo más hacia el oeste.

—Tres —repitió el capitán—. ¿Y cuántos en vuestra parte, Mr. Trelawney?

Pero esta vez no obtuvo una respuesta tan precisa. Habían disparado muchos por el norte: siete, según la cuenta del *squire*; ocho o nueve, según Gray. Por el este y el oeste, solo un tiro de cada flanco. Estaba muy claro, pues, que el ataque iba a lanzarse por el norte y que las otras zonas servirían nada más que de hostigamiento disimulado. Pero el

capitán Smollett no cambió sus planes de defensa y nos convenció de que si los amotinados lograban atravesar la empalizada, podrían tomar las aspilleras desprotegidas y cazarnos como a ratas en nuestra propia madriguera.

Tampoco tuvimos mucho tiempo para meditarlo bien. De improviso, con un espantoso grito de guerra, un grupo de piratas saltó de entre los árboles del lado norte y se lanzó a la carrera hacia la empalizada. Al mismo tiempo, se reanudaron los disparos desde el bosque; una bala de rifle silbó por la entrada e hizo astillas el mosquete del doctor.

Los asaltantes treparon como monos por la empalizada. El *squire* y Gray disparaban contra ellos sin cesar; y tres forajidos cayeron, uno dentro del recinto y los otros dos por la parte de fuera. Uno de estos dos pareció estar más asustado que herido, pues se incorporó de un salto y en un instante desapareció entre la maleza.

Dos habían mordido el polvo; otro había huido, y cuatro lograron alcanzar nuestra línea defensiva; siete u ocho más, escondidos en la espesa arboleda, cada uno, es evidente, con varios mosquetes, disparaban sin tregua pero inútilmente contra el fortín.

Los cuatro que habían conseguido penetrar siguieron corriendo hacia el fortín, dando alaridos en su carrera que los hombres ocultos en el bosque contestaban con otros gritos para darles ánimos. Se dispararon varios tiros, pero era tal la precipitación de nuestros tiradores, que, antes de darnos cuenta, los cuatro piratas habían remontado la cuesta y estaban ya sobre nosotros.

La cabeza de Job Anderson, el contraamaestre, apareció en la aspillera central.

—¡A por ellos! ¡Vamos allá, todos!— rugió con voz de trueno. Al mismo tiempo, otro pirata agarró el mosquete de Hunter por el cañón, se lo quitó de las manos y lo echó por la aspillera, y le dio tal fuerte golpe al pobre hombre, que quedó tumbado en el suelo sin sentido. Mientras tanto, un tercero, dando incólume la vuelta al fortín, consiguió llegar a la entrada y cayó sobre el doctor blandiendo su alfanje.

Nuestra suerte había sufrido un revés. Un momento antes disparábamos a cubierto sobre un enemigo expuesto; ahora éramos nosotros los que ofrecíamos el mejor blanco sin poder devolver los golpes.

El fortín se había llenado de humo, que algo nos valía de escudo defensivo. Tenía los oídos atronados del ruido, de la confusión de gritos, fognazos, detonaciones y gemidos de dolor.

—¡Salgamos, muchachos! ¡Fuera todos! —gritó el capitán—. ¡Luchad en campo abierto! ¡Los alfanjes!

Cogí un alfanje del montón, y alguien, al mismo tiempo, tomando otro, me dio un corte en los nudillos que apenas sentí. Corrí precipitadamente hacia la luz del sol. Alguien corría tras de mí, pero no supe quién. Justo delante de mí, el doctor perseguía a su asaltante cuesta abajo, y lo derribó de un terrible tajo en la cara.

—¡Dad la vuelta al fortín, muchachos! ¡A la vuelta de la casa! —gritó el capitán; e incluso en el bullicio me pareció percibir un cambio en su voz.

Obedecí automáticamente, y corrí hacia el este con el alfanje listo para golpear. De improviso me di de bruces con Anderson. Dio un enorme rugido y elevó su garfio que brillaba al sol sobre la cabeza. No tuve tiempo de sentir miedo, pero, cuando estaba a

punto de darme el golpe, salté rápido hacia un lado y, dando un traspié, rodé por la duna de arena abajo.

Cuando escapé por la puerta del fortín, los otros amotinados habían escalado en masa la empalizada para acabar con nosotros. Uno de ellos, tocado con un gorro de dormir rojo y el sable entre los dientes, se había encaramado en todo lo alto de la empalizada y echado una pierna al otro lado. Pues bien, tan corto debió ser el intervalo, que, cuando volví a ponerme en pie, el hombre del gorro rojo aún estaba medio encaramado; otro asomaba en ese instante la cabeza por encima de la empalizada. Y sin embargo, en ese mismo instante terminó la refriega con la victoria de nuestra parte.

Gray, que corría detrás de mí, había abatido de un solo tajo al corpulento contraamaestre, antes de que este tuviera tiempo de reaccionar tras su golpe fallido. Otro pirata había recibido un balazo desde una espillera en el momento en que iba a disparar hacia el interior del fortín, y ahora agonizaba con la pistola humeando aún en la mano. Un tercero, que yo presencié, había caído con un solo golpe del doctor. De los cuatro que habían escalado la empalizada, solo quedaba ya uno, y este, habiendo dejado su alfanje en el campo, estaba ya trepando de nuevo para salir muerto de miedo.

—¡Fuego, fuego desde la casa! —gritó el doctor—. Y vosotros, muchachos, poneos a cubierto.

Pero nadie atendió a sus palabras, nadie disparó, y el último de los atacantes logró escapar y desaparecer con los demás en el bosque. En tres segundos no quedaba ninguno de nuestros asaltantes, salvo los cinco caídos, cuatro dentro de la empalizada y otro fuera de ella.

El doctor, Gray y yo corrimos rápidos a refugiarnos en el fortín. Los asaltantes volverían pronto donde habían dejado los mosquetes y en cualquier momento podía empezar de nuevo el fuego.

El humo que invadía el interior del fortín empezaba a disiparse, y observamos de una ojeada, el alto precio que pagamos por la victoria. Hunter estaba caído, sin sentido, junto a la espillera; Joyce, junto a la suya, con un balazo en la cabeza, no volvería ya a levantarse; y en mitad de la habitación, el *squire* sostenía al capitán, ambos muy pálidos.

—El capitán está herido —dijo Mr. Trelawney.

—¿Han huido? —preguntó Mr. Smollett.

—Todo lo que podían, puede estar seguro —respondió el doctor—, y hay cinco de ellos que ya no correrán nunca más.

—¡Cinco! —exclamó el capitán—. Vamos, eso está mejor. Cinco de un lado y tres de otro nos dejan en cuatro contra nueve. Hay más posibilidades que al principio. Entonces éramos siete contra diecinueve, o así lo creíamos, y eso era igual de malo de sobrellevar.

PARTE V
Mi aventura en el mar



CAPÍTULO XXII

Cómo empezó mi aventura en el mar

Ya no volvieron a atacar los amotinados —ni siquiera llegaron a disparar un solo tiro desde el bosque. Habían recibido «suficiente ración para aquel día», como dijo el capitán, y pudimos dedicarnos a reparar el fortín, a atender a los heridos y a preparar una buena cena. El *squire* y yo cocinamos fuera a pesar del peligro, e incluso fuera no nos dábamos cuenta de eso, horrorizados por los gemidos que escuchábamos de los heridos que estaban siendo curados por el doctor.

De los ocho que habían caído en la refriega, solo tres respiraban todavía: el pirata que recibió el tiro en la espallera, Hunter y el capitán Smollet; pero de estos, ya podíamos dar por muertos a los dos primeros.

El bucanero murió mientras le operaba el doctor, y Hunter, aunque hicimos todo cuanto estaba en nuestras manos, no volvió a recobrar el conocimiento; todavía duró vivo todo el día, respirando con estertores, como el viejo bucanero de nuestra posada bajo el ataque de apoplejía; pero tenía aplastadas las costillas por el golpe y se había fracturado el cráneo en la caída, y durante aquella noche, sin dar señal alguna ni ruido, lo acogió Dios en su seno.

Las heridas del capitán eran graves, aunque no revestían peligro. Ningún órgano había sido fatalmente dañado. El disparo de Anderson, pues fue Job el primero que le disparó, le había roto la paletilla y tocado el pulmón, pero no de gravedad; la segunda bala le había desgarrado algún músculo de la pantorrilla. Su curación era segura, dijo el doctor, pero entretanto, y en las próximas semanas, no debería caminar ni mover el brazo y, si era posible, ni siquiera hablar.

El corte que yo me había hecho en los nudillos no tenía más importancia que una picadura de mosquito. El doctor Livesey me puso un emplasto y me arreó un sopapo cariñoso.

Después de comer, el *squire* y el doctor se sentaron un rato junto al capitán para celebrar consejo, y después de un rato de conversación, pasado ya el mediodía, el doctor cogió el sombrero y dos pistolas, se ciñó al cinturón un alfanje y con un mosquete al hombro salió del fortín, cruzó la empalizada por la parte norte y lo vimos desaparecer a toda prisa por el bosque.

Gray y yo nos quedamos sentados en la esquina más retirada del fortín, alejados lo suficiente para no escuchar, por discreción, las deliberaciones de nuestros jefes. Al ver al doctor alejarse, Gray, que estaba fumando, se quedó tan perplejo que se le olvidó volver

a darle otra calada a la pipa.

—Pero bueno, ¡por todos los diablos! —exclamó—. ¿Se ha vuelto loco el doctor Livesey?

—No lo creo —dije—. Dudo que nadie de esta tripulación esté más en su sano juicio.

—Pues si es así, compañero —dijo Gray—, él, tal vez, loco no estará, pero entonces el que debe estarlo soy yo.

—Supongo —repliqué—, que debe tener algún plan; y si no me equivoco, creo que va en busca de Ben Gunn.

Como ocurrió más tarde, tenía yo razón; pero, mientras tanto, debido a que en el fortín hacía un calor sofocante y la pequeña explanada arenosa, dentro de la empalizada, ardía bajo el sol del mediodía, comencé a sentir algo que de ninguna manera me parecía correcto. Comencé a envidiar al doctor, que estaría paseando por la fresca umbría de los bosques, con los pájaros gorjeando a su alrededor y aspirando el suave olor de los pinos, mientras yo me estaba asando allí sentado, con la ropa pegada a la resina derretida y tanta sangre y tantos cadáveres a mi alrededor que comencé a coger al lugar tanto asco como el miedo que sentía.

Luego, mientras estaba limpiando el fortín y fregando los cacharros de la cena, aquella repugnancia y envidia fueron en aumento, hasta que, finalmente, aprovechando que estaba cerca de la bolsa del pan y nadie me veía, di el primer paso hacia mi fuga, llenando de galleta los bolsillos de mi casaca.

Me diréis que actué como un insensato, y con razón, pues iba a llevar a cabo el acto más descabellado y temerario; pero estaba decidido a hacerlo con todas las precauciones posibles. Aquella galleta, si algo me ocurría, al menos me quitaría el hambre durante todo el día siguiente.

Lo siguiente que agarré fue un par de pistolas, y como ya llevaba la pólvora y las municiones, quedé bien pertrechado de armas.

En cuanto al plan que tenía in mente no era en sí tan malo. Pensé bajar hasta la barra de arena que separaba por el este el fondeadero del mar abierto, buscar la roca blanca que me había parecido localizar la noche anterior y averiguar si era allí o no donde había escondido el bote Ben Gunn; algo que merecía la pena intentar, como aún lo sigo pensando. Pero como estaba seguro de que no me habrían permitido abandonar la empalizada, no me quedó otro remedio que largarme sin despedirme cuando nadie estaba vigilando; y esto resultó una forma de actuar tan mala que el plan entero quedaba en entredicho. Pero yo era solo un muchacho y no iba a volverme atrás.

Tal como se desarrollaron los acontecimientos, encontré una ocasión admirable. El *squire* y Gray estaban curando al capitán y poniéndole los vendajes; tenía el campo libre; de una carrera, salté la empalizada y me escondí en la espesura y, antes de que pudieran darse cuenta de mi ausencia, ya estaba fuera del alcance de mis compañeros.

Esta fue mi segunda locura, aún mayor que la primera, puesto que solo dejaba a dos hombres útiles para guardar el fortín; pero, como la anterior, sirvió de ayuda para la salvación de todos nosotros.

Me encaminé directamente hacia la costa este de la isla, porque había resuelto que

bajaría hasta la barra por el lado del mar, con objeto de evitar todo riesgo de ser descubierto desde el fondeadero. Era ya al caer de la tarde, aunque aún hacía calor y el sol no se había puesto. Mientras me abría camino entre la espesura del bosque podía oír en la lejanía no solo el oleaje del mar romper contra el acantilado, sino también el balanceo y el crujir del follaje indicando que la brisa marina soplaba con más fuerza que de ordinario. Pronto me llegaron las corrientes de aire fresco, y unos pasos más adelante salí al término del bosque para contemplar el mar, azul y soleado hasta el horizonte, y el oleaje que rompía en la playa y la cubría de espuma.

Nunca pude ver aquel mar en calma en torno a la isla del tesoro. Incluso cuando el sol abrasaba el aire, y no se movía una brizna de viento, y aun cuando el mar fuera una lámina plana y azul, esas grandes olas seguían batiendo día y noche a lo largo de la costa rugiendo con estruendo; y no creo que hubiera ni un solo lugar en toda la isla en el que ese ruido dejara de oírse.

Seguí adelante, bordeando la playa, lleno de optimismo, hasta que, considerando que ya había avanzado bastante hacia el sur, me escondí entre unos arbustos bien tupidos y repté con cuidado hasta alcanzar la cresta de una duna de la barra.

Detrás de mí estaba el mar y enfrente, el fondeadero. La brisa marina, como si se hubiera agotado antes por soplar con inusitada fuerza, ya había cesado; y le habían sucedido suaves y variables brisas del sur y del sureste que habían arrastrado grandes bancos de niebla. El fondeadero, al socaire de la isla del Esqueleto, era igual que un lago en calma, como la primera vez que fondeamos en él. La Hispaniola se reflejaba nítidamente en aquel espejo, desde la cofa a la línea de flotación, y la bandera negra pirata ondeaba en lo alto de la vela.

A un costado había amarrado uno de los botes con Silver sentado en popa —a él siempre me resultaba fácil reconocerlo—, mientras un par de hombres se asomaban inclinados sobre la amura de popa de la goleta; uno de ellos lucía un gorro rojo; era el mismo truhán que algunas horas antes había visto tratando de saltar la empalizada. Parecía que estaban charlando y riendo muy animados, aunque a esa distancia —a más de una milla— no podía oír ni una palabra. De repente, escuché el más horripilante e inhumano vocerío, que, al principio, me sobresaltó no poco, aunque pronto reconocí la voz del Capitán Flint y hasta me pareció distinguir el brillante plumaje del pájaro posado en el antebrazo de su amo.

Poco después soltó cabos el bote y puso rumbo hacia la costa, y el hombre del gorro rojo y su compañero bajaron a la bodega y desaparecieron de cubierta.

El sol ya se había ocultado por detrás de El Catalejo, y mientras la niebla se iba espesando con rapidez, comenzó a caer la noche. Pensé que no debía perder tiempo si quería encontrar el bote aquella misma noche.

La roca blanca, que se distinguía perfectamente por encima de la maleza, estaba aún a unos cientos de metros más abajo, en la barra de arena, y tardé un buen rato en llegar hasta ella, avanzando, a veces a gatas, entre los matorrales. Ya era casi noche cerrada cuando logré alcanzar la roca y tocar su áspera superficie. Justo debajo había una hondonada poco profunda cubierta de hierbajos, oculta por dunas y espesos matorrales

de los que por allí abundaban; y en el centro de la hondonada descubrí una pequeña tienda hecha con piel de cabra, como las de los gitanos que andan errantes por Inglaterra.

Descendí hasta allí y levanté un ala de la tienda, y allí estaba el bote rudimentario de Ben Gunn —rudimentario, si a algo se le podía llamar así: un tosco armazón de madera basta, cubierto de pieles de cabra con el pelo hacia dentro—. Era excesivamente pequeño, incluso para mí, y no me puedo imaginar cómo había podido mantenerse a flote con un hombre hecho y derecho. Tenía algo como un banco bajo, una especie de codaste a popa y un remo de doble pala.

Por entonces, yo no había visto jamás un cora clo,¹⁸ como los que hicieran los antiguos bretones; pero después he visto alguno y nada puede daros una idea más justa sobre el bote de Ben Gunn que decir que era como el primer y peor cora clo nunca construido por la mano del hombre. Pero, ciertamente, poseía las cualidades del cora clo: era sumamente ligero de peso y fácil de transportar.

Pues ahora que había encontrado el bote, pensaréis que me podía ya dar por satisfecho de mi escapada solitaria; pero ya me rondaba una nueva idea, y le andaba dando vueltas con tanta obsesión que creo que hubiera sido capaz de llevarla a cabo incluso delante de las mismas barbas del capitán Smollett. Se trataba de deslizarme, al amparo de la oscuridad de la noche, hasta la Hispaniola, cortar sus amarras y dejarla irse a la deriva. Estaba convencido de que los amotinados, después de ser repelidos aquella mañana, no estarían sino deseando levar anclas y hacerse a la mar; esto había que impedirselo, pensé; y ahora que había comprobado que habían dejado a sus vigilantes sin ningún bote, llevaría a cabo mi plan sin correr apenas peligro.

Me senté a esperar la noche y aproveché para darme un buen atracón de galleta. La noche era tan oscura, que venía que ni pintada para mis planes. La niebla lo cubría todo por completo. Cuando los últimos rayos del día se fueron apagando, cayó una oscuridad total sobre la isla del tesoro. Y cuando, al fin, salí de mi escondite con el cora clo a hombros y avancé tambaleando en medio de aquella negrura, solo se distinguían dos puntos en todo el fondeadero.

Uno era la gran hoguera en tierra al calor de la cual los piratas derrotados bebían en la marisma; el otro, una tenue luz en la oscuridad que indicaba la posición del anclaje de la goleta. La Hispaniola había ido girando con la marea —ahora su proa apuntaba hacia donde yo estaba—, y las luces de a bordo que yo veía no eran sino un reflejo en la niebla de la intensa claridad que alumbraba la escotilla de popa.

Había comenzado el reflujo y tuve que atravesar una franja de arena húmeda donde me hundí varias veces por encima de los tobillos, hasta lograr llegar al agua en reflujo; vadeé unos metros hacia dentro y luego, con fuerza y destreza, puse el cora clo, con la quilla hacia abajo, sobre la superficie del agua.

¹⁸. Barquilla de forma casi redonda, que se recubría de cuero.

CAPÍTULO XXIII

A la deriva en la marea

El coraclo —como tuve ocasión de comprobar antes de abandonarlo— era un bote muy seguro para alguien de mi talla y peso, muy apropiado para navegar; pero al mismo tiempo era el artefacto más complicado y poco dócil para su manejo. Hicieras lo que hicieras, siempre perdía el rumbo, se torcía ante cualquier ola, y la mejor maniobra que hacía era virar en redondo. Hasta el propio Ben Gunn admitió que era una embarcación de «extraño manejo hasta que uno se hacía con ella».

Ciertamente yo no me hacía con ella. Se iba en todas las direcciones, excepto por la que yo quería; estábamos siempre horizontales y estoy convencido de que jamás hubiera alcanzado la goleta de no ser por la marea. Por suerte, por más que remase, la marea me llevaba mar adentro y allí estaba la Hispaniola, justo en el rumbo tomado, difícil de evitarla.

Al principio vi su silueta como una mancha aún más negra que la oscuridad; después empecé a ver la forma de sus mástiles y su casco, y antes de darme cuenta (pues cuanto más me adentraba en el mar, más rápido era el reflujó), me encontré junto a su amarra y me agarré ella. La amarra estaba más tensa que la cuerda de un arco —tan fuerte tiraba el barco del ancla—. Alrededor del casco, en la oscuridad, batían y espumeaban las olas como un riachuelo monte abajo. Con un solo tajo de mi navaja la Hispaniola sería arrastrada por la fuerza de la marea.

Todo a pedir de boca; pero recordé entonces que una amarra tirante, si es cortada de pronto, puede resultar algo tan peligroso como un caballo coceando. Si hubiera llegado a cometer la torpeza de cortarla, lo más probable hubiera sido que el latigazo nos enviara al coraclo y a mí por los aires.

Esto me detuvo; y si la fortuna no me hubiera sonreído otra vez, hubiera tenido que desistir de mi plan. Pero los suaves vientos que habían empezado a soplar del sur y del sureste cambiaron después de anochecer hacia el suroeste. Justo cuando estaba meditando esto, sopló un golpe de aire que empujó la Hispaniola contra la corriente; y con enorme gozo vi que la amarra se aflojaba, y la mano con que la tenía agarrada se hundió unos segundos en el mar.

Me decidí en un instante; saqué mi navaja, la abrí con los dientes y corté un cordel tras otro del trenzado de la maroma hasta que el barco quedó sujeto solo con dos hilos. Me quedé quieto, esperando para dar el último tajo, a que de nuevo soplara el viento.

Durante toda esta faena había estado oyendo voces que venían del camarote; pero a

decir verdad, no les había prestado mucha atención, porque tenía el pensamiento concentrado en otras cosas. Pero entonces, que no hacía sino esperar, empecé a prestar mayor atención.

Una de las voces que reconocí era la del timonel, Israel Hands, que fuera en otra época artillero de Flint. La otra era, por supuesto, la de mi ya conocido bandido que llevaba el gorro rojo. Ambos parecían haber bebido en exceso y seguían aún emborrachándose; pues mientras yo les escuchaba, uno de ellos, lanzando un gruñido de borracho, abrió la escotilla de popa y arrojó algo al agua, que supuse que era una botella vacía. Pero no solo estaban beodos, sino que parecía que estaban enojados. Escuché una sarta de maldiciones e incluso tales expresiones de furia, que pensé que acabarían a golpes. El altercado pareció acallarse y las voces empezaron a suavizarse; hasta que surgió de nuevo la crisis y después volvieron a apaciguar sus ánimos.

En la costa pude contemplar el lejano resplandor de la gran hoguera que ardía entre los árboles de la orilla. Alguien cantaba una vieja canción marinera, monótona y aburrida, con un adorno y quiebro al final de cada estrofa, que parecía interminable, o dependiente solo de la paciencia del cantante. Yo ya la había escuchado muchas veces durante la travesía, y recordaba estas palabras:

Mas solo un hombre vivo había quedado,
aunque setenta y cinco habían zarpado.

Y pensé que esa tonada era la más apropiada para unos malhechores que habían sufrido tan crueles pérdidas en el combate de la mañana. Pero, lo cierto es que, por lo que pude comprobar, todos aquellos bucaneros eran más insensibles que el mar por el que navegaban.

Al fin sopló la brisa; la goleta viró y se acercó en la oscuridad; noté que se aflojaba de nuevo la amarra, y, con un golpe de navaja, corté las últimas cuerdas.

La brisa apenas retenía el coraclaro y casi al instante fui arrastrado contra la proa de la Hispaniola. La goleta empezó a virar lentamente sobre sí misma, impulsada por la corriente. Me afané como un loco, pues sabía que en cualquier momento podía irme a pique; y al ver que no podía evitar que el coraclaro chocara contra el casco del barco, traté de conducirlo hacia popa. Finalmente logré alejarme de la nave; pero justo al dar el último impulso, mis manos tropezaron con un cabo suelto que colgaba desde la toldilla de popa. Al instante me agarré fuerte a él.

No sabría explicar por qué hice eso. Fue un simple acto instintivo; pero una vez que lo tuve bien cogido, y comprobé que estaba firme, la curiosidad comenzó a imponerse y decidí echar una mirada por la escotilla de la cabina.

Trepé por el cabo poco a poco y cuando pensé que estaba lo suficientemente cerca, me alcé con bastante peligro hasta la mitad de mi altura, de modo que pude ver el techo y parte del interior del camarote.

En aquel momento, la goleta y su pequeño bote adosado se deslizaban ya velozmente por la mar; de hecho, ya habíamos llegado a la altura de la hoguera del campamento pirata. La goleta hablaba, como dicen los marinos, y bien alto, además, cortando las

innumerables olas con constante rumor de espuma; y hasta que eché una ojeada sobre el alféizar de la escotilla, no pude explicarme cómo los piratas de guardia no se habían alarmado. Un vistazo, no obstante, fue más que suficiente, y solo una ojeada fue lo que me atreví a echar en aquel barco desequilibrado. Y lo que contemplé fue a Hands y su compinche trabados en una pelea a muerte, cada uno rodeando con las manos el cuello del otro.

Me dejé caer sobre el coraclo y a punto estuve de caer por la borda. No había podido ver más que a aquellos dos furiosos contendientes con el rostro rojo de ira, luchando bajo la lámpara humeante; y cerré los ojos para acostumbrarme de nuevo a la oscuridad.

La interminable balada de los piratas había acabado, y finalmente toda aquella menguada compañía, reunida alrededor del fuego, empezó a entonar aquella otra que tantas veces yo había oído:

Quince hombres en el cofre del muerto,
¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!
El ron y el diablo hicieron el resto.
¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!

Pensaba yo lo atareados que debían de andar el ron y Satanás en aquel momento en el camarote de la Hispaniola, cuando me sorprendió un repentino bandazo del coraclo. También la goleta se escoraba y pareció cambiar de rumbo. Entretanto, parecía que aumentaba la velocidad de una forma inexplicable.

Abrí los ojos inmediatamente. Por todas partes a mi alrededor rompían olas muy bajas y algo fosforescentes, que se acercaban con un ruido seco. La misma Hispaniola, cuya estela me arrastraba a unos pocos metros, parecía navegar dando tumbos y vi su arboladura hacer movimientos bruscos en la oscuridad de la noche; sí, al fijarme más allá, comprobé que la goleta derivaba con rumbo sur.

Eché una mirada hacia atrás, y se me aceleró el corazón del sobresalto. Allí, justo detrás, estaba el resplandor de la hoguera. La corriente nos había hecho virar casi en ángulo recto, arrastrando con ella a la goleta y al coraclo cada vez más rápidamente, con un ruido más intenso, y cortando la proa las olas con un chasquido más fuerte, y haciendo remolinos, a través del estrecho, hasta la mar abierta.

De improviso, la goleta hizo un violento viraje, y se desvió quizá veinte grados; y en ese momento se escucharon gritos a bordo; oí ruidos de carreras hacia cubierta y adiviné que los dos borrachos habían interrumpido su pelea, pues se habían dado cuenta de su inminente desastre.

Me agazapé en el fondo del destartado coraclo y encomendé devotamente mi alma a su Creador. Estaba seguro de que al final del estrecho, acabaríamos contra alguna barra de furiosas rompientes, donde rápido se acabarían todas mis desventuras, y aunque, quizá, podría aceptar la muerte, no podía soportar aquel destino que me aguardaba.

Debí permanecer horas y horas, arrojado sin cesar de aquí para allá por el oleaje, calado cada poco de espuma y aguardando la muerte en cada inmersión. Poco a poco me fue rindiendo el cansancio; y me invadió la mente un pesado sopor en medio del terror que sentía; hasta que me quedé dormido, zarandeado por el mar en aquel coraclo, y soñé

con mi lejana patria y con la vieja posada Almirante Benbow.

CAPÍTULO XXIV

La travesía en el coraclo

Ya era pleno día cuando desperté y me encontré a la deriva en el extremo suroeste de la isla del tesoro. El sol estaba alto, aunque aún se ocultaba tras el enorme promontorio de El Catalejo, que en aquella parte de la isla descendía casi hasta el mar y formaba un abrupto acantilado.

El cabo de la Bolina y el monte Mesana quedaban a un lado; el monte pelado y sombrío; el cabo, cortado por acantilados de veinte o treinta metros de altura y flanqueado por enormes peñascos desprendidos. Yo me encontraba apenas a un cuarto de milla mar adentro y mi primera idea fue remar hasta tierra y desembarcar.

Pero no tardé en desechar esa idea. Las olas rompían con estruendo contra las rocas desprendidas y levantaban grandes penachos de espuma y agua; y en ese fragor incesante me veía a mí mismo, si me aventuraba a acercarme, destrozado contra las rocas o agotando mis fuerzas en vano para escalar aquel cúmulo de peñascos.

Y no era eso todo, sino que vi arrastrándose por las zonas más lisas de las rocas unos monstruos viscosos —como repugnantes babosas de increíble tamaño—, en grupos de cuarenta o sesenta, haciendo resonar a las rocas con el eco de sus aullidos.

Después he sabido que se trataba de leones marinos, es decir, criaturas completamente inofensivas. Pero su aspecto, unido a lo abrupto de aquella costa y al ímpetu del oleaje, fue más que suficiente para desechar toda idea de desembarcar allí. Prefería morir de hambre en la mar que afrontar tales peligros.

Entretanto, tenía ante mí mejores oportunidades, supuse yo. Al norte del cabo de la Bolina la costa seguía por un largo trecho en línea recta, y con la marea baja dejaba al descubierto una ancha barra de arenas doradas. Y aún más al norte, otro cabo —que el mapa señalaba como cabo de los Bosques—, estaba cubierto de altos pinos verdes que descendían hasta el borde del mar.

Recordé lo que me había indicado Silver acerca de la corriente que, en dirección norte, bordeaba la isla del tesoro a lo largo de la costa occidental. Y comprobando desde mi posición que me encontraba en aquellos momentos bajo su influencia, preferí dejar atrás el cabo de la Bolina y conservar todas mis fuerzas para intentar desembarcar en el cabo Boscoso, que parecía más propicio.

Las olas del mar eran suaves. El viento soplaba constantemente y sin violencia desde el sur; y como seguía la misma dirección que la corriente, las olas no llegaban a romper del todo.

De no ser así, yo me hubiera ido a pique; pero tal como estaba la mar, mi coraclaro navegaba con toda seguridad y velozmente, como si cabalgase sobre las olas. Yo iba echado en el fondo y no asomaba por la borda más que lo necesario para echar un vistazo. Veía grandes crestas azules de las olas, que parecían venir sobre mí, pero el coraclaro no hacía sino brincar un poco como impulsado por un muelle, y caía por el otro lado más ligero que un pájaro.

Comencé a coger confianza, y llegué a sentarme para tratar de remar. Pero la más mínima alteración en el equilibrio de peso causaba graves perturbaciones en el rumbo del coraclaro. Y en uno de estos movimientos míos, insignificante, por otra parte, el bote perdió el equilibrio, se precipitó en la caída de una ola y de forma tan brusca, que sentí vértigo y se hundió la proa, con un profundo estallido de espuma en el flanco de la ola siguiente.

Me quedé empapado y aterrado, y me eché rápidamente en mi anterior posición. El coraclaro pareció estabilizarse y volvió a llevarme suavemente por entre aquellas grandes olas. Estaba claro que lo mejor era dejarlo navegar solo; y en todo caso, como no podía variar en absoluto su curso, ¿qué esperanza me quedaba de alcanzar tierra?

Comencé a asustarme mucho, pero no por ello perdí la cabeza. Primero, moviéndome con cuidado comencé a achicar con mi sombrero el agua que había inundado el coraclaro; después, asomando la cabeza de nuevo por la borda, empecé a estudiar cómo era que el bote se deslizaba con tanta suavidad sobre las olas.

Observé que cada ola, en lugar de esa gran montaña lisa y brillante que se ve desde tierra o desde la cubierta de un navío, se parecía a una cordillera de montes con sus picos, planicies y valles. El coraclaro, abandonado a la deriva, se deslizaba serpenteando, por así decirlo, buscando las zonas más bajas y esquivando las cimas de las olas más abruptas y empinadas.

«Vamos a ver», me dije a mí mismo, «está claro que debo continuar tumbado donde estoy para no desequilibrar el bote; pero también está claro que puedo poner el remo a un costado y cuando el bote navegue entre dos olas darle un empujón o dos rumbo a tierra». Y tal como lo pensé lo hice. Me apoyé en los codos, tendido en la más incómoda postura, y de vez en cuando daba un ligero golpe de remo para enderezar el rumbo.

Fue un trabajo penoso y lento, pero vi que empezaba a ganar distancia, y cuando me acercaba al cabo Boscoso, aunque vi que no había forma de pasar cerca de él, había ganado ya unos centenares de yardas hacia el este. De hecho, estaba ya muy cerca. Veía las verdes copas de los pinos meciéndose con la brisa, y eso me animó a conseguir llegar al siguiente promontorio.

Era importante lograrlo, porque empezaba ya a sentir la tortura de la sed. El sol era abrasador, y el resplandor de sus infinitos reflejos en las olas, el agua de mar que me mojaba y se secaba en mí, pegándose a mis labios con una costra de sal, se mezclaba para abrasarme la garganta y darme un horrendo dolor de cabeza. El ver aquellos árboles tan próximos, casi me habían hecho sentir mareado por el deseo de llegar; pero la corriente me arrastró lejos del cabo y, cuando volví a ver otra vasta extensión de mar enfrente, contemplé una vista que cambió el curso de mis pensamientos.

Frente a mí, a menos de media milla, contemplé la Hispaniola, con las velas desplegadas. Por supuesto, pensé que iba a caer en manos de aquellos piratas; pero me sentí tan desfallecido por la falta de agua, que apenas fui consciente de si debía alegrarme o lamentarme de ello; y, antes de poder llegar a una conclusión, me quedé tan perplejo que no pude hacer más que mirar con asombro.

La Hispaniola navegaba con la vela mayor y dos foques desplegados, y la bella lona blanca resplandecía al sol como la nieve o la plata. Cuando apareció ante mis ojos, todas sus velas iban desplegadas; llevaba rumbo hacia el noreste; y me figuré que los hombres que habían quedado a bordo iban a dar la vuelta a la isla para regresar al fondeadero. Algo después empezó a virar más y más hacia el oeste, así que pensé que me habían descubierto y se proponían abordarme. Al final, sin embargo, se detuvo en seco en el ojo del viento, volvió a retroceder, y quedó un tanto inmóvil con todas sus velas estremeciéndose.

«¡Torpes botarates!», me dije; «aún deben de estar borrachos como cubas». Y me imaginé cómo les habría reprendido el capitán Smollett.

Entretanto, la goleta empezó a virar, volvió a cobrar viento y siguió navegando veloz durante un minuto o así, pero después volvió a quedarse inmóvil, otra vez en el ojo del viento. Una y otra vez sucedió lo mismo. Hacia un lado y el otro, arriba o abajo, norte o sur, este y oeste, la Hispaniola repitió sus tirones y bandazos, y cada vez volvía a quedar con el velamen caído. Veía claro que el barco navegaba sin gobierno. Y si era así, ¿dónde estaban los marineros? O estaban totalmente ebrios o habían abandonado el barco, pensé, y quizá, si pudiera subir a bordo, podría entregar la nave a su capitán.

La corriente empujaba ahora a la misma velocidad la goleta y el coraclaro hacia el sur. La Hispaniola navegaba de manera tan descontrolada e inconstante, y en cada parada se quedaba tanto tiempo inmóvil, que no avanzaba nada, si es que no perdía distancia. Si me atreviera a sentarme y remar estoy seguro de que podría abordarla. El plan tenía un riesgo que me atraía, y pensar en el tanque de agua a bordo, junto a la escala de proa, duplicó mi creciente coraje.

Me puse a ello, y casi en ese instante me cubrió otra nube de espuma, pero esta vez me mantuve firme; y empecé, con todas mis fuerzas y con precaución, a remar hacia la Hispaniola, que estaba a la deriva. Una vez me entró en el bote un golpe de mar tan violento, que hube de parar y achicarlo, con el corazón revoloteando como un pájaro; poco a poco fui consiguiendo mi plan, guiando el coraclaro entre las olas y ya no tuve más contratiempos que algún golpe de agua por la proa y los chapuzones de la espuma en la cara.

Iba rápidamente acercándome a la goleta; ya percibía el brillo del latón de la rueda de timón, que giraba loca; y seguía sin ver ni un alma sobre cubierta. No me quedaba otra que suponer que la habían abandonado. O si no, que los marineros estuvieran borrachos abajo en el camarote, donde podía reducirlos, quizá, y entonces podría gobernar el barco a mi antojo.

Durante un buen rato la goleta hizo lo peor para mí, quedarse detenida. Apuntó la proa hacia el sur, dando bandazos, por supuesto, todo el tiempo. Cada vez que cambiaba de

rumbo, las velas, medio se hinchaban de viento y, en un momento, volvía a coger una nueva derrota. He dicho que esto era lo menos ventajoso para mí; pues si bien parecía inmóvil, con las velas que restallaban como cañones, y los motones que daban tumbos y golpes por cubierta, la goleta seguía alejándose de mí, no tanto por la fuerza de la corriente como por la fuerza de la deriva, que era muy grande.

Pero por fin se presentó mi oportunidad. La brisa amainó, y la Hispaniola, impulsada por la corriente, comenzó a virar lentamente sobre sí misma y acabó por presentarme la popa con la escotilla del camarote abierta aún de par en par y la lámpara de la mesa encendida en pleno día. La vela mayor pendía caída como una bandera. La goleta estaba inmóvil, sola a merced de la corriente.

En los últimos minutos yo había perdido terreno; pero ahora redoblé mis esfuerzos, remando para tratar de alcanzarla. No distaba ya más de cien yardas cuando el viento volvió de improviso. Soplabo ahora de babor y las velas lo recibieron hinchándose y empezó de nuevo a navegar ciñéndose y deslizándose sobre las olas como una golondrina.

Mi primer impulso fue de desesperación, pero luego sentí gran alegría. La goleta viró y avanzó de costado hacia mí, cubriendo la mitad, luego dos tercios y luego tres cuartos de la distancia que nos separaba. Yo contemplaba fascinado la espumosa blancura del agua cortada por su roda. Me pareció inmensa desde mi posición en el coraclo.

En ese instante me di cuenta del peligro. No tuve tiempo de pensar; apenas me dio tiempo de saltar y salvarme. Me encontraba en la cresta de una ola, cuando se acercó la goleta rauda sobre la siguiente. El bauprés pasó sobre mi cabeza. Salté rápido del coraclo y lo vi hundirse en las aguas. Me agarré al botalón del foque y coloqué un pie entre el estay y la braza. Y mientras trataba con gran esfuerzo de asegurarme, un golpe sordo me advirtió que la goleta acababa de embestir y golpear el coraclo, y que ya no me quedaba otra tabla de salvación que la propia Hispaniola.

CAPÍTULO XXV

Arriando la bandera pirata

Apenas me había encaramado sobre el bauprés, cuando el petifoque dio una sacudida y se tensó con el viento por la amura con un gran estruendo. La goleta se estremeció hasta la quilla con aquel cambio repentino; un instante después, cuando las otras velas aún recogían viento, dio otra sacudida el petifoque y quedó de nuevo caído.

Por todo esto casi estuve a punto de caer al mar; así que, sin perder tiempo, me apresuré a gatear por el bauprés, pero caí de cabeza sobre cubierta.

Estaba a sotavento del castillo de proa, y la vela mayor, que continuaba tensa por el viento, me ocultaba de gran parte de la cubierta de popa. No se veía un alma. En los tablones del piso, que nadie había fregado desde el motín, se podían observar las huellas de muchas pisadas; y una botella vacía, rota por su cuello, rodaba de un lado a otro por cubierta como una cosa viva entre los imbornales.

De repente, la Hispaniola recogió todo el viento y detrás de mí restallaron los foques; el timón dio un bandazo y toda la goleta dio una violenta sacudida y hubo un gran temblor; la botavara de la vela mayor giró hacia dentro, chirriando la lona en las correderas, y toda la banda posterior de sotavento quedó ante mi vista. Allí estaban los dos piratas vigías: el del gorro rojo, caído de espaldas, más tieso que una mojama, con los brazos en cruz y enseñando los dientes por la boca medio abierta. Israel Hands estaba sentado y apoyado contra la borda, con la barbilla hundida en el pecho, las manos abiertas sobre la cubierta y la cara, pese a su piel curtida, más blanca que la cera.

Durante un tiempo, el barco continuó dando grandes bandazos y sacudidas como un caballo resabiado, las velas se hinchaban bien por una borda o por la otra, y el botalón giraba de un lado a otro, hasta que con la tensión crujía su arboladura. Una y otra vez, salpicaba una nube de espuma sobre cubierta, y su proa golpeaba cortando las aguas bravas; cuán violentos resultaban estos bandazos en aquel gran barco de aparejos, comparado con los de mi pequeño y torcido coraclo que ya se había ido al fondo del mar.

A cada bandazo de la goleta, el pirata del gorro rojo se deslizaba hacia un lado u otro, pero a pesar de tan tremendo zarandeo —un macabro espectáculo— no mudaba la expresión ni aquella siniestra mueca que le hacía enseñar los dientes. También Hands, a cada oscilación, parecía hundirse más y más en sí mismo, sus pies cada vez más lejos sobre cubierta y el cuerpo inclinado hacia popa, de modo que pronto lo único que veía de su rostro era una oreja y el rizo medio pelado de una patilla.

Al tiempo, observé alrededor de ellos grandes manchas de sangre oscura sobre el tablazón, lo que me hizo pensar que ambos se habían matado mutuamente en la furia de su borrachera.

Mientras miraba y pensaba en todo esto, en un momento de calma, Israel Hands se volvió un poco hacia un lado y, con un quejido apagado, se revolvió lentamente y se colocó en la postura en que yo lo vi al principio. El quejido, que expresaba un terrible dolor y una mortal debilidad, y la forma en que tenía la cabeza hundida en el pecho, me ablandaron el corazón. Pero cuando recordé la conversación que había escuchado desde la barrica de manzanas, todo rastro de piedad desapareció de mí.

Fui hacia popa hasta llegar a él junto al palo mayor.

—He subido a bordo, Mr. Hands —dije irónicamente.

Entonces él volvió sus ojos lentamente hacia mí; pero estaba muy desfallecido como para mostrar sorpresa. Todo lo que pudo articular fue una palabra:

—Aguardiente.

Pensé que no había tiempo que perder; y, pasando bajo la botavara, que de nuevo barría la cubierta, bajé a los camarotes de popa.

Ante mis ojos apareció la mayor escena de caos que podéis imaginaros. Todos los cajones y armarios habían sido forzados, supongo que en busca del mapa. El piso estaba enfangado, pues seguro que se habían sentado allí a beber y a deliberar tras regresar de las marismas próximas a nuestro fortín. Los mamparos, todos pintados de blanco con cenefas doradas, estaban ahora sucios con señales de manos manchadas. Docenas de botellas vacías chocaban unas contra otras con el balanceo del barco por todos los rincones del camarote. Uno de los libros de medicina del doctor estaba abierto sobre la mesa y la mitad de sus páginas habían sido arrancadas, me imagino que para encender sus pipas. Y en medio de todo ello, una lámpara, todavía encendida, iluminaba con una luz mortecina, débil y sombría.

Bajé a la bodega; todos los barriles habían desaparecido y un número asombroso de botellas había sido ya consumido y luego tirado.

No cabía ninguna duda de que, desde que empezó el motín, ni uno solo de aquellos piratas había estado sin dejar de beber un solo minuto. Buscando entre aquel desorden encontré una botella en la que aún quedaba un poco de aguardiente para Hands; y también cogí para mí galleta, frutas en conserva, un gran racimo de pasas y un trozo de queso. Volví a cubierta, puse mis provisiones detrás del timón, lejos del alcance del contramaestre, y me dirigí al tanque de agua y bebí un buen trago. Después me acerqué a Hands y le ofrecí el aguardiente.

Debió beberse más de medio cuartillo antes de apartar la botella de los labios.

—¡Sí! —exclamó—, ¡por todos los diablos que lo necesitaba!

Yo estaba en mi rincón y empecé a comer.

—¿Muy malherido? —le pregunté.

Lanzó un gruñido, o mejor dicho, un aullido.

—Si aquel médico estuviera a bordo —dijo—, me pondría en pie en dos toques, pero no tengo suerte, ya ves, y eso es lo que me pasa. En cuanto a ese mequetrefe —añadió,

señalando al del gorro rojo—, está muerto y bien muerto. Ese no era un marinero, de todas formas. Y tú ¿de dónde sales tú?

—Bueno —dije—, he subido a bordo para tomar posesión de este barco, Mr. Hands; así que sea tan amable de considerarme su capitán hasta nuevas órdenes.

Me miró con cara agria, pero no dijo nada. Había recuperado algo el color de cara, pero seguía con aspecto pálido, y a cada bandazo de la goleta seguía siendo arrastrado por la cubierta.

—Y a propósito —continué—, no puedo aceptar esa bandera, Mr. Hands; así que, con su permiso, la voy a arriar. Mejor que no ondee ninguna, que ver esa bandera izada.

Y sorteando de nuevo la botavara, fui al sitio en el que estaba la driza amarrada y arrié aquella maldita bandera negra y la arrojé por la borda.

—¡Dios salve al rey! —grité, quitándome el sombrero—. ¡Y este es el final del capitán Silver!

Él me miraba sin quitarme un ojo, muy suspicaz, aunque seguía sin variar su postura, muy encogido, con la barbilla en el pecho.

—Supongo —dijo al fin—, supongo yo, capitán Hawkins, que ahora le gustaría poder saltar a tierra. Podríamos hablar de eso.

—Sí, claro —dije—, con mucho gusto, Mr. Hands. Dígame, entonces. Continué comiendo con un apetito voraz.

—Ese tipo —empezó, señalando débil el cadáver con la cabeza—, O'Brien se llamaba... un cochino irlandés. Bien, ese hombre y yo largamos velas para poder volver al fondeadero. Bueno, él está ya muerto y más tieso que un palo, y no sé quién va a poder gobernar este barco. Si yo no te digo lo que hay que hacer, no sabrás cómo maniobrar solo, esto es todo lo que se me ocurre. Así que podemos hacer un trato: tú me das de comer y de beber, y algún trapo o pañuelo para vendarme la herida, y yo te diré cómo debes gobernar el barco. Así está bien el trato, supongo.

—Voy a decirle una cosa —le contesté—: Yo no voy a regresar al fondeadero del capitán Kidd. Lo que voy a hacer es llevar la goleta a la Ensenada del Norte y vararlo allí en la playa tranquilamente.

—Así se hará —exclamó—. No soy ningún tonto, después de todo. Tengo ojos en la cara, ¿no? He jugado y perdido, y eres tú quien manda ahora. ¿A la Ensenada del Norte? Bueno, ¡no me queda otro remedio! Pero le ayudaría a navegar hasta el mismo Muelle de las Ejecuciones, ¡rayos!, lo haría.

A mí me pareció que sus palabras tenían cierto sentido. Y cerré el trato. En tres minutos la Hispaniola ya navegaba apaciblemente y con buen viento a lo largo de la costa de la isla del tesoro, y esperábamos doblar el cabo septentrional antes del mediodía y alcanzar la Ensenada del Norte antes de la pleamar, porque ese era el momento en que podríamos embarrancarla sin que sufriera daños, y desde allí, al llegar el reflujo, desembarcar.

Fijé con un cabo la caña del timón y bajé a buscar mi cofre, del que saqué un pañuelo de fina seda de mi madre. Ayudé a Hands a vendarse la cuchillada del muslo, pues aún le sangraba, y tras haber comido un poco y con otro par de tragos de aguardiente, noté que

empezaba a revivir, y hasta irguió el cuerpo y hablaba más alto y con mayor claridad. Era ya un hombre muy distinto.

La brisa nos impulsaba favorablemente. La goleta navegaba cortando el mar, ligera como un ave; la costa de la isla pasaba rápidamente ante nosotros y el paisaje cambiaba a cada momento. Pronto dejamos de ver las tierras altas y empezamos a navegar a la altura de una zona baja y arenosa moteada de pinos enanos; y pronto también aquel paisaje quedó atrás, hasta que doblamos el promontorio de la colina rocosa con que la isla termina por el norte.

Yo me sentía ufano de mi flamante mando y encantado con aquel tiempo tan soleado y aquellas distintas perspectivas de la costa. Tenía ahora abundante agua y buenas viandas, y la conciencia, que antes me había remordido por la escapada, se acallaba ahora ante la gran victoria presente. Creo que mi alegría hubiera sido completa si no fuera por los ojos del contramaestre, que me seguían con mofa allí donde me hallara, y por la extraña sonrisa que no se le borraba de la cara. Era una sonrisa en la que se mezclaban el dolor y el desfallecimiento —parecía la triste sonrisa de un anciano—, pero había, además, una mueca de burla, un sombrío rictus malévolos en su expresión mientras me miraba y espiaba todos mis movimientos, aguardando.

CAPÍTULO XXVI

Israel Hands

El viento, obedeciendo nuestros deseos, cambió hacia el oeste. Pudimos, pues, navegar con más facilidad desde el extremo noreste de la isla hasta la entrada de la Ensenada del Norte. Solo que, como no había forma de echar el ancla, y yo no me atrevía a varar la goleta hasta que la marea estuviera alta, estuvimos de brazos cruzados a bordo. El contra maestre me indicó cómo dejar el barco al paio; y, tras numerosos intentos, conseguí al fin hacerlo, y ambos nos sentamos en silencio y tomamos algunas viandas.

—Capitán —me dijo, al fin, con aquella inquietante sonrisa imborrable—, ¿qué hacemos con mi viejo camarada O'Brien? ¿Por qué no lo coges y lo arrojas al agua? Yo no soy normalmente aprensivo, ni me arrepiento de haberlo liquidado, pero no lo considero decorativo ahí en cubierta, ¿no crees?

—Ni tengo fuerzas suficientes ni me gusta esa tarea. Así que, por mí, ahí se queda —le contesté yo.

—Jim, este es un barco desafortunado, la Hispaniola —continuó, haciéndome un guiño—. Un buen puñado de hombres ha caído ya en esta Hispaniola, un montón de pobres marineros que se han ido al otro mundo desde que tú y yo nos embarcamos en Bristol. No, nunca he visto suerte tan perra. Mira a este O'Brien, y ahora está muerto, ¿no es así? Pues bien, yo no soy hombre leído y tú eres un mozo que sabe leer y hacer cuentas; y para andar sin rodeos, ¿tú crees que, cuando uno se muere, está muerto para siempre o que vuelve otra vez a vivir?

—Se puede matar el cuerpo, Mr. Hands, pero no el espíritu; ya debía saber eso —repliqué—. Ese O'Brien está en el otro mundo, y puede que nos esté mirando.

—¡Oh! —exclamó—. Pues es una pena; parece que matar a los individuos es una pérdida de tiempo. Sea como sea, los espíritus no cuentan mucho, por lo que yo veo. No me asusta tener que vérmelas con ellos, Jim. Y ahora que hemos hablado con confianza, te quedaría agradecido si bajases al camarote y me trajeras una..., bueno, una..., ¡que me aspen!, no me viene el nombre; bien, tú tráeme una botella de vino, Jim, porque este aguardiente es demasiado fuerte para mi cabeza.

Las vacilaciones del contra maestre no me parecían naturales; desde luego, el hecho de que prefiriera el vino al aguardiente no me parecía muy creíble. Aquello no era más que una excusa. Quería alejarme de la cubierta, de eso no había ninguna duda, pero no me podía imaginar con qué propósito. Su mirada esquivaba siempre la mía; sus ojos miraban errantes de un lado para otro, arriba y abajo, lo mismo hacia el cielo que, furtivamente,

hacia el cadáver de O'Brien. Seguía sonriendo todo el tiempo y sacando la lengua de forma tan desvergonzada y sospechosa, que hasta un niño hubiera podido percatarse de que estaba maquinando alguna treta. Yo reaccioné con prontitud, pues sabía dónde estaba mi ventaja; y con un tipo tan torpe no me resultaría difícil ocultar hasta el final mis sospechas.

—¿Vino? —contesté yo—, eso está mejor. ¿Lo quiere blanco o tinto?

—Supongo que viene a ser lo mismo para mí, compañero —replicó—; con tal de que sea fuerte y abundante, ¿qué más me da?

—De acuerdo —le contesté—. Le voy a traer oporto, Mr. Hands. Pero me va a costar trabajo dar con la botella.

Y diciendo esto me alejé hacia la escala del camarote, haciendo el mayor ruido posible; y entonces me quité los zapatos, di la vuelta por el pasillo, subí por la escala del castillo de proa y asomé la cabeza al nivel de cubierta. Yo sabía que él no podía ni imaginarse que yo aparecería por allí, pero fui lo más cauteloso posible; y en verdad que mis peores sospechas quedaron confirmadas.

Hands se había incorporado hasta ponerse a gatas; y aunque se notaba que la pierna le producía un dolor intenso —pues le oía aguantarse sin emitir un quejido—, cruzó, sin embargo, la cubierta rápidamente con agilidad. En medio minuto había llegado hasta babor y, de entre un rollo de maroma, sacó un largo cuchillo, o más bien una daga corta, teñida de sangre hasta la empuñadura. Lo examinó por unos instantes acercándose a su mandíbula inferior, probó la punta en la palma de la mano, y después lo escondió a toda prisa en el bolsillo interior de su casaca, y volvió a arrastrarse hasta el lugar que ocupaba anteriormente apoyado en la amura.

Eso era todo lo que quería saber. Israel podía moverse, estaba armado, y si se había tomado tantas molestias en deshacerse de mí, estaba claro que yo iba a ser la víctima. Cómo pensaba arreglárselas después, bien atravesando la isla a rastras desde la Ensenada del Norte hasta el campamento de las marismas, o bien disparando el Long Tom (el cañón largo), confiando en que sus camaradas acudirían en su ayuda, era algo que no lo podía imaginar.

Pero a pesar de todo, tenía la seguridad de que, al menos, podía fiarme de él en algo —ya que nuestros intereses coincidían—, y era en poner la goleta a salvo. Ambos queríamos embarrancarla con el menor daño posible en un lugar seguro, con el fin de que, en un momento dado, pudiera ponerse otra vez a flote sin demasiado esfuerzo; y hasta que no consiguiéramos ese objetivo, mi vida estaría segura, creía yo.

Mientras meditaba todas estas cosas, no me quedé de brazos cruzados. Me deslicé de nuevo hasta el camarote, me calcé los zapatos y cogí la primera botella de vino que encontré a mano; y con ella aparecí otra vez en cubierta.

Hands seguía tumbado como lo había dejado, igual que un guiñapo, y tenía los ojos entornados, como si estuviera tan débil que le fuera imposible resistir la luz del sol. Al llegar yo, alzó su mirada, cogió la botella, rompió el cuello de esta con la destreza del que está habituado a hacerlo y bebió un largo trago con su brindis favorito.

—¡Que haya suerte!

Después se quedó un rato calmado, y luego, sacando un rollo de tabaco, me pidió que le cortase un trozo.

—Córtame un trozo —me dijo—, porque no tengo navaja ni apenas me quedan fuerzas. Ojalá las tuviera. ¡Ay, Jim, Jim, creo que he perdido los *estays!*¹⁹ Córtame un trozo, porque me temo que no me vas a cortar ya más, muchacho; voy a hacer mi último viaje y no hay que darle más vueltas.

—Bien —le dije—, le cortaré el tabaco; pero, si yo estuviera en su lugar y creyera estar tan mal, me pondría a rezar como un buen cristiano.

—¿Por qué? —me contestó—. Dime por qué.

—¿Por qué? —exclamé yo—. Hace poco me hablaba de los muertos. Usted ha traicionado, ha vivido en pecado y ha vertido sangre; a sus pies tiene ahora mismo un hombre a quien ha asesinado. ¡Y me pregunta por qué! ¡Por Dios, Hands, esa es la razón de por qué!

Le dije esto bastante furioso, pensando además en la ensangrentada daga que llevaba oculta en el bolsillo y que destinaba, en su malvada mente, a terminar conmigo. Él, por su parte, bebió un largo trago de vino y me dijo con la más inusitada solemnidad:

—Durante treinta años he estado navegando por todos los mares, y he visto de todo, bueno y malo, mejor y peor, buen tiempo y temporales, provisiones escasas y cuchillos en liza y todo lo que hay que ver. Pero te voy a decir algo: nunca he visto nada bueno aunque salga de la bondad. Quien da primero da dos veces; los muertos no muerden. Esa es mi opinión, y amén, así sea. Y ahora escucha esto —añadió, cambiando de repente de tono—: ya está bien de tonterías. La marea está ya poniéndose bien. Obedece mis órdenes, capitán Hawkins, y varemos el barco y acabemos de una vez.

Solo teníamos unas dos millas que salvar, pero navegar allí era difícil: la entrada a la Ensenada del Norte no solo era angosta y de poco calado, sino que además formaba un recodo de este a oeste, de manera que la goleta debía ser gobernada con mucha destreza para conseguir meterla en su destino. Creo que yo era un buen subalterno, que cumplía las órdenes eficazmente, y estoy seguro de que Hands era un excelente piloto; así que fuimos sorteando los bancos de arena sin el menor problema y con tal precisión y habilidad, que hubiera sido un gran placer ver la maniobra.

En cuanto atravesamos los dos pequeños cabos a la entrada de la ensenada, nos encontramos ya en el centro de la misma. Las costas de la Ensenada del Norte estaban cubiertas por bosques tan espesos como los del fondeadero del sur; pero este era más estrecho, y de forma alargada, y esto le daba el aspecto de un estuario de río. Frente a nosotros, en el extremo sur, vimos los restos de un buque hundido, ya casi totalmente arrumbado. Debía haber sido un navío de tres palos, pero seguro que llevaba expuesto durante tantos años a los embates de los elementos que por doquier se hallaba cubierto de grandes marañas de algas, que, como telas de araña chorreaban colgadas de los mástiles con la bajamar. Se veían sobre la cubierta los mismos arbustos cubiertos de flores que en tierra. Era un triste espectáculo, pero eso significaba que el fondeadero era tranquilo.

—Ahora —dijo Hands—, ten cuidado; hay un trozo de playa que es perfecto para

dejar varado el barco. Arena fina, seguro que no sopla el aire y está rodeado de árboles, y mira las flores que crecen como en un jardín sobre ese viejo barco.

—Cuando lo dejemos varado —pregunté—, ¿cómo podremos volver a sacarlo a flote?

—Ah, bueno —replicó— coges una maroma y la llevas a tierra cuando la marea esté baja; la atas en uno de aquellos grandes pinos; la traes a bordo y le das otra vuelta en el cabrestrante, y ya no hay más que hacer que esperar la pleamar, y sale a flote el barco solo como la cosa más natural. Y ahora, muchacho, pon atención. Estamos ya sobre el sitio justo y el barco navega demasiado rápido. ¡Un poco a estribor! ¡Ahí! ¡Sujeta firme! ¡A estribor!... ¡Ahora un poco a babor! ¡Sujeta firme!

Seguía dando órdenes que yo obedecía inmediatamente. De pronto, gritó:

—¡Orza ahora, muchacho!

Yo fijé el timón, y la Hispaniola viró rápidamente y avanzó de proa hacia la costa baja y frondosa.

El nerviosismo de estas maniobras me había impedido estar vigilando al timonel tal como lo había hecho hasta entonces. Hasta aquel momento seguía yo con tan vivo interés a la goleta, esperando el momento que embarrancase, que me olvidé del peligro que me amenazaba; solo tenía ojos para mirar por la borda de estribor cómo la proa cortaba las olas espumosas. Y allí habría perecido sin luchar por mi vida, si no hubiera sido porque me sobrecogió un presentimiento que me hizo volver la cabeza. Quizá oí un ruido de las tablas, o vi la sombra de Hands con el rabillo del ojo; acaso un sexto sentido como el de un gato; pero el caso es que, al mirar instintivamente hacia atrás, allí estaba Hands, ya casi encima mía, con el cuchillo en la mano derecha.

Debimos gritar los dos cuando nuestros ojos se encontraron; pero si el mío fue un agudo grito de terror, el suyo era un alarido furioso, como el de un toro al embestir. Saltó sobre mí y yo salté a un lado hacia la proa. Al hacer eso para esquivar el golpe, solté el timón y este empezó a girar con fuerza a sotavento; creo que eso fue lo que me salvó la vida, porque, al girar, golpeó a Hands en el pecho con tal violencia, que lo dejó parado en seco.

Antes de que se recobrara, me puse a salvo escapando de aquel rincón donde podría acorralarme y con toda la cubierta libre para esquivar sus ataques. Justo tras el palo mayor me paré y saqué la pistola, apunté con calma, aunque se había dado la vuelta y venía directo hacia mí, y apreté el gatillo. El martillo cayó, pero no se produjo el disparo; el agua del mar había inutilizado el cebo del arma. Me maldije a mí mismo por tal descuido. ¿Cómo no se me había ocurrido, mucho antes, cebar de nuevo la pistola y recargar mi única arma? En aquellas circunstancias yo no debía ser más que una oveja en el matadero.

Aunque estaba malherido, era increíble la agilidad con que se movía Hands, con el pelo entrecano cayéndole sobre su rostro y la cara colorada como una bandera roja debido a la furia y la ira. Yo no tenía ya tiempo de probar la otra pistola, ni siquiera deseos de hacerlo, pues estaba seguro de que sería inútil. Una cosa tenía claro: no debía seguir retrocediendo, o si no, no tardaría mucho en acorralarme contra la proa, como antes había estado a punto de conseguirlo en la popa. Y una vez logrado esto, lo único que yo

podía esperar eran nueve o diez pulgadas del puñal sangriento como última experiencia a este lado de la eternidad. Me apoyé contra el palo mayor, que era de un respetable grosor, y allí esperé con todos los nervios en tensión.

Al ver que yo pretendía esquivar el golpe, él también se detuvo; y durante unos momentos intentó alcanzarme con rápidos amagos de su cuchillo, a los que yo respondía esquivando a un lado y otro del mástil. Era un juego que a menudo había yo practicado en mi tierra por entre los peñascos del Cerro Negro; pero nunca antes con el corazón en vilo como ahora. De otras formas era un juego de niños y no hice sino seguirlo imaginando que tenía que vérmelas con un marino viejo, y además, herido en una pierna. A decir verdad, sentí acrecentarse mi valor hasta el punto de que, incluso, me permití pensar sobre el desenlace final del asunto; pero mientras veía que podía prolongar la pelea mucho tiempo, no alcanzaba a ver cómo podría escapar.

Y bien, estando así las cosas, de repente la Hispaniola chocó, trepidó con fuerza y quedó varada en el arenal; luego quedó escorada hasta que la cubierta tuvo una inclinación de cuarenta y cinco grados a babor, y penetró un poco de agua por los imbornales, por lo que quedaron charcos de agua entre la cubierta y la amurada.

Hands y yo fuimos derribados al mismo tiempo y rodamos casi juntos hasta la banda; el cadáver del gorro rojo, que aún tenía los brazos estirados, rodó rígido detrás de nosotros. Tan cerca estábamos, que di con la cabeza contra un pie del timonel, de modo que el golpe me hizo rechinar los dientes. Pese a ello, me levanté el primero, pues Hands tenía que quitarse de encima el cadáver. La inclinación del barco no hacía que la cubierta fuera un terreno apropiado para poder correr. Tenía que buscar un medio de escapar, y lo antes posible, porque mi enemigo estaba casi tocándome. Rápido como una centella, salté al obenque de mesana, trepé por él todo lo rápido que pude y no respiré hasta verme sentado en la cruceta.

Mi rapidez me salvó; el cuchillo se clavó a menos de medio pie por debajo de mí, cuando empecé a trepar a toda velocidad. Vi a Israel Hands con gesto de perplejidad, con el rostro levantado, mirándome frustrado con la boca abierta.

Aproveché aquel instante de calma para cebar de inmediato las pistolas, y, cuando ya tuve una dispuesta, para asegurarme bien, me puse a vaciar la carga húmeda de la otra y recargarla de nuevo desde el principio.

Esta actividad mía dejó a Hands muy desconcertado; comenzó a ver que la suerte le era ahora adversa; y tras evidente vacilación, se encaramó a las velas, y con el cuchillo entre sus dientes, comenzó a trepar despacio y con mucho esfuerzo. Le costaba mucho tiempo y gemidos arrastrar aquella pierna herida tras de sí; ya tenía yo mis dos pistolas preparadas, cuando aún no había él trepado ni una tercera parte del obenque. Entonces, con una pistola en cada mano, le grité:

—¡Un paso más, Mr. Hands, y le salto la tapa de los sesos! Los muertos no muerden, ¿sabe? —añadí, riendo entre dientes.

Se detuvo. Vi, por el gesto de su cara, que trataba de pensar, y el proceso fue tan lento y penoso que yo, sintiéndome ya muy seguro, solté una carcajada. Él, tragando saliva varias veces, trató de hablar sin perder aquella expresión de enorme perplejidad. Para

poder hacerlo tenía que quitarse la daga de la boca, pero dejó inmóvil el resto del cuerpo.

—Jim —me dijo—, opino que ambos estamos en una mala situación, y que tenemos que firmar un pacto. Si no hubiera sido por el bandazo, te habría atrapado; pero no tengo buena suerte, no señor; y creo que tendré que rendirme, aunque sea duro, ¿sabes?, para un buen marinero, siendo tú como eres un grumete, Jim.

Estaba yo regocijándome con estas palabras, tan ufano como un gallo sobre un muro, cuando, de improviso, vi a Hands que llevó la mano atrás por encima del hombro. Algo silbó en el aire como una flecha; sentí un golpe y después un dolor agudo, y quedé clavado por mi hombro contra el mástil. El dolor era muy fuerte y no menos mi sorpresa —nunca he sabido si fue deliberado o no y estoy seguro de que lo hice inconscientemente—. Ambas pistolas se dispararon y se me escaparon de las manos. No cayeron solas; con un grito ahogado, el timonel Israel Hands se soltó del obenque y cayó de cabeza al mar.

[19](#). Término náutico: cabo o maroma para atar los mástiles para que no se caigan. El sentido es aquí «perder las fuerzas que le atan a la vida».

CAPÍTULO XXVII

¡Doblones!

Como el barco estaba tan escorado, los mástiles colgaban inclinados sobre el agua, y a la altura que yo estaba, en la cruceta, nada había bajo mis pies, salvo la superficie de la bahía. Hands, que no había llegado a esa altura, cayó cerca del casco, casi junto a la borda. Emergió una vez a la superficie, entre remolinos de espuma y sangre, para volver a hundirse para siempre. Cuando la mar estuvo en calma, pude verlo hecho un guiñapo sobre la limpia y resplandeciente arena, en la sombra que proyectaba el casco de la goleta. Algún pez que otro pasaba raudo junto al cuerpo. A veces, por el movimiento de la ola, parecía que se movía un poco, como si intentara levantarse. Pero estaba bien muerto, con aquellos dos disparos, y además, ahogado, no siendo más que comida para los peces en el lugar que había planeado matarme.

Tan pronto como tuve esta certeza, empecé a sentirme mareado, desfallecido y aterrorizado. Noté cómo la sangre caliente me corría por la espalda y el pecho. El cuchillo que me sujetaba por el hombro al mástil era como un hierro al rojo vivo; sin embargo, no me pesaban tanto esos dolores, que me creía capaz de soportar sin una queja, como el terror a caer desde la cruceta en aquellas aguas serenas y verdosas junto al cuerpo del timonel.

Me agarré con ambas manos hasta que me dolieron las uñas, y cerré los ojos como para no ver aquella escena. Poco a poco fui recobrando el valor, me volvió a latir el pulso con un ritmo más natural y comencé de nuevo a dominarme a mí mismo.

Mi primer pensamiento fue el de arrancarme el cuchillo; pero o bien estaba clavado con mucha fuerza o los nervios me fallaron; así que tuve que desistir no sin sentir un tremendo escalofrío. Y qué cosa más rara, fue ese tiritón el que me resolvió el problema. El cuchillo, de hecho, había estado muy cerca de no rozarme siquiera; me sostenía casi por la piel del hombro, y aquel escalofrío terminó por desgarrarla. La sangre, eso sí, manó copiosamente, pero me sentí libre de nuevo y solo clavado por mi casaca y mi camisa al palo del mástil.

Rompí esas ropas de un fuerte tirón y luego me deslicé hasta cubierta por el obenque de babor abajo; por nada del mundo me hubiera aventurado a bajar por el de estribor, por el que había caído hacía poco Israel Hands.

Bajé al camarote y me curé la herida como pude. Me dolía mucho y aún sangraba abundantemente, pero no era profunda ni la creí grave, ni tampoco me impedía demasiado mover el brazo. Después inspeccioné el barco, y como ahora pensaba que era

mío propio, empecé a pensar en desembarazarme de su último pasajero, el cadáver de O'Brien.

Había dado como un fardo contra la amura, donde estaba tumbado como una especie de horrible guiñapo; en esa posición lo podía manejar bien; y como ya empezaba a estar habituado a estas macabras experiencias, casi no sentía mi temor de antaño hacia los muertos. Lo agarré por la cintura como un saco de salvado y con un buen empujón lo arrojé por la borda. Se hundió con el ruido de un buen chapuzón; su gorro rojo quedó flotando en las aguas y, cuando desapareció la espuma producida por su caída, lo vi flotando junto a Israel, moviéndose ambos con las ondas del mar. O'Brien, aunque joven aún, era bastante calvo. Allí yacía, con aquel cráneo pelado sobre las rodillas de su asesino, y los raudos peces comenzando a arremolinarse alrededor de ambos.

Ahora estaba yo solo en la goleta. La marea empezaba a cambiar. El sol estaba ya llegando a su ocaso y las sombras de los pinos al oeste se alargaban a través del fondeadero proyectando sobre la cubierta dibujos de luz y sombra. Se había levantado la brisa del atardecer y aunque bien protegido por la montaña de los dos picos, situada al este, el aparejo había empezado a vibrar con un sordo silbido y las velas se agitaban de un lado para otro.

Entonces caí en la cuenta de que el barco corría peligro. Pude arriar los foques con cierta rapidez y los dejé caídos sobre cubierta; pero la vela mayor era una tarea más peliaguda. Por supuesto, cuando la goleta escoró al embarrancar, la botavara había caído fuera de borda, y el tamborete y un trozo de la lona colgaban dentro del mar. Pensé que aquello aumentaba el peligro, pero estaba tan nervioso, que tenía miedo de hacer cualquier cosa al respecto. Al fin, cogí la navaja y corté las drizas. Lo alto de la cangreja se vino abajo de inmediato y una gran panza de lona suelta quedó flotando extendida en el agua; y ahí me detuve, pues no conseguí mover la cargadera. Así pues, dejé la Hispaniola a su suerte, igual que lo estaba yo.

Para entonces, la oscuridad había caído sobre el fondeadero; los últimos rayos del sol, recuerdo, se filtraban a través de un claro del bosque y brillaban como una joya en las algas y flores que cubrían el navío hundido. Empecé a sentir frío; la marea corría rápida hacia el mar; la goleta se iba asentando más y más sobre los bajos de su casco.

Me encaramé hacia proa y miré por la borda. No parecía haber mucha profundidad, así que, sujetando con ambas manos la driza cortada por seguridad, me dejé caer lentamente por la borda. El agua apenas me llegaba a la cintura; la arena era dura, y marcada por las ondulaciones del agua; y con buen ánimo vadeé hasta la orilla, dejando la Hispaniola allí varada, con la vela mayor cubriendo la superficie de las aguas. En ese momento, el sol se ocultó y la brisa empezó a soplar en la oscuridad entre los pinos que se mecían.

Al menos, y al fin, yo estaba en tierra firme y no volvía del mar con las manos vacías. La goleta estaba libre de filibusteros y dispuesta para que nuestra gente la abordara y la pusiera a navegar de nuevo. Yo no tenía otro pensamiento que regresar a la empalizada y contar el relato de mi aventura. Posiblemente me reñirían un tanto por mi temeridad, pero el haber capturado la Hispaniola pensaba que podía acallar las protestas y esperaba que hasta el mismo capitán Smollett tendría que admitir que yo no había perdido el

tiempo.

Con tales pensamientos, y más contento que unas pascuas, me encaminé en dirección al fortín para encontrarme con mis compañeros. Recordé que el más oriental de los ríos, que desembocaban en el fondeadero del capitán Kidd, bajaba desde la montaña de los dos picos que ahora estaban a mi izquierda; y comencé a dar un rodeo para cruzar el río por donde el caudal era escaso. El bosque no parecía demasiado espeso y, siguiéndolo a lo largo de las estribaciones del monte, no tardé en volver la esquina del monte, y no mucho más tarde lo vadeé con el agua hasta media pierna. Así llegué a un lugar que reconocí como aquel en el que me había encontrado con el náufrago Ben Gunn; seguí entonces mi camino con más cautela, vigilando por todas partes. La noche había caído y, al llegar a la intersección de los dos picachos, advertí algo parecido a un fuego parpadeante en el horizonte, y pensé que el hombre de la isla estaría cocinando la cena en una hoguera. Y aun así, me preguntaba por qué estaría tan despreocupado, porque si yo veía ese fuego, ¿no podría ser descubierto también por Silver desde su campamento en las marismas?

Poco a poco cayó el manto oscuro de la noche; mi única guía era aquel fuego y fui acercándome algo a tientas hacia aquel punto; la montaña de los dos picos quedaba a mis espaldas y El Catalejo a mi derecha, y veía a ambos cada vez más desdibujados; había pocas estrellas y tenían un apagado brillo; en el terreno por donde deambulaba me tropezaba entre los matorrales y caía rodando en hondonadas de arena.

De pronto me encontré en medio de una tenue claridad. Levanté los ojos; los pálidos rayos de luz de luna se concentraban sobre la cima de El Catalejo, y poco después vi algo ancho y plateado moviéndose detrás de los árboles, y supe que la luna había salido.

Con la ayuda de esa luz anduve rápidamente los últimos tramos de mi camino; y, unas veces andando, otras corriendo, fui acercándome lleno de impaciencia al fortín. Pero, cuando alcancé el bosque que lo rodeaba, tuve buen cuidado de aminorar la marcha e ir con cautela. Hubiera puesto un triste broche final a mis aventuras si hubiera recibido un tiro por parte de mis propios compañeros por equivocación.

La luna iba elevándose poco a poco; su luz se desparramaba en amplias zonas abiertas del bosque; y justo frente a mí, apareció un resplandor de muy distinto color entre los árboles. Era un fulgor rojizo que por momentos se oscurecía —como si fuera el rescoldo ya apagándose de una hoguera.

No podía ni imaginar de qué podía tratarse. Al fin me deslicé hasta el borde del soto. La parte oeste se veía iluminada por la luna; el resto, incluyendo el fortín, estaba aún cubierto por la oscuridad, que estaba moteada aquí y allá por plateadas franjas de luz. En la parte posterior del fortín brillaban las ascuas de lo que fue una hoguera que aún irradiaban un fuerte resplandor rojizo en vivo contraste con la suave blancura de la luna. No se movía nadie por allí ni se oía ruido alguno que no fuera la suave brisa.

Me detuve, lleno de asombro, y quizá con cierto miedo. No teníamos por costumbre encender grandes hogueras; antes bien, por orden del capitán, nos reprimíamos de encender fuego; y comencé a temer que algo malo hubiera sucedido durante mi ausencia.

Me dirigí cauteloso hacia la parte del este, cubierto por las sombras, y busqué el lugar

de la empalizada que estuviera más protegido por la oscuridad, y por allí la crucé.

Para asegurarme mejor, continué a gatas y arrastrándome sin hacer el menor ruido hasta llegar a una de las esquinas del fortín. Al aproximarme, mi corazón se fue tranquilizando. No era en sí un sonido agradable de oír, y me había quejado de ello en ocasiones, pero entonces me pareció música celestial el escuchar a mis amigos roncar juntos muy alto y pacíficamente. Hasta aquel grito tan marinero de guardia: «¡Todo va bien!», jamás habría sido tan tranquilizador a mis oídos.

Pero, de todas formas, de algo no me quedaba la menor duda: la vigilancia en torno a la empalizada era deplorable. Si hubiera sido Silver con sus bribones, y no yo, los que reptaban, ninguno de ellos hubiera vuelto a ver amanecer. Pero así estaban las cosas, pensé, por tener un capitán herido; y de nuevo me culpé a mí mismo por haberlos abandonado en medio de aquel peligro con tan pocos efectivos para montar guardia.

Llegué a la puerta y me puse en pie. Dentro reinaba una oscuridad total y era imposible distinguir a nadie a simple vista. Solo se escuchaba el ruido acompasado de los ronquidos y un pequeño sonido de aletazos o picotazos, que no podía explicarme. Con los brazos por delante empecé a andar hacia el interior. «Debería acostarme en mi lecho (pensé, riéndome en silencio) y reírme del rostro de sorpresa que pondrían cuando me encuentren por la mañana».

Mi pie tropezó con algo blando: era la pierna de uno acostado; y se dio media vuelta gruñendo sin llegar a despertarse.

En ese instante, de improviso, una voz estridente rompió a chillar en la oscuridad:

—¡Doblonos! ¡Doblonos! ¡Doblonos! ¡Doblonos! ¡Doblonos!

Y continuó imparable como el traqueteo de un pequeño molino. ¡Era el loro verde de Silver, el Capitán Flint! Ese era al que yo había oído picotear en un trozo de corteza; era él quien, mejor centinela que ningún hombre, anunciaba mi llegada con su molesto estribillo.

No tuve ni tiempo de recobrar me. A los agudos y metálicos chillidos del loro se despertaron los que dormían y se levantaron rápido; y con un tremendo juramento la voz de Silver tronó:

—¿Quién va?

Traté de echar a correr, pero choqué con uno de los piratas y, al retroceder, me precipité en brazos de otro, que me sujetó con fuerza.

—¡Trae una antorcha, Dick! —dijo Silver, cuando se aseguró de mi captura.

Y uno de ellos salió del fortín y volvió rápidamente con una tea encendida.

PARTE VI
El capitán Silver



CAPÍTULO XXVIII

En el campamento enemigo

La roja luz de la tea que iluminó el interior del fortín no hizo sino que viera cumplidos mis más sombríos presentimientos. Los piratas se habían apoderado del recinto y de todas nuestras provisiones; allí estaban el barril de aguardiente, la salazón de cerdo y el pan, como antes; y lo que hizo multiplicar mis temores es que no vi ni rastro de prisioneros. Imaginé que, sin duda, habían perecido todos y mi corazón se llenó de dolor por no haber estado con ellos y perecer con ellos.

En total eran seis los piratas; no quedaba vivo ni uno más. Había cinco de pie, llenos de cansancio y abotargados, recién despertados del primer sueño de la borrachera. El sexto se había incorporado solo sobre un codo; tenía una palidez mortal y el vendaje ensangrentado alrededor de la cabeza indicaba que hacía poco que había sido herido y aún más recientemente curado. Recordé que era el hombre que había sido herido y había visto correr hacia el bosque después del ataque; sin duda, era el mismo.

El loro estaba quieto, picoteándose el plumaje sobre el hombro de Long John. Silver parecía más pálido y adusto que de costumbre. Lucía todavía aquel vistoso traje con el que había capitaneado el motín, pero ya parecía gastado, manchado de barro y desgarrado por los espinos del bosque.

—Así que —dijo— aquí tenemos a Jim Hawkins, ¡mal rayo me parta!, como caído del cielo, ¿eh? Bien, ¡acércate!, te lo decimos como amigos.

Y diciendo esto se sentó en el tonel de aguardiente y empezó a cargar la pipa.

—¡Acércame una tea encendida, Dick! —dijo; y luego, cuando la pipa ya tiraba:— Está bien muchacho —añadió—; aplica la tea al montón de leña; y vosotros, señores, volved a dormir; no es preciso que sigáis aquí de pie mirando al señor Hawkins; él os disculpará, estad seguros. Así pues, Jim —prosiguió, retacando su pipa—, aquí estás, una sorpresa agradable para el pobre y viejo John. Vi que eras listo la primera vez que te eché el ojo; pero este regreso tuyo no llego a comprenderlo, de veras.

A todo esto, como puede suponerse, no di respuesta alguna.

Me habían colocado de espaldas a la pared y allí permanecí, mirando a Silver cara a cara, con el suficiente valor en apariencia, espero, pero con negra desolación en el corazón.

Silver dio un par de caladas a la pipa y con mucha serenidad prosiguió:

—Ahora que estás aquí, ¿sabes, Jim? —me dijo—, voy a confesarte lo que pienso. Siempre me has caído bien, sí, señor, un chico con empuje, y el propio retrato de mí

mismo cuando yo era joven y apuesto. Siempre he querido verte unido a nosotros y que tuvieses tu parte y llegaras a ser un caballero, y ahora, gallito, no tienes más remedio que hacerlo. El capitán Smollett es un buen marino, mejor que yo lo seré nunca, pero es demasiado rígido con la disciplina. «El deber es el deber», dice siempre, y lleva razón. Líbrate del capitán. Y del doctor, que no quiere ni verte; «un bribón desagradecido», es lo que dijo de ti. En resumidas cuentas: no puedes volver con los tuyos porque no quieren nada contigo; y, a menos que hagas una tercera tripulación tú mismo, que resultaría bastante solitaria, no tienes otra que unirme al capitán Silver.

Bueno, menos mal; al menos sabía que mis compañeros aún vivían, y, aunque no dudaba de las palabras de Silver sobre cómo les había puesto furiosos mi desertión, quedé más aliviado que entristecido por lo que oí.

—No es preciso que te diga que estás en nuestras manos —continuó Silver—, porque así estás, puedes estar seguro. Pero yo soy hombre de hablar las cosas; nunca he creído que de las amenazas salgo algo bueno. Si te gusta la oferta, bien, únete a nosotros; y si no te gusta, Jim, eres muy libre para decir que no, libre y comprendido, compañero. No creo que ningún navegante bien nacido pueda hablar más claro, si no ¡que me aspen!

—¿Tengo que responder, entonces? —contesté con voz trémula. Porque a través de todo aquel irónico parlamento, yo creí sentir una grave amenaza sobre mí, y un intenso calor me quemaba el rostro y mi corazón latía con violencia.

—Muchacho —dijo Silver—, nadie te está presionando. Échate tus cuentas. Ninguno de nosotros te apremia, compañero; es agradable pasar el tiempo en tu compañía, tenlo por seguro.

—Bien —dije, tratando de aparentar valor—. Si he de elegir, lo primero que creo es tener derecho a saber qué pasa y por qué estáis vosotros aquí y dónde están mis compañeros.

—¿Qué ocurre? —dijo uno de los bucaneros con un ronco gruñido—. ¿Y quién tiene la suerte de saber eso?

—Cierra tu gran boca hasta que se te hable, amigo mío —gritó Silver enojado a quien hablaba. Y después, ya con el tono suave de antes, me dijo—: Ayer por la mañana, señor Hawkins, en la tercera guardia, vino el doctor Livesey con una bandera de tregua, y me dijo: «Capitán Silver, está usted perdido. El barco ha zarpado». Bueno, yo no podía decir que no, habíamos estado bebiendo un poco y cantando, eso ayuda a vivir, así que no podía decir que no, porque ninguno de nosotros había estado vigilando la goleta. Entonces fuimos a mirar, y, ¡por todos los rayos y truenos!, el maldito barco ya no estaba. En mi vida he visto un rebaño de idiotas más cariacontecidos, y no te quepa duda de que yo era el que me quedé con la cara más atontada. Entonces me dijo el doctor: «vamos a hacer un trato». Y lo hicimos, y por eso aquí estamos nosotros con las provisiones y el aguardiente, bien a cubierto y con toda la leña que tuvisteis la buena previsión de cortar, y ¿cómo diría?, tan a gusto como en el barco de babor a estribor. En cuanto a ellos, pues se largaron de aquí; no sé dónde pueden estar.

Volvió a dar muy sereno una calada a la pipa.

—Pero para que no se te ocurra pensar que tú estabas incluido en el trato —prosiguió

— he aquí lo último que hablamos: «¿Cuántos son ustedes, para irse?», dije yo, y él me dijo: «Cuatro, y uno de nosotros está herido. En cuanto a ese maldito chico, ni sé dónde está ni me importa. Estamos ya hartos de él». Esas fueron sus palabras.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—Bueno, eso es todo lo que tienes que saber, hijo —contestó Silver.

—¿Y ahora debo elegir?

—Y ahora debes elegir, tenlo por seguro —repuso Silver.

—Pues verá —le dije—; no soy tan estúpido como para no saber lo que me espera. Pongámonos en lo peor, eso me trae sin cuidado. He visto ya morir a demasiados hombres desde que desgraciadamente tropecé con ustedes. Pero hay un par de cosas que debo decirles —proseguí yo un tanto irritado—, y la primera es esta: su situación es bastante negativa; han perdido el barco, han perdido el tesoro, y han perdido varios hombres; todo su plan ha fracasado; y si quieren ustedes saber quién ha sido el causante de todo esto: ¡he sido yo! Yo estaba dentro de la barrica de manzanas la noche que avistamos tierra y les oí a John, a usted, a Dick Johnson y a Hands, que ahora está en el fondo del mar, y fui yo quien contó todo lo que ustedes hablaron allí. Y en cuanto a la goleta, fui yo quien cortó la amarra y el que maté a los dos que habían dejado a bordo, y yo el que la he llevado a un lugar donde jamás la volverá a ver ni uno de ustedes. Así que soy yo el que se ríe el último; soy yo quien ha dirigido este maldito asunto desde el principio; y les tengo menos miedo del que podía tenerle a una mosca. Pueden ustedes matarme, si quieren, o dejarme ir. Pero una cosa voy a decirle, y no la repetiré: si me deja libre, lo pasado, pasado está, y cuando juzguen a sus compañeros por piratas, voy a salvar a todos los que pueda. Tiene usted esa elección. Maten a uno más y no ganarán nada, pero, déjenme con vida, y tendrán un testigo a su favor para salvarles del patíbulo.

Me callé, porque, en realidad, ya me faltaba el aliento; y con gran sorpresa por mi parte, ninguno de los piratas, que lo habían escuchado todo, se movió; se quedaron mirándome atónitos como corderos. Y mientras aún me miraban asombrados continué:

—Y ahora, señor Silver —le dije—, creo que usted vale más que todos estos, y, si las cosas empeoran para mí, le agradecería que haga saber al doctor cómo me he portado.

—Lo tendré en cuenta —dijo Silver en tono tan extraño que no podía precisar si se reía de mi petición o si le había impresionado favorablemente mi valor.

—Voy a cargar otro en mi cuenta —exclamó el marinero viejo de la cara muy tostada, que se llamaba Morgan, y que era el que yo había conocido en la taberna de Long John en los muelles de Bristol—. Era él el que reconoció a Black Dog.

—Sí —añadió el cocinero del barco—, y te diré algo más, ¡por todos los rayos y truenos! También es el muchacho que le robó el mapa a Billy Bones. ¡Desde el principio no hemos hecho otra cosa que chocar contra Jim Hawkins!

—¡Pues hasta aquí hemos llegado! —dijo Morgan con una maldición.

Y saltó, sacando el cuchillo, con la agilidad de uno de veinte años.

—¡Atrás! —gritó Silver—. ¿Quién te crees que eres, Tom Morgan? ¿Te crees acaso el capitán? ¡Por todos los diablos, que voy a darte un escarmiento! Atrévete a llevarme la contraria, y te vas al mismo sitio al que ya he enviado a muchos fanfarrones antes que tú

desde hace treinta años: unos colgados de una verga, maldita sea, y otros salieron por encima de la borda y todos fueron a alimentar a los peces. Ningún hombre que se me haya puesto entre ceja y ceja ha vivido otro día más para contarlo. Tom Morgan, puedes estar seguro.

Morgan se detuvo, pero entre los demás surgió un murmullo ronco.

—Tom tiene razón —dijo uno.

—Ya he aguantado bastante mangoneo de alguno —añadió otro de los piratas—, y que me ahorquen si te lo voy a seguir consintiendo, John Silver.

—¿Alguno de vosotros, caballeros, quiere vérselas conmigo? —rugió Silver, bajando del barril y echándose atrás, pero sin soltar la pipa aún encendida en su mano derecha—. Quiero escuchar lo que tengáis que decirme, no sois mudos, creo yo. Voy a satisfacer al que lo pida. ¿O es que he vivido yo todos estos años para que cualquier hijo de un barril de ron venga ahora a cruzárame por la proa? Ya conocéis las reglas: todos sois caballeros de fortuna, ¿no es eso lo que decís? Pues bien; estoy listo. El primero que se atreva, que coja un alfanje, que voy a ver qué color tiene por dentro, con muleta y todo, y antes de terminar esta pipa.

Ninguno de ellos se movió; ninguno contestó.

—Sois de esa pasta, ¿no? —añadió dando otra chupada a la pipa—. Una gentuza que da gusto ver. No valéis para luchar, qué va. A lo mejor entendéis el inglés del rey George. Soy el capitán por elección, y se me eligió porque soy el que más vale sin comparación. Y si ahora no queréis pelear como caballeros de fortuna, pues entonces ¡por todas las centellas!, vais a obedecerme, estad seguro de ello. Me gusta este muchacho. Es el mejor que nunca me he encontrado. Es más hombre que cualquier rata como vosotros, y os digo esto: que vea yo a uno ponerle la mano encima. No tengo más que decir, y acordaos de lo que digo.

Hubo un largo silencio tras esto. Yo seguía apoyado contra la pared, con el corazón palpitando aún como un martillo, pero con un rayo de esperanza dentro de mí. Silver se apoyó también en la pared, con los brazos cruzados, la pipa en la comisura de los labios, y tan tranquilo como si estuviera en la iglesia; pero sus ojos vigilaban furtivos sin cesar y miraba por el rabillo del ojo a sus poco dóciles camaradas. Estos, por su parte, fueron poco a poco juntándose en el otro extremo de la habitación y sus sordos murmullos llegaban hasta mis oídos como el silbido del viento. Uno tras otro levantaba la vista y, por un instante, la rojiza luz de la antorcha iluminaba su rostro nervioso; pero no era hacia mí, sino hacia Silver a quien dirigían la mirada.

—Parece que tenéis muchas cosas que decirnos —observó Silver, lanzando un salivazo lejos—. Venga, soltadlo, quiero oírlo yo también; y si no, callaos.

—Perdone, señor —dijo uno de ellos—, pero nos parece que no hace mucho caso de las reglas; quizás debe recordar algunas de ellas: esta tripulación está descontenta; esta tripulación no quiere que se le amenace con un punzón; esta tripulación tiene sus derechos como cualquier tripulación y me tomo la libertad de decirle que, además, los derechos de nuestro propio código, y el primero de ellos es que podemos juntarnos para hablar. Perdone usted, pero, aun reconociéndole como capitán en este momento, reclamo

nuestro derecho de salir fuera para deliberar.

Y con un ceremonioso saludo marineramente, aquel individuo, un tipo de mediana edad, larguirucho y malencarado, con ojos amarillentos, caminó tranquilamente hacia la puerta y salió del fortín. El resto siguió su ejemplo; cada uno hizo el mismo saludo al pasar ante Silver y añadió alguna disculpa: «Es conforme a las reglas», dijo uno. «Hay consejo en el puente de mando», dijo Morgan. Y, con una u otra observación, todos fueron saliendo y nos dejaron solos a Silver y a mí.

El cocinero del barco se quitó rápidamente la pipa de la boca.

—Ahora, Jim Hawkins, fijate bien —me dijo en voz tan baja, que apenas pude oírlo—, estás a medio tablón de la muerte, y lo que aún es peor, de que te torturen. Esos quieren quitarme de en medio. Pero, escucha, yo estoy de tu parte a muerte. No era lo que yo pretendía, desde luego, hasta que hablaste con valor. Yo estaba como desesperado por perder tanto dinero y encima ser colgado después. Pero he visto que eres un hombre valiente. Y me he dicho: «John, debes estar del lado Hawkins, y Hawkins estar del tuyo. Tú eres su última carta, y ¡por todos los truenos del cielo!, John, ¡él es la tuya! Apoyo mutuo. Tú debes salvar a tu testigo y él te salvará el cuello».

Empecé a comprenderle vagamente.

—¿Quiere usted decir que todo está perdido? —pregunté.

—¡Sí, mal haya sea! —contestó—. Perdido el barco, perdido el cuello, en resumidas cuentas. Cuando miré hacia la bahía, Jim Hawkins, y no vi la goleta..., bien, soy un hombre duro, pero me vine abajo. En cuanto a esa gentuza y su reunión, escúchame, son unos estúpidos y unos cobardes. Yo te salvaré la vida, si me es posible hacerlo. Pero fijate bien: una cosa por otra, tú salvarás a Long John de la horca.

Yo estaba perplejo; lo que me pedía me parecía un imposible; él, el viejo bucanero, el cabecilla del amotinamiento.

—Lo que esté en mi mano, eso haré —le dije.

—¡Trato hecho! —exclamó—. Hablas con valor, ¡y por todos los rayos y centellas!, correré esa suerte.

Caminó renqueando hasta la antorcha, que destacaba prendida sobre la leña, y encendió de nuevo la pipa.

—Entiéndeme, Jim —dijo volviendo junto a mí—. Tengo la cabeza bien asentada. Estoy ahora del lado del *squire*. Yo sé que tú has escondido el barco en lugar seguro. Cómo lo hayas conseguido, eso no lo sé; pero sé que está seguro. Me figuro que Hands y O'Brien se acobardaron. Nunca he tenido mucha confianza en ninguno de ellos. Pero ahora escúchame: no voy a preguntar nada, ni voy a permitir que otros lo hagan. Sé cuándo una jugada está perdida, lo sé; y también sé cuándo un muchacho vale de verdad. Ah, eres joven ¡tú y yo hubiéramos podido hacer grandes cosas juntos!

Sacó algo de aguardiente del barril en un vasito de estaño.

—¿Quieres probar, compañero? —me preguntó; y cuando lo rechacé, dijo—: Bueno, yo sí tomaré un trago, Jim. Necesito embrearme, porque va a haber pronto jaleo. Y hablando de jaleo, ¿por qué me dio el doctor el mapa, Jim?

Mi rostro debió de expresar tal grado de asombro, que él entendió que era inútil seguir

preguntando.

—¡Ah, bueno, pues él me lo dio —dijo—. Y seguro que hay algo por debajo de todo esto, no lo dudo... Seguramente que hay algo oculto, Jim, sea bueno o malo.

Y bebió otro trago de aguardiente, moviendo su gran cabeza de cabello rubio como quien se dispone para un mal trance.

CAPÍTULO XXIX

Otra vez la marca negra

Durante largo rato los bucaneros celebraron su reunión y después uno de ellos entró en el fortín y, repitiendo el mismo saludo, que me pareció lleno de ironía, pidió que se le prestase por unos momentos la antorcha. Silver se la entregó sin más, y el enviado volvió a salir dejándonos a los dos a oscuras.

—Empieza a soplar la brisa, Jim —dijo Silver, que, para entonces, ya había adoptado un tono más familiar conmigo.

Miré a una de las aspilleras que estaban cerca de mí, y miré hacia el exterior. Las ascuas de la hoguera se había consumido ya y era tan débil el resplandor que entendí que era esa la razón por la que deseaban los conspiradores nuestra antorcha. Formaban un corro hacia la mitad de la rampa que descendía hasta la empalizada; uno sostenía la antorcha; otro estaba de rodillas en medio, y vi una navaja que brillaba en su mano con variados fulgores que reflejaban la luna y las ascuas. Los demás parecían observar agachados las maniobras de este. Entonces me pareció ver que, además de la navaja, tenía un libro en la mano; y aún me estaba yo preguntando qué asunto se traería entre manos con tan diferentes objetos, cuando vi que el tipo aquel se levantaba y todo el grupo se encaminó hacia el fortín.

—Ahí vienen —dije, y me aparté de la arpillera, porque no me pareció digno que me descubriesen espiándolos.

—Bien, pues que vengan, muchacho, que vengan —dijo Silver con tono jovial—. Aún me queda un tiro en la pistola.

Se abrió la puerta y los cinco hombres aparecieron, atropellándose para entrar antes y acabaron por empujar a uno de ellos. En otras circunstancias casi hubiera resultado cómico verlo avanzar con paso lento y vacilante, dudando al echar cada pie, pero con el puño cerrado delante de él.

—Adelante, muchacho —dijo Silver—, no voy a comerte. Entrégame lo que te han dado, rufián. Conozco las reglas, ¿sabes? No voy a herir a un enviado.

Con esas palabras, el bucanero se animó a adelantarse y, tras haberle dado en mano algo sigilosamente a Silver, se retiró muy rápido para volver al grupo de sus compañeros.

El viejo cocinero miró lo que le había entregado.

—¡La marca negra! Ya la esperaba —dijo—. ¿De dónde habrán sacado este papel? ¡Pero...! ¿Qué es esto? Mira, ¡esto trae mala suerte! ¡Han arrancado este papel de una Biblia! ¿Quién habrá sido el idiota que ha roto una hoja de la Biblia?

—¡Ahí tenéis! —dijo Morgan a los suyos—. ¡Ahí tenéis! ¿Qué os dije? Nada bueno puede salir de esto.

—Bien, ya habéis decidido hacer lo que teníais que hacer —dijo Silver—. Creo que vais a acabar todos en la horca. ¿Quién era el estúpido rufián que tenía una Biblia?

—Era Dick —dijo uno.

—Así que Dick. Pues ya se puede poner a rezar —dijo Silver—. Creo que a Dick se le ha acabado la poca suerte que tenía, no os quepa ninguna duda.

Entonces interrumpió el hombre de los ojos amarillentos.

—Deja ya ese rollo, John Silver —dijo—. Esta tripulación te ha señalado con la marca negra en una reunión, de acuerdo con nuestra ley; ahora lo que tienes que hacer es leer lo que dice ahí escrito. Después podrás hablar.

—Gracias, George —replicó el cocinero—. Siempre sabes manejar los asuntos, te sabes todo el reglamento de memoria, George, y me alegro de eso. Bueno, ¿de qué se trata? ¡Ah!, «DESTITUIDO», se trata de eso, ¿no? Y muy bien escrito, por cierto; como de imprenta, sin duda. Es tu letra, ¿no, George? Porque, te estás convirtiendo en el líder de esta tripulación. No tardarás en hacerte capitán, y no me extrañaría. ¿Quieres darme una tea de nuevo? Esta pipa no tira bien.

—Vamos, ya está bien —dijo George—; no te burles más de esta tripulación. Te crees muy gracioso, ¿no? Pero ya no eres aquí nadie, así que baja de ese barril y obedece el voto.

—Me parece haber oído que conoces bien las reglas —contestó Silver despreciativo—. Pero por si no es así, voy a recordártelas. Estoy aquí sentado porque soy vuestro capitán, y recuerda que lo soy hasta que me digáis todos los cargos y yo os pueda contestar; y mientras eso suceda, esa marca negra no vale ni una galleta. Después, ya veremos.

—¡Ah! —replicó George—, no te preocupes por eso, todos nosotros somos honrados, ¿sabes? Primero: tú has hecho picadillo esta travesía, y no te atreverás a negarlo. Segundo: has sido tú quien ha dejado escapar a nuestros enemigos, cuando ya estaban atrapados. ¿Por qué lo hiciste? Yo no lo sé; pero eso no servía sino a sus intereses. Tercero: tú has sido quien nos impidió atacarles en la retirada. No, John Silver, te tenemos calado; tú haces buenas migas con el enemigo, y eso es grave. Y, por último: ese muchacho.

—¿Eso es todo? —preguntó Silver tranquilo.

—Y más que suficiente —replicó George—. No nos van a colgar y a secarnos al sol por tu torpeza.

—Bien, pues ahora, escuchadme, porque voy a responder a esos cuatro puntos; voy a contestar uno por uno. He hecho picadillo este viaje, ¿no es así? Muy bien; pero todos vosotros conocíais lo que yo quería hacer, y sabéis muy bien que, si se hubiera hecho, ahora estaríamos a bordo de la Hispaniola y, además todos, vivos y bien sanos, con la tripa llena de pastel de ciruelas y con el tesoro en la bodega. ¡Por todos los diablos! ¿Y quién lo ha impedido? ¿Quién me obligó, cuando yo era el legítimo capitán? ¿Quién me señaló con la marca negra, ya desde el mismo día en que desembarcamos? ¿Quién ha

empezado este baile? ¡Ah, es un bonito baile! y en eso estoy de acuerdo con vosotros, y hasta se parece mucho a un zapateado marinero, pero en la punta de una soga en el Muelle de las Ejecuciones, cerca de Londres, sí, señor. ¿Y quién tiene la culpa? Pues Anderson, y Hands, ¡y tú, George Merry! Tú que eres el que más tiene que callarse de todos los que lo han echado todo a perder. ¡Y ahora tienes la osadía de envalentonarte y tratar de destituirme para nombrarte capitán en mi lugar! ¡Tú, que nos has hundido a todos! Por todos los diablos que en mi vida he visto una mentira igual.

Silver hizo una pausa y vi en los rostros de George y sus secuaces que esas palabras no habían sido pronunciadas en vano.

—Eso en cuanto a tu primera cuestión —exclamó el acusado, enjugándose el sudor de la frente, pues había hablado con tanta vehemencia que hasta el fortín parecía retemblar—. Y os doy mi palabra de que me repugna hablar con vosotros. No tenéis lealtad ni sentido común, y no sé en qué pensaban vuestras madres cuando dejaron enrolarse en la travesía. ¡Hacerse a la mar! ¡Caballeros de fortuna! Mejor aprended para sastres.

—Sigue, John —dijo Morgan—. Contesta a las otras cuestiones.

—¡Ah, las otras! —repuso John—. Esas son buenas, ¿no es así? Decís que esta aventura se ha ido al traste. ¡Caramba! Si de verdad supierais lo malograda que está, no sé cómo os vería. Porque estamos tan cerca de sentir la soga al cuello, que el mío se me estira solo de pensar en el patíbulo. Podéis tratar de imaginaros colgados con cadenas y con los pájaros aguardando, y los marineros río abajo señalándoos con el dedo mientras se dicen unos a otros: «¿Quién es aquel?», y el otro: «¿Aquel? ¡Pero si es John Silver! Yo lo conocía». Y se oye el ruido de sus cables chirriar al ir de un lado a otro hasta alcanzar la otra boya. Bueno, así andamos por aquí, cada hijo de su madre, y todo gracias a Hands, a Anderson y a ti, George, y a todos los idiotas que han sido nuestra perdición. Y para acabar, si queréis saber sobre el cuarto asunto, lo de este muchacho, pues bien... ¡maldita sea! ¿no es acaso un rehén? ¿Es que vamos a desperdiciar a un rehén? No, nosotros ni hablar; puede que sea nuestra última baza, y no me extrañaría nada. ¿Matar a este chico? No seré yo, compañeros, el que lo haga. ¿Y el asunto número tres? ¡Uy, hay mucho que decir en cuanto a eso. Quizá no signifique nada para vosotros el poder disponer de un doctor de verdad, con estudios, que venga a veros todos los días; tú, John, con tu cabeza rota, y tú, George, que desde hace seis horas estás temblando con la malaria y tienes los ojos del color de la corteza del limón ahora mismo. Tampoco me parece que sepáis que tiene que venir un barco de socorro. Pero así es, y no falta mucho para que arribe, y entonces sí que os alegrará tener un rehén. Y en cuanto al segundo punto, ¿por qué hice el trato? Pero si vosotros mismos estabais tan asustados que me pedisteis de rodillas que lo hiciera. Y además, ¿dónde conseguiríamos comida? Nos habríamos muerto de hambre. Claro que, según vosotros, todo eso es una tontería. Bien, ¡atendedme bien, esta es la razón para hacerlo!

Y tiró al suelo un papel que reconocí en seguida: era el mapa amarillento con las tres cruces rojas que yo había encontrado en el paquete de hule en el fondo del cofre del capitán. El por qué el doctor se lo había entregado el capitán era algo que no me podía imaginar siquiera.

Pero si para mí eso resultaba inexplicable, más increíble les pareció aquel mapa a los amotinados. Saltaron sobre él como gatos sobre un ratón. Se lo pasaron de mano en mano, arrancándose los unos a los otros, y por los juramentos y gritos y risotadas que les escuché proferir, se hubiera dicho que ya tenían en sus manos el oro, y más aún, que ya se habían hecho, muy seguros, a la mar con él.

—¡Sí! —dijo uno—, es el de Flint, seguro que sí: J. F. y una rúbrica abajo, como un doble lazo de ballestrinque; así lo hacía siempre.

—Suenan muy bonito —dijo George—, ¿pero cómo lo haremos si no tenemos el barco? Silver se levantó de repente, apoyándose con una mano en la pared.

—Te lo advierto, George —gritó—. Una palabra irónica más y tendrás que vértelas conmigo. ¿Cómo? ¿Que dónde está el barco? ¿Cómo voy yo a saberlo? Tú eres quien debía decir cómo, tú y los demás que habéis perdido mi goleta con vuestra torpeza, malditos. Pero no, no sois capaces, no tenéis ni la imaginación de una cucaracha. Pero sabes hablar con respeto; vuelve a hacerlo, George Merry, más te vale.

—Eso es lo justo —dijo el viejo Morgan.

—Así me parece a mí —dijo el cocinero—. Tú perdiste el barco y yo he encontrado el tesoro. ¿Quién se ha portado mejor? Y ahora yo dimito del mando, ¡rayos y truenos! Elegid ahora a quien os dé la gana para capitán; yo ya he acabado.

—¡Silver! —gritaron—. ¡Barbecue siempre! ¡Barbecue capitán!

—¿Conque esa cantinela tenemos ahora? —exclamó el cocinero—. Me parece, George, que tendrás que esperar otra oportunidad, amigo; y da gracias a que no soy hombre vengativo. Nunca he tenido esa manera de ser. Y ahora, camaradas, ¿qué hago con la marca negra? Ya no sirve de mucho, ¿verdad? Lo siento por Dick, que se ha echado encima la maldición y estropeó su Biblia.

—¿No se remediaría besando el libro? —masculló Dick, que evidentemente se sentía muy intranquilo por la maldición que había atraído hacia sí mismo.

—¡Una Biblia con una hoja rota! —dijo Silver burlándose—. No, así no. Jurar ahora sobre ella sería como hacerlo sobre un libro de baladas.

—¿En serio que no? —dijo entonces Dick un tanto contento—. Pues entonces me parece que vale la pena guardarla.

—Toma, Jim, aquí tienes algo curioso —me dijo Silver entregándome la marca negra.

Era un redondel pequeño del tamaño de una moneda de una corona. Uno de los lados estaba en blanco, porque era de la última página; en el otro había uno o dos versículos del Apocalipsis, —recuerdo algunas palabras que me impresionaron profundamente: «Fuera quedan los perros y homicidas...». La cara impresa estaba ennegrecida con un tizón, el cual empezaba ya a desprenderse y a mancharme los dedos; la otra en blanco llevaba escrita también con un tizón una sola palabra: *destituido*. Todavía conservo hoy ese curioso recuerdo; pero nada queda ya de esa palabra excepto un mero arañazo, como el que se podría hacer con la uña del pulgar.

Aquel fue el final de los asuntos serios de esa noche. Poco después, bebimos una ronda de aguardiente y nos echamos todos a dormir; Silver, para vengarse de George Merry, lo puso de centinela y lo amenazó de muerte si abandonaba el puesto.

Tardé mucho en poder pegar los ojos, y Dios sabe que tenía bastante sobre lo que meditar: en el hombre que había matado aquella tarde, en mi situación tan peligrosa, y sobre todo, en el asombroso juego en que ahora se metía Silver, intentando mantener en un puño a los amotinados y agarrándose con la otra mano a todos los medios posibles, y hasta imposibles, de pactar por un lado y de salvar su miserable vida por el otro. Él dormía plácidamente, y roncaba bien alto; era mi corazón el que sufría por Silver, a pesar de ser un malvado, y pensé en los ocultos peligros que le acechaban y en el infamante patíbulo que le esperaba.

CAPÍTULO XXX

Palabra de honor

Me despertó —la verdad es que nos despertamos todos, pues vi hasta al centinela desperezarse donde se había quedado dormido a la entrada— una voz jovial, campechana, que nos llamaba desde los lindes del bosque.

—¡Ah del fortín! —gritaba—. ¡Aquí el doctor!

Era él, en efecto. Y a pesar de la alegría que me causó oírlo, mi alborozo no carecía de una sombra de preocupación. Porque recordaba mi conducta indisciplinada y veía a dónde me había conducido —junto a quiénes me había llevado, y rodeado de qué peligros— y ello me hacía sentir avergonzado para presentarme ante él y mirarlo a la cara.

Debía haberse levantado aún de noche, pues apenas empezaba a clarear el amanecer; y cuando me dirigí a una aspillera para mirar, lo vi de pie, como había visto antes a Silver, cubierto hasta la rodilla de neblina.

—¡Doctor! Muy buenos días tenga usted, señor —exclamó Silver muy cordialmente, con bondad en la voz a la vez que con una alerta tensa—. Buenos y soleados; es usted un hombre madrugador. Como dice el refrán, el pájaro temprano es el que se lleva el grano. George —ordenó—, muévete y ayuda al doctor Livesey a trepar a cubierta. Todo bien, supongo, y sus pacientes bien de salud y animados.

Y siguió así de dicharachero, de pie en lo alto del montículo, apoyado en su muleta y con la otra mano sobre el muro del fortín —era el viejo John en el tono de voz, en los modales y en la expresión.

—Tenemos una buena sorpresa también para usted, señor —continuó—. Hay aquí un joven forastero. ¡Je, je! Un nuevo huésped de pensión, señor, y en muy buen estado de forma. Ha dormido como un sobrecargo, sí, señor, sin despegarse de John, como dos barcos proa contra proa, toda la noche.

El doctor Livesey había saltado ya la empalizada y estaba cerca ya al cocinero; y noté una alteración en su voz al decir:

—¿No será Jim?

—El mismísimo Jim en persona —dijo Silver.

El doctor se quedó perplejo, aunque no dijo nada, y pasaron unos segundos antes de que recobrase el ánimo para continuar hablando.

—Bien, bien —dijo él al fin—, primero es la obligación y después la devoción, como habría dicho usted mismo, Silver. Vamos a pasar revisión a esos pacientes suyos.

Entró al poco en el fortín y me saludó con una seria inclinación de cabeza, procediendo a examinar a los enfermos. No aparentaba el menor temor, aunque debía saber que su vida pendía de un hilo entre aquellos rufianes traidores; y departía con los pacientes como si estuviera realizando su habitual visita en cualquier apacible familia inglesa. Sus maneras educadas hacían que aquellos hombres se comportaran como si nada hubiera ocurrido, como si aún fuera el médico del barco y ellos una tripulación leal.

—Te vas mejorando, amigo —le dijo al de la cabeza vendada—; y si alguien ha escapado alguna vez por milagro, ese eres tú; debes tener la cabeza más dura que el hierro. Bien, George, ¿qué tal te encuentras? Bonito color tienes; pues, hombre, ese hígado está patas arriba. ¿Has tomado aquella medicina? ¿La ha tomado de verdad, muchachos? —preguntó.

—Sí, sí, señor, la tomé, estoy seguro —contestó Morgan.

—Porque, ¿sabéis?, desde que soy el médico de los amotinados, o, mejor dicho, el médico de prisión, como prefiero llamarlo —dijo el doctor en tono agradable—, me he tomado como cuestión de honor no perder ni a un solo hombre para el rey George, que Dios guarde, y para la horca.

Los bribones se miraron entre ellos, aunque se lo tragaron sin atreverse a responder.

—Dick no se siente bien, señor —dijo uno.

—¿Es cierto? —replicó el doctor—. Ven, Dick, acércate y enséñame la lengua. ¡No, me extrañaría que lo hicieras! La lengua de este hombre asustaría a los mismos franceses. Otro con fiebres.

—¡Ahí tienes —dijo Morgan—, eso viene por romper la Biblia!

—Quizá sea mejor decir —añadió el doctor— por ser unos burros redomados y no tener el sentido común necesario para diferenciar el aire sano del envenenado, y la tierra seca de una pestilente ciénaga cargada de infecciones. Creo que lo más probable, y solo es mi opinión, claro, es que muchos de vosotros pagaréis con la vida antes de lograr libraros de la malaria. ¡Acampando en los pantanos! Silver, me sorprende usted. Aunque parece menos tonto que los demás, no me parece que usted tenga la más remota idea de las normas para conservar la salud.

—Bien —añadió, una vez que medicinó a todos y que ellos tomaron aquellos preparados más como humildes huerfanitos del asilo que como sangrientos piratas amotinados— bien, esto es todo por hoy; ahora quisiera hablar un momento con ese joven.

Y señaló con la cabeza hacia mí, sin darle importancia.

George Merry estaba apoyado en la puerta, escupiendo y farfullando sobre el sabor de la medicina. Cuando escuchó las palabras del doctor, se volvió furioso y gritó:

—¡No! —y lanzó un horrible juramento.

Silver golpeó en el barril con la mano abierta.

—¡Si-len-cio! —rugió, y miró en torno suyo con la fiereza de un león—. Doctor —dijo ya con tono más calmado—, estaba pensando en ello, porque sé cuánto cariño le tiene al muchacho. Y como todos estamos muy agradecidos por sus amables cuidados y tenemos fe en sus conocimientos, nos tomamos estos bebedizos como si fueran aguardiente. Creo

haber encontrado un medio que puede satisfacernos a todos. ¿Me das tu palabra, Hawkins, palabra de joven caballero —pues eres un joven caballero, aunque de humilde cuna—, tu palabra de honor de no cortar la amarra?

Le prometí cumplir esa palabra.

—Entonces, doctor —dijo Silver—, tenga la bondad de alejarse de la empalizada, y cuando esté allí, yo le llevaré al muchacho, y les permitiré charlar a través de los troncos. Buenos días, doctor; nuestros respetos al *squire* y al capitán Smollett.

Pero nada más salir el doctor del fortín, estalló la explosión de desaprobación, que solo las amenazadoras miradas de Silver habían contenido. Acusaron al viejo cocinero de jugar con dos barajas, la de procurar una tregua por separado que lo salvara a él solo, y la de sacrificar los intereses de su tripulación y víctimas; y, en una palabra, de todo aquello que, realmente, era lo que estaba haciendo. A mí me parecía tan evidente que no podía ni imaginar cómo aplacaría aquel motín. Pero Silver era un hombre el doble de capaz que los demás y la victoria del día anterior le dio ascendente sobre ellos. Los insultó y motejó con palabras irrepetibles; les dijo que era necesario que yo hablase con el doctor, les restregó por la cara el plano de la isla, y les preguntó si había alguno capaz de romper el pacto precisamente el mismo día que iban a conseguir el tesoro.

—¡No, por todas las centellas! —exclamó—. Vamos a romper el pacto en su momento; y hasta entonces yo sé cómo ganarme al doctor ese, aunque tenga que limpiarle las botas con aguardiente.

Y les ordenó que encendiesen fuego. Después salió renqueando sobre la muleta, con una mano apoyada en mi hombro, dejando al resto inquietos pero en silencio, más por su locuacidad que porque estuvieran convencidos.

—Despacio, muchacho, despacio —dijo—. Pueden caer sobre nosotros en un instante, si se dan cuenta de que huimos.

Con gran compostura, pues, avanzamos por el arenal hacia donde nos aguardaba el doctor al otro lado de la empalizada y, al llegar a una distancia desde la que él nos podía oír, nos detuvimos.

—Os ruego que consideréis lo que voy a deciros, doctor —empezó Silver—. El muchacho os podrá confirmar cómo le he salvado la vida y me jugué la mía por ello. Doctor, cuando un hombre navega tan ceñido al viento como yo —cuando se juega a cara o cruz el último aliento del cuerpo—, ¿no cree que tiene derecho al menos a ser oído y tener buenas palabras? Considere que no se trata ahora solo de mi vida, sino que está también la de este muchacho en juego; y debéis hablarme con toda franqueza, doctor, debéis darme aunque sea una pizca de esperanza, por compasión.

Silver era otro hombre desde que salimos y dimos la espalda a sus amigos y al fortín; el rostro parecía habersele afilado y tenía voz temblorosa. Nunca he visto un alma más abatida.

—¿Qué ocurre, John, no será que tiene miedo? —preguntó el doctor Livesey.

—Doctor, yo no soy cobarde, no, yo no. ¡Ni un tanto así! —y chasqueó los dedos—. Si lo fuera, no hablaría de esto. Pero les confieso con franqueza que pensar en el patíbulo me da escalofríos. Es usted un hombre bueno y leal, ¿no he conocido a alguien

mejor! Y no puede olvidar que también he hecho cosas buenas, al menos recuérdelas como recuerda las malas. Ahora voy a retirarme, y voy a dejarle solo con Jim, y recuerde también este gesto, que me valga en mi cuenta, porque os aseguro que es todo lo más que da la cuerda.

Y diciendo esto, se apartó un poco hasta estar lejos de nuestros oídos y sentándose en las grandes raíces de un árbol cercano, empezó a silbar. De vez en cuando lo veíamos moverse en su postura, quizá para no perdernos de vista al doctor y a mí; o tal vez a sus compinches, que caminaban inquietos de un lado para otro sobre el arenal, desde la hoguera, que trataban de prender, al fortín, de donde sacaban salazón de cerdo y el pan para tomar el desayuno.

—Así pues, Jim —me dijo el doctor con cierta tristeza—, aquí estás. Quien siembra vientos recoge tempestades, hijo. Bien sabe Dios que no está en mi ánimo reprenderte, pero sí he de decirte algo, te guste o no: mientras el capitán Smollett estaba sano, no te atreviste a abandonarnos, pero, en cuanto no pudo controlarte por estar herido, escapaste, y eso, ¡por el rey George!, fue una auténtica cobardía.

Debo admitir que yo entonces me eché a llorar.

—Doctor —le dije—, no necesita reprendermé. Bastante me he culpado yo a mí mismo. Sé que mi vida no tiene valor de todos modos, y ya debería estar muerto, si Silver no lo hubiera impedido. Creedme, puedo morir, doctor, y quizá sea lo que merezco, pero lo que temo es que me torturen. Si vinieran a torturarme...

—Jim —me interrumpió el doctor, y su tono sonaba distinto—. Jim, no puedo soportar esto. Salta la empalizada y huyamos.

—Doctor —dije—, he empeñado mi palabra.

—Lo sé, lo sé —exclamó—. Eso no lo podemos remediarlo ahora, Jim. Yo echaré sobre mí, por entero, toda la culpa y el deshonor; pero, muchacho, no puedo dejarte ahí. ¡Salta! Un salto y escaparemos corriendo como si fuésemos antílopes.

—No —repuse—; ya sabe que, en mi lugar, usted no lo haría; ni usted, ni el *squire*, ni el capitán. Tampoco lo haré yo. Silver se ha fiado de mi palabra y volveré con él. Pero, doctor, déjeme acabar. Si llegan a torturarme, seguramente terminaré cantando dónde está el barco, porque fui yo el que lo solté, en parte por suerte, en parte por arriesgarme y tuve suerte. Ahora está en la Ensenada del Norte, en la playa del sur, y justo más abajo de la pleamar. Con media marea quedará embarrancado.

—¡El barco! —exclamó el doctor.

Le describí en síntesis mis andanzas y él me escuchó en silencio.

—Hay como una fatalidad en todo esto —observó, cuando yo acabé de narrar mis correrías—. Siempre eres tú el que nos salvas la vida. ¿Crees que, aunque solo fuera por eso, te dejaríamos perder la tuya? Poco agradecidos seríamos, hijo mío. Tú descubriste el complot de los amotinados; tú encontraste a Ben Gunn, que es la mejor proeza que has hecho o que puedas hacer en tu vida, aunque llegues a los noventa años. ¡Ah, por Júpiter!, hablando de Ben Gunn, esto es lo peor de todo. ¡Silver! —gritó entonces—, ¡Silver! Voy a darle un consejo —el cocinero se acercó—. No se precipite usted en la busca del tesoro.

—Señor —dijo Silver—, no puedo hacer algo que es imposible. Solo puedo, perdone usted, salvar la vida de este muchacho, y la mía, al buscar ese tesoro; puede estar seguro de eso.

—Bien, Silver —replicó el doctor—, si es como dice, le diré algo más: prepárese para una buena borrasca cuando lo encuentren.

—Señor —dijo Silver—, de hombre a hombre, eso es decir demasiado y casi nada. ¿Qué os traéis entre manos? ¿Por qué abandonasteis el fortín? ¿Por qué me habéis dado el mapa? Nada, no tengo ni idea. Hasta ahora le he obedecido ciegamente, sin recibir una palabra de aliento. Pero esto ya es demasiado. Si no me dice lo que significan vuestras palabras, y con claridad, abandono el timón.

—No —dijo el doctor pensativo—, no tengo derecho a decir más. No es mi secreto, ¿sabe, Silver? o se lo diría, sin duda. Pero voy a ir todo lo lejos que puedo, y quizá más allá, aunque el capitán me pele la peluca, que es lo que me temo. Voy a darle un poco de esperanza, Silver: si salimos de esta trampa de lobos, haré todo lo que esté en mis manos, menos jurar en falso, para salvarle el cuello.

La cara de Silver estaba radiante:

—No podría usted decir más, estoy seguro, señor, ni aunque fuese mi madre —exclamó.

—Bien, esa es la primera advertencia —añadió el doctor—. La segunda es un consejo: cuide usted siempre al muchacho de cerca; y si necesitáis socorro, dad un grito. Voy a salir a buscar esa ayuda. Creo que con esto demuestro que no hablo por hablar. Adiós, Jim.

Y el doctor Livesey me estrechó la mano por entre los troncos, saludó a Silver con una inclinación de cabeza y se internó con paso ligero entre los árboles.

CAPÍTULO XXXI

La búsqueda del tesoro: la señal de Flint

—Jim —dijo Silver cuando nos quedamos solos—, yo he salvado tu vida y tú la mía, eso no lo olvidaré. He visto cómo el doctor te rogaba que escaparas con él y te he visto decir que no, tan claro como si lo hubiera oído, Jim, y eso es algo que anoto en tu favor. Es el primer rayo de esperanza que tengo desde que falló el ataque, y a ti te lo debo. Y ahora, Jim, que vamos a dedicarnos a buscar el tesoro, y quién sabe lo que podrá pasar, cosa que no me gusta nada, tú y yo vamos a estar juntos, codo con codo, como se dice, y vamos a salvar nuestro pellejo contra viento y marea.

Justo entonces un hombre nos gritó desde la fogata que el desayuno estaba preparado; en seguida volvimos con ellos y nos sentamos en la arena a comer la galleta y la fritanga. Habían encendido una hoguera tan grande como para asar un buey; esto producía tal calor que solo podía uno acercarse a favor del viento y con precaución. Con el mismo espíritu de despilfarro habían cocinado tres veces más de lo que podíamos consumir; y uno de los piratas, riéndose como un estúpido, arrojó al fuego lo que sobraba, que se chamuscó y ardió haciendo más llamas. Nunca había visto a gente más poco previsora del mañana; de la mano a la boca, esa es la única expresión que describiría su conducta; y junto con la imprevisión de los víveres y el sueño pesado de los centinelas, aunque fueran valientes para un abordaje y para jugárselo todo a una carta, entendí que en absoluto estaban preparados para lo que podríamos llamar una campaña prolongada.

Incluso ni el mismo Silver, que roía un hueso, con el Capitán Flint subido en un hombro, parecía censurar aquella disipación. Y esto me sorprendió aún más, si cabe, porque pensé que nunca se había mostrado más astuto que entonces.

—Ay, compañeros —dijo—, podéis dar gracias a que Barbecue esté aquí para pensar por vosotros con esta cabeza. Lo que planeaba lo he conseguido, ya veis. Ellos tienen el barco, ya lo sé. Ahora, dónde lo esconden, eso no lo sé; pero en cuanto demos con el tesoro hay que lanzarse a encontrarlo. Y entonces, compañeros, como nosotros tenemos los botes, tenemos también la victoria.

Y así continuó su charla con la boca llena de tocino caliente: así restableció la esperanza y confianza de los suyos, y yo sospecho que reparó la suya propia al mismo tiempo.

—En cuanto a los rehenes —prosiguió—, de eso han hablado el doctor y este muchacho, supongo. Algo he conseguido pescar, y a él le debo estas noticias, pero eso es cuestión aparte. Cuando vayamos a buscar el tesoro, pienso llevarlo conmigo bien atado

con una cuerda, porque hay que conservarlo como si fuera de oro, por si ocurre algún percance, ¿sabéis? Pero una vez que tengamos el barco y el tesoro, y nos hagamos a la mar como buenos compañeros, entonces, bueno, ya hablaremos del señor Hawkins, sí, y le daremos su parte, eso seguro, como pago por todos sus favores.

No es de extrañar que los piratas estuvieran del mejor talante. Por mi parte, sentía un enorme abatimiento. Si el plan que acababa de explicar hubiera sido factible, Silver, que ya era traidor por partida doble, no vacilaría en seguirlo. Aún tenía un pie en cada campo y no cabía la menor duda de que él siempre preferiría las riquezas y la libertad de los piratas a un simple escape de la horca que, a fin de cuentas, era todo lo que podía esperar con nosotros.

Sí, y aunque los acontecimientos se desarrollaran de forma que se vio obligado a guardar lealtad para con el doctor Livesey, aun con eso, ¡qué peligros nos acechaban! Qué momentos habrían de seguir cuando sus compinches descubrieran que sus sospechas no eran fundadas, y él y yo tuviésemos que luchar por nuestras vidas —él, un inválido, y yo, un muchacho—, contra cinco marineros vigorosos y ágiles!

Añadamos a ambas cavilaciones mías el misterio que aún nos rondaba sobre el comportamiento de mis compañeros; su misterioso abandono del fortín; su inexplicable entrega del mapa; y, lo que es aún más inexplicable, las últimas advertencias del doctor a Silver: «Esté al acecho de una buena borrasca, cuando lo encuentren». Podréis entender qué poco apetitoso me resultó el desayuno, y con qué intranquilidad acompañé a mis captores en busca del tesoro.

Debíamos ser un curioso espectáculo si alguien nos viera: todos con ropas sucias de marinero, y todos, menos yo, armados hasta los dientes. Silver llevaba dos mosquetones en bandolera, cruzados en su pecho y espalda, un enorme alfanje en el cinturón y una pistola en cada bolsillo de su casaca. Para completar aquella insólita figura, el Capitán Flint iba colgado de su hombro, chillando expresiones marineras sin propósito ni sentido alguno. Yo iba detrás obedientemente, atado por la cintura con una cuerda que el cocinero tiraba de su extremo unas veces con sus manos y otras con sus dientes. Me llevaba como a un oso del circo.

Los demás iban cargados todos; unos con picos y palas, las primeras herramientas necesarias que habían traído a tierra desde la Hispaniola; otros con sacos de tocino, pan, y aguardiente para la comida del mediodía. Todos los víveres procedían, como pude comprobar, de nuestras reservas, por lo que pude comprobar la verdad de las palabras de Silver la noche anterior. De no haber habido un acuerdo entre él y el doctor, él y sus cómplices, sin el barco, se hubieran visto forzados a vivir de agua de los arroyos y de lo que pudieran cazar. El agua hubiera escaseado; los marineros no son buenos cazadores; y además, cuando escasearan los víveres, no era probable que tuvieran gran provisión de pólvora para las armas.

Bien, pues equipados de esta guisa, nos pusimos en marcha; venía hasta el herido en la cabeza, que mejor se hubiera quedado en la sombra del fortín. Caminamos en fila hacia la playa, donde nos esperaban dos botes. También los botes habían sufrido las consecuencias de la loca borrachera de los piratas, pues uno tenía rota la bancada y

ambos estaban llenos de barro y agua. Los dos botes los llevamos como medida de seguridad, y se repartieron en ambos y empezamos a remar desde el fondo del embarcadero.

Ya desde la salida, comenzaron las discusiones sobre el mapa. La cruz roja era demasiado grande para señalar con exactitud el lugar; y los términos escritos al dorso, resultaban un tanto ambiguos. Así decían, como el lector sin duda recordará:

Árbol alto, espalda de El Catalejo, desviando una cuarta al N. del N.N.E.

Isla del Esqueleto E.S.E. y una cuarta al E.

Diez pies.

Un árbol alto era la señal más importante. No obstante, el fondeadero frente a nosotros se hallaba cerrado por una meseta de casi unos cien metros de altura, que limitaba por el norte con las estribaciones meridionales de El Catalejo, y volviendo luego a elevarse hacia el sur hasta llegar al alto y abrupto acantilado llamado el monte de Mesana. La cima de la meseta estaba cubierta de pinos de distinto tamaño. Por doquier, uno de distinta especie se elevaba casi veinte metros por encima del resto del bosque, pero cuál de ellos sería el «árbol alto» del Capitán Flint es algo que había que decidir sobre la marcha y mirando la brújula.

No obstante, aunque estaba así la situación, todos los piratas habían escogido ya su árbol favorito antes de llegar a la mitad del camino, y solo Long John se encogía dudoso de hombros rogándoles que se esperaran hasta llegar al sitio.

Remamos despacio, bajo las órdenes de Silver, para no fatigar a los hombres antes de tiempo, y tras una larga travesía desembarcamos en las cercanías del segundo río, el que desciende por uno de los frondosos barrancos de El Catalejo. Desde allí, torciendo a la izquierda, empezamos a ascender hacia la meseta.

Al principio, el terreno, pesado y fangoso, con una vegetación casi impenetrable, retrasó mucho nuestra marcha; pero poco a poco la pendiente fue haciéndose más empinada y pedregosa y la vegetación más rala y escasa. Aquella era en verdad una parte de la isla de lo más agradable. El espacio de la hierba lo sustituía ahora la retama aromática y numerosos arbustos floridos. Bosquecillos de verdes árboles de nuez moscada alternaban con las rojizas columnas y las largas sombras de los pinos; el olor de las especias de unos se mezclaba con el aroma de los otros. El aire, además, fresco y vigorizante, refrescaba nuestros sentidos bajo los ardientes rayos del sol.

Los piratas empezaron a dar saltos de alegría, gritando de un lado a otro con gran alborozo. Se diseminaron en forma de abanico; a un buen trecho tras ellos, íbamos caminando Silver y yo; atado yo a mi cuerda, y él fatigado y renqueando por la grava resbaladiza. De vez en cuando tenía que echarle una mano o se hubiera caído para atrás rodando cuesta abajo.

Llevábamos más de media milla en nuestra subida y ya estábamos alcanzando la cima de la meseta, cuando uno que iba en el extremo de la zona izquierda empezó a llamar a gritos, como sobrecogido por el terror. Todos empezaron a correr en aquella dirección.

—No puede haber encontrado el tesoro —dijo el viejo Morgan pasando ante nosotros desde la derecha—, pues debe estar en la cima.

Como pudimos comprobar al llegar al lugar, era, en realidad, algo muy distinto. Al pie de un pino bastante alto, y entrelazado en una planta trepadora, que incluso había levantado un tanto alguno de los huesecillos, yacía en el suelo un esqueleto humano del que aún colgaba algún jirón de ropa. Creo que todos, por un instante, sentimos que un escalofrío nos recorrió todo cuerpo.

—Era un marinero —dijo George Merry, quien, más osado que los demás, se había acercado y examinaba la tela—. Por lo menos, es una buena tela marinera.

—Sí, sí —dijo Silver—, es muy probable; no ibais a encontrar aquí a un obispo, pienso yo. Pero, ¿qué forma es esa de yacer unos huesos? No están de forma natural.

Y en verdad, mirando más detenidamente, resultaba evidente que el esqueleto tenía una postura que no era la natural. Aparte de cierto desorden —producido tal vez por los pájaros que lo habían picoteado o por el lento crecer de la trepadora que había envuelto poco a poco sus restos—, el hombre estaba demasiado recto, con los pies apuntando en una dirección, pero las manos, levantadas sobre la cabeza como la de un nadador preparado para zambullirse, apuntaban en la dirección opuesta.

—Se me ha metido una idea en esta cabezota —dijo Silver—. Veamos la brújula; aquella es la cima de la isla del Esqueleto, que sobresale como un diente. Vamos a tomar el rumbo, siguiendo la línea de los huesos.

Así se hizo. El esqueleto apuntaba directamente en dirección a la isla, y la brújula indicaba, en efecto, E.S.E. y una cuarta al E.

—Me lo figuraba —exclamó el cocinero—. Este es un indicador. Allí está la línea que lleva a la estrella polar y los buenos dólares. Pero, ¡rayos y truenos!, frío me da de pensar que esta es una de las bromas de Flint, no me cabe duda. Él y los otros seis estuvieron aquí, solos; él los mató, uno por uno; y a este lo trajo aquí, y lo orientó según la brújula, ¡que me parta un rayo! Los huesos son grandes y el pelo fue rubio. Sí, este debía ser Allardyce. ¿Recuerdas a Allardyce, Morgan?

—Sí, sí —repuso Morgan—, lo recuerdo; me debía dinero, sí, y encima se llevó mi cuchillo cuando volvió a tierra.

—Hablando de cuchillos —dijo otro—, ¿por qué no buscamos el de este por aquí? Flint no era hombre que registrara los bolsillos de un marinero, y supongo que los pájaros lo dejarían en paz.

—¡Por todos los diablos, es verdad! —exclamó Silver.

—Aquí no queda nada —dijo Merry palpando por entre los huesos—, ni una moneda de cobre ni una caja de tabaco. Esto no me parece tampoco muy natural.

—No, pardiez, no lo es —dijo Silver—. Ni natural, ni tampoco bonito, puedes asegurarlo. ¡Por la pólvora del cañón, compañeros, que si viviera Flint, este no sería un buen sitio para ti y para mí. Seis eran y de los seis solo quedan huesos. Seis somos nosotros.

—Yo lo vi muerto con mis propios ojos —dijo Morgan—. Billy me hizo entrar con él. Allí yacía con dos monedas de un penique sobre sus ojos.

—Muerto, sí, seguro que estaba muerto, y en los infiernos —dijo el de la cabeza vendada—; si hubiera un espíritu que deambulara por ahí, sería el de Flint. ¡Un buen

hombre, pero murió mal ¿no es cierto?

—Sí, es cierto —observó otro—; recuerdo cómo se enfurecía, y luego gritaba pidiendo más ron, o se ponía a cantar «Quince hombres»; solo cantaba esa canción, compañeros, y os digo que desde entonces no me gusta mucho cuando la oigo. Hacía más calor que en un horno y la ventana estaba abierta, y me llegaba el soniquete claro e incesante del estribillo de la canción; y Flint ya camino de la muerte.

—Vamos, vamos —dijo Silver—, dejemos de hablar más de eso. Muerto está y se sabe que los muertos no andan; al menos, supongo que no andan de día, eso es seguro. En el pensar no va la ganancia. Así que a buscar los doblones.

Nos pusimos en marcha; pero a pesar del calor del sol y de aquella luz deslumbrante, los piratas no mostraban su alborozo, sino que caminaban juntos y hablando en voz baja. El terror que les causó el pirata muerto había sobrecogido sus espíritus.

CAPÍTULO XXXII

La búsqueda del tesoro: la voz entre los árboles

En parte debido a la negativa influencia de esta alarma, en parte porque Silver y los enfermos debían descansar, todos decidieron sentarse un rato al llegar a la cima de aquella loma.

Desde donde estábamos se dominaba un vasto paisaje gracias al declive hacia poniente de la meseta. Ante nosotros, por encima de las copas de los árboles, veíamos el cabo Boscoso batido por el oleaje; por detrás no solamente podíamos divisar el fondeadero y la isla del Esqueleto, sino también la franja de arena y el terreno más bajo de la parte oeste, y más allá, la inmensa extensión del océano. Majestuoso ante nosotros se alzaba el monte de El Catalejo, por aquí salpicado de ralos pinos y por allá cortado por formidables precipicios. No se oía otro ruido que el de los lejanos rompientes, que parecía subir de toda la costa hacia la cima del monte, y el zumbido de los innumerables insectos que poblaban aquellos matorrales. Ni un ser humano; ni una vela en la mar; la misma inmensidad del paisaje aumentaba la sensación de soledad.

Mientras descansaba, Silver se puso a examinar la brújula.

—Hacia esa parte veo tres «árboles altos» —dijo—, casi en la línea de la isla del Esqueleto. «Espalda de El Catalejo», supongo yo, quiere indicar aquel punto más bajo. Creo que ahora es un juego de niños el hacernos con el tesoro. Casi me inclino por que comamos antes de ir a buscarlo.

—Yo no tengo hambre —gruñó Morgan—. De pensar en Flint se me ha quitado el apetito.

—Ah, bueno, hijo, puedes dar gracias a tu estrella porque está muerto —dijo Silver.

—Era un mal bicho —gritó un tercer pirata, estremeciéndose—, ¡con aquella cara azulada!

—Era como se la había dejado el ron —añadió Merry—. ¡Azulada, sí! Recuerdo que era azulada. Esa es la palabra.

Desde que habíamos dado con el esqueleto y habían empezado a darle vueltas en sus cabezas a esos recuerdos, sus voces habían ido bajando el tono, de forma que el rumor de las conversaciones apenas rompía el silencio del bosque. Y de repente, saliendo de entre los árboles que se erguían ante nosotros, una voz fina, aguda y temblorosa entonó la vieja canción:

Quince hombres sobre el cofre del muerto.

¡Jo, jo, jo! ¡Y una botella de ron!

Jamás he visto hombres más llenos de pavor que aquellos filibusteros. Como por ensalmo, se les mudó el color del rostro a los seis; unos se pusieron en pie aterrados, otros se cogieron entre sí; Morgan se arrastraba por el suelo.

—¡Es Flint, por todos los...! —gritó Merry.

La canción terminó tan repentinamente como había empezado; interrumpida, diríamos, en mitad de una nota, como si alguien hubiera tapado la boca del cantante. Al venir a través del aire limpio y luminoso entre las copas de los árboles, y como de muy lejos, me pareció que tenía algo de balada sentimental, lo cual causaba un efecto aún más extraño en aquellos hombres.

—Vamos —dijo Silver, a quien las palabras parecían no salirle de sus labios pálidos como la ceniza—, ¡no hagáis ni caso! ¡Listos para la acción! Este es un buen comienzo; no sé de quién será la voz, pero de alguien que está de broma; alguien de carne y hueso, podéis apostar por ello.

Conforme hablaba, Silver parecía ir recobrando el valor y también parte del color perdido. Los demás empezaron a prestar atención a su voz de ánimo y a tratar de recuperar la cordura, cuando de pronto volvió a escucharse la misma voz, solo que esta vez no cantaba, sino que era como un saludo débil y lejano, cuyo eco vibraba más débil aún en los peñascos de El Catalejo.

—¡Darby M’Graw! —repetía el lamento, pues esa es la palabra que mejor lo definía—. ¡Darby M’Graw! ¡Darby M’Graw! —sin cesar, una y otra vez. Y después, elevando el tono y profiriendo un juramento que prefiero omitir, dijo—: ¡Coge el ron por la popa, Darby!

Los bucaneros se quedaron clavados en el suelo con los ojos fuera de las órbitas. Mucho después de que la voz se extinguiera, aún continuaban mirando fijamente, mudos de terror.

—¡Ya no hay duda! —dijo uno—. ¡Huyamos!

—¡Esas fueron sus últimas palabras! —exclamó Morgan—, ¡sus últimas palabras a bordo de esta vida!

Dick había sacado la Biblia y rezaba apresuradamente. Sin duda, Dick había recibido una buena crianza antes de hacerse a la mar y meterse en tan malas compañías.

Aun así, Silver no se daba por vencido. Oí cómo le castañeteaban los dientes, pero no estaba dispuesto a rendirse.

—Nadie en esta isla ha oído hablar de Darby —murmuró—, nadie excepto los que estamos aquí. —Y después, haciendo un gran esfuerzo, dijo—: Compañeros, yo he venido para apoderarme de ese tesoro, y nadie, ni hombre ni demonio, me hará desistir de ello. No le tuve miedo a Flint en vida y, ¡por todos los diablos, que estoy dispuesto a plantarle cara de muerto! Ahí, a menos de un cuarto de milla, hay setecientas mil libras. ¿Cuándo se ha visto que un caballero de fortuna vuelva la popa a un tesoro así simplemente por culpa de un viejo marinero borracho con la cara azulada, y además, muerto?

Pero sus compinches no dieron la menor muestra de recobrar el ánimo; al contrario, cada vez parecían más aterrados ante los irreverentes juramentos de Silver.

—¡Echa ahí el ancla, John! —dijo Merry—. No provoques su espíritu. Todos los demás estaban demasiado aterrorizados como para hablar. Y hubieran escapado cada uno por un lado si no hubiera sido por el propio miedo, que los paralizaba; hicieron una piña con John, como si su audacia los protegiera. Él, por su parte, había vencido ya sus temores.

—¿Su espíritu? Bien, puede que sea su espíritu —dijo—. Pero no lo veo tan claro. También se oía un eco. Nadie ha visto un espíritu que haga sombra; ¿y por qué, entonces, va a hacer eco? Eso no parece natural, ¿cierto?

Su argumento me pareció débil, pero nadie es capaz de predecir qué pueda influir en los supersticiosos, y, para gran sorpresa mía, George Merry se serenó bastante.

—Sí, así es —dijo—. Tú sí que tienes la cabeza bien asentada, John, eso no hay quien lo niegue. ¡A las velas, compañeros! Esta tripulación está dando una bordada equivocada. Y pensad una cosa; era como la voz de Flint, eso sí, pero no tenía la misma fuerza. Era como la voz de otro. Sí, era como la voz de...

—¡Rayos y centellas! —rugió Silver—. ¡Ben Gunn!

—¡Sí, esa era la voz! —gritó Morgan, levantándose de un salto del suelo—. ¡Era la voz de Ben Gunn!

—Pero eso es lo mismo —dijo Dick—, porque Ben Gunn también se fue de este mundo, igual que Flint.

Los más mayores escucharon con desdén esto último.

—Pero a nadie le importa Ben Gunn —dijo Merry—; vivo o muerto, nadie se preocupa por él.

Era sorprendente ver cómo habían ido recobrando el valor; y cómo volvía a sus caras el color. No tardaron en reanudar una conversación animada, y callaban de vez en cuando para escuchar; poco después, al no oír ya nada, decidieron volver a echarse al hombro las herramientas y proseguir el camino. Merry abría la marcha con la brújula de Silver para mantener el rumbo en línea con la isla del Esqueleto. Había dicho la verdad: vivo o muerto, a nadie le importaba Ben Gunn.

Solo Dick seguía aún aferrado a su Biblia, y, mientras caminaba, miraba temeroso a su alrededor; pero ninguno trató de consolarlo y hasta Silver se burlaba de todas sus precauciones.

—Ya te lo dije —le repetía—; esa Biblia ya no sirve. Y si no se puede jurar sobre ella, ¿tú crees que va a parar a un espíritu? ¡Ni esto! —y hacía chasquear sus grandes dedos mientras se paraba sobre su muleta.

Pero a Dick no le confortaban esas palabras; en realidad, pronto percibí que el joven empezaba a sentirse enfermo. Propiciada por el calor, la fatiga y aquella sensación de peligro, la fiebre pronosticada por el doctor Livesey estaba poco a poco haciendo mella en él.

Se podía caminar bien por la cumbre de la altiplanicie; el camino comenzaba a ir cuesta abajo; pues, como ya he dicho, la meseta se inclinaba hacia el oeste. Crecían pinos de todos los tamaños, aunque espaciados; e incluso en los bosquecillos de nogales y azaleas había grandes calveros abrasados por el sol. Avanzábamos hacia el noroeste, a través de

la isla, acercándonos por una parte a las laderas de El Catalejo; por la otra se abría ante nuestra vista el paisaje de la bahía occidental, donde yo anteriormente había sido zarandeado y temblado a bordo de mi viejo coraclo.

Alcanzamos el primero de los árboles altos, pero por la brújula comprobamos que no se trataba del que buscábamos. Lo mismo ocurrió con el segundo. El tercero se alzaba lo menos doscientos pies sobre espesos matorrales; era un gigante vegetal, con un tronco rojizo tan ancho como una cabaña que producía una sombra tan inmensa que bien podría haber maniobrado en ella una compañía. Era visible desde muy lejos en el mar, hacia el este y el oeste, y podría haber figurado perfectamente en las cartas de ruta como marca de navegación.

Pero no era su tamaño lo que impresionó a mis compañeros; fue la idea de que bajo su amplia sombra dormían enterradas setecientas mil libras en oro. La codicia del dinero, según se acercaban, fue disipando en ellos sus anteriores temores. Les brillaban los ojos en la cara y sus pies se volvieron más ligeros y veloces; su alma entera estaba pendiente de aquella fortuna, de toda una vida de regalos y placeres que le estaba esperando allí a cada uno.

Silver, gruñendo, iba renqueando con su muleta; le vibraban las aletas la nariz; enloquecido, gritaba mil juramentos contra las moscas que se posaban en su rostro sudoroso y ardiente, y daba, enfurecido, tirones a la cuerda con que me arrastraba, y de cuando en cuando se volvía para mirarme lanzándome una mirada asesina. No se tomaba ya ningún trabajo en disimular sus pensamientos y yo podía leerlos como si estuvieran escritos. Ante la inminencia del tesoro, todo lo demás había sido olvidado; su promesa y la advertencia del doctor eran cosas del pasado; y yo no tenía dudas de que, en cuanto lograra apoderarse del oro, buscaría la Hispaniola aprovechando la noche, degollaría a toda persona honrada que quedase en la isla, y luego largaría velas, como había pretendido al principio, cargado de crímenes y de riquezas.

Tan preocupado como yo estaba con estos peligros, no me fue fácil seguir el paso acelerado de aquellos buscadores de tesoros. De cuando en cuando daba un tropezón; y era entonces cuando Silver tiraba violentamente de la soga y era cuando me lanzaba sus miradas asesinas. Dick, que iba rezagado, y era quien cerraba la comitiva, musitaba en voz baja tanto plegarias como maldiciones, conforme le iba subiendo la fiebre. Y a todo esto se añadía la imagen en mi cabeza de la tragedia que aquella meseta había contemplado un día, cuando el desalmado pirata de rostro azulado —el que había muerto en Savannah cantando y pidiendo más ron a voces— había sacrificado allí mismo y por su propia mano a seis compañeros. Aquel bosquecillo, ahora tan apacible, debió haber resonado con los alaridos y los gritos, pensé yo; y en mi pensamiento, creía oírlos todavía resonar.

Ahora ya estábamos al borde de la espesura.

—¡Victoria, compañeros, todos juntos! —gritó Merry. Y los que iban delante echaron a correr.

Y de repente, no habían avanzado ni diez metros cuando vimos que se detenían. Oímos un grito ahogado. Silver intentó ir más deprisa clavando frenético en el suelo su

muleta al correr; y un instante después, también él y yo nos paramos en seco.

Ante nosotros vimos un profundo hoyo no muy reciente, pues los taludes se habían desmoronado en parte y la hierba crecía en el fondo; y allí clavado se veía el mango de un pico que estaba partido por su mitad y, esparcidas por doquier, las tablas de varias cajas de embalaje. En una de ellas vi, marcada con un hierro candente, la palabra Walrus: el nombre del barco de Flint.

Aquello lo aclaraba todo: el tesoro había sido descubierto y saqueado. ¡Las setecientas mil libras habían desaparecido!

CAPÍTULO XXXIII

La caída de un jefe

Jamás se vio revés semejante en este mundo. Cada uno de los seis hombres se quedó como si lo hubiera fulminado un rayo. Pero Silver reaccionó a su impresión casi en el acto. Todos sus pensamientos habían estado dirigidos, como un apostador de carreras, hacia aquel dinero; pero se contuvo en un segundo y conservó la cabeza, trató de recuperar su humor y cambió sus planes antes de que los otros tuvieran tiempo de pensar en el desengaño.

—Jim —me susurró—, toma esto y estate alerta ante la inminente tormenta.

Y me pasó una pistola grande de dos cañones.

Al mismo tiempo empezó a deslizarse cautelosamente y con calma hacia el norte, y con unos pocos pasos puso el hoyo excavado entre nosotros y los cinco piratas. Entonces me miró y movió su cabeza, como diciéndome: «Estamos en un callejón sin salida», como, de hecho, yo también pensaba. Su forma de mirarme se había vuelto ahora muy amistosa; yo sentía ya tal repugnancia ante aquellos cambios constantes de actitud, que no pude evitar decirle:

—Ahora ha cambiado otra vez de bando.

Pero no tuvo tiempo de responderme. Los bucaneros, con terribles maldiciones, empezaron a saltar al fondo del hoyo y a escarbar con sus dedos, tirando las tablas fuera. Morgan encontró una moneda de oro. La levantó por encima de su cabeza gritando una buena sarta de maldiciones. Era una moneda de dos guineas, y empezó a pasar de mano en mano durante un buen rato.

—¡Dos guineas! —gritó Ferry, agitando hacia Silver la pieza—. Estas son tus setecientas mil libras, ¿no? Eres el hombre de los acuerdos, ¿no es así? Tú eres el que nunca estropea un negocio, ¿verdad?, ¡tú, rufián botarate!

—Seguid escarbando, muchachos —dijo Silver con el más insolente descaro—, encontraréis alguna bellota y no me extrañaría.

—¡Bellotas! —respondió Merry dando un grito—. ¿Habéis oído eso, compañeros? Tú lo sabías todo, Long John. Miradle la cara. Lo lleva escrito en ella.

—Ah, Merry —dijo Silver—, ¿otra vez con ínfulas de capitán? Eres un tipo inasequible al desaliento, de verdad.

Pero todos parecían esta vez estar a favor de Merry. Empezaron a salir de la excavación lanzando miradas enfurecidas. Una cosa observé que significaba algo bueno para nosotros: todos salían por la parte opuesta a Silver.

Y así nos quedamos, dos en un bando, cinco en el otro, el hoyo entre nosotros y nadie tenía el valor suficiente para dar el primer golpe. Silver no se movió; los escrutaba muy firme sobre su muleta y me pareció más templado que nunca. Era valiente, de eso no me cabía la menor duda.

Finalmente, Merry pensó que una arenga podía servirle de ayuda.

—Camaradas —dijo—, ahí delante tenemos a esos dos solos; uno es un viejo inválido, que nos ha traído aquí y nos confundió hasta llegar a esta situación; el otro es un cachorrillo, a quien yo mismo le voy a arrancar el corazón. ¡Adelante, camaradas!

Levantaba el brazo al tiempo que la voz, queriendo claramente dirigir la carga. Pero en aquel instante: ¡pam! ¡pam! ¡pam!; tres disparos de mosquete salieron de la espesura. Merry cayó de cabeza en el hoyo; el hombre de la cabeza vendada giró sobre sí mismo como un espantapájaros y cayó de costado, herido de muerte, aunque aún se retorció; los demás dieron media vuelta y echaron a correr como almas que persigue el diablo. Y antes de respirar siquiera, Long John descargó los dos tiros de su pistola sobre Merry, que intentaba levantarse; volvió a caer y alzó sus ojos en el último estertor.

—George —le dijo Silver—, creo que la cuenta está saldada.

En ese instante, el doctor, Gray y Ben Gunn salieron del bosque de nogales y se unieron a nosotros con los mosquetes aún humeantes.

—¡Corramos! —gritó el doctor—. ¡Más rápido, muchachos! ¡Hay que impedir que cojan los botes!

Y nos lanzamos rápidos tras ellos, hundiéndonos a veces hasta el pecho en aquellos matorrales.

Silver pugnaba por que no lo dejásemos atrás. El esfuerzo que aquel hombre realizó, saltando con su muleta hasta que los músculos del pecho parecían estar a punto de reventar, no he visto a nadie igualarlo nunca; y lo mismo consideró el doctor. Dado su estado, no pudo alcanzarnos, y corría rezagado a unos treinta metros cuando llegamos a la cima de la colina.

—¡Doctor! —gritó él—, ¡mire allí! ¡No hay prisa!

Y verdaderamente no la había. En la zona más despejada de aquella altiplanicie pudimos ver a los tres piratas supervivientes, que corrían en una dirección equivocada, hacia el monte Mesana; así pues, estábamos entre ellos y los botes. Por lo tanto, nos sentamos a descansar los cuatro, mientras Long John, enjugándose el sudor de la cara, vino lentamente hacia nosotros.

—Muchas gracias, doctor —dijo—. Habéis llegado en el momento preciso, creo, para Hawkins y para mí. ¡De modo que eras tú, Ben Gunn! —añadió—. Buena pieza estás hecho.

—Soy Ben Gunn; lo soy —contestó el abandonado, retorciéndose como un anguila en su azoramiento. Y después de una larga pausa, siguió—: ¿Cómo está usted, señor Silver? «Bastante bien, muchas gracias», debe decir usted.

—Ben Gunn —murmuró Silver— ¡y pensar que tú me la has jugado!

El doctor envió a Gray a buscar uno de los picos que los amotinados, cuando huían, habían abandonado; y luego, conforme regresamos, caminando ya con toda tranquilidad

cuesta abajo hasta donde estaban fondeados los botes, me contó en pocas palabras lo que había sucedido. La historia le interesaba mucho a Silver, y en ella Ben Gunn, aquel abandonado medio idiota, era el héroe de principio a fin.

Resulta que Ben, en sus largas y solitarias caminatas por la isla, había encontrado el esqueleto —había sido él quien lo despojara de todo; había localizado el tesoro y lo había desenterrado (suyo era el pico cuyo mango partido vimos en la excavación) y había ido transportándolo a cuevas, en muchas fatigosas jornadas, desde el pie de aquel gigantesco pino hasta una cueva que había encontrado en el monte de los dos picos, en el ángulo noreste de la isla, y allí lo había almacenado y lo había puesto a buen recaudo dos meses antes de que nosotros desembarcáramos con la Hispaniola.

Cuando el doctor logró sonsacarle este secreto, la misma tarde del ataque, y cuando a la mañana siguiente vio que el fondeadero estaba desierto, fue a parlamentar con Silver, le entregó entonces el mapa, puesto que ya no servía para nada, y le entregó las provisiones, porque en la cueva de Ben Gunn había bastante carne de cabra que él mismo había puesto en salazón; así le entregó todo, y más que hubiera tenido, con tal de poder salir de la empalizada y esconderse en el monte de los pinos, donde estaba a salvo de la malaria y custodiaba el dinero.

—En cuanto a ti, Jim —me dijo—, me dolió mucho, pero hice lo que creí mejor para los otros, que habían permanecido en su puesto cumpliendo con su deber; y si tú no eras uno de ellos, nuestra no era la culpa.

Pero aquella mañana, entendiendo que yo me vería implicado en el siniestro plan que les había preparado a los amotinados, había ido corriendo hasta la cueva, y dejando al capitán al cuidado del *squire*, acompañado por Gray y el abandonado, había atravesado la isla en diagonal con objeto de estar listo para auxiliarnos junto al pino, en la excavación. Sin embargo, al darse cuenta de que era bastante improbable alcanzarnos, ya que le llevábamos muchos metros de delantera, envió por delante a Ben Gunn, que era muy rápido corriendo, para que hiciese cuanto fuera menester mientras ellos llegaban. Fue entonces cuando a Ben se le ocurrió retrasarnos con la treta de la voz de Flint, pues sabía que iba a asustar a sus supersticiosos compañeros; y le salió tan bien, que logró que Gray y el doctor llegaran a tiempo y se pudieran emboscar antes de la aparición de los cazatesoros.

—¡Ah! —dijo Silver—, tener a mi lado a Hawkins ha sido mi mejor fortuna. Porque habríais dejado que hiciesen trizas al viejo John, y nunca le hubierais prestado la menor atención, doctor.

—Ni la menor atención —replicó el doctor Livesey burlón.

Para entonces, ya habíamos llegado donde estaban los botes. El doctor, con un pico destruyó uno de ellos, y después nos embarcamos todos en el otro y nos hicimos a la mar para ir costeano hasta la Ensenada del Norte.

Era un trecho de ocho o nueve millas. Silver, aunque estaba casi muerto de fatiga, se puso a los remos, como el resto de nosotros, y así nos deslizamos rápidos por un mar en calma. Poco después atravesamos los estrechos del canal y doblamos por el extremo sureste de la isla, por el que, cuatro días antes, habíamos remolcado la Hispaniola.

Al pasar frente al monte de los dos picos, pudimos ver la negra boca de la cueva de Ben Gunn y, junto a ella, la figura erguida de un hombre vigilando con un mosquete: era el *squire*, y lo saludamos agitando un pañuelo y le dimos tres hurras, en los cuales la voz de Silver se oyó con el mismo entusiasmo que las demás.

Tres millas más allá entramos en la embocadura de la Ensenada del Norte, y lo que encontramos, para nuestra sorpresa, fue la Hispaniola navegando sola. La última pleamar la había puesto a flote y, si hubiera soplado un viento fuerte o una corriente tan poderosa como la del fondeadero sur, nunca la habríamos recuperado o la hubiéramos encontrado encallada sin remedio. Pero, por suerte, no había sufrido percance alguno, salvo la vela mayor, que estaba destrozada. Preparamos otro ancla y la fondeamos en braza y media de agua. Todos volvimos remando hasta la caleta del Ron, el punto más cercano a la cueva de Ben Gunn; y luego Gray regresó desde allí solo con el bote a la Hispaniola para montar guardia por la noche.

Una suave cuesta conducía desde la playa a la boca de la cueva. Allí arriba nos encontramos con el *squire*. Me recibió muy cordial y amable, sin hacer mención a mi escapada, ni para elogiarme ni para culparme. Cuando Silver lo saludó cortésmente, hizo un gesto de desagrado.

—John Silver —le dijo—, es usted un bribón prodigioso y un impostor; un monstruoso impostor, señor. Me han indicado que no le entregue a la justicia. Bueno, pues no, no lo haré. Pero deseo que los muertos, señor, le pesen como ruedas de molino colgadas al cuello.

—Gracias por su amabilidad, señor —replicó Long John, saludando con reverencia.

—¡Y se atreve a darme las gracias! —exclamó el *squire*—. Es una grave dejación de mis deberes. Retírese usted.

Después de este recibimiento entramos en la cueva. Era un lugar espacioso y bien ventilado, con un pequeño manantial y una charca de agua cristalina rodeada de helechos. El suelo era de arena. Delante de un gran fuego yacía echado el capitán Smollett; y en un rincón del fondo, iluminado por los suaves reflejos de las llamas, vi unos enormes montones de monedas y pilas de lingotes de oro. Ese era el tesoro de Flint que habíamos venido a buscar desde tan lejos y que había costado la vida de diecisiete hombres de la Hispaniola. ¡Cuántas más habría costado juntarlo, cuánta sangre y cuántos sufrimientos, cuántos hermosos navíos hundidos en el fondo de los mares, cuántos valientes habrían pasado el tablón con los ojos vendados, cuántos cañonazos; cuánto deshonor, mentiras y crueldad; quizá nadie podría contarlos! Sin embargo, había aún tres hombres en aquella isla —Silver, el viejo Morgan y Ben Gunn— que habían tenido su parte en esos crímenes y cada uno había esperado en vano compartir la recompensa.

—Entra, Jim —dijo el capitán—. Eres un buen muchacho, a tu manera, Jim; pero no creo que tú y yo volvamos nunca a hacernos a la mar. Eres demasiado niño caprichoso para mi gusto. ¡Ah, está usted ahí, John Silver!. ¿Qué le trae por aquí?

—He vuelto a cumplir con mi deber, señor —contestó Silver.

—¡Ah! —dijo el capitán; y fue todo lo que dijo.

Qué cena tuve aquella noche con mis amigos a mi alrededor; y qué sabrosa la comida,

con la cabra en salazón, de Ben Gunn, y algunas golosinas, y una botella de vino añejo que habían traído desde la Hispaniola. Nunca, creo, he visto a gente tan alegre y feliz como lo éramos nosotros. Y allí estaba Silver, sentado algo lejos del calor del fuego, comiendo con buen apetito, pendiente de si necesitábamos algo para traerlo, e incluso participando con cierta timidez en nuestras bromas; era el mismo marinero amistoso, cortés y servicial de nuestra anterior travesía.

CAPÍTULO XXXIV

El final

A la mañana siguiente nos pusimos manos a la obra y empezamos a acarrear aquella inmensa fortuna hasta la playa, que estaba casi a una milla de distancia, y desde allí otras tres millas en bote a hasta la Hispaniola. La tarea fue muy pesada, dado el escaso número de gente que éramos. Los tres forajidos que aún andaban errantes por la isla no nos preocupaban mucho; bastaba uno de nosotros vigilando en la cima de la colina para protegernos de cualquier inesperada agresión; y pensamos, además, que ya habían tenido suficiente ración de peleas.

Por tanto, trabajamos con diligencia y buena disposición. Gray y Ben Gunn iban y venían tripulando el bote, y los demás, en su ausencia, apilamos el tesoro en la playa. Dos de los lingotes, atados con un cabo de cuerda, eran ya una buena carga para que tirara de ella un hombre fornido, y, aunque pesada, se sentía contento de transportarla con lentitud. En cuanto a mí, como no servía mucho para acarrear la carga, me asignaron la tarea en la cueva de ir metiendo, durante el día entero, las monedas de oro en los sacos del pan.

Aquella era una extraña colección de monedas, como la que había encontrado en el cofre de Billy Bones, por la diversidad de la acuñación, pero mucho más grande y variada, de manera que creo que nunca había gozado tanto como al ir clasificándolas. Había piezas inglesas, francesas, españolas, portuguesas, jorges y luses, doblones y guineas de oro, moidores, cequíes, y en fin, todas las efigies de los reyes de Europa de los últimos cien años, monedas orientales de extraña estampa, acuñadas con lo que parecían nudos de cuerdas o retazos de tela de araña, monedas cuadradas, monedas redondas y con un agujero en su centro, como para poder colgarlas de un collar. Casi todas las variedades de monedas del mundo, creo, debían hallarse en esa colección. Y en cuanto a cantidad, seguro que eran más que las hojas en otoño, de modo que me dolía la espalda de agacharme y los dedos de la tarea de clasificarlas.

Ese trabajo continuó durante varios días, y cada noche se estibaba a bordo una fortuna para esperarnos otra distinta a la mañana siguiente; y en todo ese tiempo no oímos señal alguna de los tres amotinados.

Finalmente —creo que fue a la tercera noche—, el doctor y yo paseábamos por la cima del monte contemplando desde allí todas las tierras bajas de la isla, cuando, de la densa oscuridad de abajo, el viento nos trajo un ruido entre gritos y cantares. Solo fue un fragmento instantáneo lo que percibimos, y de nuevo se hizo el silencio habitual.

—¡Que el cielo se apiade de ellos! —dijo el doctor—. ¡Son los amotinados!

—Todos borrachos, señor —oímos la voz de Silver detrás de nosotros.

Silver —preciso es decirlo— estaba en completa libertad, y, a pesar de los constantes desaires que sufría, parecía ir considerándose poco a poco merecedor de sus antiguos privilegios. En verdad, resultaba admirable cómo encajaba todas las ofensas y con qué incansable afabilidad no cesaba de intentar congraciarse con todos. Sin embargo, creo que nadie le trataba mejor que a un perro; salvo Ben Gunn, que aún se mostraba temeroso, o yo mismo, que tenía mucho que agradecerle; si bien, en lo que a eso respecta, creo que tenía razones para pensar peor de él que ningún otro, porque lo había visto tramando una nueva traición recientemente en la meseta. Por eso el doctor le respondió desabridamente:

—Borrachos o delirando.

—Lleva razón, señor —replicó Silver—, lo que para usted o para mí viene a importar lo mismo.

—Supongo que no pretenderá que a estas alturas le considere un hombre compasivo —replicó el doctor con ironía—, de modo que mis emociones pueden resultarle sorprendentes, señor Silver; pero si estuviera seguro de que sus compinches están delirando, tal y como lo estoy de que a uno de ellos le han atacado las fiebres, saldría ahora mismo de este campamento y, aunque me jugase la piel, no dudaría en prestarles los auxilios de mi profesión.

—Perdóneme, señor, pero creo que haría muy mal —dijo Silver—. Podría perder su valiosa vida, no le quepa la menor duda. Yo ahora estoy de su lado, en cuerpo y alma; y no me gustaría ver nuestro grupo debilitado, y menos aún tratándose de usted, a quien tanto le debo. Pero esos hombres de ahí abajo no serían hombres de palabra, no, ni suponiendo que lo desearan; y lo que es más, no podrían creer que usted lo fuera.

—No —dijo el doctor—, usted mantiene muy bien la palabra, ya sabemos eso.

No volvimos a tener noticias de los tres piratas. En una ocasión oímos el tiro de un mosquete en la lejanía, y nos figuramos que estaban cazando. Entonces celebramos un consejo y decidimos abandonarlos en la isla, para alegría, debo decir, de Ben Gunn y la más entusiasta aprobación de Gray. Dejamos allí una buena provisión de pólvora y municiones, gran cantidad de salazón de cabra, algunas medicinas y otros objetos necesarios, herramientas, ropa, una vela de repuesto, una braza o dos de cuerda, y, por deseo expreso del doctor, un espléndido regalo de tabaco.

Eso fue lo último que hicimos en la isla. El tesoro estaba ya embarcado y habíamos hecho acopio de agua y de la cecina que quedaba, por si acaso; y así, una luminosa mañana levamos anclas y zarpamos de la Ensenada del Norte, enarbolando el mismo pabellón que izara nuestro capitán, bajo el que luchara en la empalizada.

Los tres forajidos debían estar observándonos con más atención de la que nosotros pensábamos, como pronto comprobamos. Pues al salir por la bocana de la bahía, teníamos que ceñirnos mucho a la punta sur, y allí los vimos en un banco de arena, juntos y arrodillados y suplicando con los brazos levantados. Creo que consiguieron que nuestros corazones se apiadaran de su miserable suerte; pero no podíamos correr el

riesgo de otro motín; y conducirlos a casa para ser llevados a la horca hubiera sido un acto de generosidad cruel. El doctor los saludó diciendo que les habíamos dejado provisiones y dónde podían encontrarlas. Pero ellos siguieron llamándonos por nuestros nombres, y nos suplicaban que tuviéramos piedad, por el amor de Dios, y no los dejáramos morir en aquellos parajes.

Al fin, cuando vieron que el barco no detendría su curso y que no tardaríamos en estar fuera de su alcance, uno de ellos —no sabría precisar quién— se levantó con un grito ronco, se echó el mosquete a la cara y disparó un tiro que pasó silbando sobre la cabeza de Silver y atravesó la vela mayor.

Después de eso, nos protegimos tras la borda y, cuando volví a mirar, habían desaparecido de la barra de arena, y hasta la misma barra ya no se percibía en la distancia. Ese era, al menos, el final de todo; y antes del mediodía, para enorme satisfacción mía, la cima más alta de la isla del tesoro se había hundido en el horizonte azul del mar.

Sufríamos tal escasez de marineros, que todos a bordo tuvimos que echar una mano en las maniobras, menos el capitán, que, tumbado en una colchoneta situada en popa, daba las órdenes; pues, aunque ya estaba bastante repuesto, todavía necesitaba reposo. Pusimos proa hacia el puerto más cercano de la América española, porque no podíamos arriesgarnos a emprender el regreso a casa sin enrolar una nueva tripulación; aunque, con vientos huracanados y un par de temporales, estábamos exhaustos antes de llegar a nuestro primer destino.

Fue un atardecer cuando anclamos en un bellissimo y bien abrigado golfo, y nos vimos rodeados pronto de canoas tripuladas por negros, indios mexicanos y mestizos, que vendían frutas y verduras, y estaban prestos a zambullirse para recoger monedas. La visión de aquellos rostros risueños (especialmente los de los negros), el sabor de aquellos frutos tropicales, y sobre todo, las luces del poblado que comenzaban a encenderse, ofrecían un contraste encantador con nuestra siniestra y lúgubre aventura en la isla; y el doctor y el *squire* saltaron a tierra llevándome con ellos para pasar allí una agradable velada. En el poblado se encontraron con un capitán de la Marina Real inglesa, trabaron conversación con él, y fuimos a visitar su navío; y, en resumen, lo pasamos tan agradablemente, que cuando regresamos a la Hispaniola ya comenzaba a amanecer.

Ben Gunn se había quedado solo en cubierta y, en cuanto subimos a bordo, empezó a hacernos, gesticulando de forma ridícula, una confesión: Silver se había fugado. Gunn confesó que había sido cómplice en su fuga en una canoa hacía ya varias horas, y nos juraba que lo había hecho por salvar nuestras vidas, pues hubieran corrido mucho riesgo «de haber permanecido a bordo aquel cojo». Y eso no era todo: el cocinero no se había ido con las manos vacías. Había perforado un mamparo sin ser visto y había robado uno de los sacos de monedas, por valor, quizá, de trescientas o cuatrocientas guineas, para ayudarle en su futura vida errante.

Creo que todos nos alegramos de habernos librado de él por un precio tan bajo.

Bien, para no alargar demasiado esta historia, conseguimos enrolar a bordo a algunos marineros, hicimos una travesía feliz hasta Inglaterra y la Hispaniola arribó a Bristol justo

cuando el señor Blandly estaba disponiendo un barco de socorro. Con ella regresábamos solo cinco de los que nos habíamos lanzado a aquella aventura. «La bebida y el diablo se llevaron el resto», y con ensañamiento; aunque, seguramente, no corrimos peor suerte que aquel otro barco del que cantaban:

Con un solo hombre a bordo ha arribado,
a la mar con setenta y cinco había zarpado.

Todos nosotros recibimos una buena parte de aquel tesoro, e hicimos uso de ella con prudencia o con derroche, según la naturaleza de cada cual. El capitán Smollett ya se ha retirado del mar. Gray no solo supo conservar su dinero, sino que, sintiendo un súbito deseo de prosperar, se dedicó a estudiar su profesión; y hoy es piloto y copropietario de un hermoso y bien aparejado barco; además, contrajo matrimonio y es padre de familia. En cuanto a Ben Gunn, le dieron mil libras, que gastó o perdió en tres semanas o, para ser más exacto, en diecinueve días, pues al día siguiente se había puesto a mendigar. Entonces le dieron, para ganarse la vida, un puesto de guarda de una hacienda, exacto lo que él temía en la isla; y allí continúa viviendo, muy apreciado por los hijos de los campesinos, y es un buen solista en el coro de la iglesia los domingos y festividades de santos.

De Silver no hemos vuelto a saber. Aquel formidable navegante con una sola pierna ha desaparecido totalmente, al fin, de mi vida; pero supongo que se reuniría con su vieja negra y que vivirá todavía con comodidad junto a ella y al Capitán Flint. Y ojalá así sea, porque supongo que sus oportunidades de gozo en el otro mundo son harto escasas.

Los lingotes de plata y las armas aún están, que yo sepa, donde Flint las enterró; y allí seguirán por lo que a mí concierne. Ni una yunta de bueyes lograrían llevarme arrastrando a aquella maldita isla; pero en las pesadillas que a veces perturban mi sueño aún oigo la marejada rompiendo contra aquellas costas, o me levanto de un sobresalto oyendo la voz del Capitán Flint chillando en mis oídos: «¡Doblonos! ¡Doblonos!».

Propuesta de actividades

Primera parte

Argumento y el tema

1. Para hacer creíble una historia, se recurre con frecuencia a datos que suenan reales. En *La isla del tesoro*, Stevenson emplea la voz narrativa de Jim Hawkins. Este no trata con chicos de su edad, sino solo con gente mayor. ¿Qué circunstancias le facilitan el poder meterse de lleno en una aventura de piratas, si es un adolescente?

Personajes

2. Stevenson es un gran observador de personajes. El primer personaje que describe en detalle es el del pirata que viene a vivir a la posada de su padre. ¿Qué rasgos físicos y psicológicos destacarías de él? ¿Es el prototipo de pirata? ¿De qué vivían ese personaje y otros como él?
3. ¿Es el doctor Livesey un médico corriente hoy día?

Estilo literario

4. En la novela tiene importancia el diálogo, además de la descripción y la narración. Señala en esta primera parte la descripción que más te haya gustado del escenario, interior o exterior, en que discurre la acción. Luego, indica cuál es el personaje que te parece mejor caracterizado por su manera de hablar. Por último, contesta y justifica: ¿Logra el narrador Jim crear algún suspense en el relato al pasar de un capítulo a otro?

Lengua

5. Hay una gran diferencia de la lengua de los diálogos y la de la narración. Señala los coloquialismos e insultos y compáralos con los usados a diario por la gente que conoces. ¿Se parecen o difieren en algo?

Segunda parte

Argumento y tema

6. La acción es muy veloz en esta segunda parte: pasan rápidamente muchas cosas mientras se prepara el gran viaje. Resume en menos de doscientas palabras o en una página todo lo que ha ocurrido sin omitir detalles importantes. Luego, opina:
 - ¿Te parecen las cartas concisas o prolijas? ¿Omitirías algunos detalles?
 - ¿Por qué tiene intriga lo que pasa en el barril de manzanas?

Personajes

7. ¿Desconfías del personaje John Silver al principio, o te parece un tipo fiable? ¿Y te resulta agradable la personalidad del capitán Smollett?
8. El capitán pirata Roberts y el capitán England eran piratas reales conocidos (caps. X y XI) cuya personalidad ayudó a crear los de ficción. Busca en Internet quiénes eran y dónde realizaban sus pillajes estos piratas.

Estilo

9. ¿Cómo está descrita la Hispaniola: has visto alguna vez un barco semejante? Si te es posible verlo virtualmente, hazlo: se trata de una goleta, pero hay otros barcos de vela si los quieres comparar con la goleta.

Lengua

10. Señala las diferencias entre la forma de hablar de John Silver con los piratas del capítulo XI y la de los personajes amigos de Jim en el capítulo XII. Destaca palabras de tratamiento y cortesía de estos últimos y la zafiedad coloquial de los piratas.

Tercera parte

Argumento y tema

11. Comienza la aventura en la isla. Primero hay movimientos del barco para acercarse: ¿entiendes bien esa parte?
12. Hay un primer golpe: ¿se esperaba por parte del grupo que gobernaba el barco? ¿Por qué huyó Jim dejando a sus amigos? ¿Qué hacía el naufrago «abandonado» en esa isla, y cómo sobrevivió tantos años?

Personajes

13. ¿Tuvo el aislamiento en la isla consecuencias físicas o psíquicas sobre Ben Gunn? ¿Debía fiarse de él Jim?
14. Jim se mostró muy valiente. ¿Qué le había dado tanto valor para enfrentarse solo a tanto pirata?

Estilo literario

15. Relee en el capítulo XV el contexto en el que encuentra Jim al «abandonado» Ben Gunn. ¿Te recuerda este encuentro a otro que ocurre en una célebre novela inglesa?
16. ¿Qué suspense crea la narración que hace Ben Gunn de su propia experiencia? Fíjate en su discurso persuasivo: el propio Jim llega a creerse todo lo que dice.

Lengua

17. En el capítulo XIV tenemos una descripción física de la isla. ¿Cómo se nombran las diferentes plantas y árboles: de forma precisa o no? ¿Reconoces ese tipo de vegetación? ¿Has visto algo parecido a marismas cenagosas o te las imaginas por la descripción?
18. ¿De qué forma narra Jim su angustia ante su posible fin?

Cuarta parte

Argumento y tema

19. Aquí el doctor continúa la narración en los tres siguientes capítulos: ¿lo ves justificado? ¿Logra crear un relativo distanciamiento del lector con respecto a Jim, que venía siendo la voz narrativa hasta ahora? ¿Nos hace preocuparnos por el estado y situación de Jim?
20. En el capítulo XIX, Jim Hawkins reanuda la narración: la empalizada es el escenario ahora de la confrontación entre los dos grupos. ¿Crea el relato la sensación de peligro para los sitiados y para Jim en particular?

Personajes

21. Silver, por el que Stevenson sentía simpatía, queda bien retratado en cuanto a su audacia y crueldad. Es un personaje complejo y a veces paradójico. Busca en la narración los términos que le describen psicológicamente. ¿Hay alguno que le haga sombra en su poder de liderazgo?

Estilo literario

22. En el relato del doctor Livesey, el estilo es especialmente narrativo, sin apenas comentarios de sus emociones o sentimientos, como en la narración de Jim. ¿Le da un carácter menos personal al personaje?
23. ¿Es ágil la forma de narrar el ataque al fortín, es decir, nos hace leerlo con más rapidez que de ordinario?

Lengua

24. ¿Cómo da las órdenes el capitán en el capítulo XXI?, ¿es autoritario o persuasivo?
25. ¿Cómo son los enemigos: se les nombra o describe, o más bien se cuenta su número, a pesar de haber compartido la travesía?
26. ¿Es el ataque especialmente cruento o violento en su descripción o es tolerablemente suavizado? ¿Qué términos emplea?

Quinta parte

Argumento y tema

27. Jim se evade, consciente de hacer algo temerario. Es la segunda vez que hace esa escapada en solitario. ¿Por qué razón lo hace? Luego narra su intrépida aventura en el «coraclo», que apenas sabía manejar y nos hace sentir cierta angustia ante la dificultad de subir a bordo de la Hispaniola:
- ¿Llegamos a dudar del éxito de su empresa?
 - ¿Cómo se enfrenta a los piratas de a bordo: con confianza o desconfianza? ¿Es cruel o confiado con el herido?
 - ¿Qué dice esto de su carácter y del de Hands?
 - ¿Cómo hace su regreso a tierra: contento o no?
 - ¿Cuáles son sus sentimientos tras la encarnizada lucha?

Personajes

28. ¿Cómo describe Stevenson a los piratas de a bordo?
29. ¿Nos parece que Jim ha madurado mucho y lo imaginamos como un joven más mayor de lo que es? ¿Cómo expresa sus sentimientos hacia los marineros de a bordo, sobre todo, con respecto al pirata Israel Hands?

Estilo literario

30. Jim narra cómo poco a poco se va dejando engañar por Hands: ¿qué argucias persuasivas usa el pirata para que Jim confíe en él? ¿Nota el lector que Hands esconde oscuras intenciones?, ¿qué le hace presentarse al lector como un personaje sospechoso?
31. ¿Siente Jim remordimientos por matar al rufián?

Lengua

32. Hay numerosos términos marineros en estos capítulos, tanto del estado del mar como del barco y sus partes. Subráyalos y busca su significado.
33. ¿Es crudo el lenguaje que utiliza Jim para referirse al duelo con el pirata?

Sexta parte

Argumento y tema

34. Se produce ahora el reencuentro de Jim con John Silver. El personaje es complejo en las alianzas con los de su bando contrario, a pesar de su situación de vigilado. ¿Cómo se desarrolla la narración junto con el diálogo?
35. Con el propio Jim su conducta es cambiante. Se inicia la búsqueda del tesoro envuelto en una atmósfera de misterio: hay cierta intriga que hace que leamos muy deprisa. ¿Notas cómo a medida que avanza la resolución del misterio, con esa voz extraña incluida, se dilatan las acciones deliberadamente? ¿Cuál es el efecto causado en el lector?
36. ¿Te esperabas la resolución final y cómo se produce la recuperación del tesoro? ¿Qué piensas del pacto secreto con Silver? ¿Quién tiene más derecho a poseer el tesoro, los piratas o los amigos de Jim?
37. ¿Es un final justo para John Silver? ¿Por qué hay monedas de tantos países?

Personajes

38. El estudio de Long John es magistral. ¿Cambian tus impresiones sobre él a medida que avanza la acción y su relación con Jim? ¿Tenía malas intenciones con respecto a Jim?
39. ¿Cómo habría reaccionado si hubiera descubierto él solo el tesoro: lo compartiría con Jim o con alguien más?
40. ¿Están muy emocionados los amigos de Jim por el descubrimiento del tesoro?
41. ¿Por qué dejan «abandonados» a su suerte a los tres piratas y no se compadecen de ellos?

Estilo literario

42. Los diálogos son cada vez más esperados, pues hemos llegado a conocer bien a cada uno de los personajes. El único que habla de forma más ambigua es Silver, el personaje preferido por Stevenson, a quien salva al final. ¿Es verosímil lo ocurrido en el capítulo XXXIII, dada la rapidez en el desenlace de la aventura?

Lengua

43. Hay elementos que contribuyen a dar un tono de misterio al relato. ¿Contribuyen las canciones a ello? Al leerlas, ¿te imaginas cómo será la música?
44. Ve alguna de las varias películas en las que se entonan esas canciones marineras antiguas. Mira las monedas encontradas y su historia en esos países.

Glosario de términos marineros

Al paio: estar el barco parado con las velas caídas por falta de viento.

Al socaire: al abrigo, en el lado opuesto de donde sopla el viento.

Amura: parte de los costados del barco por donde comienza a estrecharse.

Aparejo: conjunto de los palos, velas y jarcias de un barco.

Arboladura: conjunto de palos y vergas de un barco.

Babor: costado izquierdo del barco.

Ballestrinque: nudo mariner.

Barra (o también *banco* o *cayo*): fondo del mar asentado de arena cerca de la costa que aparece en superficie al bajar la marea.

Barlovento: parte de donde sopla el viento.

Bauprés: palo horizontal en la proa del barco que orienta los foques.

Botolón: palo principal del aparejo.

Botavara: palo horizontal apoyado en el mástil para sostener velas.

Braza: cabo que sirve para mantener fijas las vergas y hacerlas girar en un plano horizontal.

Braza: unidad de medida de profundidad que equivale a 1,67 metros.

Cabrestante: polea o torno de eje vertical para levar el ancla.

Calado: parte del buque sumergido en el agua.

Cala o **caleta:** bahía o ensenada pequeña.

Calafate: hombre que cierra o tapa las junturas de las maderas de las naves.

Cangreja: vela de forma trapezoidal.

Carenar: reparar el casco estropeado del barco.

Cargadera: cabo con que se facilita la operación de arriar las velas.

Castillo de proa: parte cubierta de la proa del barco.

Codaste: pieza que prolonga la quilla verticalmente por la popa y sostiene el armazón del barco.

Coraclo: pequeño bote de mimbres y cuero o lona para pescar de origen celta.

Embarrancar: encallar el barco en el fondo superficial del mar.

Ensenada: lugar geográfico natural resguardado en la costa en forma de golfo.

Entrepunte: espacio del barco entre las dos cubiertas.

Escorado: inclinado por la fuerza del viento.

Escotilla: aberturas en forma de ventanillas en la cubierta para achicar agua.

Esquife: bote pequeño usado para saltar a tierra o como socorro.

Estay: cabos que sujetan los palos y masteleros de popa a proa.

Estibar: colocar bien distribuido el cargamento del barco.

Estribor: banda derecha del navío.

Foque: las varias velas triangulares del barco.

Galerna: borrasca o tormenta violenta de agua y viento en el mar.

Goleta: velero de dos o tres palos.

Imbornales: agujeros en la borda para dejar salir el agua de cubierta.

Jarcia: aparejos y cabos de un buque.

Lugre: pequeña embarcación con tres palos.

Mamparo: tabiques que dividen en estancias el interior del barco.

Mastelero: palo menor sobre los mayores en cada vela.

Mesana: palo más próximo a proa.

Motón: garrucha por donde pasan los cabos.

Obenque: cabo grueso que sujeta la cabeza de un palo.

Orzar: dirigir la proa en contra del viento.

Penol: extremo de las vergas.

Petifoque: foque más pequeño que el principal que se orienta por fuera de él.

Pleamar: estado de la marea más alta.

Popa: parte posterior de una embarcación.

Proa: parte delantera de la nave.

Promontorio: cabo o punta rocosa que sale hacia el mar.

Quilla: pieza que recorre de proa a popa el barco por debajo y que sostiene el armazón.

Roda: pieza gruesa y curva, de madera o hierro, que forma la proa de la nave.

Sobrecargo: oficial al cuidado del cargamento en los barcos mercantes.

Sotavento: al contrario que barlovento, parte a resguardo del viento.

Tamborete: trozo de madera que sirve para sujetar a un palo otro superpuesto.

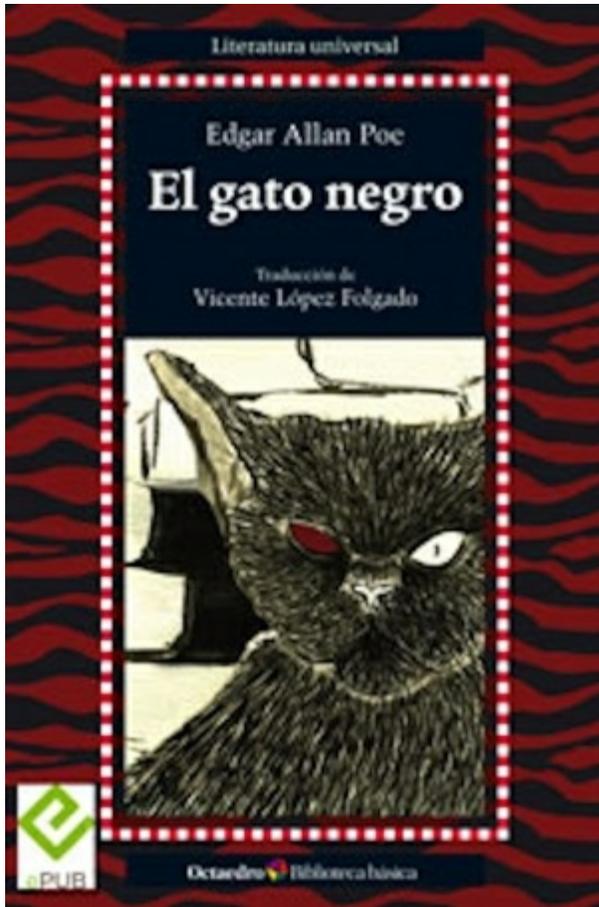
Trinquete: palo próximo a la proa.

Vadear: pasar la corriente.

Varar: detener el barco de forma que toque un banco de arena en la bajamar.

Verga: percha atravesada sobre los mástiles en la que se aseguran las velas.

Vigota: polea de madera con agujeros para pasar los cabos.



El gato negro

Poe, Edgar Allan

9788499216492

48 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El relato «El gato negro» se publicó por vez primera en el periódico United States Saturday Post, en 1843.

El gato como símbolo del mal tiene una larga tradición en Occidente. En la supersticiosa Edad Media llegó incluso a representar a Satanás al visitar la tierra; era el animal de compañía de las brujas. En el romanticismo se puso de moda como animal literario por excelencia, por su aire misterioso, sus ojos relucientes y su aparente serenidad. El propio autor del relato, Edgar Allan Poe, tuvo en casa ese animal doméstico. Pero en realidad, el gato es aquí la víctima de los desvaríos y alucinaciones, por no hablar de los instintos criminales del narrador. Con el relato El gato negro, tenemos de nuevo el tema del «crimen perfecto» planeado fríamente por un asesino inteligente y calculador. En su interior, el propio narrador lucha contra sus insatisfacciones y frustraciones acrecentadas por el alcoholismo, y trama una venganza inmolando al inocente animal, por el que sentía gran afecto. El gato es el ojo acusador, su propia conciencia, capaz de examinar su psique desviada y enloquecida. Su maldad psicopática lleva al protagonista al asesinato.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

NARRACIONES SOLARIS

JAQUE AL REY

PARA ENTENDER
el mundo del Cantar de Mio Cid

Francisco Rincón Ríos



Jaque al rey

Rincón Rios, Francisco

9788499214672

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Don Armillo fue un juglar que vivió en Burgos en 1221. Y, según Menéndez Pidal, es probable que interpretara el Poema de Fernán González y el Cantar de Mio Cid. Pero el único conocimiento que tenemos sobre la interpretación de estos poemas es esa leve sospecha del gran investigador. Ignoramos los destinatarios, la forma, los acompañamientos y, sobre todo, las motivaciones, que en el caso del poema de Mio Cid debieron de ser más que económicas. Quien lo interpretase, en vez de ganarse la vida, se la estaba jugando, pues la segunda mitad del cantar se dedica a insultar a una de las casas más poderosas de Castilla, la de Carrión.

El encargo de recitar el poema durante la fiesta de colocación de la primera piedra de la catedral de Burgos, el 20 de julio de 1221, termina con la vida tranquila de Don Armillo y desata una serie de fuerzas y tensiones destructivas, latentes en los reinos peninsulares del siglo XIII.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

con vivencias



El filósofo desnudo

Alexandre Jollien



Octaedro 

El filósofo desnudo

Jollien, Alexandre

9788499214917

184 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Cómo vivir más libremente la alegría cuando nos tienen presos las pasiones? ¿Cómo atreverse a distanciarse un poco sin apagar un corazón? A partir de la experiencia vivida en carne propia, Alexandre Jollien intenta, en este libro, diseñar un arte de vivir que asume lo que resiste a la voluntad y a la razón.

El filósofo se pone al desnudo para auscultar la alegría, la insatisfacción, los celos, la fascinación, el amor o la tristeza, en resumen, lo que es más fuerte que nosotros, lo que se nos resiste... Citando a Séneca, Montaigne, Spinoza o Nietzsche, Jollien explora la dificultad de practicar la filosofía en el corazón de la afectividad. Lejos de dar soluciones o certidumbres, Jollien, junto a Hui Neng, patriarca del budismo chino, descubre la frágil audacia de desnudarse, de desvestirse de uno mismo. Tanto en la adversidad como en la alegría, nos invita a renacer a cada instante lejos de las penas y de las esperanzas ilusorias.

Esta meditación inaugura un camino para extraer la alegría del fondo del fondo, de lo más íntimo de nuestro ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

con > vivencias

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Claves para un
óptimo aprendizaje
y comportamiento



Mercedes Aguirre Lipperheide



Octaedro

Conocer y alimentar el cerebro de nuestros hijos

Aguirre Lipperheide, Mercedes

9788499217529

248 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La doctora en Biología Mercedes Aguirre Lipperheide (Getxo, 1966) tiene ya publicados dos extensos libros relacionados con la alimentación, la suplementación y la salud: Guía práctica de la salud en la infancia y la adolescencia (Octaedro, 2007) y Salud adulta y bienestar a partir de los 40 (Octaedro, 2011). En este tercer libro, saca a relucir la importancia que la alimentación (y puntualmente la suplementación) puede llegar a tener de cara a apoyar el desarrollo cognitivo y emocional de niños y adolescentes, un aspecto que gana más relevancia, si cabe, en aquellos jóvenes que tienen un problema declarado en dichos ámbitos. La escalada de niños etiquetados con algún problema de aprendizaje y/o comportamiento (TDA/TDAH, problemas de concentración, dislexia, etc.) resulta en ocasiones llamativa y necesariamente requiere un análisis más profundo sobre sus posibles orígenes.

En esto se centra precisamente este libro. Por un lado, se intenta explicar al lector, de una manera didáctica y cercana, las bases que sustentan una adecuada maduración cerebral, para luego poder entender qué puede ir mal en este proceso que explique posibles problemas de aprendizaje y/o comportamiento (primera parte). La segunda parte del libro, más extensa, se centra en analizar nuestra alimentación y el modo en que puede afectar, para bien o para mal, el desarrollo cognitivo y/o de comportamiento de niños y adolescentes.

Este enfoque es, sin duda, novedoso y a buen seguro va a ayudar a muchos padres a entender mejor cómo apoyar las necesidades de sus hijos, bien sea para reforzar un adecuado desarrollo cognitivo y emocional o, en caso de existir alguna alteración, para superarla con mayor éxito.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Gemma Lluch
Felipe Zayas

RECURSOS
EDUCATIVOS

Leer en el centro escolar

El plan de lectura



Octaedro
Editorial

Leer en el centro escolar

Zayas Hernando, Felipe

9788499217925

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ser lector competente es imprescindible en la actualidad para satisfacer necesidades personales, actuar como ciudadanos responsables, alcanzar los objetivos académicos, lograr la cualificación profesional y seguir aprendiendo a lo largo de la vida.

La competencia lectora incluye destrezas muy complejas que hasta hace varias décadas eran logradas únicamente por una minoría de la población y que en la actualidad constituyen un objetivo básico en todos los niveles escolares. La magnitud de este objetivo incita a promover, en los centros, planes de lectura que impliquen a toda la comunidad educativa.

Este libro está concebido como una ayuda para elaborar y poner en marcha los planes de lectura en los centros escolares: se define el marco conceptual en el que se puede basar el plan, se dan criterios para analizar el marco contextual al que se han de adecuar las acciones programadas, se describen estas acciones y se proporcionan criterios y medios para su evaluación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portadilla	2
Portada	3
Créditos	4
Robert Louis Stevenson. Vida y obra	5
El joven estudiante	5
El viajero	5
El novelista	6
Final de su vida	6
La isla del tesoro	6
La isla del tesoro. Robert Louis Stevenson	8
PARTE I. El viejo bucanero	9
CAPÍTULO I. El viejo lobo de mar en la posada Almirante Benbow	11
CAPÍTULO II. La aparición de Black Dog	16
CAPÍTULO III. La marca negra	21
CAPÍTULO IV. El cofre	26
CAPÍTULO V. La muerte del ciego	31
CAPÍTULO VI. Los papeles del capitán	35
PARTE II. El cocinero de a bordo	40
CAPÍTULO VII. Mi viaje a Bristol	42
CAPÍTULO VIII. En la taberna El Catalejo	46
CAPÍTULO IX. Armas y munición	50
CAPÍTULO X. La travesía	54
CAPÍTULO XI. Lo que oí dentro del barril de manzanas	58
CAPÍTULO XII. Consejo de guerra	63
PARTE III. Mi aventura en tierra	67
CAPÍTULO XIII. Cómo empecé mi aventura en la isla	69
CAPÍTULO XIV. El primer revés	73
CAPÍTULO XV. El hombre de la isla	77
PARTE IV. La empalizada (Relato continuado por el doctor)	82
CAPÍTULO XVI. Cómo abandonaron el barco	84
CAPÍTULO XVII. El último viaje del esquife	88
CAPÍTULO XVIII. Final de nuestro primer día de lucha	92

CAPÍTULO XIX. La guarnición del fortín (Relato retomado por Jim Hawkins)	96
CAPÍTULO XX. La embajada de Silver	100
CAPÍTULO XXI. El ataque	104
PARTE V. Mi aventura en el mar	108
CAPÍTULO XXII. Cómo empezó mi aventura en el mar	110
CAPÍTULO XXIII. A la deriva en la marea	115
CAPÍTULO XXIV. La travesía en el coraclo	119
CAPÍTULO XXV. Arriando la bandera pirata	123
CAPÍTULO XXVI. Israel Hands	127
CAPÍTULO XXVII. ¡Doblonos!	133
PARTE VI. El capitán Silver	137
CAPÍTULO XXVIII. En el campamento enemigo	139
CAPÍTULO XXIX. Otra vez la marca negra	145
CAPÍTULO XXX. Palabra de honor	150
CAPÍTULO XXXI. La búsqueda del tesoro: la señal de Flint	155
CAPÍTULO XXXII. La búsqueda del tesoro: la voz entre los árboles	160
CAPÍTULO XXXIII. La caída de un jefe	165
CAPÍTULO XXXIV. El final	170
Propuesta de actividades	174
Primera parte	175
Segunda parte	176
Tercera parte	177
Cuarta parte	178
Quinta parte	179
Sexta parte	180
Glosario de términos marinos	181